

Am 17.3.7-21

JOAQUIN V. GONZALEZ,

al más grande, al más inspirado,  
al más argentino de los poe-  
tas de mi patria, dedica y  
a recuerdo y esta opuscula,  
LA

*J. Gonzalez*

# TRADICION

*B. A. Set. 9  
1898.*

NACIONAL



BUENOS AIRES

FÉLIX LAJOUANE, EDITOR

49 — CALLE PERÚ — 53

M DCCC LXXXVIII



## EJEMPLARES DE LUJO

---

De esta obra se han impreso 8 ejemplares en papel de Holanda, numerados del 1 al 8, y 52 sobre papel *teinté* superior, numerados desde 9 á 60.

## ERRATA NOTABLE

---

Página 138, línea 8, *donde dice*: Ormuzd, léase : Arihman



## LIBRO PRIMERO

- I. La tierra y el hombre. — II. Evolucion, tradicion. — III. Importancia del pasado. — IV. Poesía y religiones. — V. La naturaleza americana. — VI. Dos cuadros. — VII. Literatura nacional. — VIII. La llanura, la poesía, los sepulcros. — IX. La montaña, mitologías, epopeyas. La *Araucana*. Reconstruccion del pasado. — X. Cultura araucana. — XI. Cultura quichua. — XII. *Ollantay*.

### I

No recuerdo dónde he leído, — creo que en las inmortales páginas de Montesquieu sobre las leyes, — que en los pueblos que habitan las inmensas llanuras abrasadas por el sol, nacen aquellos grandes caracteres, mezcla de abismos profundos y de horizontes abiertos, donde las pa-



siones más tenebrosas fermentan, y pugnan por estallar las más colosales ambiciones, donde la libertad es un anhelo innato pero voraz, y la dominacion una tendencia perfectamente paralela, aunque paradógica, con la libertad.

Todos los caracteres, todas las tendencias, todas las pasiones, tienen en la variada naturaleza de nuestro país un teatro aparente: desde las montañas inaccesibles coronadas de nieve y de sol, de cuya cima la vista revela al espíritu ámbitos infinitos, hasta la llanura dilatada y seca, despojada de verdura, donde la vista no revela vastos horizontes, pero el espíritu descubre dentro de sí mismo anhelos inagotables, tanto más profundos cuanto más extensa es la planicie que el ojo no puede abarcar; desde las márgenes sonrientes de los grandes rios, morada de la poesía nativa, donde á no dudarlo se oculta la musa nacional velada por las brumas matinales, hasta las selvas del trópico que desafian las facultades creadoras del hombre en busca del arma, del elemento, de la fuerza con que ha de combatir la avasalladora expansion de sus raíces seculares.

Cada una de estas regiones imprime en el alma de sus moradores su sello propio,— la consagracion y el bautismo de la naturaleza sobre sus hijos; — cada una tiene su poesía, su música, sus tradiciones, su reli-

gion natural y su concepcion peculiar del arte y de la vida misma; y las influencias de estos elementos físicos, formando la fuerza motriz latente de cada hombre, de cada familia, de cada tribu, de cada raza, están destinadas á producir las grandes evoluciones que la historia recoge despues, que la filosofía analiza, que la política dirige y encauza en una corriente comun.

Pero ni la historia ni su filosofía ponen de relieve las palpitations internas del corazon de los pueblos, ni recogen las armonías que flotan en la atmósfera, ni las invisibles pero grandiosas escenas que teniendo por teatro un valle estrecho, una montaña escarpada y sombría, conmueven, sin embargo, en su cimiento la vida de una agrupacion, y que solo se perpetúan por la tradicion oral, hasta que los rapsodistas, — esos Homeros de todos los tiempos, — las convierten en poemas; y esos poemas tradicionales son las notas escapadas del conjunto al historiador, que solo percibe las grandes armonías, el tema general.

La poesía es la armonía de la historia, y las tradiciones populares son las flores silvestres con que los pueblos adornan á esa reina de las artes. Un pueblo sin poesía es un cuerpo sin alma; pero ese pueblo no ha existido nunca, ni existirá en el futuro.

## II

Las grandes conmociones sociales, las grandes revoluciones que renuevan la sávia y el espíritu de una época, comienzan su elaboracion en el sentimiento, que se convierte en idea y en accion; por eso los largos períodos de quietud, si bien son una atmósfera propicia para las artes, envuelven el peligro de una decadencia moral: si un pueblo no es revolucionario, por lo menos debe ser constantemente evolucionista. La evolucion es la revolución de los espíritus: es la fórmula del progreso humano.

La tradicion popular, trasmitida de unas generaciones á otras, revela la existencia de un culto por la memoria de los tiempos pasados y de los hombres que fueron su alma; revela que hay una preocupacion permanente por mantener la unidad del drama social, sin la que el espíritu colectivo se espondría á perder su punto de apoyo.

Si se me dice que hay en la historia de una sociedad un período del que no han quedado tradiciones ni recuerdos, deduzco que ese período fué teatro de cata-

clismos sangrientos que sepultaron en sus ruinas actores y espectadores; que allí no hubo pueblo ni espíritu público; que en él no alentaba un alma ni germinaba un pensamiento; que un inmenso y profundo abismo interrumpió la marcha del perfeccionamiento social.

Y, sin embargo, tal es el apego del hombre por su pasado, que cuando esos intermedios de sombra se presentan en su historia, se esfuerza por llenarlos de creaciones más ó menos fantásticas, más ó menos oscuras como el alma de esas épocas; y de allí esas teogonias vacías de fundamento aparente con que reemplazan la accion humana; de allí esas abdicaciones inesplicables de las que resultan largos siglos de retardo en la ascension del espíritu.

La poesía, la tradicion, como elementos primos de la historia, y como sus mejores y más bellos atavíos, son, pues, esenciales á las agrupaciones humanas; y si quisiéramos reconstituir una nacionalidad sumergida en esas tempestades que derriban toda la labor de los siglos, podríamos, estudiando su poesía y sus tradiciones, que han quedado flotando sobre las ruinas como el polvo que levantan los terremotos, elevarnos á la concepcion del alma que tales acentos produjo, de la organizacion social que tales actos ejecutó y que la tradicion perpetúa. Y cuánta vida, cuánto

color, cuánta armonía prestan á la historia, — de suyo tan severa, — los apasionados relatos transmitidos por la pasión de un pueblo á su posteridad! Con cuánto brillo se destacan en el tiempo esos seres sublimizados por el amor, divinizados por la religión, exaltados por la fantasía, cuando han condensado en su pensamiento, en su corazón y en sus sacrificios por la libertad, todas las ideas, todos los sentimientos y todos los magnánimos heroísmos de su generación!

La historia descarnada y fría, desnuda de los atavíos con que la adorna el sentimiento humano, se parece á aquellos maestros ríjidos y patibularios que instruían el entendimiento secando el corazón, ó á esas llanuras abrasadas por el sol, donde ni una sola corriente de agua hace brotar las yerbas y las flores que refrescan y perfuman el ambiente.

### III

Yo he recorrido algunos rincones ignorados de nuestro suelo; he penetrado en las gargantas de las montañas donde las razas extinguidas levantaron sus fortalezas; he visto algunas de esas construcciones

graníticas que aún el tiempo y la civilizacion no han destruido; he seguido las huellas de la conquista religiosa y de la conquista militar; y — lo confieso, — me he sentido conmovido ante el génio perpetuado en piedra, ante el valor indómito revelado por la tradicion y la arquitectura, ante la pasion íntima de una raza destruida que, como los luminosos pueblos de la India primitiva, tuvo sus poemas, sus dioses, sus héroes y sus grandes amores.

Penetrar con la investigacion en los misterios de los tiempos prehistóricos; escuchar, siquiera sea á tan enorme distancia, los cantos, los gritos y las palpitations de una sociedad que ha desaparecido; remover el polvo que cubre sus cenizas, y con ellas, todas las revelaciones de su vida desbordante de sávia, es entrar en un templo solitario, donde bajo la magestad de las bóvedas sombrías, se percibe el rumor inmenso del órgano semejante á la música de las olas que se escucha á lo lejos... Hay siempre algo sagrado en el misterio de esas vidas que han cesado de latir. Hacer resucitar las razas del fondo de sus sepulcros, es dar al mundo una revelacion. La exhumacion de los poemas indios, de los geroglíficos egipcios, de los ladrillos babilónicos, fué en el siglo XVIII una revolucion literaria y científica. Cuántos tesoros duermen en el fondo de nuestras montañas, de

nuestros desiertos que, desenterrados, serían quizá la gran revelación de nuestra literatura indígena!

Todos los pueblos tienen su biblia, ha dicho Michelet, y cada generación escribe en ella un versículo; y las biblias son al espíritu y á la cultura, lo que las grandes marcas á los continentes y á las altas montañas. ¿Cómo se escriben esos sublimes versos que condensan el pensamiento ó el latido de una época histórica? Los pueblos cantan, sufren, esculpen, edifican, y cada poema, cada drama social, cada estatua, cada monumento, son el reflejo de su pensamiento en la literatura, en la ciencia y en el arte.

Y nó se diga que es tarea estéril en tiempos en que el espíritu se encauza por corrientes positivistas, internarse en especulaciones de este género; porque el criterio positivo no significa mercantilismo, sino la investigación de los fenómenos sociales en su fuente, — la naturaleza, — y la averiguación de las leyes que los produjeron. Y ¿de qué otra manera llegaremos á la fórmula natural de nuestras relaciones políticas, si no es conociendo las raíces primitivas de nuestra sociabilidad y de nuestro gobierno?

La causa de los mas grandes desastres que llenan de tragedias sangrientas la marcha de la humanidad, no es otra, — la historia lo prueba, — que el no haber adoptado los hombres reunidos en naciones la fórmu-

la natural de su gobierno, esto es, aquella forma que fluye de la esencia de las cosas como el fruto nace del árbol.

La evolucion social se verifica en virtud de fuerzas latentes que obran de lo interior á lo exterior, equilibradas por influencias externas, como el equilibrio entre la vida animal y la atmósfera. La marcha humana sigue la resultante de esas presiones opuestas. Descubrir esas leyes latentes y convertirlas en fórmulas, es la obra del jurisconsulto que busca organizar el gobierno humano sobre bases de granito.

La poesía como manifestacion primitiva del espíritu, y la tradicion como esbozo primitivo de la historia, son las fuentes donde la inteligencia que analiza va á beber los elementos de la obra reveladora; y la poesía y la tradicion, teniendo una raíz profunda en la naturaleza del hombre, no mueren sinó que toman nuevas formas siguiendo la elevacion del nivel social, y las transformaciones progresivas que los tiempos y los sucesos obran en la esencia de las razas.

•

•



## IV

Volvamos á nosotros. El origen del hombre americano se discute y se investiga con la ciencia y con la historia. La luz plena no está hecha aún ; pero esto no me preocupa, porque le tomo desde los tiempos en que su existencia se revela con caracteres positivos.

¿ Conocemos algo de aquella vida primitiva, de los sacudimientos sociales que fueron causa de la inmensa extension que alcanzó el imperio Inca ?

¿ Sabemos algo de la historia íntima de los numerosos pueblos que vivieron de ambos lados de los Andes, y en las dilatadas soledades del sud del continente ? ¿ Tenemos alguna revelacion sobre la existencia de las sociedades que nacieron y vivieron á la márgen de los grandes rios tributarios del Atlántico, y debajo de las selvas que ellos fecundizan desde el trópico hasta el Rio de la Plata ?

Indudablemente la historia de esas épocas es pobre; largas intermitencias separan unos de otros los períodos conocidos ; un trabajo prolijo de deduccion retros-

pectiva nos llevaría quizá á reconstruir lo que los siglos han cubierto de sombra. Pero lo que no muere, lo que flota sobre las tinieblas y sobre los abismos, la poesía y la tradicion, respiran aún sobre las grandiosas montañas y las solemnes y dilatadas llanuras, porque el pensamiento nunca se aparta del todo del suelo donde germinó; y allí, sobre las rocas gigantescas, bajo las capas de nieves eternas, por cima de las cumbres habitadas por el cóndor, en la llanura desolada, á la márgen de los rios, y dentro el espeso follage de las selvas seculares, existen construcciones graníticas, tumbas petrificadas, leyendas míticas, canciones salvages, idilios tiernísimos, que atestiguan el paso de una raza gigantesca, heróica y apasionada.

El carácter de la tradicion indígena es el de todo pueblo primitivo: lo fantástico, lo incorpóreo, lo sobrenatural, basado, sin embargo, sobre los rasgos externos de la naturaleza, sobre los fenómenos sorprendentes é inesplicados que ella presenta á la imaginacion de un pueblo niño, dispuesto siempre á suplir con la divinidad lo que falta á su criterio embrionario. Y ¿qué cosa más atrayente y sublime que esas creaciones populares que no son sino los poemas de una raza? ¿Y qué cosa más bella que esas tradiciones que han inmortalizado las montañas de Escocia é Irlanda, de Bretaña, de Dinamarca y Escandi-

navia, de Alemania y Suiza, de España é Italia con los bardos, los trovadores, los *minesingers*, y que han elevado á la más alta forma artística los Walter Scott, los Tennyson, los Andersen, los Hoffmann, los Wagner, los Zorrilla, etc.?

Y no nos internemos en la riquísima y nativa poesía popular de los países de Oriente, porque la India nos deslumbraría con sus epopeyas y teogonias, la Persia con sus fantasías inagotables, y la Arabia con sus sueños y relatos, que tienen todo el calor de sus desiertos y todo el perfume de sus cedros; no penetremos en ese sagrado hacinamiento de ruinas que corona aún las montañas de la Grecia, ni en sus bosques misteriosos poblados en otros tiempos de la alada pléyade de dioses y semi-dioses, mitos y génios, encarnaciones de la imaginacion más fecunda que conocieron los siglos; no penetremos allí, porque los recuerdos nos harían derramar lágrimas, los sátiros, las ondinas nos envolverían en sus redes de música y amor, y porque Homero, Píndaro, Safo, sus historiadores y sus trágicos, sus oradores y sus atletas nos detendrían en sus dinteles silenciosos...! Hoy la Grecia es un sepulcro que la humanidad riega cada siglo con sus lágrimas, porque encierra las cenizas de la belleza y del amor del mundo, y sus sueños más sublimes petrificados en el mármol en el mo-

mento del delirio. Dejémosla allí como la ha pintado el poeta :

L'harmonieuse Hellas, vierge aux tresses dorées  
A qui l'amour d'un monde a dressé des autels,  
Git, muette à jamais, au bord des mers sacrées,  
Sur les membres divins de ses blancs immortels.

Hé ahí, pues, las fuentes siempre vírgenes de la tradicion y de la historia. Una línea curva perfilada en la piedra evoca un pensamiento ó revela la idea de un artífice; por eso el hombre en presencia de la naturaleza ha forjado sus dioses; y tal es el poder de ese pensamiento y de esa idea que, con la observacion y la emociion que despiertan las formas, han llegado á convertirse en dominio y en fuerza sociales.

Nunca se logrará separar del todo la idea religiosa de las formas y de los fenómenos siempre nuevos que la naturaleza exhibe al espíritu y á la observacion. La poesía ha nacido con el hombre, y ella, como única facultad creadora de la belleza artística, ha forjado los dioses y las religiones, pervertidos y materializados despues por la especulacion. Las religiones han dejado de ser una forma de la belleza ideal, cuando la poesía fué derribada del eterno pedestal de la naturaleza. Ella las crea y las sostiene; el arte es la sávia que las alimenta y las salva de los cataclis-

mos de la historia. El *Genio del cristianismo* ha hecho más por la salvación de la religión católica del naufragio del 93, que todos los libros, que todas las fulminaciones y que todas las polémicas de sus teólogos, de su iglesia y de sus filósofos.

## V

Nada hay más grandioso sobre el planeta que los espectáculos que la naturaleza americana ofrece á los sentidos y á la imaginación; nada más sublime que esas montañas gigantescas que desde Magallanes hasta el istmo de Panamá, se extienden como un esfuerzo de la tierra por llegar al firmamento, con su línea de cumbres veladas por las nieblas portadoras del misterio, y cubiertas eternamente por la nieve donde la luz se quiebra en rayos multicolores; con sus nidos de cóndores colgados en las ramas de árboles inaccesibles, ó contruidos en la roca hendida por los sacudimientos internos; con sus fuegos que en las tinieblas de la noche resplandecen á la distancia como auroras boreales, ó cometas cuyo núcleo se

escondiera en el seno del granito; con sus conmociones profundas que infunden terror secreto á hombres y animales, y que de tiempo en tiempo sumergen en el polvo las ciudades levantadas por la labor de los siglos; con sus quebradas y grutas misteriosas que la fantasía puebla de genios y de ninfas, de buenos y de malos espíritus, de dioses tutelares y de leyendas míticas; con sus rebaños de ciervos y vicuñas que, como las gacelas de los Alpes, parecen llevar en su instinto delicado toda la poesía de los paisajes que habitan; con sus huracanes desencadenados que sacuden sus cimientos seculares y hacen rodar al abismo, como enormes pedazos de la montaña misma, los colosales témpanos de la nieve acumulada en las cumbres; y por último, nada que levante en el corazón y en el cerebro supersticiones, sentimientos é ideas más profundas y solemnes que las contemplaciones de esas tormentas del espacio, donde el trueno multiplicado en voces y en intensidad por cada cumbre y por cada abismo parece ser la expresión de la cólera del infinito.

Ni los sacudimientos del Ida ante el enojo de Jove, ni las tempestades del Sinaí ante la revelación de la ley de Dios, ni los estremecimientos del Cáucaso ante los esfuerzos del sublime encadenado, ni las conmociones que agitan el legendario Himalaya,

morada de dioses y génesis de razas luminosas, pueden compararse á los mil fenómenos y cuadros con que el Andes sorprende y extasia, aterroriza y entusiasma, sacude y avasalla al que los contempla de cerca; ni pueden las imágenes de Homero que se petrifican en mármol, ni las candentes revelaciones de Moisés que se convierten en códigos, ni los versos calcinados de Esquilo que descubren un ideal humano, ni los exhuberantes poemas de Valmiki que enseñan un nuevo paraíso terrestre, contener más sublimidad, más misterio, más filosofía, ni más amor vírgen y puro que las epopeyas, las bíblias, las tragedias y los idilios que cantaron y sintieron las razas primitivas que habitaron las laderas de los Andes.

## VI

Permítaseme la evocacion de un recuerdo personal, porque los recuerdos son el alma de estas páginas. Yo he presenciado una escena que ha quedado esteotipada en mi cerebro, y que como un manantial

inagotable, alimenta mi imaginacion y mantiene siempre viva esa facultad engendradora de toda poesía, — la admiracion de la naturaleza.

Había atravesado la desolada llanura que ha inmortalizado á Facundo, y que dió vida á muchos otros tigres humanos ; ascendí á la montaña que anuncia á la cordillera madre, y que se levanta al occidente de la triste Rioja para consolarla de las amenazas del desierto. Al lento paso de una mula que os enseña á dominar el vértigo de los grandes abismos, las sorpresas de paisages tan variados como súbitos sostenían mis fuerzas y preparaban mi espíritu para la magna impresion de las cumbres.

No veía el sol que ya descendía ; caminaba envuelto en esa media luz de las tardes, fecunda en emociones y en ideas : la sombra preparaba mi retina para la vision plena que me esperaba en lo alto. De súbito mi vista se ofusca, mi corazon se agita desordenado, mi cerebro se alucina, mi respiracion se suspende, y mis pulmones, dando repentina salida á un volcan de aire comprimido, se desahogan en un grito supremo que condensaba la admiracion de todas mis facultades : á lo lejos, sobre el nivel que yo ocupaba, ví como una explosion de luz blanca é irisada, las cumbres del Famatina, vestidas de nieve secular ; y el sol suspendido sobre ellas como una diadema gigantesca,



parecía detenerse un instante para ser admirado en la plenitud de su poder. Desde allí enviaba en haces de luz refractada por el cristal de la cima su despedida solemne á los valles inclinados que cuelgan del coloso como los velos de un templo, dibujados de flores é imitando el firmamento azul, porque la distancia y las emanaciones de la tarde presentan los paisajes medio velados por una niebla azulada. Se diría que es el incienso sagrado que la admiracion de la naturaleza quemaba en las aras de aquel portentoso santuario de la poesía, y que el sol es el dios que se encierra en su inmenso cáliz de nieve.

Quedé rendido por la fatiga del espíritu. Nunca había contemplado ese cuadro, aunque mi niñez transcurrió en esos valles y en presencia de ese mismo monumento de los siglos; pero una larga ausencia de mi suelo nativo me había transformado, y mi corazon hambriento de emociones, no pudo resistir sin desfallecimiento á la súbita aparicion de aquel valle y de aquella montaña, á cuyo pié transcurrieron los más bellos dias de mi vida, y en donde las más sangrientas tragedias forjadas por el ódio de los hombres, habian enlutado los hogares y repleto de cadáveres sus rústicos y humildes cementerios.

El cielo estaba limpio, y su azul comenzaba á iluminarse con las claridades precursoras de la luna. Mi

cerebro no descansaba, porque al deslumbrante fenómeno del día espirante, comenzaban á suceder las apacibles y silenciosas escenas de la noche siempre bella, siempre amiga, siempre llena de misterios y de encantos. Comenzaron á hablarme en su lenguaje armonioso todos los gritos, los cantos, los rumores; los aleteos y los lamentos de cuantos seres viven del aliento de la sombra. Mi memoria volaba por el pasado evocando un recuerdo en cada accidente del valle, que divisaba desde lo alto de la cumbre, merced á la luna que desgarraba las tinieblas; y así, lentamente, los pensamientos se convirtieron en sueños cuando mis ojos se cerraron al peso de la fatiga del cuerpo y del alma.

Pero me esperaban aquella noche otra sorpresa y otro sacudimiento tan profundos como los del día. Me despertó de mi sueño un estampido sordo é intermitente que parecía venir del fondo de las montañas, que temblaban como si fueran á desquiciarse; abrí los ojos y ví la luna siempre radiante en el zénit, la cumbre nevada del Famatina brillar á lo lejos como un astro inmóvil, pero había una especie de polvo luminoso interpuesto entre mi vista y el firmamento; corrí á la cimá de una roca que dominaba el horizonte, y desde donde la pendiente era casi perpendicular; desde allí, petrificado por el espanto, la

admiración y el estupor, fui testigo del drama más grandioso de la naturaleza que es dado contemplar á los hombres.

A mis piés, en las profundas cavidades que los cerros dejan entre sí, una tormenta desencadenada hervía en el seno de los abismos; las nubes apiñadas en estrechos recintos, encendidas por los relámpagos con intermitencias febriles, parecían una olla inmensa de metal candente que ardiera con explosiones infernales. En el cielo la luna, las estrellas y las cimas nevadas os ofrecen un tesoro de fantasías y de sueños tranquilos, y en el fondo de las montañas reina el horror de los elementos enfurecidos. El contraste os agobia, porque todas vuestras facultades luchan como lucha el viento con el granito. Al día siguiente á la salida del sol, volví-instintivamente á mirar aquel abismo. El cuadro era distinto, pero igualmente hermoso: una extensa bóveda de nubes blancas se dilataba sobre los cerros menores y sobre los valles, como un océano congelado en el momento de la marea.

## VII

La naturaleza no ha cambiado ; y si hoy los hombres de este siglo nos forjamos las más raras fantasías ; si nos sentimos aterrorizados ó subyugados ante la magestad de los cielos, de las montañas y de los valles ; si nos llena de supersticiones extrañas el misterioso rumor que sube de los llanos á la cumbre como un himno de los desiertos á las alturas, imaginemos cuánta admiracion, cuántas ideas, cuántas revelaciones despertaron en el alma de aquellas razas primitivas entregadas sin defensa á la accion salvage y avasalladora en la tierra ! Cuánto tesoro ignorado por nuestros poetas condenados á cantar las montañas legendarias de la patria, — teatros grandiosos de nuestras epopeyas, — solo por lo que refieren los viajeros que, más felices que ellos, tuvieron la suerte de contemplarlas y de sentir las profundas emociones que levantan sus cuadros y sus fenómenos !

¡ Qué matices tan nuevos y brillantes adornarían la musa nacional, si en vez de consagrarse á celebrar

las glorias de agenas civilizaciones ó de culturas exóticas, volviera sus ojos hácia las selvas aún vírgenes y las llanuras desoladas donde reina ese silencio magestuoso de la inmensidad, ó hácia las montañas agrestes dondē en cada valle, donde en cada lago oculto, donde en cada cumbre descubriría los poemas más divinos del amor, de la tristeza, del heroismo nativo, de la vida pastoral, y los más tiernos idilios con que Teócrito inmortalizó su patria, y que son la poesía de todos los climas donde respira la juventud del género humano !

Y allí están inmóviles sobre sus cimientos de granito, como páginas esculpidas de la remota historia, las ruinas y los despojos de la lucha que el hombre primitivo sostuvo con la montaña y sus fatales estremecimientos ; allí están todavía, sin que les falte una piedra, los campamentos en que se atrincheraron las tribus denodadas en sus combates por el predominio de la fuerza, del derecho y de la sangre ; allí las fortalezas donde reunidos ante el peligro comun, se sacrificaron á millares por los huesos de sus padres, por la honra de sus héroes, por la divinidad de sus creencias y por la gloria de sus tradiciones.

Pero no ; lejos de ir á evocar sus manes sagrados, nuestra generacion indiferente va ahondando su sepul-

cro ; y cuando las evoluciones sucesivas y nuestras desgracias futuras nos arrojen en las pendientes de la decadencia de que ningun pueblo se ha salvado, no será ya tiempo de remover sus cenizas, ni de buscar en su pasado aquel vigor indígena que nos haría incommovibles, y que nos identificaría con la naturaleza, — única sávia que no se agota, única fuerza que no logran vencer las más radicales transformaciones de los siglos.

La libertad no es obra del convenio de los hombres, ni de la bondad de los reyes, ni de los dones de los dioses que el hombre adora sin comprender ; ella es hija de la naturaleza, y tiene sus raíces profundas en la tierra. Y ¿ para qué querríamos literatura, arte y ciencias, sinó para levantar el espíritu nacional á la inteligencia de su grandeza, para iluminar á las sociedades en su evolucion histórica y para ser libres hasta la eternidad ?

•

## VIII

•

Si descendemos á la llanura que se estiende como un océano interior entre las regiones montañosas y

las de los rios tributarios del Atlántico, y en la cual tambien dejaron huellas indelebles los pueblos primitivos, la impresion es diferente ; pero sus influencias sobre la cultura, sobre el carácter del hombre y sus sentimientos sigue su naturaleza grandiosamente triste, pero ilimitada y misteriosa. Las creaciones fantásticas son más propias de la montaña que de las llanuras; allí influyen las sordas y recónditas convulsiones, los diálogos aterradores entre las cumbres inaccesibles y las nubes cargadas de tormentas ; allí siempre habla la divinidad al corazon del indígena ; la lucha con la tierra reviste proporciones colosales, y la lucha con el hombre se subordina á los obstáculos ingentes de las escarpadas serranías.

Aquí la sociabilidad es más fácil y progresista, porque hay mayores dificultades para trasladar la vivienda, y porque las construcciones de piedra tienen algo de la eternidad de las montañas que las producen. El hogar está arraigado, el horizonte que se ofrece á la ambicion es más limitado, y los elementos de la tradicion nacen entonces de la vida íntima, de los cuadros naturales ó de las secretas voces del espacio, multiplicadas al infinito por las repercusiones de la piedra, que les dan todo el sentido de esos seres incorpóreos, que siendo imaginacion, ideas, supersticiones en su principio, se convierten luego en divinida-

des amigas ó adversas, segun que influyan de una ú otra manera en el corazon y en el cerebro.

Pero la llanura donde la vegetacion parece seguir las caprichosas veleidades de la naturaleza; donde el sol agosta en gérmen la sávia que engendra la verdura y la vida; donde las selvas espesas abrigan con ventaja á la fiera siempre en acecho; donde el hombre se abrumba y se desespera ante la inmensurable estension, y en que la falta de variedad y de matices da al espíritu y al carácter una monotonía melancólica y cierto fatalismo perezoso, no interrumpido sinó cuando la falta de alimento obliga á la voluntad á correr en busca de la conservacion: esa llanura silenciosa y siempre igual da, pues, á las creaciones de la imaginacion, á la poesía nativa y á la tradicion, toda la tristeza, la monotonía y la sombría magestad de sus misterios.

La epopeya de los pueblos que las habitan nace de los combates del hombre con la fiera ó con la selva ruda; la poesía es íntima y subjetiva, porque el pensamiento no tiene múltiples paisages, ni fenómenos de difícil explicación donde emplear su poder deductivo, ó la riquísima fecundidad de creacion que las comparaciones ofrecen al hombre de la montaña. Así, ese pensamiento solitario aislado entre la tierra y el cielo, una vez que ha penetrado en el firmamento



para forjar su dios, y en el seno de la tierra para arrancarle el alimento del cuerpo, se reconcentra en las cavidades de su propio ser, y allí solo encuentra lo incomprensible, lo inescrutable.

Conozco algunas leyendas de la llanura argentina que la tradicion oral ha hecho populares, algunos caracteres, no ya de aquellos tiempos pre-colombianos, sinó de origen más reciente, pero que no por eso pierden el colorido local, que abisman la razon del hombre de estudio, y que recuerdan algunos de esos personajes que, como Macbeth, como Hamlet, como Lear, parecen llevar en la intimidad de su alma las más sombrías ambiciones y deseos, los más tenebrosos escepticismos, los más horribles desencantos... La soledad engendra los mónstruos de la tierra, y sus héroes son los que la lucha de las pasiones entregadas á sí mismas engendra en sus paroxismos insondables.

Pero allí donde los rios serpentean y hacen brotar los oasis; donde la semilla arrojada en el seno de la tierra se multiplica y alfombra la llanura; allí donde la vida pastoril y agrícola suaviza los instintos y adorna la vida con sus encantos apacibles y sus días serenos; allí donde las selvas se levantan espontáneas para convertirse en morada de las aves y de los hombres; allí aparece la poesía tierna y sentimental, los amores tranquilos, y la tradicion reviste toda la

sublimidad de esos poemas, de esas églogas, de esos idilios que poblaron de armonías inimitables los bosques de la India, de la Arcadia, de Sicilia y de Germania.

La poesía heroica desaparece despues que nos ha referido los combates de los primeros antagonismos que preceden á la formacion del hogar del hombre y á la posesion de la tierra. Sigue el período de la paz doméstica donde florecen los sentimientos delicados, y donde cada faena y cada labor son un asunto para un idilio de Teócrito, hasta que la ola expansiva de la cultura de otros pueblos que han pasado su época salvaje, hace oír su primer ruido en las puertas de las cabañas y á la entrada de las selvas seculares. Entonces renace la fibra épica; el valor que da la tierra donde se ha nacido estalla en tempestades que todo lo incendian. Pero es la epopeya de la muerte que no será cantada por los bardos primitivos, sinó por los poetas de la civilizacion invasora. No es ya la tradicion indígena, poética y sencilla, la que va á cantar las hazañas de los héroes inmolados, sinó la historia severa que juzga con el criterio del vencedor, y en cuyas páginas no se respiran los perfumes, ni se escuchan las músicas arrobadoras de las selvas donde vivieron y se inmolaron las razas extinguidas.

La América está sembrada de sus sepulcros desde

Méjico hasta Magallanes y desde el Pacífico hasta el Atlántico; y en cada uno de ellos ha perecido una epopeya, sin que su grito de desesperacion ó su despedida de la patria que defendieron como los tigres de sus selvas y de sus montañas, se hayan perpetuado siquiera por ningun poeta. Sus cadáveres que sepultaban con solemne pompa y con religiosa solicitud en panteones que fueron templos, han sido removidos por la codicia que buscaba despojarlos de los adornos con que asistian á sus nupcias con la muerte, sin que nadie pensara entonces ver en esos despojos un indicio de su pasado. Conquistar es civilizar; pero la civilizacion no significa la muerte, ni menos la destruccion del pensamiento y del corazon de una raza.

## IX

Volvamos á las montañas; busquemos en sus secretos senderos y en sus espectáculos sorprendentes, las influencias que ejercieron sobre el temple de los pueblos que las habitaron; y despues que hemos presenciado sus tempestades y admirado sus cuadros

á la luz del sol ó de la luna, preguntémosles cómo sentían y cómo admiraban aquellos hombres que nos precedieron en este nuevo paraíso.

Un ilustre argentino que dió brillo y esplendor á nuestra naciente literatura, y que fué á la vez poeta inspirado en las grandezas de su patria, escribe estas líneas que tienen toda la sonoridad, todo el brillo y toda la pasion que bullen en las montañas de América: “ Cuando la tempestad se desencadena, y los relámpagos brillan en las nubes negras, y el trueno repercute su voz en la tierra y el relámpago ilumina y deslumbra súbito y pasajero, entónces aquellos indios, inclinados por naturaleza á la reflexion, toman un aire sombrío y reposado, y contemplan con religioso recogimiento aquel espectáculo siempre grandioso aún para quienes conocen las leyes físicas á que obedece. Ellos ven en él con los ojos de la fantasía una batalla sostenida por las falanges miltonianas de los pillanes que se disputan entre sí el imperio de los destinos humanos, y siguen con emocion las vicisitudes de la lucha, en que las ráfagas son flechas, los relámpagos corceles de fuego, y el trueno la artillería de los pillanes cristianos. Sabe Dios, cuánta regla estratégica han aprendido aquellos salvages en su estudio de las batallas atmosféricas! Pues qué, el guerrero tambien no tiene inspiraciones como el artista, y no fin-

gen las nubes cuanto la imaginación quiere ver en ellas? ¿No fué en su seno donde Constantino descubrió el signo que le aseguró la victoria?" (1).

¡Qué asunto tan magnífico para un poeta el pintar en estrofas candentes esos combates del cielo, que desde los poemas de la India primitiva hasta las fantasías de los pueblos occidentales, tuvieron su lugar preferente en la acción, y recibieron de la musa de todos los tiempos una personificación brillante de la divinidad ó de las fuerzas que conmueven el universo! ¡Qué dramas, qué leyendas ocultas en el olvido aquellas que resultan de un modo natural y sencillo de la influencia de esos fenómenos en la vida de las razas indígenas! Pienso que si se descubriera algún monumento literario de las razas de América, algo como un poema bíblico, ó como una gran tragedia de aquellas que condensan una historia, ellos tendrían todos los caracteres, todos los colores, todos los sentimientos, todo el vigor descriptivo que nos asombran en los poemas de la India.

He leído mucho de esta región de la luz ideal; he sentido y he soñado con sus guerreros legendarios; he sufrido con las desgracias de sus héroes y heroínas

(1) DR. JUAN MARIA GUTIERREZ, *De la poesía y de la elocuencia de las tribus de América*. (Revista de Buenos Aires, t. XIX, XX.)

perseguidos por los celos de divinidades envidiosas ; he sentido henchirse mi corazon y dilatarse mi espíritu con nueva fuerza al leer las descripciones exuberantes de aquellas selvas vírgenes, de aquellos rios consagrados, de aquellas montañas sumidas en nebulosas eternas, donde rugen los vientos, fulminan los rayos y repercuten los truenos mil veces en los abismos ; y he visto tambien por cima de este horror que espanta al hombre, atravesar como un relámpago más vivo el carro luminoso de Douchmanta y de Rama, que van á vencer á los espíritus malignos, ó á acudir á los sublimes desenlaces de sus dramas íntimos, tanto ó más inspirados que los que Homero, Esquilo ó Eurípides inmortalizaron.

En casi todas esas descripciones que la pintura clásica ni moderna no podrían trasladar á la tela, porque esta no copia las emociones ni la sávia oculta, ni la música de los bosques y montañas, he reconocido la naturaleza de mi patria ; sus rios que corren desde la gran cordillera hasta el Atlántico entre orillas alfombradas de verdura, y bajo techumbres de árboles seculares ; sus montañas que quisiera describir tantas veces como acuden á mi recuerdo ; sus llanuras ilimitadas llenas de temores silenciosos y de pensamientos concentrados ; el rugido de las fieras, la armonía de los cantos, el fragor de sus tormentas ;

y en todos estos cuadros he visto cruzar, envueltas en aureolas de fuego, las divinidades que creó la imaginación poética de las tribus de América, con las cuales sostuvieron diálogos secretos, y cuyos nombres conservaron en un idioma que remeda al vivo las voces ora dulces y apacibles, ora formidables y ensordecedoras de la naturaleza.

Como las epopeyas homérica y védica, y como la epopeya virgiliana, esas voces inesplicadas ejercieron influencia decisiva sobre los combates y sobre los actos de la vida colectiva, doméstica ó política. El mismo escritor que he citado antes dice, además, sobre esto: "El rumbo que toma el núcleo de la tempestad es para el araucano un motivo de vivísima inquietud. La dirección del viento es tan decisiva en el éxito de la batalla meteorológica, como en un combate naval antes de la invención del vapor"; y refiriéndose á las luchas de la conquista, agrega: "Si la borrasca, llevada del norte, camina de las tierras de los españoles hácia las de ellos, dicen que los pillanes van perdiendo el terreno, y procuran darles esfuerzos con voces alentadoras y briosas, diciendo: *ea yabulamen pugnamutum!* que quieren decir: "¡ea, varones, echad pié á tierra y tened esfuerzo!" Cuando por el contrario, el viento lleva la dirección de sur á norte, creen entónces que los su-

yos llevan lo mejor en la pelea, y los aplauden, celebran su valentía y los animan á que persigan los contrarios, diciendo á voces: *inabimn, puen, ling bimn, urquilbimn!* — “seguidlos, seguidlos varones, matadlos, no les tengais lástima!” ¿Quién no encuentra reflejadas al vivo en esas palabras las explosiones repetidas del trueno que se asemeja á una artillería colosal descargada á la distancia? ¿Qué idioma ha imitado mejor jamás, si no es el de Homero, los terribles fragores de una tempestad?

Desde luego, es indudable que la tradicion araucana reviste un carácter principalmente belicoso y heróico, y así está demostrado por los prolijos estudios de los historiadores de ambos lados de los Andes, por las antiguas crónicas de las colonias, y antes que ellos, por el inmortal poema de Ercilla, tanto más grandioso y rico en poesía y en material histórico, como desdeñado por los que, siguiendo el impulso dominador de las nuevas corrientes literarias, creen que no es posible armonizar lo viejo con lo nuevo.

Ercilla nada tiene que envidiar en ciertos pasajes de su obra, á los cuadros más acabados que Homero, Virgilio y el Tasso describieron, ó á las escenas ya tiernas, ya heróicas que narraron, y ha creado tipos de héroes indígenas y de mujeres americanas que



merecen perpetuarse en la historia del arte, al lado de Elena, Hécuba, Dido, Armida y de algunas de las creaciones dramáticas de Shakespeare; y creo además, que la *Araucana*, como poema histórico y descriptivo, es una de las fuentes más puras de la tradicion de aquella region de América. Allí, si bien no podemos tomar sus relatos con todo rigor histórico, por cuanto existe la fantasía poética, encontramos pintado y de relieve el carácter dominante de la raza vencida, sus prácticas guerreras, sus creencias, sus leyes, sus costumbres; y aún más, de todas las epopeyas conocidas, ninguna como la *Araucana* ha precisado ménos adulterar la verdad para dar al poema la belleza artística, porque Ercilla encontró en América una tierra vírgen, jamás descrita ni cantada, y sus descripciones inimitables de un realismo que sorprende, siendo copia exacta de una espléndida region desconocida, debían tener en su época y en todo tiempo el precioso encanto de la novedad, que va siendo tan escaso en nuestra poesía contemporánea.

Es ese mismo pueblo inmortalizado por la epopeya y la desgracia el que, siguiendo sus impulsos de dominacion y de conquista, ha ocupado tambien las llanuras y las selvas paradisiacas de nuestras regiones australes; el que atrincherado y casi diezmado por la colonizacion moderna en un rincon de la

tierra que dominó como soberano, y á la orilla del océano que se estrella en sus rocas, donde sus poetas y sacerdotes lloraron por largo tiempo la pérdida de su patria, hace apenas algunos años acaba de someterse por completo al imperio de nuestras leyes y de nuestra cultura, despues de librar combates desesperados, y despues de una larga guerra de venganza y de esterminio en defensa de lo que él, siguiendo la ley natural, creía de su dominio eterno é indisputable; y aunque la cultura araucana decayó algun tanto despues que fué dominada y perseguida, y como todos los pueblos diezmados por la guerra, degradaron ú olvidaron sus ideales poéticos sobre religion y política, su rastro no se ha perdido del todo, y tenemos algunos literatos investigadores que tratan, siquiera sea de un modo indirecto, de reconstituir por la tradicion, por el estudio de las costumbres y por la descripcion de sus viviendas, todo el pasado de los pueblos de esa raza que se esparcieron por el sud del continente (1). Atrevidos exploradores, tanto extranjeros como nacionales, han estudiado los orígenes del primitivo habitante de nuestras llanuras y de nuestras selvas patagóni-

(1) Tenemos entre nuestros escritores al distinguido Doctor E. S. ZEBALLOS cuyos romances histórico-descriptivos: *La dinastía de los Piedra, Painé y Relmu*, han logrado merecida popularidad.

cas, y sus trabajos, aún no suficientemente estudiados, están destinados á suministrar luz vivísima sobre las fuentes y los elementos de la tradición precolombiana. El amor por las exploraciones geográficas comienza á dar resultados alhagüenos, merced á los esfuerzos del *Instituto Geográfico Argentino*, á quien la ciencia nacional deberá muchos de sus progresos en la geografía, en la sociología y en la tradición, que, como es sabido, son los principales componentes de toda cultura y de todo organismo institucional.

Es por medio de esos trabajos, de esos estudios, de esas fatigas que llegarán algún día á acercarse las generaciones actuales á las remotísimas fuentes de donde brotaron; llegarán á conocer cada uno de los cataclismos que derribaron las antiguas sociedades, y las causas de sus renacimientos sucesivos. “ Esa distancia de tiempo, — diremos con Mr. de Larmatine, — esa descomposición de las lenguas, esas muertes y derrumbamientos de los imperios que las hablaban, han hecho, pues, desaparecer en el pasado remoto del mundo inmensos tesoros de literatura. Nosotros exhumamos de tiempo en tiempo en la India, en el Egipto, en la China, algunos de sus despojos. Gloria á los hombres de letras, que los descifran y los recomponen, como Cuvier recom-

ponía un mundo antediluviano con la ayuda de algunas osamentas ! ” Y yo agrego, ¡ qué gloria tan pura la que conquistarían nuestros literatos, nuestros historiadores, nuestros hombres de ciencia y nuestros poetas, si lograran con sus estudios, con su dedicacion constante, reconstruir aquel período luminoso de nuestras razas primitivas, que se oculta, como las cimas andinas en las nieblas permanentes, en la oscuridad de la época prehistórica ! Un pueblo sin tradiciones de su origen me parece que debe sufrir los mismos desconsuelos del hombre que no ha conocido sus padres, y debe envidiar á los otros que gozan en los infortunios recordando los dias en que se adormecieron al rumor de los cantos maternales. Por eso las naciones que no tienen tradicion la crean sobre la base de la naturaleza y de sus caracteres íntimos ; y es ese anhelo de iluminar el pasado el que ha forjado los grandiosos poemas bíblicos, de cuya sávia se alimentan las literaturas cultas de todos los pueblos.

La fantasía no morirá jamás bajo el peso de la inteligencia, como la poesía no se extinguirá de la tierra aunque la ciencia y la historia analicen é iluminen hasta el átomo la naturaleza y su pasado ; antes al contrario, el arte y la poesía deben á la ciencia y á la historia el haber descubierto nuevos tesoros, que han sido como manantiales donde la belleza ha bebido

nuevos encantos. La ciencia ha hecho brotar una Venus de Milo, como el sol hace brotar del fondo del horizonte una aurora boreal; nos ha revelado los Vedas como el alba hace abrir las rosas llenas de perfume y de rocío. La historia nos ha traído las palpitations del corazón humano en los paraísos ignorados de la tierra, las luchas magnánimas de la libertad inmaculada y los éxtasis del primitivo pensamiento religioso, que busca en las cumbres ideales su divinización, como las algas submarinas buscan en el aire y en la luz la fecundidad y la vida. La ciencia y la historia con sus múltiples auxiliares, y el pensamiento literario con su potencia deductiva y su fuerza de coordinación estética, nos harán algún día la grande y espléndida revelación de la biblia americana, que veo ya brotar de las nieblas del pasado, como la explosión de luz de un nuevo génesis.

## X

Sabemos, merced á los trabajos de eruditos historiadores, por los libros que nos dejaron los cronistas

de las guerras de Indias y por las investigaciones de la ciencia, que los araucanos tuvieron una adelantada civilizacion, que remontaron su pensamiento á la más sublime de las ciencias exactas, y que indagaron las leyes que rigen la sucesion del tiempo ; que cultivaron la elocuencia con altura, y el señor Gutierrez y otros historiadores nos dan ejemplos de oraciones donde la forma y la intencion revelan una idea muy avanzada del arte ; que tuvieron sus poetas encargados de conservar la tradicion de la raza, las glorias bélicas, la honra de sus dioses, y de enaltecer todo aquello que significa la manifestacion de un pensamiento y de un alma ; que tuvieron sus sacerdotes y sus augures, poseedores de la revelacion divina y de los secretos del corazon humano, y bien se sabe cuánta importancia encierran para la esplicacion de los acontecimientos sociales estos personajes de que tanto provecho obtienen las creaciones literarias y líricas de la actualidad ; que tuvieron sus músicos, sus fiestas solemnes, sus bailes nacionales, sus grandes pompas y sus tristes y solemnes funerales.

Las ideas religiosas eran el alma de su evolucion social ; sus sacerdotes los dueños de su corazon y de su voluntad, como en casi todos los pueblos de oriente y aún de la Europa, donde la religion entra como elemento esencial en la historia. Nosotros conocemos

sus creencias, pero ignoramos los acontecimientos, las grandes y pequeñas conmociones que las diferencias teológicas produjeron entre ellos ; y si por desgracia no pudieran las letras americanas penetrar en esos misterios y descifrar esos hechos, quedan como elementos seguros de induccion y de recomposicion, los tipos sociales, las supersticiones, las palabras de su lenguaje imitativo y sus construcciones ; y todas esas bases de criterio pueden llevarnos, si no á la restauracion perfecta de su organismo social, por lo menos á crear una tradicion fundada en el genio de la raza, una poesia nacional que se inspire en su suelo, en sus creaciones fantásticas, y así, por último, hasta identificarnos con su modo de sentir y de pensar.

Hoy que la literatura dramática parece buscar en los secretos del corazon humano los efectos sorprendentes, y la fascinacion estética es buscada en los tipos originales que dan vida á toda creacion artística ; hoy que la novela parece sacar su sávia de la misma originalidad de caracteres ; hoy que las tendencias del espíritu se dirigen al estudio del hombre bajo las faces y con el criterio de las nuevas ideas biológicas, que tan saludable revolucion han producido en la añeja filosofía, nada mas propicio que acudir á las fuentes puras de nuestras sociedades americanas. En ellas el dramaturgo encontraría caracteres originalí-

simos y profundos, que darían grandeza á su obra con solo copiar la realidad, como Shakespeare hizo con [sus personajes de épocas legendarias ó históricas; el novelista encontraría en las misteriosas influencias de la religion, de la supersticion, del heroismo, de la pasion salvaje, de la mezcla de la civilizacion cristiana con la sávia indígena, tipos, pasiones, fatalismos, que combinados con arte darían nuevas formas á ese género literario tan gastado y enmohecido por los que careciendo de verdaderas facultades creadoras y descriptivas, no hacen sinó alimentarse de los desperdicios de talentos superiores.

Las obras maestras de toda literatura son aquellas que condensan la índole y el genio de las sociedades en que nacen, ó que logran ser la espresion gráfica de la naturaleza donde esas sociedades viven. Las demás llevan el sello de lo pasajero y transitorio; y si bien consiguen divertir á ciertas clases sociales durante un dia, jamás serán el alimento de una generacion y de una época.

La tradicion, á su turno, tiene en las religiones nativas su fuente inagotable, porque no desdeña los detalles, sinó que vive y se forma de ellos. Es el elemento atómico de la historia, la reveladora inagotable de las costumbres y de la vida íntima. Ella, esplicando el sentido de una palabra, la significacion



de un geroglífico, la filiacion de un monumento, la fisonomía de una ruina perdida en la montaña, da vida á una narracion llena de animacion y de colorido, y con destello misterioso irradia sobre el carácter de una época y de una raza. La supersticion, rasgo típico de toda sociedad en pañales, es uno de sus alimentos más ricos é inagotables, porque la supersticion es el secreto de esas acciones que la historia no se digna profundizar. Vive del detalle, como la poesía vive de la armonía que flota sobre todas las cosas, y que nace de todos los choques, ya sea de los sentimientos como de las ideas que se atraen ó se rechazan en el movimiento perenne de la vida material ó inteligente.

Narrar esos acontecimientos de reducido teatro y de escasos personajes, recoger en un solo conjunto esas armonías salvages que encantaron una generacion, que brotaron de las sublimes montañas de los Andes, de los rios y las selvas de nuestras regiones australes, seria, pues, hacer resucitar el alma de la extinguida cultura araucana.

•

## XI

Entre las razas que ocuparon lo que hoy es la República Argentina, es indudable que ninguna dejó huellas más vivas de su tradicion y de su historia que la gran nacion quichua, y esto debido á las crónicas minuciosas que nos dejaron los primeros exploradores, y aún á que fué ella la que más señales dejó en su tierra de su genio y de su cultura. Ninguna como ella presenta mayor unidad y consistencia en sus hechos, y aunque sus noticias ciertas no se remontan mas allá del siglo xiv, se ve que su historia comienza en aquella época, aunque con todas las nebulosidades de que los pueblos nacientes rodean los comienzos de su existencia.

Por la naturaleza de sus leyendas podríamos deducir que forman una humanidad distinta, con su génesis, sus mitos, sus primitivos ensayos sociales, hasta presentar los primeros hechos históricos, que pueden continuarse despues en órden cronológico hasta la conquista, período en que la historia se apodera de ella

hasta nuestros dias; y aunque no es mi intento detenerme á discutir la exactitud de los orígenes que ellos se atribuyen, á semejanza de los indios del Asia, de los egipcios, de los germanos, de los hebreos, de los griegos, pienso que la tradicion existe y que debe restaurarse comenzando por reunir en un conjunto sistemado y uníforme, todas las narraciones ya míticas ya positivas que, enunciadas por los primeros cronistas de Indias, no han sido aún desarrolladas, ni llenados los vacíos que se advierten en la sucesion de los períodos de su vida.

La gran nacion quichua tiene sus génesis propio, y como todos los orígenes del hombre, él se halla envuelto en la fábula que parece ser la atmósfera tenebrosa de donde brotan todas las creaciones y todas las existencias. Y si la ciencia ha penetrado en esos misterios de la concepcion de los primeros seres, y puede recorrer el velo de la fábula con su poderosa y profunda mirada, la literatura solo tiene la mision de recoger la fábula misma, tal cual la imaginó y la forjó en su mente oscura el hombre primitivo.

“ Antes de Manco Capac, antes de la fundacion de su gran imperio, los primitivos pobladores de aquellas feraces regiones habian recorrido ya muchos siglos en el camino de la civilizacion: ruinas de monumentos grandiosos y aún de ciudades enteras,

cuyas diversas arquitecturas, no solo son esencialmente distintas de la genuina arquitectura de los Incas, sinó que tambien difieren notablemente entre sí, y respecto á las cuales, aún en el tiempo de los Incas, no quedaban más que vagas tradiciones : gran número de lenguas que iban cediendo su lugar á la lengua quichua, que era la general del Imperio, y que muchas aún no habian desaparecido enteramente cuando los españoles llegaron con el habla de Castilla ; diversas tradiciones, tan oscuras como fabulosas sobre los primeros pobladores de América, y sobre razas anteriores á la raza de los Incas ; todo demuestra claramente que las tribus que poblaban las vastas comarcas en cuyo centro se fundó la ciudad del Cuzco, que llegó á ser el corazon del Imperio, contaban ya un largo pasado antes de la aparicion de Manco Capac. " (1).

Por otra parte, como todos los pueblos que se presentan á la historia con caracteres de vitalidad y consistencia, la nacion quichua tuvo sus instituciones especiales más ó menos parecidas á las que nos enseñan las antiguas civilizaciones del Asia, de la Europa y del Africa ; ella tuvo sus guerreros organizados á semejanza de Romá, un gobierno provincial con atri-

(1) PACHECO ZEGARRA, *Estudio sobre Ollantay*, Paris, 1878.

buciones y jurisdiccion perfectamente deslindadas, su casta sacerdotal como el Egipto, como la India, como la Germania, como la Grecia ; sus vestales, sus cortes, sus séquitos reales, sus fiestas populares, donde la imágen del Baco helénico se presenta transfigurado por un clima tropical y por una naturaleza distinta, pero siempre rodeado de la confusa algarabía con que atronaba las selvas y los mares en sus tiempos de gloria ; ella tuvo tambien, como la Grecia primitiva, sus danzas y sus bacanales donde el licor evoca la alegría, enciende la cólera, despierta el llanto, y de donde, despues de una larga serie de transformaciones y evoluciones, surge vestida de su coturno regio, y con su máscara que nos aparta del mundo real para llevarnos á lo supuesto y lo impersonal, la tragedia solemne que se cincela con sus formas clásicas con Esquilo y Eurípides, y la comedia aristofánica que se viste con máscaras prestadas y con andrajos burlescos, donde va á ver el populacho el lado ridículo de aquellos personajes que en la tragedia le movieron al llanto ; ella, como todas las razas madres de la cultura que admiramos en poemas, en pinturas y en esculturas, tuvo sus rapsodistas, sus pintores, sus escultores y arquitectos. Sus *amautas* y *haravecus*, encargados de conservar la tradicion patria, de formar y descifrar los admira-

bles *quipus* de la escritura quichua, escribieron y cantaron las glorias y las desgracias de sus antepasados, sus guerras y sus grandes revelaciones religiosas (1). Tuvo, por lo tanto, su gran poema nacional en el conjunto de todos aquellos cantares salvajes donde palpitaba su sentimiento nativo, donde expresaban su adoracion ó su admiracion por sus dioses naturales, entre los que descollaba el Sol como calor y alma de la naturaleza, de la Madre Tierra, culto pristino de todo ser animado.

Los orígenes de sus primeros reyes, he dicho, se pierden en las nebulosas de la fábula; pero aquellas tradiciones de raza trasmitidas oralmente ó por medio de su original sistema de escritura, y recogidas despues por los primeros cronistas del descubrimiento de América, nos muestran al pueblo quichua con una sociabilidad formada y en via de evolucion uniforme. Tenemos noticia de sus grandes y arriesgadas expediciones á las regiones andinas y á las grandes llanuras orientales, y sus rastros conservados aún, á pesar de los estragos de la guerra de conquista y del tiempo, nos indican que llegaron hasta las márgenes del Paraná, donde concluía la

(1) CIEZA DE LEON. *Segunda parte de la crónica del Perú*, c. xii.  
— PRESCOTT, *Historia de la conquista del Perú*, c. iv.

accion expansiva de la raza guaraní (1). Sabemos tambien que de las naciones más remotas, tanto aquellas que vivían al pié de las grandes nieves, como las que vivían abrumadas por el horror de la llanura abrasada, llegaban á la capital del Imperio, — la sagrada Cuzco, — los más abundantes y ricos tributos, forma semi-bárbara del impuesto, pero que revela un sistema de dominio y de vasallaje, no extraño á la civilizacion europea hasta el principio de los tiempos modernos. Conocemos cuánta suntuosidad y elegancia desplegaron en el ornato de su gran templo del Sol (Inti-huasi), merced al oro, la plata y la pedrería que extraían de los fabulosos veneros de los Andes, y cómo se deleitaban en rendir el homenaje del arte al que ellos consideraban el único y sabio autor de la naturaleza (2) y á sus divinidades inferiores. Es igualmente notable el que en su código religioso se comprendiera la institucion de las vestales, las vírgenes consagradas al servicio del culto del Sol, y que debían elegirse entre todas las familias del Imperio; y este primer esbozo de la vida monástica que encontramos establecido desde los

(1) V. F. LOPEZ, *Geografía histórica del territorio argentino*, 1869. (*Revista de Buenos Aires*, tomo xx, pág. 608).

(2) CIEZA DE LEON, *Segunda parte de la crónica del Perú*, xxvii.

---

tiempos mitológicos de la India, de Egipto, de Grecia, de Roma, si bien en sí mismo no importa una concepcion elevada de la religion, él ha subsistido en todas las naciones de la antigüedad pre-cristiana en medio de las épocas de mayor cultura social. La violacion de su voto sagrado de pureza se castigaba con la muerte, que solo podía perdonarse, y aún divinizarse, cuando de la culpa hubiera nacido un dios, porque la humanidad está siempre inclinada á deificar lo que nace del misterio.

Si, pues, tales rasgos caracterizan esta raza privilegiada de la América, y si ellos la asemejan á las razas que más luz destellaron desde la antigüedad hácia los tiempos de la cultura europea y cristiana, trasmitida por la tradicion, por la poesía, por la historia, por la arquitectura y la escultura ; y si admitimos que razas de semejante organizacion sico-fisiológica, desenvolviéndose en medios semejantes, deben producir las mismas ó parecidas manifestaciones externas ó internas, y engendrar los mismos ó parecidos sentimientos, creencias y facultades, es lógico deducir que la gran raza quichua ha tenido en formacion, sinó acabadas, sus tradiciones épicas, religiosas y sentimentales, y que como sus congéneres del antiguo oriente, vivió largos siglos envuelta en la atmósfera luminosa de sus divinidades, de sus



semidioses, de sus cantos, de sus monumentos, que dan hoy á las ruinas que todos los pueblos veneran, el aspecto de un génesis destruido repentinamente por el capricho de su creador en el momento álgido de su elaboracion deslumbradora.

Si la literatura nacional no pudiera penetrar en el secreto de ese pasado, y desenterrar de las huacas y los templos todos los tesoros del pensamiento quichua, ¡qué espléndido campo, no obstante, encontraría para sus creaciones en lo que conocemos de él por los trabajos de arqueólogos é historiadores! ¡Cuánto personaje ya legendario, ya fantástico, ya histórico nos presenta la América desde los tiempos más remotos, que pudieran ser objeto de poemas inmortales en los que respirarían el genio indígena, la sávia tropical, el perfume de las selvas, la grandiosidad de las cordilleras; el misterio de los abismos, la majestad del desierto, el heroismo de las luchas salvages, la luz mística de tantas divinidades poéticas habitadoras de las cumbres y el amor puro con todos sus idilios y sus tragedias!

Y qué pálidos parecerían á nuestra imaginacion los poemas tradicionales de Inglaterra, Alemania, Suiza, Francia y España, donde, sin embargo, sentimos todo el hervor y el brillo de la fantasía primitiva! El pueblo no repite de memoria esos poemas

profundamente filosóficos que invitan á pensar, y que son hijos de la civilizacion moderna : ellos aprenden los cantos legendarios que refieren y celebran las hazañas de sus héroes, los sacrificios de sus mártires y las escenas del amor sin cálculo ; y se complacen en recordar con religioso respeto sus orígenes, ya celestes, ya terrenos, pero tradicionales ; y la tradicion, de esta manera sencilla y sentimental, obra tanto en la cultura social como las más tenebrosas y elevadas concepciones del espíritu.

Los versos de Tirteo, los cantos de Mesenia, las odas olímpicas, la epopeya homérica, las baladas anglo-sajonas, los romances castellanos, encantan más la imaginacion popular que las tragedias de Esquilo y de Eurípides, que las sátiras de Horacio y de Juvenal, que los dramas de Shakespeare y Racine, que las comedias de Alarcon, Calderon, Moreto y Lope ; y si quisiéramos levantar en el corazon del pueblo el sentimiento patriótico para la defensa nacional, no habríamos de hablarle en el lenguaje de las academias, sinó en el idioma candente de las glorias, de las batallas y de los martirios de nuestros héroes ; les hablaríamos al sentimiento, porque él enciende las cenizas de los sepulcros y precipita á los pueblos á los grandes heroismos.

## XII

Aún la crítica no ha resuelto si los quichuas tuvieron su gran poema nacional ; y aunque ha llegado hasta nosotros el *Ollantay*, tan discutido por su origen, escrito en el idioma de los Incas é inspirado en uno de los episodios más célebres de su historia, no parece prudente resolverse á adoptar la opinion de los apasionados partidarios de su filiacion nativa, si se tiene en cuenta sus notables y visibles afinidades con el teatro español del Siglo de Oro.

Yo lo he leído, lo he meditado, lo he comparado con esmero con las obras más acabadas de la escena española, y mis impresiones son adversas á su origen americano ; y no es porque crea que el genio quichua no hubiera sido capaz de dar vida á una obra como ésta, porque su cultura artística llegó á una altura considerable, sinó porque no le encuentro el sabor de la naturaleza, ni el colorido de las tradiciones de raza, ni el fervor de la creencia, ni la dulzura é ingenuidad de la poesía indígena, ni la fidelidad con los prin-

cipios políticos de la nacion á quien se le atribuye ; y aunque es cierto que los poemas bárbaros de la India primitiva nos presentan ejemplos de una elevada concepcion artística que irradia sobre el teatro griego, no creo que debemos deducir de aquí que la raza quichua pudo haber dado formas más ó menos acabadas á sus obras literarias, porque la distancia de tiempo y espacio que separa á una y otra civilizacion es tan inmensa, que con la influencia del medio sociológico debió indudablemente perderse todo vínculo y todo reflejo entre ellas, á no ser los primitivos conceptos sicológicos que forman la esencia del ser inteligente.

Por lo menos, esa distancia de tiempo y espacio bastó para que las fuerzas externas de un nuevo clima, de una nueva naturaleza, de nuevas necesidades, de nuevas luchas, de nuevos fenómenos, transformaran por entero las tendencias morales, sociales, artísticas y religiosas del hombre americano, á tal punto que, puede decirse, se ha verificado en nuestro continente el nacimiento de una nueva humanidad organizada como la antigua, pero que forzosamente debía seguir corrientes ideales semejantes aunque no idénticas. Por otra parte, *Ollantay* no tiene parentesco literario, ni siquiera remoto, con el drama védico, de modo que toda deducccion que quisiera llevarnos á afirmar la existencia de una filiacion con aquel primero y

deslumbrante génesis del arte, sería aventurada por lo remota.

En cambio, las afinidades de esta obra con el género del drama ibérico son indudables; y sería incomprensible una coincidencia tal para que el quichua hubiera creado ciertos personajes típicos de aquel teatro. Y nada tiene de difícil ni de extraño el que algún poeta conquistador hubiese querido ensayar la creación de un drama basado en asuntos americanos, cosa por otra parte, que revela en el autor de *Ollantay* una felicísima elección; y aunque las escenas no se hallan distribuidas ni ligadas con la debida armonía estética, y como la noción de tiempo y espacio lo exige, esto bien podría ser efecto de que el autor tuviese más disposiciones líricas que dramáticas, ó por fin, que se hubiese extraviado parte del original durante las vicisitudes de la conquista, y no en manera alguna porque ignorase las reglas de composición teatral, puesto que en el mismo drama se muestra perfecto conocedor de muchos difíciles y delicados recursos con que se hermocean los mejores dramas modernos.

Pero lo que más me decide á pensar que él no ha nacido de la musa americana, es la falta completa de imágenes sacadas de la naturaleza, de la tierra donde actúan sus personajes; y si se exceptúan las canciones indígenas (yaravi) que figuran intercaladas con

evidente cálculo, á semejanza de las que los pajes entonan bajo los balcones de sus amadas en algunas obras del teatro lírico moderno, y una que otra alusion á objetos ó lugares, personas ó divinidades demasiado conocidas, — cosa que, por otra parte, está hecha con frialdad y medida, — no encuentro en el célebre *Ollantay* nada que demuestre un poema indígena, hijo genuino de una raza virgen que, ó no tuvo contacto alguno con la cultura europea, ó el que tuvo se borró por la fuerza de la distancia y de las influencias externas en una larga serie de siglos. No hallo más que una narracion histórica de un episodio nacional bastante trascendental para dar motivo á un gran poema, pero nada de ese lirismo, de esa pasion salvaje, de esa profusion de imágenes muchas veces desordenadas, pero siempre inspiradas y deslumbrantes que desbordan en los poemas primitivos de la India, de la Siria, de la Grecia, de la Germania y de Inglaterra.

La primera inspiracion del poeta nacional es describir la tierra nativa con todos los colores y las fantasías que su amor local le sugiere, exaltándolo, divinizándolo, para ofrecer á los héroes un teatro aparente á sus proezas inmortales, en las que los dioses actúan con todo el cortejo de sus divinidades, personificaciones á su vez de los múltiples fenómenos con

que la naturaleza sorprende su mente embrionaria ó soñadora. Es esa la tendencia natural de la poesía indígena bajo todos los climas, porque ella vive de la belleza física y de las comparaciones que evocan en la fantasía de los pueblos sus atributos, sus formas, sus armonías y sus contrastes; es así como el arte en general ha aparecido en el mundo, imitando con el granito, con la arcilla, con el mármol, con el bronce ó en la tela, las formas reales de los objetos y de los fenómenos visibles, ó las que por deducción atribuyó el hombre á sus concepciones ideales.

El espíritu trae en sí mismo la llama, la facultad creadora, la materia candente, los colores; pero la naturaleza le da el molde en que han de fundirse, la forma que ha de ostentar la piedra, y el contorno y los matices que han de dar vida á la concepcion ideal y al paisaje imaginado ó reproducido por el pincel. Pero en *Ollantay*, que se supone obra del genio quichua, no resalta nada de esto, sinó como un mero accidente que se desvanece ante la narracion histórica ó tradicional; nada de aquella pasion abrasadora ó de aquella semi-velada lujuria, de aquella admiracion por las formas, de aquella exhuberancia de imágenes arrancadas todas con asombrosa verdad de una tierra calentada y fecundada por el sol de los trópicos,

que nos asombra y encanta, nos deleita y abruma en el poema eternamente joven y desbordante del *Cantar de los cantares*; por el contrario, si se exceptúan algunas lamentaciones amorosas desnudas de originalidad y de fuego salvaje, todo revela que el autor era esclavo de doctrinas espiritualistas, y de escrúpulos religiosos y morales sobrado conocidos, pero que nunca han dado origen á creaciones verdaderamente inspiradas en una naturaleza aún no modelada y restringida por reglas doctrinarias ó sistemáticas. El temor á la desnudez ha ahogado en el poeta todos esos arranques apasionados y libres, como son los que nacen de la naturaleza, y nos ha presentado un poema mucho más pudoroso y casto que los que el pueblo hebreo nos ha legado, y cuya belleza consiste en esa espléndida desnudez de las formas y espontaneidad de los afectos, que una errada concepción del arte ha venido después á encubrir con tupidos velos, y á ahogar con temores exagerados.

La poesía primitiva es esencialmente realista, porque nace de las formas, de los colores y de los sonidos reflejados en cada una de las facultades de nuestro ser, idealizados por nuestra fantasía para satisfacer así el anhelo investigador y analítico de la inteligencia. Citeréa cubierta con la túnica hebrea no sería ya la espuma de las olas, ni la Venus de Milo sería ya la



sonrisa de los astros; Eva condenada, maldita y obligada á ocultar sus líneas purísimas, no es ya la primera alborada de la tierra, envuelta en la dorada nube de sus cabellos, como la creacion en los haces deslumbrantes del primer sol.

Luego, pues, ese tímido recelo con que el autor de *Ollantay* oculta los arranques naturales de la sávia indígena, no puede concebirse de origen americano en aquella época, sinó como fruto de las ideas cristianas que inmigraron en el continente con la conquista; y aunque historiadores tan eminentes como el Dr. Lopez le atribuyan ese origen, y americanistas como Pacheco Zegarra lleguen á exaltar demasiado la civilizacion incana, los que juzgan con el criterio estético y sociológico, no pueden admitir esa afirmacion que se oscurecé ante la palidez de las imágenes, ante la ausencia de colorido local, ante la calculada mesura con que han sido prodigados los toques de efecto y de pasion, y ante la notable filiaciön europea de su índole literaria; y aunque no creo como el señor Mitre, que en la civilizacion quichua no cabía una literatura dramática (1), ni como el señor Prescott, que la poesía sea una mala aliada de la

(1) *Ollantay. Estudio sobre el drama quichua.* (*Nueva Revista de Buenos Aires*, t. 1, p. 25).

historia, pienso sí que *Ollantay* no puede ser el drama de tal raza ni de tal clima, sino solo que como tradicion escrita, puede contarse entre los ricos elementos de la crónica americana, de que más tarde la literatura nacional puede sacar abundante partido: lo primero, porque no refleja el genio de la nacion de que se supone ser obra, y lo segundo, porque él ha sido escrito por un hombre que observó de cerca las costumbres indígenas, aún no borradas por la influencia genial de la raza conquistadora; y tiene la importancia histórica y tradicional de la *Araucana* y de las crónicas de Montesinos, Cieza de Leon, Garcilaso y tantos otros que escribieron lo que observaron durante la primera época de la conquista, esto es, cuando aún se mantenía puro el carácter nativo.

Es mi propósito estudiar especialmente este drama, no ya con el criterio del filólogo que busca las raices del origen por el desarrollo del lenguaje, sino con el criterio puramente literario, que si no profundiza esas árduas investigaciones, proporciona al espíritu goces más superficiales pero más amenos; y es por eso que ahora no me detengo en su análisis, ni en la discusion de la controversia que he esbozado apenas, y tambien porque admitiendo su origen europeo, tendría que colocarlo entre los temas que la época colonial suministrara para estas líneas escritas á la ligera,

y solo como un entretenimiento pasajero ; como examinaré las obras más notables de nuestra literatura patria, que por su índole y su género merezcan calificarse entre las que forman nuestro arte nacional : pero ello será objeto de trabajos separados que iré preparando á medida que las ocupaciones de carácter más positivo, vayan dejándome el tiempo y el reposo necesarios para esta clase de meditaciones.

.





## LIBRO SEGUNDO

- I. El descubrimiento. Fusion de las razas. — II. Renovacion del espiritu indígena. La epopeya americana. — III. Los héroes de la conquista. — IV. Los héroes del Evangelio. — V. Los tesoros. — VI. Los milagros. — VII. Los jesuitas. La educacion monástica. — VIII. El Diablo. Dos poemas nacionales. Las brujas. — IX. Las ciudades. Sus fundadores. Vida comunal.

### I

**L**os primeros albores del siglo xvi anunciaron á la América la más grande de las sorpresas que hayan conmovido al mundo. Un continente ignorado y perdido entre los mares inmensurables fué sorprendido en su reposo, apenas turbado hasta entónces por sus propios sacudimien-

tos, con la aparicion de una raza nueva, aventurera y conquistadora que buscaba, como ha dicho el poeta,

ámbito y luz en apartadas zonas,

y que debía realizar la transformacion más general en los destinos humanos y en las corrientes de la historia. Al mismo tiempo debía verificarse en nuestro continente una série de evoluciones trascendentales en el carácter de las razas aborígenes, evoluciones naturales y lógicas en toda mezcla de elementos heterogéneos obligados á amalgamarse por su coexistencia en un mismo espacio limitado por términos tan colosales como son los océanos que lo rodean.

La vieja raza latina despues de haber conducido la civilizacion antigua hácia los tiempos modernos, salvándola de los cataclismos más sombríos de la Edad Media, no sin haber dejado girones de su cuerpo, y encontrando estrechos los límites del viejo mundo, entre razas antagónicas y desiertos insondables que le cierran el paso por el norte y el oriente, tiende su vista hácia ese océano que desde tantos siglos se estrella con estruendo en sus costas, y se resuelve á lanzarse en sus soledades tempestuosas, dispuesta á realizar su sueño, ó á hundirse para siempre en los abismos sobre las débiles naves de Colon. Pero el

misterio de los tiempos se descubre, y á ella cabe la gloria de haber anunciado al mundo la existencia de nuevo espacio para las ilimitadas expansiones de la vida.

Es en ese momento que se concibe el fruto que más tarde debía ser la América libre y hambrienta de civilizacion. De aquella union de dos razas separadas por un océano, y que sin embargo se presentian por los rumores lejanos, como un diálogo de dos mundos perdidos en el espacio, nació una humanidad rejuvenecida, porque el viejo metal probado en añejas vicisitudes fué refundido en el molde vigoroso y vírgen de un continente recién brotado de las olas. Pero el metal antiguo al vaciarse candente en el molde americano debía transformar su naturaleza, así como las paredes del molde debían asimilarse la esencia del metal al llenar de él por primera vez sus poros. Las más profundas y radicales transformaciones debían operarse en el carácter de una y otra raza ; pero la elaboracion tenía que ser lenta y trabajosa, y durante ella debía peligrar muchas veces en formidables estallidos y en sacudimientos febriles, la integridad de su organizacion y de su ser.

No es este un fenómeno nuevo en la historia, aunque medie una enorme distancia entre los tiempos en que se ha producido. El Asia engendra en

Europa la primera forma de la civilizacion humana con sus poemas, sus biblias y sus dioses ; la Europa devuelve despues con la Grecia al Asia carcomida los frutos madurados y embellecidos por un arte deslumbrador, realizando la reciprocidad más grandiosa y brillante entre dos humanidades. La Europa occidental á su vez se siente renovada en su sávia vírgen, en su fantasiá germánica, por las ideas, las creaciones, los martirios, los prodigios y los fulgores de una religion que era todo un inmenso ideal ; y Roma, la que inculcaba su espíritu desde los tiempos fabulosos á las razas que habitaban las selvas setentrionales, siente tambien en su dia la inundacion mortífera del espíritu bárbaro que, como una consecuencia terrible de causas remotas, se desprende semejante á la lluvia de fuego de Sodoma y Gomorra, del fondo de los bosques de la misteriosa y tenebrosa Escitia.

La humanidad es como los mares que cubren el planeta : sus aguas no descansan un momento ni en la superficie ni el fondo, y aquí las corrientes submarinas de densidades diferentes mantienen en perpétua renovacion las temperaturas y en perpétua mudanza las viviendas de sus moradores. Las razas más civilizadas y viriles trasponen sus linderos para lanzarse sobre las tierras habitadas por otras de nivel moral inferior, llevándoles sus caractéres y su genio ;

y si en los océanos la ley de las densidades produce los desbordamientos y las inmersiones de los continentes, en la humanidad la ley de la cultura produce las grandes y sangrientas revoluciones que transforman y revisten de nueva vida las épocas.

La mitología, la poesía, la tradicion asiáticas emigradas á la Grecia se transforman y se purifican en creaciones luminosas y en mármoles radiantes; la Grecia trasportada á Roma ve degradar sus formas purísimas y profanar sus ritos tan misteriosos como poéticos y trascendentales, hasta caer envuelta ella misma en el cieno del Bajo Imperio. Cada civilizacion ha dejado un jiron de su túnica en la tierra donde ha emigrado, ó ha adquirido nuevos encantos, y nueva y más espléndida vestidura bajo las irradiaciones fecundas de nuevos climas y de nuevos paisajes. Como si las ideas, los sentimientos, las creaciones religiosas fueran el efecto de fenómenos ópticos, absorben matices diferentes al atravesar los rayos de otros soles, las emanaciones de otras atmósferas, los reverberos de otros mares.

Así, pues, la emigracion latina sobre el continente americano poblado por una raza vírgen y sin historia, desligada de los vínculos más ó menos consistentes que mantenían la intermitente armonía de las del viejo mundo, significaba la evolucion más estensa en



las ideas, en las inclinaciones, en las creencias, en los sentimientos, en la poesía y en el arte; y aunque el nivel intelectual de la raza invasora se elevara muy por arriba del de la raza conquistada, no por eso dejaría de verificarse el hecho natural de las influencias recíprocas que dan por resultado el nacimiento de una alma nueva, heredera de los caracteres físicos y psicológicos combinados de sus progenitores; y aunque la fuerza material de las armas y la fuerza espiritual de la creencia en la una debían fatalmente imponerse sobre la otra, no por eso dejaría de operarse en el carácter social y religioso de ambas la fusión lógica é inevitable, de la que resultarían elementos nuevos de sociabilidad y anhelos desconocidos del espíritu, que no llevaron sino virtualmente en su ser las razas madres.

## II

Si la fisonomía de la raza se cambia con la mezcla de una distinta; si los acontecimientos que se suceden en un pueblo primitivo llevan un sello marcado

de uniformidad y un solo sentido general de evolucion; si las ideas religiosas, nacidas al contacto del mundo visible por la evocacion del pensamiento y de la poesía nativos, se conmueven ante la aparicion de dioses desconocidos; si las mismas artes desarrolladas por sí solas en un medio ambiente rodeado siempre por la naturaleza, reciben el soplo regenerador de un espíritu más elevado; si tales son las transformaciones que resultan de esas trasmigraciones del espíritu, dedúzcase cuánta perturbacion llevaron á la naciente y autonómica cultura americana las nuevas nociones, los nuevos ideales, las nuevas formas que la raza latina ha adquirido en el curso de su larga vida, y con las que ha evolucionado en el mundo durante tantos siglos.

Si al principio los hechos históricos de las naciones de América tuvieron el sello que la naturaleza les imponía, y si todo cuanto obraban, pensaban y sentían era inspirado por esas influencias invisibles de la tierra, que hablan al espíritu de los hombres agrupados con un lenguaje que se parece á las corrientes atmosféricas, intangibles pero formidables, bien se comprende que la vista de nuevos recursos para ellos ignorados, y de los que nunca les hablaron sus sabios, sus sacerdotes, ni sus divinidades, debía ser un motivo de asombro y de espanto, y la duda sobre sus

propias concepciones ideales debió levantarse en sus cerebros infantiles, acostumbrados á explicarse todos los fenómenos con el sencillo pero falible criterio natural.

Sus combates no revestirían ya el terrible aspecto de las luchas del cielo y de la tierra, mezcla de horror y de encantamiento, de cataclismos sombríos y de paisajes apacibles; y más de una vez en el delirio del ardor bélico, evocando las sombras protectoras de sus antepasados ó de sus pillanes amigos, que tantas veces intervinieron en sus triunfos, como los dioses en las luchas homéricas, se sintieron desamparados por ellos en su desgracia y abandonados en su desesperacion. Su asombro era inmenso al contemplar la indiferencia de sus dioses en frente del estrago que las armas enemigas sembraban en sus filas; aquellas armas que estallaban en las montañas con estruendo semejante á los truenos que las sacuden en su base, y que repetidos por la sucesion interminable de cumbres y de abismos que se dilatan hasta perderse en regiones ignoradas, recuerdan ó traen á la mente la imágen de la destruccion de un mundo. Aquel fragor extraño levantado por el poder de unos hombres que no se arredraban ante las más difíciles y escarpadas cordilleras, que penetraban sin miedo en las gargantas donde moraban los genios infernales ó donde se escondía la guarida de las fieras, que no habian

temido lanzarse á la inmensidad de ese océano sin límites donde terminaba el universo para el indio, fué sin duda causa de inquietudes, de dolores, de desencantos supremos que engendraron en el habitante de América, la desesperacion, el heroismo de fiera, la voracidad del buitre, la crueldad de los mónstruos y esa abnegacion ante la muerte, que no se desvaneci6 en su corazon hasta que el último hijo de la tierra cay6 vencido y encadenado por el invasor.

La poesia que recogiera esos gritos de dolor ante la triste perspectiva del adios supremo á la patria, y la tradicion que lograra referir los arranques desesperados y los martirios sublimes de esa raza desaparecida, serían las notas más altas de la epopeya de los siglos; serían la realizacion del ideal grandioso de esa epopeya que soñaron un tiempo los poetas europeos, cuando en presencia de las obras maestras de la antigüedad, desde Homero hasta Virgilio, y desde el Dante hasta Voltaire, se preguntaban por qué la musa contemporánea no ha producido una epopeya tan grandiosa como aquellas.

La epopeya no es la vida de un hombre, ni basta un poeta para concebirla: ella es la vida de un pueblo que ha combatido y que ha brillado sobre la historia como un astro sobre el mundo, y su poeta es el mismo pueblo que ha cantado y ha llorado cuando

.....

sus triunfos y sus desgracias han conmovido su espíritu, cuando ha precisado sublimizarse ante la batalla y levantarse del abismo despues de haber caido con estruendo. Hé ahí el único sentido en que es verdadera la solucion de Lamartine cuando afirma que no habrá epopeya mientras exista la Biblia; porque la Biblia es la tradicion más completa que nos queda de la vida de una raza desde sus comienzos legendarios hasta sus últimas palpitaciones, desde el génesis divino, que ha logrado inponerse por más tiempo á la inteligencia humana, hasta el sublime desenlace del Calvario, que no es más que el desenlace de la eterna lucha de la razon contra las sombras ideales; porque esa raza unida y fuerte desde su nacimiento hasta su dispersion calamitosa, no dejó de cantar, ni de soñar, no dejó de combatir ni de celebrar sus héroes en ninguno de los instantes de su existencia; y porque elevando sus libros épicos á la consagracion religiosa, supo conservarlos como el manantial perenne de su inspiracion patriótica. Hé ahí tambien por qué los más grandes poemas épicos son aquellos en que los dioses han actuado con los héroes, como en Homero y en los poemas védicos, ó aquellos en que los mismos dioses dictaron ó escribieron las estrofas, como en la Biblia y en el Coran.

Para que el hombre se sienta arrastrado por la epopeya, es necesario que subyuguen su inteligencia y su corazón potencias superiores á las suyas, á los que pueda admirar y venerar, y que contemple sus irradiaciones en medio del aparato maravilloso de la naturaleza. Las nieblas y los fulgores, los sacudimientos y los relámpagos del Ida, del Himalaya y del Sinaí, encierran en sus antros hirvientes la fascinación épica. Las grandes montañas albergan en sus cumbres las creaciones inmortales, como los genios superiores conciben los pensamientos que asombran á los siglos; y ¿qué montañas y qué cumbres más colosales y radiantes, más misteriosas y sagradas que las que brillan con nieve eterna sobre la América, y en cuyos secretos no ha penetrado aún la poesía? ¿Quién podrá decir jamás que en sus nieblas eternas, que no puede rasgar ni el sol que se suspende sobre ellas, no se esconde la biblia inmortal, la epopeya anhelada de los tiempos contemporáneos?

El pensamiento humano no concebirá jamás otra epopeya mientras no se cante la leyenda de los Andes. Como el Cáucaso dió á Esquilo la colosal trilogía de Prometeo, el futuro poeta americano hallará en las cumbres andinas una trilogía épica tan grande como aquella, cantando las tres épocas en que han recor-

rido sus laderas tres naciones, tres civilizaciones, tres categorías de héroes.

La creacion legendaria de los primeros dioses americanos tuvo su fuego engendrador brotado de los volcanes, y es Prometeo conductor del fuego celeste ; la conquista extranjera remontó esas cumbres para destruir una raza vírgen y heróica llena de anhelos gigantescos, y es Prometeo encadenado ; San Martin con la bandera argentina, que es la enseña de la nueva cultura humana, rompe las ligaduras del pensamiento y del corazon americanos, hollando por última vez las cumbres tenebrosas, y el mundo contempla con asombro al nuevo Prometeo libertado.

No menos radical fué la transformacion operada en los hábitos y en las prácticas sociales con la introduccion de las nuevas creencias religiosas, que tan decisiva influencia ejercen en los actos humanos. Sociedades educadas en la gran religion de la naturaleza, que adoraban los dioses forjados por ellos mismos con la intuicion de la divinidad, y que habían vivido bajo su amparo tutelar desde sus comienzos en la tierra, y sufrido y recibido sus consuelos, luchado y recibido su auxilio en los combates, sintieron temblar y desquiciarse su olimpo venerado ante los prodigios de un Dios y de unos hombres que sacrificaban su vida por el bien de sus semejantes.

Todo era para ellos un presagio triste de destruccion, pues que veían en aquellos invasores los agentes de la fatalidad, y todo les hablaba en tono de despedida eterna. Las armas invencibles de sus enemigos les traían la esclavitud en medio de su libertad sin límites ; aquella cruz que veían levantarse sobre las cumbres rodeada de relámpagos y de nubes, les imponía una sumision moral absoluta que era para ellos la esclavitud del alma ; aquellos hombres extraordinarios que hablaban un lenguaje desconocido al pié de esa misma cruz, exhortándoles á la castidad, á la templanza, á la fraternidad, eran para ellos los portadores de su desgracia, porque venían á arrebatarnos el dominio de la naturaleza.

No hay dolor más profundo para el salvaje que el verse despojado de sus dioses, porque con ellos pierde la patria, la religion y el amor ; pero nada como ellos los hace más heróicos y fuertes, y prefieren sucumbir luchando al pié de sus ídolos, ó emigrar á climas lejanos llevándose consigo en peregrinacion fúnebre su divino tesoro. Y es esto lo que ha arrancado notas más altas y sublimes á la lira de todos los pueblos. Ese destierro nos ha dejado las lamentaciones de los profetas de Israel, y la epopeya de los hijos de Troya, érrantes sobre los mares guardando los manes venerados. La narracion bíblica del



cautiverio, y la salida de Troya despues del último incendio que derriba sus muros sagrados, repercutirán en los siglos con la sombría voz de los cataclismos humanos.

Y aquel gemido postrero de la América vírgen, destronada de su pedestal de nieves inaccesibles, de bosques sonrientes, de rios interminables, de llanuras tan majestuosas como el océano, nadie ha recogido ni cantado, y las lágrimas de tantos mártires se secaron en su corazon, se fundieron en el fuego enemigo, ó se multiplicaron en la esclavitud. Hay algo de bárbaro en el poder de la cultura misma, con lo que el corazon no puede jamás conformarse; hay algo horrible en esa necesidad de elevarse en el nivel moral, que forma parte esencial de la humanidad; y si la inteligencia lo acepta y lo ejecuta, la poesía lo lamenta. Hay en cada uno de esos reyes destronados por la civilizacion y conducidos á la servidumbre, el personaje de una tragedia de lágrimas; y más de una vez hemos visto á hijos de nuestra pampa morir de la nostalgia de esa inmensa patria que parece derramar en el alma de sus hijos tanto dolor como hay majestad en sus horizontes infinitos, cuando la conquistista les ha arrancado de ella y los ha llevado á la ciudad avasalladora y absorbente. No hay consuelo para esa muerte que consiste en atravesar el límite

del desierto, para quien ha nacido en él, y se ha alimentado de su hálito sombrío y saturado de misterio.... Y cuánta historia de extraordinaria grandeza no hay oculta en cada una de esas hecatombes de tribus, en cada una de esas vidas que han cesado de latir al contacto cálido y á la presión del ambiente de una ciudad estrecha !

Con la conquista militar que introdujo las armas de la cultura, y con la conquista religiosa que introdujo una creencia tan distinta, y que había dominado el mundo, el carácter de los hechos históricos, tradicionales ó íntimos, se transforma para presentar el sello que las nuevas fuerzas sociales le imprimen ; y así, los elementos de la literatura, los despojos de los combates, los materiales de deducción sociológica, conducen á adoptar otro criterio en la elaboración tradicional ; y si en la época antecolonial la tradicion tiene la fisonomía de la naturaleza, desnuda de atavíos convencionales, y es en sí una copia de ella, desde la conquista la tradicion absorbe mucho del carácter de la raza conquistadora, y esta misma comienza á ser fuente mucho más abundante y cierta, donde la literatura y la poesía recogen valiosos é interesantes acontecimientos. Es entónces que comienza á ser conocida la raza primitiva, y los cronistas de aquella guerra memorable y prolijos historiógrafos de nues-

tros dias, han formado ya un verdadero tesoro literario, histórico y tradicional, de donde brotarán algun dia la unidad de la tradicion, y quizá los elementos de la gran epopeya americana.

### III

Cuando despues de tres siglos volvemos la mente al pasado, y juzgamos los primeros descubridores y sus expediciones sobre esta tierra ignorada en su tiempo, el pensamiento se abrumba y se fatiga al reconstruir en sí mismo aquellos lugares y aquellos peligros desconocidos, y pór eso más grandes. Aventurarse en lo desconocido, es como lanzarse en un abismo; es como la inmolacion de la vida; es el heroismo y la abnegacion. La fantasía acude al instante con su cortejo de creaciones radiantes para rodear las imágenes de esos hombres que no temen un oceano cuyos términos se ignoraban; que se internan en unas tierras erizadas de selvas que cierran el camino y el horizonte; que remontan las corrientes de rios cuyas fuentes son inaccesibles, sin saber

adonde marchan, y donde levantarán su tienda de campaña ; que se arrojan como las víctimas romanas, en matorrales cuajados de fieras ; que se atreven á cruzar esa llanura solitaria que separa como un mar de fuego la region de los rios de la region de las montañas, allí donde

gira en vano, reconcentra  
la inmensidad, y no encuentra  
la vista en su vivo anhelo,  
do posar su fugaz vuelo  
como el pájaro en la mar ;

y por último, que se empeñan en combates desesperados con la naturaleza, con el hombre y con las turbas voraces de salvajes que no conocen las leyes humanas, y que luchan como las fieras en defensa de una tierra que creyeron suya para siempre.

Contemplados á través de la enorme distancia de los tiempos, y cuando aún hoy dia el desierto nos resiste con su salvaje heroismo, esas figuras se agigantan, se rodean de aureolas sobrenaturales, y la poesía las levanta al nivel de los héroes. Muchos de ellos cayeron en el abismo que sondeaban, y la naturaleza no cedió su dominio sin cobrar su tributo de sangre. Capitanes esforzados, corazones magnánimos resplandecieron con luz intensa en aquellos ana-

les trájicos, ya pereciendo en manos de las tribus sanguinarias, ya bajo el golpe de la traicion ó del odio de sus mismos compañeros de armas. Es que, cuando el hombre se siente aislado de sus semejantes, y en presencia de lo infinito, de lo desconocido, de la muerte misma, parece hallarse arrastrado ya á las alturas excelsas de la virtud, ya á los abismos más hondos de la maldad : la soledad le devora, y el hombre se defiende; é inmolar á sus semejantes tambien, por desgracia, en esos momentos de solemne desesperacion, un medio de defensa. El sacrificio humano ha sido en la infancia del mundo un modo de aplacar las iras de Dios y de la fatalidad, y el hombre abandonado en frente de la muerte, se cree desligado de los vínculos humanos, y es una fiera en el paroxismo del terror, ó es un Dios en la exaltacion del entusiasmo.

Hé ahí el secreto de esos dramas sombríos que ensangrentaron las primeras naves exploradoras, y las primeras tiendas levantadas en las playas argentinas, y que nos han sido trasmitidos por los sobrevivientes de tantas catástrofes. Pero al lado de esas páginas de sangre brillan los episodios heróicos que formarían epopeyas si los cantara un genio del arte; que serían narraciones deslumbradoras si la literatura contemporánea los exhumara del olvido, y las

adornara con las flores nativas y con los encantos del estilo ; que crearían palpitantes cantares romancescos, si la musa popular los recogiera y los trasmisiera con las formas poéticas á las generaciones del porvenir.

¡ Cuántos idilios ignorados y sublimes, sorprendidos por la planta invasora ! ¡ Cuántos amores tranquilos nacidos á la márgen de nuestros poéticos rios, convertidos en lágrimas y en duelo eterno ! ¡ Cuántos lazos que se soñaron indisolubles, rotos para siempre por la muerte, allí mismo donde se levantó la cabaña rústica rodeada de hiedras y entretejida de madre selvas perfumadas ! Y allá en las montañas pobladas de génius juguetones como los gnomos germánicos, como los sátiros griegos, arrulladas por los ecos melodiosos de la noche que semejan diálogos musicales, donde Beethoven hubiera encontrado acentos sublimes para sus personajes vaporosos ; donde el indio confiado en su dominio se aventura sobre las cumbres y salta sobre las rocas haciéndolas rodar con estrépito hasta el abismo, ó se detiene sobre un pico elevado, semejante á una estatua de granito bañada por la luz de la luna que se suspende sobre las nieves, enamorada de su propia hermosura reflejada en el eterno espejo de las cimas blancas, ¡ cuántas leyendas sumerjidas en el torbellino que levantaron los

ejércitos profanadores de aquel solemne arrobamiento de una naturaleza vírgen !

Nadie ha referido ni ha imaginado esos cuadros desenvueltos en medio de la soledad, ni las aventuras fantásticas de los guerreros extraviados en las selvas de las montañas, donde fueron atraídos por músicas seductoras ó por visiones fantásticas, á los palacios encantados que formaron los génius de la tierra en las entrañas del granito, ni las desapariciones repentinas de atrevidos exploradores, arrastrados á las alturas donde reina esa divinidad terrible que precipita al abismo, sobre el témpano de nieve, al profano que descubre los misterios de sus viviendas. Andersen ha encantado la imaginacion del mundo relatando esas escenas que solo descubre el poeta de la naturaleza, y la Vírgen de los Ventisqueros, con sus fatales desvanecimientos, ha arrancado más de un grito de terror ante el espectáculo de una caída producida por el vértigo.

En el silencio de la noche un cacique viejo conduce sus hijos por senderos extraviados al lugar donde ha guardado sus tesoros, ó donde ha descubierto el filon macizo de oro ó de plata que será la fortuna de sus descendientes ; y esos senderos recorridos tantas veces despues por la codicia aventurera, están sembrados de tragedias sangrientas que la rigi-

dez de la montaña ha ocultado, quizá para siempre.

En lo alto de una meseta cubierta de árboles frondosos, un tejido de coronas de *flor del aire* [delata el sitio donde en tiempos pasados se levantó la choza del amor salvaje y bonancible ; y aquellas flores que se renuevan incesantemente, parece que invitan al poeta y al artista á escuchar la historia que ellas solas conservan, cuya poesía se derrama al espacio en su perfume embriagador, y cuyas flores blancas como la nieve de las cimas, adornaron tantas veces la cabellera negra de la hija de los bosques, de donde pasaron á las sienes del amado que vuelve victorioso de los combates.

¡ Oh santa poesía de las montañas y de las selvas de mi patria, leyendas vírgenes que llevais en vuestros episodios toda la fantasía de su cielo, ¡ cuántas veces ha reposado mi espíritu en vuestros misterios sagrados, y he sentido desvanecerse al contacto de vuestras alas incorpóreas, las nieblas de mi frente tan temprano surcada por las meditaciones y las vigiliass !

Relatar aquéllas expediciones asombrosas y sus inesperados descubrimientos, los combates con la fiera, con el salvaje y con la naturaleza misma, donde se hundieron tantas vidas, las escenas sorprendidas en el éxtasis primitivo por la mirada extraña, las luchas sostenidas en los baluartes graníticos en pre-



sencia de la lucha de los elementos, los sacrificios en masa al borde de los abismos ó sobre la roca que cubría los huesos de los héroes indígenas, los gemidos fúnebres de las divinidades nativas destronadas de sus pedestales eternos, gemidos que aún resuenan y resonarán en los siglos sobre las alturas inaccesibles ; traducir á la lengua nacional todo lo que revelan los despojos sobrevivientes de aquella época de luz y de sombra, de horrores y de encantos, de heroismos y martirios, sería como evocar todo el pasado, y llevar nuestra generacion á beber la sávia primitiva en las fuentes cristalinas de la infancia de América. Y consagrar en la tradicion escrita las hazañas de los héroes de la conquista, sería colocar el lauro justiciero de la posteridad sobre sus frentes quemadas por los soles y el humo de las batallas, buscando nuevos derroteros á la civilizacion. De cuántos de ellos podría decirse lo que el héroe y poeta de la *Araucana* grabó sobre la corteza de un árbol secular, y que recuerda el epitafio conmovedor y solemne del mártir de las Termópilas :

Aquí llegó donde otro no ha llegado !

Cualquiera que pueda ser el juicio de la historia sobre los hechos generales de la conquista, en su rela-

cion con la moral y la justicia humanas, la poesía exaltará los nombres de esos soldados que conquistaron su gloria con su sacrificio, y la tradicion americana perpetuará sus triunfos y sus desgracias rodeados con todo el encanto de lo extraordinario y de lo sublime ; porque ellas se levantan de la esfera analítica para vibrar como la música de la naturaleza, sobre el nivel de los acontecimientos, retratando y exaltando lo que haya en ellos de maravilloso y de patético, de tierno y de dramático, y susceptible de despertar la fantasía y perpetuarse por el sentimiento y la admiracion.

#### IV

Si el arrojo y la temeridad de unos hombres que se aventuraban armados á los mayores peligros, eran para los naturales motivo de asombro, la vista de un misionero abandonado á sí mismo en las espantosas soledades de los desiertos y de las montañas, les inspiraba un cierto temor supersticioso, como si vieran en él un ser sobrenatural, ó un agente de divinidades

adversas. Y la razon es clara, porque los indígenas no podían comprender la causa, el poder, el motivo de esa abnegacion que tantas veces ha llegado á lo sublime, y que fué el único secreto del triunfo de la religion cristiana en los primeros siglos de nuestra era. Los bosques de Germania y las Galias, las montañas de Inglaterra, Escocia é Irlanda, las soledades de la Tebaida, han sido los escenarios más luminosos de la doctrina de Jesucristo, que resplandecía aún pura y limpia de cálculos temporales, y donde brillaron ese heroísmo y ese sacrificio de la vida que tienen toda la elocuencia de la verdad, aunque muchas veces fueran los extremos de la pasion.

El salvaje teme y diviniza lo que no comprende, y le abisma y le seduce. Y así, la presencia de aquellos misioneros en el centro mismo de sus dominios, donde se anunciaban como apariciones de ultratumba, clavando la cruz sobre lo alto de una roca, y que les hablaban en la lengua nativa con igual ó mayor perfeccion que ellos mismos, les atraía sin sentir y les arrojaba en grandes masas, por el solo efecto de la admiracion y el temor supersticioso, en los brazos de una religion que no entendían sinó á medias, y cuyo símbolo era esa cruz toscamente labrada en madera ó en granito.

La predicacion del Evangelio en la América

reviste todos los caracteres de una leyenda de martirios, digna de ser perpetuada, no ya solo por los anales de la Iglesia, sinó por la musa profana que encontraría en ella asuntos de vivo y palpitante interés, de asombros, de sorpresas y de efectos admirables, en la evolucion operada dentro de unos espíritus en infancia, inclinados á seguir los impulsos repentinos de la fascinacion y del temor. La tradicion de aquella cruzada es rica en cuadros de admirable colorido, que los mismos misioneros tuvieron el cuidado de conservar en la memoria, y de escribirlos para la gloria de su Iglesia, adornados con todas las fantasías inagotables de una religion espiritualista, donde lo sobrenatural ejerce un rol tan esencial en la solución de los acontecimientos; y de tal modo este recurso ha dado triunfos á la religion católica, que aún en épocas de adelantada cultura moral, han creído sus apóstoles y soldados que podían emplearle con ventaja, olvidando que lo sobrenatural es propio solo de la infancia del hombre, de la raza ó de la humanidad, y que desde la infancia hácia la madurez, los temores y las fantasías van convirtiéndose, por una necesaria y natural evolucion, en conyicciones y en sistemas.

Pero sí, en todas las edades lo maravilloso ha sido alimento indispensable de la poesía y la leyenda,

porque siempre hay entre nuestras facultades una destinada á hermohear las más prosaicas verdades con el encanto de la fantasía y del ideal. Así, pues, las tradiciones que nos quedan de las misiones americanas, predicadas en la soledad por atrevidos apóstoles que no temieron las flechas, las fieras, los precipicios, nos han llegado revestidas de todas esas maravillas y prodigios que el catolicismo atribuye á sus potencias providenciales, como el paganismo antiguo llenaba sus dogmas de personificaciones divinas que actuaban con admirable oportunidad en los sucesos humanos.

La historia de la predicacion cristiana en todas partes del mundo es la fuente más rica en observaciones sobre el carácter de las razas primitivas; y el filósofo que aplicara el criterio positivo á esa multitud de acontecimientos que se nos presenta como obra de la providencia divina, podría reconstruir esas historias con materiales tomados de las nuevas doctrinas con que la ciencia ha enriquecido la literatura contemporánea. Pero el poeta y el tradicionista, que toman los acontecimientos con el colorido propio con que nacieron, y como efecto de la edad y de la fantasía de los pueblos que actuaron en ellos, se complacen en conservarlos con la misma fisonomía que los caracterizó al producirse; ellos reunen la co-

secha, siegan la mies madura y amontonan las espigas que luego recogerán las máquinas encargadas de transformarlas en materias alimenticias.

La poesía y la tradicion primitivas son los labriegos que conducen los frutos que más tarde han de alimentar el espíritu humano. Dejémoslas en su tarea rústica, con sus cantares de la faena que mantienen el entusiasmo y la paz de la vida; otros trabajadores más instruidos completan la obra de la industria, como los sabios se encargan de formular las reglas que gobiernan las sociedades.

La tradicion nacional se transforma desde la inmigracion de las creencias cristianas con la conquista religiosa; los acontecimientos varían de aspecto, y nueva série de escenas enriquecen los anales indígenas, desde que nuevos personajes entran á actuar en ellos. Al lado de las manifestaciones fantásticas de los dioses nativos, que hablan desde la nube tempestuosa á su pueblo atribulado, vemos ú oímos las divinidades invasoras en lucha con aquellas por arrebatarnos el corazon de sus adoradores; al lado de los viejos sacerdotes de la tribu, astrólogos y adivinos que dominan con el poder de los dioses, vemos aparecer el sacerdote de la civilizacion, envuelto en su túnica sombría y austera, arrancando á los fenómenos de la naturaleza las pruebas visibles de la existencia de un

Dios único y creador de todas las cosas, ó imponiendo la templanza en las costumbres y la fraternidad en las relaciones sociales.

Pero no son las ideas las que mas influyen en la transformacion del espíritu indígena y del carácter de la tradicion: son los sacerdotes mismos, su arrojo, su valor, su sacrificio, que perturban el ánimo infantil de la raza, que no concibe aquella muerte voluntaria por sostener una creencia, por dar fe de una palabra ó de un signo misterioso.

Las tradiciones que la memoria popular conserva, en que fueron actores los misioneros cristianos, están llenas de interés dramático y fantástico; y en las quebradas estrechas, en las llanuras sin agua, en los bosques desnudados por el incendio y el hacha, aún se señalan lugares consagrados por un martirio, por una conversion numerosa, por un milagro evidente. En algunas comarcas se encuentran confundidas en una mezcla casi informe, por lo incoherente, los mitos de las religiones aborígenes con las creaciones ideales del catolicismo, de manera que el espíritu más observador no descubriría sin gran trabajo la solucion racional de ciertos acontecimientos; y en mi sentir, tal mezcla y confusion provienen de que los misioneros aprovecharon las prácticas religiosas de los indios, para transformarlas, por una aplicacion semejante, en

rituales católicos, siguiendo el procedimiento que Gregorio Magno aconsejaba á sus misioneros de los anglos-sajones. Pero la transformacion verificada en el aparato exterior, no llegó á realizarse en la inteligencia.

Hoffmann hubiera encontrado en esas tradiciones oscuras sus mejores y más raros efectos, y Poe sus mas sombríos cuadros ; porque el estado nebuloso en que quedaron las ideas en algunas regiones del país, mantiene aún casi en su estado primitivo el espíritu popular ; y son esas tinieblas las que ofrecen al poeta los más sorprendentes y ricos veneros de fantasía y de belleza.

El efecto moral, no obstante, cambia segun los lugares, el temple de los habitantes y la mayor ó menor fuerza de la creencia natural ; y así como en muchos casos se convirtieron poblaciones enteras ante la aparicion de un prodigio, ó ante la palabra de los misioneros, en otros llegó la exaltacion hasta convertir á los caciques en verdaderos mónstruos de crueldad, sacrificando en muertes espantosas á los heróicos predicadores que entregan la vida con la resignacion de los mártires antiguos. Tambien es cierto, no era poco riesgo penetrar en la vida íntima de aquellos engreidos soberanos, dueños absolutos de la vida de sus súbditos, acostumbrados al placer sin trabas de



la materia, é imponerles la moderacion en medio de sus excesos!

Contribuyeron no poco á agriar el carácter de los indios la violencia y la crueldad de sus conquistadores, que los consideraron como seres inferiores á la especie humana; y como la espada venía detrás de la cruz, cortando los vínculos naturales de la familia y de una costumbre inmemorial, con prescindencia de aquella caridad que predicaban las palabras, no tardaron en ver en aquellos solitarios misioneros agentes bélicos tan interesados como los guerreros mismos en la conquista de la tierra; creyeron que no venian solo por la conversion del alma, sinó tambien á recoger su parte de botin en las matanzas ó en los cautiverios; y si en algunas tribus hallaron la sumision y la obediencia, en otras se estrellaron contra una resistencia que ha durado hasta el presente siglo.

Si he de atenerme al juicio de los cronistas de la época de las primeras expediciones, quienes observaron de cerca las costumbres nativas, los pueblos de la raza quichua que más territorio ocuparon de lo que es hoy la nacion argentina, gozaban ya entónces de una adelantada cultura moral, siéndoles agenos muchos de los vicios que denigran la criatura humana, y que son comunes á casi todas las razas en su estado salvaje; que cultivaban con un órden admirable sus

tierras, y que vivían satisfechos de la virtud y del amor de sus reyes, de tal manera que forma un triste contraste aquel estado bonancible de costumbres, con la conducta cruel é injusta ante las leyes morales y sociales, que observaron los conquistadores cristianos; y esto hizo decir á uno de esos cronistas : “ que por cierto no es pequeño dolor contemplar, que siendo aquellos Incas gentiles é idólatras, tuvieran tan buena orden para gobernar y conservar tierras tan largas, y nosotros siendo *chripstianos*, *hayamos destruido tantos reinos; porque, por donde quiera que han pasado chripstianos conquistando y descubriendo, otra cosa no parece sinó que con fuego se va todo gastando* ” (1).

Así, pues, no es extraño que estallara la cólera en aquellos corazones medio cultivados por una sabia aunque embrionaria direccion social; y como el amor y la ternura son los únicos recursos para dominar al niño que comienza á sentir los primeros impulsos de su voluntad caprichosa, y no la fuerza y el terror, aquellas naciones en la infancia hubieran cedido con la mejor resignacion del mundo á las seducciones de la palabra evangélica, traducida en los hechos por una conducta caritativa hácia ellos, y en último caso á la

(1) CIEZA DE LEON, *Segunda parte de la crónica del Perú*, c. xxii.

guerra, pero á una guerra humana, inspirada en el derecho cristiano.

Con todo, y dejando de lado estos juicios históricos que podrían llevarme á formular un proceso por demás conocido, los misioneros católicos de aquel tiempo han merecido ser consagrados por la leyenda; y sus arriesgadas expediciones que levantan su valor y su piedad á una altura ideal, presentándolos como personajes sobrenaturales ó inspirados de Dios, en medio de una multitud de pueblos de índole belicosa y apasionada, ofrecen á la poesía y á la tradicion escrita, caracteres interesantes que darian vida y colorido á la narracion, y suave encanto á la imaginacion popular.

Y tal influencia ejercieron sobre el espíritu de los vencidos y de los vencedores, que cada uno de los hechos de la conquista va ligado á la propaganda religiosa, ó se halla rodeado de un milagro, de una aparicion celeste, ó de una intervencion favorable de Dios ó de sus santos mediadores. Asi, la historia de la época colonial, y hasta los actos más ínfimos de la vida, están íntimamente saturados del espíritu religioso, á tal punto, que hay acontecimientos que la inteligencia popular no comprende sinó como una manifestacion del poder, del castigo ó del amor de Dios. Las ciudades tienen sus patronos en el cielo, y

este título es el pago de una deuda sagrada por un milagro salvador. Muchos de los triunfos guerreros sobre los salvajes son obra de influencias de personajes celestes, movidos á compasion por el ruego de la tierra ó por la devocion de los gefes.

Desde la infancia del hombre los dioses intervinieron en los combates, y quizá los versos más sublimes de Homero son aquellos en que describe á los moradores del Olimpo mezclándose en el fragor de las armas, á donde la misma Vénus se aventura con esa imprevision femenina que no retrocede ante el mayor peligro, hasta que su sangre "semejante al rocío" es arrancada por una flecha certera.

Como en la mitología helénica, la religion católica ha creado una categoría secundaria de divinidades protectoras de la vida, que bajo la forma de personificaciones ideales de la naturaleza y sus fenómenos, ó sus accidentes periódicos, influyen en la sucesion de los acontecimientos. Ella tiene sus divinidades que presiden á la labor de la tierra, á la caida de las lluvias, á la fecundidad de las madres, á la paz doméstica; que preservan de los vientos abrasadores, de los rayos que devastan, de las pestes que diezman los pueblos; y todas esas personificaciones verdaderamente poéticas y encantadoras, encarnadas en la conciencia de las masas medio civilizadas, dan á las tradiciones

que ellas conservan, un tinte y un sabor dulcemente simpáticos al corazón, y aún á los espíritus más ilustrados. ¡Cuánto hubiera prolongado su dominio en el mundo esa religion, si en vez de hacer de ellas objeto de dogmas, y pretender avasallar con ellas la inteligencia, les hubiese conservado su sencillez primitiva, manteniéndolas aisladas en el corazón, y rodeadas solo del encanto inocente de la poesía y del amor!

## V

Estimulaba el celo de los conquistadores la esperanza, sobrado fundada, de encontrar tesoros ingentes acumulados por los indios, y estraidos de sus riquísimas minas. Las crónicas que llegaban á España deslumbraban con el brillo de los metales y pedrerías que adornaban los altares de los ídolos, y como una religion pagana no merecía el respeto de gente civilizada, ni la propiedad inmemorial en manos de salvajes merecía ser respetada por cristianos, nada más fácil que despojar aquellos templos, arrebatár esas propiedades y violar los sepulcros, á donde, segun

una práctica muy antigua, los muertos llevaban sus riquezas en adornos, en vestidos, en utensilios domésticos, en arreos militares ó en atributos de poderío.

La expectativa era magnífica, y la codicia, ese móvil eterno de las tragedias humanas, armó el brazo de los aventureros contra el indígena, y aún fué causa de sangrientos sucesos que mancharon á los unos en la sangre de los otros. Las crónicas están llenas de episodios lúgubres, donde el hambre de una fortuna fácil hace estragos en las vidas y en la moral de aquellos hombres, que venían en nombre de la civilización cristiana á apoyar la propaganda evangélica. Ejecuciones inícuas que dejan en la sombra la barbarie de los vencidos, intrigas escandalosas y exacciones inhumanas, he ahí lo que revelan los rastros de la conquista sobre el suelo de América. La codicia era el fuego que devoraba todo lo que los Incas habían labrado, construido y cultivado, según la triste protesta que he copiado de Cieza.

Pero arriba de todo esto, y mirando los sucesos al través de la distancia, y tratando de referir las aventuras de aquellos rebuscadores de tesoros ocultos, ya sea en las quebradas de las montañas, en los cauces de los arroyos, ó en las tumbas dispersas ó escondidas, hay un interés verdaderamente fantástico

en sus relatos, á los cuales no son extraños los personajes sobrenaturales de una ú otra religion.

Hay algo de trágico y de cómico á la vez, en aquella serie de intrigas que se enredan y desenredan en las sombras de la noche, y en esas escursiones misteriosas á las soledades de los bosques y de las montañas, guiados por algun indio prisionero que oyó contar á sus mayores de la existencia de un tesoro enterrado bajo los cimientos de un *pucará*, ó en el hueco de una enorme roca ; y hay mucho de fantástico en la intervencion del Demonio en todas esas intrigas, con el legítimo interés de perder aquellos cristianos atrevidos que traían la cruz á sus dominios hasta entónces pacíficos, por lo ignorados ; y ¿ qué mucho, si hasta los mismos santos del cielo católico tomaron alguna vez bajo su cuidado el descubrir el derrotero de una mina ó de una huaca rica en tesoros, para proveer á sus devotos feligreses ? Y aunque Jesús había predicado que nadie puede servir á dos señores, — á Dios y á las riquezas, — bien valian tantos sacrificios por la fe, el premio de una escepcion á aquella regla tan dura.

Las riquezas de los Incas eran fabulosas. Así lo dice el buen Cieza de Leon, que vió con sus propios ojos tantas maravillas, en estos párrafos que transcribo : “ Por la gran riqueza que habíamos visto en

estas partes, podremos creer ser verdad lo que se dice de las muchas que tuvieron los Incas; porque yo creo, lo que ya muchas veces tengo afirmado, que *en el mundo no hay tan rico reino de metal, pues cada día se descubren tan grandes veneros, así de oro como de plata*; y como en muchas partes de las provincias cogiesen en los ríos oro, y en los cerros sacasen plata, y todo era por un rey, pudo tener y pasar tanta grandeza; y dello yo no me espanto destas cosas, sino como la ciudad del Cuzco y los templos suyos no eran hechos los edificios de oro puro... Y sacando tanta suma, y no pudiendo el hijo dejar que la memoria del padre, que se entiende su casa y familiares con su bulto, estuviese siempre entera, *estaban de muchos años allegados tesoros, tanto que todo el servicio de la casa del rey, así de cántaros para su uso de cocina, todo era oro y plata*; y esto no en un lugar y en una parte lo tenía, sino en muchas, especialmente en las cabeceras de las provincias, donde había muchos plateros, los cuales trabajaban en hacer estas piezas; y *en los palacios y aposentos suyos había planchas destes metales, y sus ropas llenas de argentería y desmeraldas y turquesas y otras piedras preciosas de gran valor. Pues para sus mujeres tenían mayores riquezas para ornamento y servicio de sus personas, y sus andas todas estaban engasto-*



*nadas en oro y plata y pedrería. Sin esto, en los depósitos había grandísima cantidad de oro en tejuelos, de plata en pasta, y tenían mucha chaquirá, ques en extremo menuda, y otras joyas muchas para sus toquis y borracheras; y para sus sacrificios eran mas lo que tenían destos tesoros; y como tenían y guardaban aquella ceguedad de enterrar con los difuntos tesoros, es de creer que cuando se hacían las exequias y entierro de estos reyes, que sería increíble lo que meterían en las sepulturas. En fin, sus atambores y asentamientos y estrumentos de música y armas para ellos eran de este metal; y por engrandecer su señorío, pareciéndoles que lo mucho que digo era poco, mandaban por ley que ningun oro ni plata que entrasen en la ciudad del Cuzco, della pudiese salir, so pena de muerte, lo cual ejecutaban luego en quien lo quebrantaba; y con esta ley, siendo lo que entraba mucho y no saliendo nada, había tanto, que si cuando entraron los españoles se dieran otras mañas y tan presto no ejecutaran su crueldad en dar la muerte á Atahualpa, no se que navios bastarían á traer á las Españas tan grandes tesoros como estan perdidos en las entrañas de la tierra y estarán por ser ya muertos los que los enterraron" (1).*

(1) Segunda parte de la crónica del Perú, c. xiv.

Hé ahí, pues, la causa de esa gran ajitacion, y de ese febril empeño con que tales tesoros se buscaban, en la esperanza de volverse ricos en poco tiempo; porque estas crónicas llegaban á la Península, y de allí se desprendían masas de aventureros que no perdonaban suplicio alguno para lograr su intento. La tragedia del rescate de Atahualpa se ha hecho inmortal por la tradicion, la poesía, la historia y el drama; y como esta, muchas otras tuvieron lugar de un cabo á otro del gran Imperio, pues que, como dice Cieza, en cada cabeza de provincia, se depositaban los tesoros en los templos y en las sepulturas de los gefes, y las provincias llegaban hasta las orillas del Maule, en Chile, y en nuestro territorio, hasta el Rio Cuarto y el Carcarañá. Pero la historia de los descubrimientos en regiones apartadas, y la tradicion misma, se han perdido en el olvido á causa del alejamiento de los lugares, y apenas si nos queda un elemento de deduccion en los cuantiosos tesoros que acumularon los jesuitas en sus retiros misteriosos, verdaderos baluartes inexpugnables de la fortuna, y en el lujo extraordinario con que adornaron y dotaron sus templos.

El mismo Cieza nos habla de que los reyes Incas solían exhibir públicamente el tesoro inmenso de Huaina-Capac, que tantas historias ha originado, y

que dió al señor Miguel Luis Amunátegui tema para su hermosa tradicion titulada, *Un pacto con el diablo* (1). Y aumenta el interés de estos relatos la circunstancia de hallarse rodados esos tesoros de toda la pompa y el misterio de la religion indígena, y más aún, la creencia que divulgaban los misioneros, y que aceptaban de corazón aquellas católicas gentes, de que el Demonio se había apoderado de aquel Imperio, y que reinaba sobre él, pues que soplabá sobre sus reyes sus malélicas inspiraciones. Él debía conocer todos aquellos secretos lugares tan codiciados; él mismo ayudaba á sus hijos á reunir riquezas para adornar los ídolos gentílicos, y para mantenerlos en la perdicion y en el infierno; y ¡cuántos católicos fervorosos no sintieron vacilar su fe, é inclinarse á llamar de su invisible morada al poderoso monarca de las sombras, para pedirle la revelacion de un tesoro, como el doctor Fausto le pedía la juventud!

¡Cuántas veces en la oscuridad de la noche, encerrados en su alcoba, aquellos hombres ansiosos de fortuna pronunciaron en voz baja, con toda la solemnidad de la liturgia satánica, el triple *jincubus!*, evocador del espíritu maligno, y recurso supremo del que ha tentado todos los medios sin éxito favorable!

(1) *Narraciones históricas*, p. 137.

Y él acudía siempre á su llamado, dispuesto á servirlos sin otro interés que el del alma, que iría á sus dominios una vez terminada su peregrinacion terrestre. ¿Y qué era al fin y al cabo el alma, — se decían, — despues que el cuerpo deja de existir? Bien se puede en vida rendir culto á Dios y parecer un santo, siendo que se conserve en secreto el pacto celebrado con Satanás, que cobra tan tarde sus deudas; porque su inmortalidad, que él lleva como una condena, le permite fijar á sus deudores plazos muy cómodos, y aún dispensar intereses. Y muchos lo hicieron, y fueron ricos, sin importárseles gran cosa la expectativa, — que hoy debe ser una realidad, — de vivir su segunda vida en compañía eterna con su generoso acreedor.

Por su parte, aquellos creyentes mas firmes en la fe, — *in fide stabiles*, — pero que revestían una autoridad militar ó civil, y que no querian hacer tamaña traicion á sus creencias, se valían de medios más positivos, si bien no más eficaces que el de la amistad con Lucifer, para obtener el anhelado secreto: con la ayuda de su autoridad y de sus armas obligaban á los indios que habían cabado las tumbas, conducido los muertos ó depositado las riquezas, á enseñarles el sendero que conducía á la huaca, bajo pena de la vida, ó de sufrir los más atroces tormentos.

Muchos espíritus fuertes murieron fieles á su secreto, pero los más cedían á tan formidables impulsos; y es digna de ocupar la atencion del tradicionista, aquella sucesion de suplicios espantosos y de resistencias heróicas, que ponen de relieve el temple de una raza, ó la fuerza de una supersticion en cuyo nombre morían y se mantenían fieles á los huesos de sus reyes; porque aún tratándose de salvajes, hay actos que por su naturaleza y los móviles que los inspiran, despiertan en el espíritu más bien cultivado, cierto sagrado respeto, y es el que impone siempre el sacrificio humano, ya sea por el amor, por el odio ó por la supersticion, ya por el error, por la verdad ó por el Dios que se adora.

La abnegacion que conduce al martirio ha consagrado las grandes verdades como los grandes errores que la humanidad ha venerado durante siglos; y no es menos grande el carácter de la víctima porque sea un salvaje del desierto, que el del sabio, del apóstol, del soldado que llegan al sacrificio por la doctrina, por la creencia, por la patria; ni es menos palpitante la historia del uno en su humilde y reducida esfera, que la que refiere los momentos sublimes de los otros, en el círculo luminoso de los grandes hechos.

## VI

Lo maravilloso es esencial á todas las religiones, pues que ellas son obra de las inteligencias cuando no han llegado aún á conocer las leyes físicas que engendran y gobiernan la naturaleza. Por medio de concepciones fantásticas el hombre primitivo llena el gran vacío de sus facultades, integrándolas de esa manera transitoria, hasta que la elevacion y la cultura de su razon las desalojan, de modo que la evolucion de la inteligencia podría representarse por la disminucion del volúmen que las creencias religiosas ocupan en el cerebro. Y es propio de las religiones apoderarse profundamente del individuo, hasta avasallar y reemplazar su criterio propio con el criterio sobrenatural, porque parten del principio de una sabiduría omnipresente, que asiste á la elaboracion y á la produccion de todos los sucesos naturales y humanos. Así, el hombre educado en este ambiente moral, no necesita de sí mismo ni de su propia razon para el desenvolvimiento de su vida: todas las

cosas tienen á sus ojos una causa comun. Pero para la compresion de cada uno de los fenómenos que la naturaleza le presenta, esa razon suprema y general se multiplica en atributos especiales que, personificados en un sistema, forman verdaderas potencias divinas semejantes á la gran potencia universal, y semejantes al hombre mismo en sus formas visibles; y si para la inteligencia cultivada esas idealidades se desvanecen al análisis, para la imaginacion, en todas las esferas intelectuales, siempre tienen algo de hermoso que encanta, porque la poesía que vive de lo bello bajo cualquiera forma, ejerce constantemente su influencia, y derrama sus armonías sobre el espíritu que la concibe, la modela y la admira.

El milagro en el catolicismo es la forma de lo maravilloso, es la manifestacion evidente de esa potencia divina que preside, como una ley permanente, la sucesion de los fenómenos naturales; él ha sido durante las épocas de transicion de la humanidad, la prueba más formidable de la verdad de una religion que venía con el prestigio de un martirio sublime; y tanto más brillantes y deslumbradores fueron sus efectos, cuanto más infantiles eran los pueblos donde se predicaba.

En América sus triunfos se multiplican, y resplandecen con luz intensa y nueva; su poder se estiende

de uno á otro de sus extremos, y la imaginacion de sus razas aborígenes absorbe, al fin esas deslumbrantes creaciones con todo el calor de su sávia vírgen, asimilándolas á sus propias concepciones ideales. Ellas penetran en las costumbres con los nuevos elementos de cultura, y de aquí un nuevo carácter en los hechos sociales, y una nueva direccion en la vida. Pero la transformacion, como todas las que renuevan en cualquier sentido el espíritu humano, no se verificó de repente, sinó que fueron menester algunos siglos de luchas y de pruebas, en las que actuaron no solo los hombres portadores de la nueva creencia y los héroes de la raza conquistada, sinó los dioses conquistadores con todo su aparato de milagros, en frente de los dioses nativos que, á su vez, despliegan todo el esplendor de sus falanges luminosas ó sombrías sobre las corrientes atmosféricas, ó bajo las moles graníticas, teatro sublime de la lucha entre dos olimpos que se disputan el dominio de una raza.

Pero los predicadores católicos, conocedores de las causas y de las leyes naturales, podían preparar los efectos sorprendentes de sus milagros, haciéndolos aparecer en el momento psicológico á los ojos de sus enemigos, al contrario que estos, acostumbrados á admirar sus divinidades y á recibir sus influencias, desprovistos de toda idea preconcebida, como que les



atribuían una existencia independiente de su propia razon.

Así, cuando los cultivos se quemaban á los rayos de un sol de llamas, y la lluvia tardaba en caer sobre la tierra sedienta, y llamaban en vano sus dioses protectores, aperçían las imágenes de los santos invasores de un modo misterioso á anunciarles la lluvia, que ha de hacer florecer sus mieses y vestir de verdura sus campos; y los sacerdotes de la nueva religion se presentaban despues diciendo, que, puesto que sus dioses los abandonaban no acudiendo á sus ruegos fervorosos, abrazaran el culto de los suyos que se compadecían de sus desgracias, y venian en su socorro aún sin ser llamados. Aquellas gentes sencillas, al saborear los frutos salvados de la sequía, bendecían unos dioses tan benignos, y á los hombres que enseñaban su culto y predicaban su religion.

De este modo la predicacion sancionada por Dios con sus milagros, ha operado las conversiones tan numerosas de que la tradicion ha conservado memoria, llevando á los neófitos á los extremos de la nueva fe, á la que se entregaban en cuerpo y alma, no sabiendo marcar la línea que divide la sumision religiosa de la sumision personal, y poniendo al servicio del culto de las imágenes vencedoras todo el fervor que consagraban á sus ídolos, aumentando en inten-

sidad por la admiracion ó el temor que produjeron su conversion.

De tal manera, la religion ayudó eficazmente á la conquista militar, rodeando sus ejércitos con la aureola de la divinidad, apareciendo como un trasunto humano de los que en los tiempos de la rebelion satánica, combatieron en las alturas invisibles contra los numerosos soldados del pecado. Y no hay uno solo de los grandes acontecimientos de aquella guerra, que no lleve el sello de la intervencion divina, que no aparezca realizado para la gloria de la religion cristiana, ó para confirmar uno ó muchos puntos de su doctrina, ó los atributos de su Dios. Así la tradicion de esos hechos llega hasta nosotros adornada con las fantasías, divinizada por la presencia de los santos ó de sus milagros, y hoy apenas si podría hallarse interés alguno en sus relatos si los despojáramos de su vestidura religiosa, que es lo que constituye su fondo y su fin; del mismo modo que no podríamos hallar encanto en las tradiciones bíblicas, si prescindiéramos de la parte que cupo en los sucesos á Jehová, á sus agentes alados, ó á sus profetas.

La tradicion no analiza, porque no es la historia; y así como el geólogo reúne los objetos que caracterizaron una época remota para trazar su historia natural, el historiador del espíritu humano acopia

las tradiciones de todos los tiempos con el colorido propio con que nacieron, para trazar la historia del desenvolvimiento evolucionar de la cultura ; y es por eso que la literatura nacional, al relatar los hechos tradicionales de la conquista, debe tener un cuidado bien prolijo en no borrar los tintes característicos de esa época, como si se tratara de conservar una tela del Renacimiento, encontrada en los escombros de una ruina.

Los literatos americanos que se ocuparon de escribir las tradiciones de aquel tiempo, tanto en el Perú como en Chile y entre nosotros, no aprovecharon este elemento fecundo de bellezas, como sería de desear en asuntos que tocan tan de cerca la índole nacional, sino que dejaron á los cronistas de la Iglesia transmitir la narracion de los hechos, lo que, bien se comprende, hacían solo con el interés de su propaganda, y en manera alguna con el de iluminar las sendas del historiador independiente en su averiguacion del pasado, ni con el fin de dar á conocer la sociabilidad de los pueblos americanos durante la mezcla de las razas. Verdad es que los que dedicaron su tiempo á este género de trabajos, solo fueron los historiadores, y al hacerlo, era que aprovechaban los materiales encontrados en el curso de sus investigaciones históricas, pero siempre con el criterio posi-

tivo del cronista ó del filósofo, y no con el criterio estético del artista, que copia el cuadro real sin analizar las leyes fundamentales que dan vida al paisaje, ó determinar los hechos de sus actores.

La tradicion es un género especialísimo de composicion, que no tiene de la historia sinó el marco, pero que saca toda su animacion y su interés de las circunstancias extraordinarias, de los móviles íntimos, de las supersticiones, de los sentimientos, de las costumbres puestas en juego para producir un suceso que por sí solo no constituye una historia, sinó un episodio, un drama, un idilio, narrados en el estilo sencillo y propio de los asuntos y de los personajes que actúan en ellos. Ella se aproxima á la poesía tanto, que podemos decir que son hermanas, que viven del mismo elemento, y están destinadas á los mismos objetos ; de manera que la poesía casi siempre forma la tradicion, y ésta á su vez se adorna con todos los atavíos de la poesía.

Así, pues, no debemos relatar las tradiciones populares con el estilo severo y descarnado del historiador que refiere juzgando, sinó más bien con el del artista que procura encantar, vistiendo la verdad con los atractivos de la belleza y de la imaginacion ; porque la naturaleza misma de los sucesos tradicionales, nacidos espontáneamente del carácter de una

raza, de un pueblo, de una familia, en el transcurso de su vida social ó doméstica, y en los que se reflejan sus genialidades, sus caprichos, sus gustos, sus pasiones, exige que sean contados más bien en la velada del invierno, y en el reducido círculo del hogar, que analizados en las academias donde se juzgan y se pesan los grandes problemas de la ciencia, de la política ó del arte.

Por eso pienso que nuestras letras se enriquecerían con esos asuntos, absorbidos hasta ahora por la literatura mística, y se lograría el doble objeto de deleitar los espíritus con narraciones fantásticas, novelescas ó pastoriles, y de quitarles el sello propagandista de una religion militante, presentándolas con el atractivo de la poesía y con la amenidad del estilo, que tanto influyen para rodcar la vida de placeres intelectuales, comunes al pobre que vive alejado de los grandes círculos, y al que entrega sus horas fatigosas al vértigo de la fortuna.

Las montañas de Córdoba, la Rioja, Catamarca, hasta los valles más estrechos y escondidos de los Andes, los bosques de las Misiones, de Corrientes, y los llanos mismos intermedios, están sembrados de restos que atestiguan el paso de una mision religiosa, y donde se conserva el recuerdo de un portento divino. Yo he visto en Córdoba ruinas sagradas, y

en mi provincia, á corta distancia de la capital, se levantaban hasta hace meses, las rústicas paredes de la vivienda que Francisco Solano, *el portentoso apóstol del Reino del Perú*, construyó con sus propias manos, con piedras superpuestas, y donde predicaba la conversion á las tribus congregadas, y donde más de un milagro vino á sellar con la autoridad de Dios su palabra inspirada.

En la humilde morada que mis abuelos levantaron en medio de esas mismas montañas, se conserva todavía una imágen de San Isidro, — la idea católica de la Ceres antigua, — en actitud de arar la tierra, teniendo sujeto un par de pequeños bueyes de yeso. Él es el patron de la aldea, y este título otorgado por la inocente fe de mis mayores, es debido á un milagro que salvó las sementeras de una larga sequía, hecho tan frecuente en aquella tierra hasta hoy desolada : él hizo caer la lluvia bienhechora que reanimó las fuentes en el seno del granito, y fecundó la tierra; y cuando las hordas vandálicas de la guerra civil penetraron á sangre y fuego en esa morada que yo venero, mis padres huyeron como las aves perseguidas, pero llevaron consigo aquella imágen en la que amaban y conservaban la tradicion del hogar (1).

(1) Entre mis ensayos literarios, conservo una tradicion sobre este asunto, titulada : *La cueva de San Isidro*.

Y así, en cada una de las pequeñas poblaciones fundadas por los primeros españoles, ya sobre los valles, los llanos ó las laderas, ya sobre los cimientos de aldeas indígenas destruidas por los combates, se conserva una tradicion milagrosa en que un santo ó un ángel bienhechor salvaron las gentes de una matanza ó de un flagelo. Y ellas viven á su amparo entregadas á su culto, hasta que la civilizacion derriba los monumentos de la tradicion y renueva el espíritu nativo; y son felices con esa felicidad de la ignorancia y de la fe, que no se alteran mientras el pensamiento no se ajita con independencia.

Los templos antiquísimos construidos con la arquitectura más sencilla que pueda el hombre ejecutar, y que quedan en muchas ciudades y campañas como un testimonio de la época colonial, están llenos de tradiciones en las que resalta el elemento sobrenatural, y se conservan allí porque en ellas no penetra un rayo solo del espíritu moderno que viene transformando nuestro genio y nuestra tradicion nacionales. Los templos de San Francisco, en la Rioja y Santiago, conservan aún, el primero un naranjo vetusto en cuyo tronco el infatigable apóstol había cavado un nicho para sus penitencias, y el segundo el cordon de su hábito, cuyo origen refiere uno de sus panegiristas como sigue: "un devoto suyo, y

muy afecto, viéndose destituido de su presencia, le pidió que le dejase por amor de Dios alguna prenda de su amor, para templar el rigor de su soledad. Dexole la cuerda con que se ceñía, y en ella quedó tan enriquecido, como con una cesion de la omnipotencia, pues por medio de ella ha querido Dios hacer tantos milagros, que hasta el día de hoy se guarda en un Sagrario, como vínculo de prodigios, en Santiago del Estero" (1).

La semilla de estas sugerencias religiosas, sembrada por los misioneros, regada por las iglesias y sus comunidades, y fecundada por los cerebros rudimentarios de los naturales, fué trasmitiéndose y ahondándose siempre por la fusion de las razas, hasta formar el carácter de la cultura nacional, y está muy lejos de abandonar el profundo surco donde ha caido ; y hoy mismo, en las aldeas apartadas del interior, se presencia la aparición de santos y profetas que consiguen arrastrar enormes masas de gentío con sus

(1) *Epítome de la Vida, Virtudes y Milagros del Portentoso Apóstol del Reyno del Perú, San Francisco Solano*. Compuesto por el señor JUAN RODRIGUEZ DE CISNEROS, Lector de Teología, Examinador y Juez Sinodal, etc., etc., etc. Reimpreso en Buenos Aires, y dedicado á D. Manuel Ferreyra de la Cruz, Sindico del Convento de San Francisco. En la Real Imprenta de los Niños Expósitos, con las licencias necesarias. Año de 1790. — El Dr. A. J. CARRANZA en sus eruditas notas á los Libros Capitulares de Santiago del Estero; consigna tambien el mismo hecho y su tradicion.



gesticulaciones y sus aparatos casi siempre asquerosos, que los hace aparecer como poseidos del Espíritu Santo, y que recuerda las épocas de mayor degradacion de la especie humana. Por lo general, la poblacion nativa se encuentra aún en su estado más pasivo de sugestion religiosa, sin que la evidencia de los progresos sociales, ni las enseñanzas de las escuelas, sean parte á levantarlas un palmo del abismo en que se arrastran.

En diversas épocas de la historia se han visto pueblos fanatizados al extremo, pero en ningun país del mundo penetró más adentro esa fe que embrutece cuando se abandona á la inercia de cerebros embrionarios, que en los que forman la República Argentina, donde por más tiempo se rádican sus apóstoles. Y en cuanto á la tradicion, puede decirse que una gran parte de nuestra poblacion se halla aún en el período primitivo de su evolucion intelectual, en el que las ideas se conciben en su forma más grosera, y las sugestioness se verifican en su grado más alto de automatismo. Lo sobrenatural, lo inverosímil, lo monstruoso, serían hoy mismo un alimento intelectual de esa poblacion criolla que se mantiene, por su alejamiento de los grandes centros de cultura, como lo estaban en el tiempo de mayor apogeo de la dominación religiosa.

## VII

“ Por este tiempo se presenta en la escena de la conquista y amalgama de pueblos salvages, el más extraño elemento que haya figurado en la historia de las conquistas. Una asociacion religiosa, animada de un espíritu asombroso de accion, bajo una disciplina severa y con solo las armas de la persuacion y la superioridad intelectual de la raza blanca, acomete la empresa de organizar sociedades con base salvage, sobre un principio religioso, con un gobierno teocrático de tutela espiritual absoluta. Tales son las Misiones famosas del Paraguay, que llenaron por dos siglos el mundo con su gloria, que produjeron en efecto excéltentes historiadores y panegiristas de la Orden, hasta que despertando los celos del gobierno civil de la España, fueron secuestrados y transportados á Europa los Padres Jesuitas, sin que las autoridades que se diéron á las veintiuna Misiones, con sesenta mil habitantes que regenteaban, fuesen parte á retenerlos en sus pintorescas villas al lado de los al-

tares donde acostumbraban elevar preces y cánticos á la Virgen Santísima, más que á Dios" (1).

Con la entrada de estos singulares apóstoles de la religion conquistadora, la direccion y el carácter de la propaganda toman nuevos bríos y más seguro ascendiente sobre los espíritus. Ellos llevan á todas partes el prestigio del misterio y de la fuerza moral; y desde el siglo xv en que aparecen en la historia, su nombre y sus actos, como las olas del océano, no dejan un instante de resonar en los oídos de la humanidad, ni reposan un momento en su mision extraordinaria.

Las guerras de religion que sacudieron el corazon de la Europa en el siglo xvi les encuentran en la plenitud de su vigor, y ellós solos hicieron en esos tiempos de borrascas, lo que no pudieron los ejércitos ni la diplomacia. Organizados con independencia del Papado, y sobre bases mucho más sólidas que la Iglesia misma, porque son humanas y positivas, llegan á infundir temor á los reyes, porque extudian y esplotan los más recónditos móviles del alma, porque abdican su libertad, haciendo de la obediencia pasiva la fuerza de su union, y porque no hay palmo de la tierra, ni principio de moral,

(1) SARMIENTO. *Conflicto y armonias de las razas*, t. 1, p. 34.

ni doctrina científica, ni evolucion social, ni dogma religioso que no jiren en torno de su propia personalidad; de tal manera que ninguna asociacion humana, ni aún los más grandes imperios, lograron más que ellos estender su influencia. Son monarquistas en Francia, conspiradores en Alemania y en Inglaterra contra la monarquía ; son regicidas bajo Luis XIV y los Estuardos ; predicán el Evangelio en todas partes y sus arcas se llenan de tesoros ; tienen una moral para el público y otra muy diferente para sí mismos.

Pero tal organizacion y tales medios de propaganda y de influencia, si bien son eficaces desde luego, y en épocas de atraso, no pudiendo permanecer ocultos sin herir vitales intereses y derechos humanos, sociales y políticos, no tardaron en ser apreciados con toda la magnitud de su peligro por los Estados, los individuos, los filósofos y aún los mismos doctores de la Iglesia católica. No se marcha impunemente contra las olas ajitadas, ni se vuelve jamás la direccion de los rios, ni el genio más portentoso podría detener la marcha del espíritu humano.

En la América conquistada y sometida, vieron horizontes ilimitados á sus planes de dominacion universal, y se lanzaron sobre ella con todo el prestigio de sus triunfos, con todo el caudal de su astucia, con todo el arsenal de su ciencia ; y puestos al servicio de

la conquista, como se hubieran opuesto á ella en caso necesario, hicieron más por el triunfo de las armas y de la fe que muchos ejércitos, y que sus predecesores de otras órdenes religiosas. Penetran en las moradas más ocultas del salvaje, y le ofuscan y dominan con el misterio y el terror espiritual; descubren tesoros ingentes acumulados por la naturaleza y por el hombre, y sus riquezas se vuelven fabulosas; levantan templos y colegios en las montañas y en los llanos; aspiran á realizar su idea teocrática absoluta del gobierno en las Misiones del Paraguay y de Corrientes, y asientan, por último, en Córdoba, los cimientos formidables de su poder y de su accion. De allí se estendían por caminos invisibles ó desconocidos por todo el vireinato, del mismo modo que se estienden las sombras sobre la tierra. Llegan á conocer y contar hasta las menores pulsaciones del continente, y una especie de comunicacion eléctrica les mantiene unidos á través de los desiertos, las cordilleras y los mares.

Así, de tan asombrosa manera, su aliento soplabá en todas partes al mismo tiempo, en todos los dominios de la política, de la vida social, de la religion, de la industria, del comercio, de la guerra y de las artes; su vida y manejos misteriosos llenan de temores y supersticiones los espíritus mas cultos, y bien pronto son

mirados como seres superiores á su especie. Y bien se comprende que su influencia sobre todas las manifestaciones de la vida debia ser tan profunda y general para llenarla y saturarla de su espíritu, y para que la tradicion recibiera de ellos colores nuevos y abundantes motivos para sus relatos, hasta el punto de constituir por sí solos, desde su advenimiento, el único centro á cuyo rededor giran los hechos sociales, y que no existan tradiciones más interesantes en su aspecto maravilloso ó fantástico, tenebroso ó diabólico, que aquellas en que intervienen como actores ya sea directos, ya sea como inspiradores de las acciones, ó evocadores de los milagros que asombraron á las gentes y las decidieron á convertirse á la nueva fe.

La literatura americana, la ciencia y la tradicion deben á los jesuitas tesoros preciosos y elementos valiosísimos, gracias á sus prolijos estudios del país, á sus crónicas verdaderamente notables, escritas, es cierto, *ad majorem Dei gloriam*, pero no por eso menos importantes para la historia. Gracias á los trabajos de Lozano, de Guevara y otros, hemos podido los argentinos reconstruir la sucesion no interrumpida de nuestra historia desde la conquista, conocer las costumbres indígenas que la espada y la colonizacion habian extinguido, los primeros antagonismos que estallaron entre nuestros conquistadores, los prime-

ros ensayos de la vida municipal trasplantada de España, las aventuras arriesgadas y novelescas de soldados y sacerdotes, las peripecias interminables que precedieron á la fundacion de las ciudades y á la organizacion de sus gobiernos, y en fin, las menores palpitaciones de la vida en aquella sociedad tan agitada y combatida. Los dos historiadores que he nombrado suministran al poeta y al tradicionista los asuntos más hermosos en que no faltan aquellos colores sombríos ó nebulosos de la fábula, los dramas animados de la pasion, los horrores de la tragedia, los idilios del amor, los extremos de la fe, las fascinaciones del milagro, ni las tenebrosas y malignas maquinaciones de Luzbel, quien debió sentir temblar sus miembros calcinados cuando el primer jesuita puso su planta en América. La tradicion nacional está saturada de la influencia de esta institucion, y las obras que nos legaron sus cronistas y sus sabios, son los más preciosos materiales que el sociólogo aprovechará para sus investigaciones sobre la evolucion de nuestra cultura contemporánea.

Nada más propio de una creacion fantástica que ese misterio impenetrable que rodea los actos de la Órden, de cuyos templos brotan los prodigios como el relámpago de las nubes, segun una frase de un hombre célebre; nada que levante más supersticiones

y congeturas caprichosas, que esas mil versiones de todos repetidas, que les atribuyen las prácticas más extrañas y sombrías en la soledad de sus claustros ; nada que provoque tanto la imaginacion, como esas apariciones repentinas del hábito negro en los sitios donde es menos esperado, y donde, sin embargo, él tiene orden y necesidad de aparecer ; nada que llene el espíritu de asombro y de recelo supersticioso, como esas revelaciones extraordinarias sobre sucesos cuyos autores quisieran sepultar en el olvido y en la muerte.

Me imagino que los naturales encontrarían en estos extraños personajes algo de ese Demonio què les enseñaron á temer, pero que no podrían resistir á las seducciones de su magia, porque apareciendo siempre como por una evocacion diabólica, con el traje con que Mefistófeles se aparece á Fausto, tenían como aquel, el encanto avasallador de la sabiduría para hacer que el temor precediera al respeto, que la admiracion expulsara de los corazones el odio.

Es de la nebulosidad de los orígenes y de las concepciones mitológicas de la raza germánica, que nació esa literatura legendaria tan encantadora y deslumbrante que admiramos hoy en Alemania, Inglaterra y Dinamarca; y es el misterio inviolable de los jesuitas, lo que dió lugar en América á las tradiciones más llenas de interés, por la intervencion que las in-



teligencias rudimentarias atribuyen en sus actos á los seres sobrenaturales, sean infernales ó celestes, y porque siempre la oscuridad ejerce sobre el cerebro alucinaciones y temores involuntarios, que luego personifica ó modela en seres animados ó en figuras plásticas.

Contribuyó esencialmente á afianzar el éxito de sus conquistas el profundo estudio que hacían del carácter de los indígenas y de sus instintos, para dominarlos con la satisfaccion pàsagera de sus caprichos ó de sus necesidades, hasta que penetraran de lleno en la nueva vida que les imponían, y se sometieran como esclavos ó autómatas á su servicio ó á sus ceremonias. No de otra manera se esplica que hayan podido levantar tantos y tan suntuosos templos, conventos y colegios en casi todas las ciudades de América, ni que hayan podido llevar á término esas asombrosas construcciones subterráneas que alcanzaban longitudes increíbles, verdaderas catacumbas donde no penetraban los rayos del sol, ó más bien, caminos ocultos por donde se mantenía esa comunicacion invisible en que consistía el secreto de su unidad de accion.

Donde puede verse la magnitud de esas obras és en Córdoba, donde tuvieron su asiento y su foco para sus trabajos de esta parte del continente, y en donde más varias y estravagantes leyendas se ha forjado la imaginacion popular sobre la forma y destino de esas

excavaciones, que han ido apareciendo á medida que se abrían los cimientos de la ciudad moderna. Ya se ve en ellas fines siniestros como los que causaron la destruccion de los Templarios, suponiéndoles autores de ejecuciones silenciosas cuyas víctimas sepultaban en aquellas cuevas, ya móviles interesados y sórdidos como la avaricia, que acumulaba allí sus ingentes tesoros extraídos de las minas de los indígenas, hasta que fuera tiempo de trasladarlos á Roma, desde donde saldrían en forma de moneda á alimentar las empresas que mantenían en todo el universo; ora se les creía autores de raptos y desapariciones repentinas de las hijas de los caciques que mas atraían por su hermosura, y que catequizaban con la palabra divina para consumir sus caprichos en las profundidades de la tierra, de donde no volvían á salir jamás las tristes víctimas; ora los menos inclinados á suposiciones malignas de carácter terrenal, atribuían á esos subterráneos tenebrosos el fin de servir á las comunicaciones de los Padres con los espíritus buenos y malos de la tierra, ó con el Dios en cuyo nombre luchaban con las armas de la religion.

Así, pues, aquellas ciudades que, como Córdoba, fueron centro principal ó de alguna importancia para la vida jesuítica, son las herederas más directas de las leyendas que originaron, y del sello típico que inocu-

laron en las costumbres; y aquella ciudad, como muchos otros pueblos de la misma provincia, ostenta todavía los claustros de construcción y arquitectura especialmente jesuíticas, que tienen más de rigidez que de elegancia, que evocan más bien la melancolía y el terror, que no la admiración y el placer. La vista de esos restos que el tiempo comienza á demoler, trasporta la mente á las sombrías arcadas de los castillos feudales, de donde han brotado á la posteridad las leyendas más sublimes y encantadoras, recogidas y engrandecidas con el arte moderno por dos grandes poetas de ese género, representantes de las dos razas que elaboraron la civilización europea: Walter-Scott y Zorrilla.

No flotaban muy distantes de la verdad las creencias del vulgo sobre los grandes tesoros acumulados por los jesuitas en sus subterráneos, porque la historia y la tradición oral de otras provincias han confirmado, por lo menos, el hecho de que explotaron con gran ventaja las más ricas minas del Famatina, que desde el tiempo de los Incas suministraba abundantes metales para los templos del Sol, y que durante la época colonial llamaba ya la atención del mundo (1); y se

(1) D. GUILLERMO DÁVILA, *El mineral de Famatina*. Rápida ojeada sobre el origen, descubrimiento y trabajos desde la conquista hasta nuestros días. (*Revista de Buenos Aires*, tomo XXIII, página 66).

sabe que los adornos y objetos del culto para las iglesias de Córdoba, fueron fabricados con el oro y la plata de aquel cerro fabuloso, tanto por sus riquezas como por sus leyendas, inagotables las unas é impecederas las otras, porque llevan en sí toda la fantasía y el esplendor del cielo donde reverberan sus nieves seculares. He ahí por qué la Rioja es, quizá, más rica en tradiciones que las demás provincias, y por qué ellas se caracterizan por una fantasía más pura y exaltada. Ella fué el suelo privilegiado de los misioneros jesuitas, sus naturales los más amados y solicitados por su piedad, y sus montañas mejor exploradas por sus geólogos y sus geógrafos.

“Medio siglo hacía que el Tucuman había sido descubierto y ocupado por los españoles. Los jesuitas tenían ya prósperas misiones en el Rio de la Plata, Paraguay y Córdoba, cuando la Rioja fué fundada; así es que no tardaron en obtener concesiones para establecerse allí, como lo estaban ya en los demás países conquistados. Esta mision prosperaba de una manera rápida, tanto en catecúmenos como en la adquisicion de propiedadés y objetos de lujo para sus conventos y templos, de tal manera que llegó á llamar la atencion pública... Susurrábase de que los indios de la mision que tenían catequizados, habíanles descubierto el secreto de las minas de Famatina, que te-

nian siempre oculto, y aún entregádoles barras de plata y oro que conservaban de sus trabajos anteriores.

“Pero todo esto no pasó de congeturas más ó menos fundadas, y luego desvanecidas por la impenetrable reserva y prudencia que siempre han caracterizado los actos de esta célebre Orden. Ellos siguieron probablemente aprovechando por muchos años en el silencio de sus claustros, las ventajas que les proporcionaba un tesoro á tan fácil costo adquirido; y decíase en aquel tiempo que la prosperidad á que habian llegado sus establecimientos en Buenos Aires, Córdoba y el Paraguay, no era extraña á las riquezas estraídas del cerro de Famatina”. (1)

Yo he recojido muchas de ellas de algunos ancianos de mi pueblo, y he observado la huella característica de la Orden de Loyola en ciertas costumbres que, nacidas de la raza, fueron transformadas despues por su adaptacion á la cultura religiosa, y en algunas de las supersticiones reinantes, en donde resaltan sus inspiraciones, y las influencias que sus misterios y sus ceremonias singularísimas ejercian en el carácter nativo. Me propongo escribirlas y publicarlas, no

(1) D. GUILLERMO DÁVILA, *El mineral de Famatina*. Rápida ojeada sobre el origen, descubrimiento y trabajos desde la conquista hasta nuestros días. (*Revista de Buenos Aires*, t. XXIII, pág. 66).

como una obra con medianas pretensiones literarias, sinó para que sirvan de base á la historia de mi provincia, única que no la tiene, porque los bárbaros que la ensangrentaron en época aciaga, parece que quisieron destruir hasta los rastros de su paso por la tierra.

Pero dejo de lado estas reminiscencias que á cada paso me asaltan, y vuelvo á ocuparme de la influencia que los jesuitas ejercieron en el espíritu de la tradición nacional. Ella ha trascendido á todas las esferas de la vida, y no poca parte cabe en sus resultados á la enseñanza que les es peculiar, y que, como lo reconocen Macaulay y Buckle, les ha dado durante un largo período de la historia, un dominio absoluto sobre la sociedad.

Es de esa manera, fundando colegios y dedicándoles sus cuidados más prolijos, que lograron hacerse necesarios, confirmados despues en la opinion pública, cuando el éxito de los estudios atraía hácia ellos las ambiciones; y como ponian especial atención en elegir entre los jóvenes aquellos más inteligentes, con la mira de aprovecharlos para la gloria de la Orden, era evidente que el resultado de sus tareas escolares debia ser brillante. Con todo, y sin entrar á juzgar su enseñanza á la luz de la filosofía, es indudable que ellos formaron entre nosotros los primeros esbozos de la

ilustracion y de la literatura, ampliados y encauzados despues en corrientes más humanas, cuando la libertad fué penetrando en nuestra cultura ; pero dejaron gérmenes que más tarde hicieron su aparicion en algunos caracteres de nuestra historia, y que trascendieron á las altas esferas de la política y del gobierno.

La vida monástica impuesta á sus discípulos como sistema, porque era más propia para sus objetos de dominacion personal, y para imbuirles mejor y de un modo más directo los sentimientos y las ideas de su Orden, fué origen de sucesos importantísimos desarrollados en el silencio de los claustros, y conservados solo por sus mismos actores, quienes los relataron despues ; y bien se comprende que en aquellos estrechos horizontes donde el espíritu y la fantasía se condensaban á la medida del recinto, como el aire que respiraban, debía hacer germinar en esos cerebros enfermizos y en esos corazones perpétuamente reñados, las ideas y los sentimientos más sombríos y lúgubres ; especies de Segismundos educados en una cueva y con la cadena al pié, debían convertirse en “ fieras de los hombres ”, cuando no en misántropos intratables ; porque el libre albedrío encadenado arroja maldiciones que llegan al cielo ó conmueven la humanidad, y la inteligencia y el corazon aherrojados, concluyen por envolverse en sombras mucho

---

más profundas y fatales que las de la tierra, donde por lo menos, el rocío regenerador cae sobre las plantas, y prepara los capullos que la mañana ha de convertir en flores.

“ Me imagino la impresión desagradable que producirían aquellos claustros, en donde desfilaban á la media luz de un crepúsculo artificial, todas esas sombras humanas, entregadas á sus meditaciones excesivas, transidas por la anemia, pálidas, secas y como identificadas con el pergamino de sus infolios ; con la sangre hecha agua, la esclerótica azulada y el cerebro jimiendo bajo el peso de su mendicidad circulatoria ”. (1)

Imajínese cuántos dramas tenebrosos se producirían en tales escenarios ; cuáles serían los efectos, las trascendencias exteriores de tantos pensamientos audaces y valientes, ahogados al nacer por la mano de hierro del maestro ríjido, que espía como la fiera en acecho, el despertar de aquellas inteligencias vigorosas ; cuánta poesía al mismo tiempo en los sueños de libertad forjados en la soledad y en el encierro, por tantos jóvenes nacidos en medio de una naturaleza desbordante y de un clima fecundo, y que sentían bullir al rededor de sus prisiones, como se siente el

(1) RAMOS MEJÍA, *Neurosis célebres*, II, p. 27.



ruido de la marea lejana, las primeras palpitations del sentimiento nacional, los gritos y los cantos de la muchedumbre, las pasiones sociales, en fin, que atraen y que seducen, porque ellas engendran las grandes revoluciones que emancipan los espíritus ; y qué abundancia de elementos para el tradicionista, que encontraria tal vez en cada uno de esos dramas, escolares, en cada pensamiento comprimido ó castigado con exceso, la causa primera de las guerras civiles que más tarde ensangrentaron nuestros hogares, y llevaron al naufragio las libertades conquistadas por la Revolucion !

Es en Córdoba donde debe ir á recogerse todas las tradiciones de la vida monástica instituida por los jesuitas desde el siglo xvii ; allí estuvo el foco de esa educacion que el Dean Fúnes clasificó con palabras tan duras, y de donde salieron los hombres que actuaron en nuestros principales acontecimientos. Allí se conservaba de generacion en generacion, hasta que se suprimió el sistema claustral, el recuerdo de cada uno de esos episodios que se habían celebrado más en los años pasados, y cuyo relato formaba el tema de las veladas estudiantiles ; y más de un nombre ilustre figura en tradiciones que habrían sido inmortalizadas por el genio aleman, y en las que la supersticion, las creencias terroríficas

---

cas y las almas condenadas son el fondo, dan el colorido y engendran el drama fantástico.

Aún más tarde, siendo muy niño, he oído en el célebre colegio de Monserrat, muchos de esos relatos verdaderamente encantadores á la imaginacion, y he sentido los mismos temores, y he oido los mismos ruidos misteriosos que sintieron y perturbaron el sueño de todas las generaciones de estudiantes anteriores á la mia; y confieso que si pudieran escribirse con el mismo sentimiento que despertaban al ser escuchados en el silencio de la noche por un grupo juvenil y soñador, en torno á la vetusta chimenea que ilumina apenas la cara del narrador oficioso pero no menos entusiasta, y cuando todo es tinieblas más allá de ellos, se tendrían las leyendas más hermosas, como las mejores que conocemos de los tiempos medievales, nacidas en los conventos ó en los castillos solitarios, donde iba á recogerlas el trovador errante encargado de perpetuarlas en la memoria por la poesía.

## VIII

Hay un personaje que anima todas las tradiciones de la América, dándoles su mayor atractivo; que figura en casi todas ellas con un rol importantísimo, y sin cuya existencia no sería posible explicarse muchos de los sucesos que se perpetúan desde el tiempo de la conquista hasta nuestros días. Él, según el sentir de los ingenuos cronistas de Indias, poseía como dueño absoluto todas las almas de este continente, manteniéndolas sumidas en la idolatría y alejadas del cielo; él inspiraba sus prácticas y sus costumbres repugnantes, sus sacrificios humanos, sus guerras devastadoras; él alhagaba á los indios con el descubrimiento de inmensos tesoros que poseía en sus manos, y él levantaba y adornaba de oro, plata y pedrería los altares de sus ídolos; él mantenía la poligamia y la esclavitud entre los naturales, y todas esas instituciones que chocaban á los propagadores de la fe católica: ese personaje es Luzbel, llamado popularmente el Diablo, nombre mucho más risueño y poético con que la imaginación universal ha designado la astucia del ángel destronado.

Desde que la humanidad existe, y aparecieron en su mente los primeros rudimentos filosóficos, la idea del bien se le presentó como la oposicion del mal; y así como personificó en Dios la virtud, personificó en Luzbel la maldad; así como Dios crea y edifica, Luzbel destruye; Dios es la Luz, Luzbel la sombra; y segun la tradicion genesiaca, habiendo antes de su rebelion poseido la ciencia eterna, no pudo despojársele de este atributo que constituye la base de su poder. Nacido como Dios, del cerebro del hombre, toma tantas formas, caractéres, atributos y designios, cuantas son las influencias sociológicas que transforman las ideas y la imaginacion de las razas. Su existencia ideal tiene el mismo origen que Dios, porque el hombre no ha podido formarse concepto del bien sin tenerlo formado del mal, que es su término de comparacion, y si el uno es eterno, el otro lo es tambien; si el uno es universal porque sigue á todas partes el pensamiento que lo concibe, el otro es tambien universal porque forma una esencia de ese pensamiento.

Si todas las manifestaciones externas del bien en el alma, en el cuerpo, en la naturaleza inanimada, se personifican y asemejan á la esencia generadora, todas las trascendencias del mal toman asimismo las formas y los caractéres opuestos, porque son derivados del mal principio originario. El antagonismo que

nace en el cerebro al concebir una idea, es una ley permanente en todas las esferas donde la idea alcanza y se manifiesta. Desde las religiones primitivas del Oriente, hasta las últimas razas recientemente descubiertas en sus asilos ocultos en su estado de barbarie, Satanás aparece en frente del Dios creador con tantas formas como la idea que forja las religiones: ya es el ángel rebelde del cielo, ya el Ormuzd persa, ya el Vichnou indio y sus espíritus maléficos, ya la Parca destructora, ya, en fin, los malos espíritus americanos que toman tantos nombres y formas como las razas diversas los conciben.

El Diablo existía, pues, en América, como personaje mítico, cuando ella fué descubierta, y existía bajo la forma de espíritus adversos al hombre, y los cuales se manifestaban en las voces siniestras de las montañas, en el rayo que aniquila la naturaleza, en las malas pasiones del alma, en los ruidos aterradores de la noche. El araucano, el pampeano, el quichua, el guaraní, todos lo concibieron, lo temieron y lo explotaron para sus actos, cuando ellos debían ser inspirados en la destrucción de sus enemigos; de manera que no erraban del todo los misioneros y los cronistas de las Indias, cuando aseguraban que él poseía tan vastos dominios, sugiriendo á sus moradores sus cultos idolátricos.

Pero con la inmigracion del catolicismo, el Satanás americano adquiere nuevas formas, tomadas de las antiguas supersticiones y leyendas europeas; su fisonomía ideal se multiplica y se difunde en mil acepciones tan diversas como los asuntos ó actos de la vida en que la creencia popular lo hacía intervenir; su poder sobre los espíritus, en vez de disminuir aumenta, porque se le abren nuevos horizontes que no alcanzó á divisar mientras habitaron el continente las razas aborígenes sin mezcla; cada familia conquistadora traía consigo las tradiciones propias de su pueblo, como los penates antiguos, y con ellas todas las supersticiones que heredaron de sus mayores; y de tan varia manera, la tosca y grosera idea del Espíritu maligno que el americano se había forjado, se refina y se colora, se ajiganta y resplandece con la luz que destellan sobre su figura siniestra las más elevadas civilizaciones que la conquista importó de Europa, en cuyas literaturas ocupa un puesto prominente como elemento estético y como personaje de sus obras.

Como si se tratara de una de esas creaciones que solo basta á formar el pensamiento y la labor de todas las épocas y de todas las razas, el Diabolo condensa en torno de su personalidad eternamente jóven, todo el esfuerzo del genio de los siglos, de los que

cada uno le ha dejado una huella de su inspiracion, una pincelada más, un golpe de su cincel y un rasgo de su buril candente: desde la concepcion mosaica que le presenta como el símbolo de la razon rebelde y de la revolucion, perfilado en su *non serviam* sublime; desde las poéticas y multicolores idealizaciones védicas y griegas, hasta la sombría y pavorosa pintura del Dante que le coloca en el centro de la tierra, como si él fuera el foco comun de gravedad de todas las cosas y de todos los hombres, y hasta la colosal creacion miltoniana que se inspira en el pensamiento mosaico, pero modelado con un cincel de fuego, presentándolo con toda la grandeza de la desesperacion, con todo el fulgor rojizo de la cólera impotente, y con toda la sublimidad de la protesta secular; y aún más, hasta la mística epopeya de Klopstock donde el Satanás bíblico pone en accion todo su genio y toda la falange de sus recursos infernales, para arrebatár a la redencion la humanidad purificada en el Calvario; en todas estas épocas, en todas estas epopeyas grandiosas é inmensas, Satanás es una figura de dimensiones extraordinarias que pone en peligro muchas veces la obra de Jehovah, y que llega á iluminar por instantes el espacio infinito con el relámpago de una sonrisa de triunfo. Él siente el hastío supremo de su inmortalidad inevitable, sus desen-

cantos y sus dolores, tan grandes como su pensamiento, y comprende que la vida del universo concluirá con la suya en el *solvet seclum* final, y exclama:

Tombez, écrasez-moi, foudres, monceaux des mondes!  
Dans le sommeil sacré que je sois englouti!  
Et les lâches heureux, et de races damnées,  
Par l'espace éclatant qui n'a ni fond ni bord,  
Entendront une voix disant : Satan est mort!  
Et se sera ta fin, Œuvre des six journées! (1)

El sentimiento religioso de las sociedades de Europa, elaborado en el cristianismo y modelado en formas diversas por las iglesias que se desprenden de él, al dar su sello á las costumbres y usos familiares, y nacimiento á las supersticiones más ó menos refinadas que caracterizan la humanidad, hace del Diabolo un personaje más accesible á todas las inteligencias, y le da tantas formas y atributos como la imaginacion de cada pueblo y de cada clima lo sueña ; así, él interviene en los sucesos más íntimos de la vida doméstica, comunal, pastoril, religiosa y social, y en cada leyenda su ser adquiere las vestiduras y las genialidades propias del asunto y del temple moral ó psicológico de la sociedad en que actúa ; y en muchos

(1) LÉCONTE DE LISLE.



de ellos es el conductor de la gracia, de lo cómico, de la justicia burlesca que castiga con el ridículo, el mediador en los amores contrariados, el protector siempre oportuno de los desamparados de la riqueza y de la gloria, el testigo infalible é inesperado de los crímenes alevosos y de las promesas secretas, y en todas partes la causa oculta de esos sucesos desgraciados é inesplicables que conmueven el corazón de un pueblo con toda la fuerza del misterio que los rodea.

Su omnipotencia, su ubicuidad, su sabiduría inagotable para sus designios, le permiten contar cada una de las palpitations del corazón humano en el espacio, y antes que la idea ó el sentimiento se han convertido en acción, él tiende su red invisible, y esparce su aliento maléfico para inclinarla á su favor; y de ahí la lucha eterna del hombre con la fatalidad, que parece complacerse en torcer el curso de sus acciones, ó en arrastrarle á fines no concebidos, lucha que se ajita en el fondo del cerebro y del corazón, y que constituye el aspecto dramático, novelesco ó cómico de los hechos humanos; de ahí también que el Diablo sea un personaje indispensable en todas las tradiciones de los pueblos cristianos, de tal modo que desde la infancia este nombre comienza á sonar en nuestros oídos, y nuestra fantasía á darle formas tan

caprichosas como ella ; y si el catolicismo al personificar las grandes ideas, desfiguró y redujo á límites casi materiales la sublime creacion del Luzbel de la primera rebelion, las costumbres, la imaginacion y la poesía de todos los pueblos lo han salvado de la degradacion y del envilecimiento, para hacer de él algo como un espíritu familiar, á quien se mira, no ya con la repugnancia y el odio que inspira su pecado, sino con cierta simpatía risueña como la que despierta el personaje que nos divierte con sus travesuras ingeniosas y con sus agudezas chispeantes.

El mismo pueblo español no ha escapado á esta transfiguracion del réprobo Luzbel, á pesar de la presion dogmática que la Iglesia ejerció sobre él, más que sobre los otros pueblos que dominó en sus tiempos de gloria ; y España tiene una literatura más rica en leyendas que las demás razas del continente, pero llevando un tinte marcado de religiosidad, que es el fondo de su propio carácter. Ella trasportó á la América su genio y su naturaleza, sus sentimientos religiosos y sus costumbres caballerescas, sus sueños de gloria y sus supersticiones, y con la predicacion católica, nos trajo al Diablo vestido ya con los mil atributos que le había otorgado la fantasía de todos los pueblos cristianos, para incorporarlo á las muchas creaciones del genio nativo, como un elemento de

sujecion moral por el temor á la desgracia, ó por el horror á la condenacion eterna en la mansion del rey de la noche imperecedera; y como todas las razas indígenas tenían ya formada la idea de un mal espíritu tutelar de todas las calamidades y malas inspiraciones, el Diabolo del catolicismo fué recibido y asimilado por ellos con admirable facilidad, multiplicando sus atributos y sus dominios con la inmigracion á un suelo vírgen, y donde sus enemigos seculares venían á levantar templos á la obediencia que él rechazó en los tiempos ante-genesiacos.

El caudal de sus recursos de ingenio, de su ciencia maléfica, de su gracia, de su maldad refinada, de su furor insaciable, de su diplomacia y de su hipocresía esquisita y cómica, crecieron en proporcion de la nueva empresa que se presentaba con todo el aparato de una lucha miltoniana. Y no fué pequeña ventaja para él lo desconocido que eran para sus enemigos el nuevo teatro de la guerra, y el carácter de las gentes cuyo dominio venian á disputarle, y es en los primeros pasos de la conquista que obtiene triunfos ruidosos, y sus carcajadas de satisfaccion debian resonar en el abismo como un himno tenebroso de victoria. Pero bien pronto su alegría feroz se convierte en el despecho que le corroe sin descanso, cuando vió levantarse sobre cada una de las rocas que dominan las planicies,

y en los más profundos bosques, la cruz que le avasalla, que le obliga á bajar sus ojos centelleantes, y á morder el labio trémulo del coraje impotente.

Entónces de guerrero se transforma en político ; de soberano orgulloso de las sombras, en el cortesano dúctil y elástico, que llevando por linterna la hipocresía sonriente, ilumina la senda que conduce al lado de los poderosos ; de explorador infatigable de todas las viviendas y refugios humanos, se convierte en policiano oficioso que ronda incesantemente en las aldeas y en las ciudades, buscando sorprender secretas aventuras del amor, del vicio ó de la ambicion, para ofrecer su ayuda maravillosa al enamorado, al delincuente ó al ambicioso, y ganarse su afecto y su alma ; y es entónces tambien que despliega todo el tesoro de su ingenio y de su mágia para tender las redes más caprichosas á sus enemigos, y para adoptar las figurás, los tipos, las personificaciones más raras y extravagantes, con cuyo auxilio logra penetrar donde nadie podria imaginarlo ; allí consigue apoderarse de las extremidades de hilos enredados en la sombra del misterio ; aplicar muchas veces un castigo merecido y justiciero al criminal ó al infidente que juegan con el honor propio y ageno, al abrigo de una falsa santidad ó mentida honradez ; acudir por una súbita aparicion al llamado extremo del jugador que

en la embriaguez del dinero, despues de haber perdido hasta la honra de su casa, no tiene otra mercancía que su propia alma para convertir en moneda, y allí ofrecerle el tesoro suspirado en cambio de ella; atravesar, mezclado al torbellino de las vanidades mundanas, los salones y las calles donde se ostentan las galas del amor propio ó de la ambicion, del vicio enmascarado, ó del amor fingido en el interés de una fortuna sin fatigas; y allí, pasando como cualquier caballero á la moda, descubre bajo las máscaras sociales sus futuros súbditos, desvela sin trabajo las falsas reputaciones en cuyas aras la multitud aturdida quema el pesado incienso de la adulacion, y allí, por último, su semblante inquieto se ilumina y repliega á cada instante con sonrisas que son cargadas en la conciencia, y que van, como el trueno, á repercutir con estruendo en los negros abismos de su imperio.

Y no se diga que esto es inadmisibile tratándose de una cultura naciente, porque desde las primeras expediciones, los españoles trasportaron á América los usos de su corte, formando una en pequño al rededor de cada gefe afortunado y de cada virey, como sucedió en Méjico, en el Perú, en Buenos Aires, en Chile, y en cada ciudad donde llegó á constituirse un núcleo social más ó menos importante.

El elemento nativo desaparece, porque entra en la servidumbre y en los trabajos rurales, quedando solo en la ciudad la raza dominadora; y son proverbiales, porque han llamado durante siglos la atencion del mundo, las aficiones aventureras, las costumbres caballerescas, el amor bullicioso y pendenciero de la cultura española, que dieron origen al teatro más brillante de su historia literaria, y á las leyendas saturadas de ese mismo espíritu, y adornadas con las riquísimas creaciones fantásticas propias de la raza. Añádese á estas cualidades la influencia profunda de las ideas y los sentimientos religiosos, que siempre fueron unidos, en el carácter español, á las más atrevidas empresas del amor y de la espada, y que contribuyeron á dar á sus maneras, á sus usos y á su educacion en general, ese tinte novelesco y esa tendencia á asimilarse todo lo que hiere su imaginacion con brillo inusitado, y que tanto se reflejan en las obras de su literatura y en las tradiciones ya heróicas, ya íntimas que conserva desde los tiempos más remotos.

La tradicion argentina, como la general de la América española, está saturada de aquel espíritu, y los relatos trasmitidos del pasado, en los que solo son actores los que trajeron la civilizacion, se caracterizan por los mismos rasgos que distinguen á la nacion

originaria ; pero entrando á investigar las costumbres y el genio de las razas nativas, su transformacion por la mezcla de ambas, y la revolucion profunda introducida en los sentimientos y concepciones religiosas por la predicacion, la tradicion adquiere cierta variedad impuesta por la influencia de la propia naturaleza ; y si antes de la conquista y durante la guerra, predominaba el sello indígena en todos los hechos tradicionales, despues de ellas es el genio invasor el que domina en todas las manifestaciones del espíritu. Los ritos y las prácticas de su idolatría se convierten en las idealizaciones de la nueva creencia, pero no se borran del todo en la imaginacion del indígena ; y de este modo se advierte una mezcla apenas descifrable de conceptos, de personificaciones, de ceremonias, que llevan siempre algo de las dos religiones.

Así como la idea del Baco griego se transformaba con los elementos geniales de los pueblos que visitaba en sus emigraciones, Satanás ha recibido, al ser impuesto al indígena americano, formas estrañas que no habian concebido sus creadores ; como todas las concepciones comunes á la inteligencia, tomó mucho de la índole y del carácter de la tierra donde inmigró con el catolicismo ; pero al multiplicar sus formas, multiplicó sus atributos, y su rol en los acon-

tecimientos se vuelve más interesante y poético, porque se ve llevado á intervenir en mayor número de ellos, y de una manera propia á un estado primitivo de cultura, donde todos los fenómenos físicos y sociales tienen siempre algo de la poesía de las alboradas.

No busquemos en el Diablo de la tradicion argentina esa figura colosal que brilla en el *Génesis*, en el *Paraiso Perdido* y en la *Mesiada*, ni el horrible monstruo descrito por el Dante ; aquí se humaniza, sigue las evoluciones del genio nativo, y se aviene á las costumbres refinadas de la civilizacion española en sus lujosos estrados, remedos de la corte metropolitana ; él es un personaje rústico y grotesco en la vida de campaña, y se mezcla al bullicio de la faena rural, deslizándose entre los bosques donde se anuncia por rumores misteriosos y músicas extrañas, semejante á un sátiro burlesco ; visita las cabañas de la aldea semi-indígena, apareciéndose bajo mil formas fantásticas, para llevar el espanto á las imaginaciones sencillas, ó cometer sus raptos por la fascinacion diabólica, convirtiéndose en serpiente tentadora en medio de los ópimos frutos que la tierra ofrece á manos llenas á los moradores del paraiso de América, renovando asi la escena legendaria del Eden primitivo ; asiste invisible pero activamente á los comba-



---

tes entre los naturales que defienden sus fortalezas graníticas ó sus ciudades salvajes, y los ejércitos disciplinados que llevan por salvaguardia la cruz que él ha jurado destruir ; y más de una vez habló á sus protegidos desde el fondo de la noche en el lenguaje de fuego del relámpago, ó manifestó su accion en el incendio y en la tiniebla que devastan los campamentos enemigos ó ciegan á los combatientes ; se oculta detrás de la roca donde predica el misionero, para infundir la duda en el ánimo receloso de su salvaje auditorio, ó armar su brazo contra él, y más de una vez se atrevió á subir al púlpito de alguna iglesia de aldea, revestido con el hábito sacerdotal, y predicar con la misma sinó más animada y persuasiva elocuencia que un verdadero sacerdote de Cristo ; sigue de cerca las intrigas cortesanas tejidas por el amor, la ambicion ó la codicia, para precipitar desenlaces inesperados, urdiéndolos muchas veces él mismo para darse el placer de reir de sus enemigos sorprendidos en curiosas infidencias contra su honor, su religion y su rey ; fué en oportuno auxilio de muchos nobles arruinados que vinieron á América buscando rehacer su disipada fortuna, ya sea desenterrando tesoros de caciques muertos, ya cavando una mina donde el metal codiciado brillaba á la luz del sol, de donde nace quizá la expresion tan comun de *vender*

*su alma al Diablo*, entre los que siguen las vueltas interminables de la caprichosa viajera ; sin ninguna pretension de carácter terrenal, intervenía á su manera en las maquinaciones políticas, ya se tratara de escalar posiciones encumbradas de donde se gobernaban extensos territorios y se administraban tesoros fabulosos, ya solo de una alcaldía mezquina, donde es fama que se críce más en vanidad quijotesca que en la escala de las riquezas, y dió el triunfo á más de un político de andrajos, á no pocos pordioseros hizo alcaldes, y cuando la gana le dió, él mismo gobernó con muy buena ciencia, haciendo justicia pronta y barata (1), como la desearían muchas naciones de la tierra en esta época de régimen democrático; por fin, su accion irradió sobre todos los hechos colectivos, toca los resortes con mano maestra, asume los roles más difíciles en esta interminable comedia humana, donde un pesimista encontraría en la variedad de hábiles disfraces el secreto de los éxitos asombrosos ; habla todos los idiomas, y con mayor perfeccion, aquel que se emplea para conseguir voluntades acariciando las vanidades ajenas, y fomentando el vicio disfrazado de los poderosos ; penetra en los re-

(1) La hermosa tradicion de RICARDO PALMA, *El Alcalde de Paucarcolla*, versa sobre este tema.

cintos más ocultos donde el sabio, el avaro y el amante se entregan á sus delirios y vigiliass, para burlar la ciencia trasnochada con la verdad terrible con que habla á Fausto, para atormentar la avaricia con la vision de la muerte y para sorprender al amor en sus paroxismos solitarios.

Pero en todo hay que admirar el espíritu de justicia que le guía contra los vicios sociales, porque siempre se presenta como el ejecutor de la sentencia que la moral universal pronuncia sobre las acciones, sean apenas concebidas ó ya practicadas, apoderándose del culpable no bien ha ideado su falta; y este carácter es comun á las tradiciones de algunos pueblos de Europa, y ha hecho que sea mirado con menos rigor del que usa con él la religion, concibiéndolo alguna vez como elemento del bien, por el solo hecho de ser el mal definido, universal y permanente, y el dueño de todas las almas que se apartan del sendero que conduce á la gracia eterna.

Pero no siempre la victoria le ha sonreido, ni sus triunfos se consiguieron con facilidad en la lucha con la virtud y con la divinidad que le persigue; y es desde el advenimiento de los jesuitas á la América, que su empresa se vuelve más difícil y sus triunfos más dudosos, porque aquellos han minado las bases de su fortaleza y su poder, descubriendo su secreto de la

persuasion, su arte de dominar la voluntad ajena, y su ciencia irresistible para superar todas las dificultades y los peligros de las más árduas empresas : fueron como un general que hubiese examinado el campo enemigo y el plan de operaciones antes de la batalla ; en una palabra, veia en el jesuita un *alter ego* tanto más peligroso, cuanto que llevaba el apoyo de aquellos ángeles soldados que le vencieron en su rebelion inmemorial.

En todas sus maquinaciones y sus intrigas, por más hábiles que fuesen, siempre encontraba á su antagonista con una red tendida, con una trampa levantada, y más de una vez hubo de morder con su cólera nerviosa la punta de sus dedos crispados, ante su propia impotencia, vencido por la astucia del hábito negro que se alzaba en todas partes delante de él, con su mudo misterio y con su sombrío estoicismo que desarman todos los planes contrarios. Nadie como el hijo de Loyola sabe preparar y explotar el hecho sobrenatural que ha de asombrar y aturdir al indígena, y nadie como él sabe investigar los senderos ocultos, que antes solo el Diablo conocía y transitaba ; y hasta las grutas tenebrosas donde éste celebraba sus concilios, con su espeluznante corte de brujas y demás seres diabólicos, fueron descubiertas por aquel ojo investigador que parece ver en los rincones más

ignorados de la tierra, como en las cavidades infinitesimales del pensamiento, para adivinar la accion que se medita y el desenlace que seguirá á cada intriga urdida para el triunfo de Satanás.

Los cronistas de la Orden han narrado sus triunfos contra el espíritu maligno, pero toca á la tradicion imparcial, al espíritu del pueblo descubrir las tramas que dieran lugar á esos triunfos, despojándolos del colorido jesuítico, y haciendo intervenir en ellas á cada personaje con el ról que desempeñó en la accion, las creencias ó supersticiones que le inspiraron y las alternativas siempre fantásticas ó dramáticas que forman el interés del suceso. Dios y la Iglesia han tenido solamente sus cronistas y sus poetas; faltan los cronistas y los poetas de Luzbel; y por cierto que sus relatos serían atrayentes, iluminados por la luz rojiza de sus maleficios y de sus evocaciones teatrales, por sus metamórfosis, siempre anunciadas por un fenómeno estraño, y por los destellos chispeantes de su cólera ó de su risa, que contagia como un fluido eléctrico á toda la naturaleza.

Si hay uncion, maravillas y deslumbramientos celestiales en la narracion del cronista y del poeta de la fe, hay sobrecogimientos, prodigios y fascinaciones fantásticas en las leyendas y los poemas donde el Diablo actúa como héroe. En tanto que los miles de

---

sucesos milagrosos que la historia religiosa nos refiere, convidan al sueño y llegan á fastidiar por su designio propagandista, las proezas y aventuras maravillosas de Satanás, leídas en el invierno al calor del hogar, ó relatadas en el estío al resplandor de la luna, escitan el cerebro, y hacen vagar la imaginacion por mundos invisibles de luces y de sombras, que al sucederse, mantienen el espíritu en arrobamiento delicioso.

Hé ahí el campo inmenso de la musa nacional, no explotado sinó por historiadores que en sus momentos de ocio, se entretuvieron en referir los hechos tradicionales que encontraron flotando sobre la superficie de la historia, como la música de la naturaleza flota sobre las selvas y las montañas, pero no dedicándole toda su labor ni todo su espíritu, como lo hubieran hecho el literato y el poeta, encargados de traducir en la leyenda y en el poema los secretos é íntimas palpitations de la raza, del pueblo, de la familia en su evolucion sociológica.

Son hermosas y llenas de colorido y animacion las narraciones de Quesada, de Gutierrez, de la Gorriti, de Lopez, etc., pero sus motivos pertenecen más á la historia que á la leyenda, tienden más á la descripcion real que á la creacion ideal, lo que por otra parte no significa un defecto, sinó un sistema. Pero la li-

teratura tradicional es independiente, y forma un género intermedio entre la historia y la poesía, porque tomando como base los hechos humanos y sociales, los explica, desenvuelve y adorna con la fantasía poética, que rodea como una aureola de luces y perfumes los acontecimientos de la vida de las sociedades en infancia.

En cuanto á mí, sé decir que las tradiciones ó leyendas de todos los pueblos de Europa, en las que lo fantástico forma el alma del relato, me producen goces estéticos de incomparable dulzura, manteniéndome en espíritu sobre corrientes ideales que desearía fueran sin término; y como en estas páginas juzgo más con el criterio del corazón y de la fantasía, que con el del filósofo que se entretiene en derribar los sueños, pienso que nuestras tradiciones, parradas en estilo mas bien poético que histórico, mas bien travieso y ameno que severo y analítico, ofrecen á nuestra literatura tesoros inagotables de bellezas que harían algun día las delicias de nuestro espíritu, levantando al mismo tiempo el temple de nuestra sociedad, que como todas, será tanto más culta y elevada cuanto más ame las lecturas que ejercitan la fantasía, el sentimiento y la razón.

Esta es la verdadera literatura del hogar, que le mantiene unido y feliz, porque aleja las meditaciones

positivistas que conducen á realidades y ambiciones perturbadoras del sosiego, y no deja entrar en los oídos inocentes y en las inteligencias en desarrollo, las voces y las sugerencias sombrías de pasiones mezquinas, de ódios y calumnias que ruedan por las calles de las ciudades populosas, con ese ruido siniestro y aterrador que el viento helado del invierno produce en las ramas de los árboles, y congela la sangre de las venas, ó que interceptan el camino de la vida como las tres fieras que asaltan á Dante estraviado en la selva impenetrable, y de las que él ha definido una en dos tercetos inmortales :

Ché questa bestia, per la qual tu gride,  
Non lascia altrui pasar per la sua via,  
Ma tanto lo impedisce, che l'uccide :  
Ed ha natura si malvagia e ria,  
Che mai non empie la bramosa voglia,  
*E dopo'l pasto ha più fame que pria*

La prueba más evidente de esta influencia moralizadora de la literatura legendaria, nos la dan las sociedades de origen germánico y anglo-sajon, donde son proverbiales el culto del hogar doméstico, que defienden de la maledicencia como defienden el santuario de su religion, y la costumbre de las veladas familiares, donde se renuevan constantemente las innu-



merables leyendas fabulosas en que fundan su sentimiento patrio, y que han sido trasmitidas por los bardos de todos los tiempos. Mil veces bendita sea esa llama del hogar, que alimentada por el amor y la fraternidad, mantiene siempre viva la fe en el porvenir, el valor en las grandes luchas de la vida, y forma las grandes virtudes cívicas, que con el sacrificio y el heroismo, salvan las nacionalidades de las catástrofes de la historia !

En nuestra literatura nacional le está reservado al Diablo, como personaje, un lugar prominente; él ha asistido en mil maneras y formas diversas á la evolucion de nuestra cultura moral, de nuestros sentimientos y de nuestros sueños juveniles ; y cuando tengamos poetas legendarios, y músicos que den su alma de armonías al poema, le veremos surgir del fondo de su nebulosa eterna, rodeado de una aureola de estrofas y de acordes, que tendrán toda la sublime entonacion y la magia diabólica de su ser, con los que Goethe, Gounod, Wagner y Boito han encantado y siguen inundando de inspiracion el mundo contemporáneo ; porque nada ofrece mejores motivos y creaciones al poema musical, que lo fantástico y legendario, puesto que ambos tienen de comun la atmósfera en que se ajitan, y los sentimientos y las emociones que despiertan.

Si "la música es el vapor del arte", según Víctor Hugo, la poesía y la tradición legendarias son, en cierto modo, el vapor de la historia. Y el gran secreto de la revolución literario-musical de Wagner, lo encuentro yo en haber adoptado para sus dramas los asuntos de la riquísima leyenda germánica, que dan á sus obras en fusión grandiosa, el doble encanto de lo fantástico en la poesía, y lo fantástico que forma la esencia de la música. ¡Cuánto asunto ofrecen al músico esas escenas de nuestras montañas pobladas de mitos luminosos, de poemas que aún no han sido referidos ni cantados sino por la musa primitiva en la soledad prehistórica! Con qué extraordinario resplandor brillaría Luzbel sobre las cumbres cubiertas de nieve, lanzando á su enemigo eterno el reto de rebelión y de combate, que repercute con la misma intensidad á través de los siglos, en el drama musical que se propusiera traducir en acordes las revelaciones de la naturaleza en sus horizontes, en sus montañas, en sus selvas, en la cabaña rústica, en el corazón salvaje y en las tragedias que llenan la historia de nuestra América indígena!

La inmortal figura de Mefistófeles se rejuvenecería, al reaparecer en la escena revestido con los nuevos atributos con que la superstición y las leyendas americanas le han enriquecido, y actuando en los hechos

y aventuras de los conquistadores y misioneros, en las intrigas palaciegas y en los dramas del amor, con la misma ciencia que despliega en *Fausto*, pero en un teatro más aparente á sus proezas, y en frente de enemigos que le atacan sin embozo y con sus mismas armas. Las leyendas de América son el campo de las futuras creaciones musicales y poéticas, á donde acudirán, á no dudarlo, los literatos y los poetas, cuando la cultura social y el espíritu fatigado les exijan lecturas que refresquen el ánimo, ajiten la fantasía, renueven los sentidos relajados con la percepción constante de las realidades desnudas, que como todas las cosas monótonas, acaban por adormecer la fibra ó la facultad con que se las admira ó se las juzga.

Nuestra literatura actual cuenta con dos poemas que gozan de justa popularidad, porque son genuinamente nacionales, y porque reflejan el genio del habitante de nuestras llanuras, donde en otro tiempo resonó la musa popular con acentos penetrados de esa melancolía dulce y apacible de su cielo y de sus horizontes: esos poemas son el *Fausto* de del Campo, y el *Santos Vega* de Obligado; y aunque tenemos otros como *Martin Fierro*, *Lázaro* y *La Fibra Salvaje*, obras maestras en su género, y verdaderos poemas nacionales, porque son el alma de nuestras masas en una época, menciono los primeros, porque ellos versan

sobre el tema de estas líneas ; en ellos se pone de relieve la concepción de Satanás forjada por el pueblo, que le ha sido legada por la cultura religiosa de la conquista y asimilada á la tradición de la tierra.

El poema de del Campo es la obra más completa que pueda consultar el que quiera conocer á fondo el alma del gaucho pampeano, y su inteligencia aplicada al criterio de los problemas filosóficos, religiosos y sociales de nuestra civilización ; y aunque el poeta haya puesto en su personaje mucho de su propia inspiración, en nada disminuye la verdad, puesto que refleja el alma de su héroe y la naturaleza de su suelo, tan rico en bellezas y en fantasías. “El Satanás de sus versos, dice Juan Carlos Gomez, huele á azufre, hace santiguarse, y su inacabable sarcasmo

“ suelta una risa tan fiera  
que toda la noche entera  
en mis orejas sonó. ”

“Algo de siniestro sobrecoje á la naturaleza al aparecer con su infernal guitarra :

“ Haciendo un extraño ruido  
• en las hojas tropezaban  
los pájaros que volaban  
á guarecerse en su nido. ”

El poeta ha preparado el efecto de su gran poema con mano maestra; le ha dado por escenario la pampa misma, donde sus dos interlocutores se sienten soberanos de la naturaleza, y se entregan sin testigos á los libres transportes de su alma sencilla, llena de sentimientos grandiosos, melancólicos ó tiernos, y de supersticiones infantiles que á cada momento estallan en espantos súbitos, cuando la imágen de Mefistófeles se atraviesa en el relato como una exhalacion de fuego, pero que ellos saben conjurar con la invocacion de la Virgen María, esa *maris stella*, que tantas veces ha salvado del crimen y de la nostalgia del desierto al gaucho perseguido por la justicia, ú obligado á ahogarse en el reducido recinto de la ciudad que le repudia como elemento extraño á la civilizacion.

Aumenta el encanto y la majestad de la escena el idioma propio de sus actores, que tratando de un asunto eminentemente clásico, parece vibrar con el siniestro eco de esas risas diabólicas que estremecen, ó de los ruidos desordenados con que la turba satánica atruena la mansion infernal; y al mismo tiempo, se presta admirablemente para la espresion espontánea y genuina de las impresiones producidas por el relato, y de las ideas que tanta escena maravillosa despierta en sus cerebros deslumbrados. El pasaje en que por primera vez el recuerdo de

Satanás viene á su memoria, está traído y escrito con verdadera oportunidad y maestría: es lo que da nacimiento al poema que ha de desenvolverse en un diálogo sabroso, en el que cruzan como nubes coloreadas por el iris los cuadros más brillantes de nuestra naturaleza, pintados por el artista de la pampa en su lenguaje saturado de gracia y de imágenes, de novedad y de calor inagotables.

Cuenta Laguna cómo las prendas que ostenta su caballo fueron ganadas al juego, y se entabla este diálogo, que por sí mismo revela cómo arraigan en el espíritu del gaucho la creencia y la superstición respecto de Satanás, y el sello profundamente religioso de todo su ser:

¿ Y sabe lo que decia  
cuando se via en la mala?  
El que me ha pelao la chala  
debe tener brujería.

A la cuenta se creería  
que el Diablo y yo...

— ¡ Cállese  
amigo ! ¿ no sabe usted  
que la otra noche lo he visto  
al demonio ?

— ¡ Jesucristo ! ...  
— Hace bien, santigüese.  
— ¡ Pues no me he de santiguar !

---

Con esas cosas no juego ;  
pero no importa, le ruego  
que me denire á relatar  
el cómo llegó á topar  
con el *Malo*. ¡ Virgen Santa !  
solo el pensarlo me espanta.

Y hé aquí cómo todo el poema nace de un recuerdo, de aquel que más profundamente se gravó en su memoria, porque fué la impresion más fuerte que su alma ha recibido durante el espectáculo. La idea del Diablo domina y sirve de centro á la accion y en toda ella se nota, distribuidas con prudencia y arte inimitables, las evocaciones del Espíritu maligno en medio de estremecimientos involuntarios y de exclamaciones en que estallan el temor supersticioso que domina al narrador, y al mismo tiempo la fe religiosa y la devocion á la Virgen ó á Jesús, con que espanta la imágen maléfica de su cerebro escitado. Y como ese recuerdo y esa idea es lo que ocupa y domina su espíritu, cada una de las alternativas de la lucha en que Mefistófeles es vencido por la influencia divina, arranca á los dos interlocutores las más ingenuas y gozosas exclamaciones de triunfo así como toman un aire de misterioso temor y asombro, cuando recuerdan los prodigios de la magia infernal.

Es en este poema donde se reflejan con vivos colores las múltiples concepciones que del Satanás de la Biblia se ha forjado el paisano argentino; él no es ya solamente el ángel del mal y de la perversidad eternas, ni lleva siempre sobre su cabeza las fulminaciones de la cólera divina: algunas veces se presenta á su imaginación más humano, más risueño y más amable, y hasta ha llegado á participar de las costumbres de la pampa, mezclándose á la vida de sus moradores. A fuerza de ser temido y nombrado ante ellos, ha llegado á ser familiar en sus conversaciones, y como elemento indispensable de sus locuciones más espirituales. Él es el superlativo de todas las cosas, de todas las artes, de todas las facultades que el hombre ejercita, pero que para el gaucho son motivo de asombro, y ha recibido tantos nombres como las supersticiones le conciben.

En *Fausto*, esas transformaciones están manifiestas y reflejadas de un modo admirable. Satanás ha consentido en dar á su protegido el corazón de Margarita, pero no sin su convenio de costumbre:

— “Poco á poco:

si quiere hagamos un pato:

usted su alma me ha de dar, .



y en todo lo he de ayudar :

¿ le parece bien el trato ? ”

Como el Doctor consintió,  
el Diablo sacó un papel,  
y le hizo firmar en él  
cuanto la gana le dió.

— ¡ Dotor, y hacer ese trato !

— ¿ Qué quiere hacerle, cuñao,  
si se topó ese abogao  
con la orma de su zapato ?

.

La satisfacción más íntima reboza en los dos interlocutores del poema, cuando el relato llega al pasaje en que el capitán presenta al Diablo la cruz de la espada. La fe sencilla resplandece en sus ojos y destella en su lenguaje como un astro que anuncia la victoria :

— Viera al Diablo retorcerse  
como culebra, aparcerero !

— Oiganle !

— Mordió el acero  
y comenzó á estrémccerse ;

y cuando recuerdan la serenata cantada bajo las ventanas de Margarita, el corazón de la pampa se dilata como si quisiera absorber todas las emanaciones perfumadas de sus selvas, todo ese ambiente infinito que se extiende sobre horizontes sin término. La grande y

solemne poesía del payador despierta al instante evocada por un recuerdo en medio de la soledad donde hablan aquellos dos filósofos del desierto, y toda la admiración que el gaucho tributa al que sabe arrancar á su guitarra los lamentos que jimen en su alma, se vuelve hácia Satanás, que en ese momento se levanta en su cerebro como una irradiación de luz espléndida, como la música misma de las trovas nacionales, desapareciendo por entero, y como por una mágica evolución, toda idea ó temor religiosos: el arte ha reemplazado á la creencia, el músico al idólatra:

Al rato el Diablo dentró  
con don Fausto, muy del brazo,  
y una guitarra, amigazo,  
ahi mesmo desenvainó.  
—¿Qué me dice amigo Pollo?  
— Como lo oye, compañero:  
el Diablo es tan guitarrero  
como el paisano mas criollo.

Entre los tipos de la leyenda nacional, la inmortal figura de Santos Vega destella sobre el fondo inmenso de nuestra pampa como una aurora inmortal de poesía y amor; él es la personificación radiante de la fibra poética que ha muerto ya bajo las oleadas de la civilización extranjera que inunda las campañas,

desalojando y replegando hácia los desiertos al hijo de la tierra, que al perder el hogar donde nació, el campo donde aprendió á leer en la naturaleza, y á asimilarse sus armonías misteriosas, parece que va perdiendo hasta esa sensibilidad refinada, que en otros tiempos nos hizo escuchar cantares deliciosos que aún resuenan en las brisas desoladas de la llanura, y nos hizo admirar imágenes que solo han quedado grabadas en sus crepúsculos.

De todo ese mundo ideal, de todo ese majestuoso poema cantado en los llanos por el payador de otra edad, solo Santos Vega brilla sobre las ruinas con luz imperecedera ; pero el gaucho apenas le recuerda, y su memoria se ha salvado del olvido, porque la literatura de las ciudades ha recogido sus trovas para nutrir de sávia virgen sus concepciones, y para iluminar alguna vez con sus destellos misteriosos el monótono escenario de sus poemas. Solo un genio sobrenatural podia vencer el poderoso estro del poeta nativo que condensaba todas las facultades intelectuales de su pueblo y de su raza ; solo los dioses podían superar en inspiracion y en bellezas al cantor de la Iliada ; solo los genios alados de los bosques de Arcadia ó de Sicilia podían modular canciones más dulces que Virgilio y Teócrito ; solo Satanás podía arrancar á la guitarra de la pampa argentina gemi-

dos más profundos y arrebatadores, y cantar más conmovedoras endechas que Santos Vega, el tipo semi-divino de nuestra poesía nacional. Él, como Homero, se diviniza y desvanece en la imaginación popular, porque se confunde con la poesía misma cuya esencia es incorpórea y etérea, y llega á creerse que jamás existió, ó así lo afirma el sentimiento de un pueblo decidido á hacer de él la personificación humana de ese genio poético que anima á toda una raza, y que, cantando, soñando, gimiendo en estrofas que vibran sin dueño aparente, como el concierto de las tardes campestres, forma el grande y universal poema de esa raza, de su territorio y de su cielo.

Santos Vega es el astro que resplandece sobre ese inmenso poema : poeta y héroe de sus creaciones tan rápidas, como vibrantes é inspiradas, se asemeja á esos poetas de la India que actúan entre el luminoso cortejo de sus héroes legendarios, amados de los dioses, porque de ellos reciben la inmortalidad de una juventud eterna.

Santos Vega es la musa nacional que canta con los rumores de la naturaleza ; Echeverría es el poeta clásico que recoge esa grandiosa poesía para elevarla y darle la forma de la cultura ; Obligado es el heredero legítimo de esas riquezas deslumbrantes

que iban desapareciendo de la memoria, arrastradas por los vientos tempestuosos del progreso que transforma las ruinas en palacios, porque él ha templado su lira al unísono con esa música vaga que adormece los espíritus, arrancada por manos invisibles de las cuerdas siempre tensas de nuestra espléndida tierra, y de nuestro clima saturado de inspiracion. Su *Santos Vega*, esbozo radiante del gran poema de la pampa que se escribirá algun dia, es la tradicion del poeta legendario vencido por el poder superior de la civilizacion avasalladora, personificada en el Diablo, en ese Satanás eternamente jóven, que parece ser el portador de las grandes evoluciones de la humanidad. Este es el sentido trascendental ; pero la tradicion en sí misma, escrita en la estrofa amada de su héroe, nos da una vez más el ejemplo del concepto que el hijo de la tierra se formaba del Espíritu de las tinieblas. Él es la suprema inspiracion, la suprema poesía, la suprema ciencia ; y á pesar de que su conciencia religiosa le abomina y le condena, su criterio artístico le adora y le diviniza ; porque el arte, ya cante las alabanzas del rey profeta en el salterio de oro, esculpa ó pinte una Dolorosa sobre las telas de Rafael, ó celebre en las estrofas inmortales de Milton y del Tasso los triunfos de la idea cristiana, ó ya erija un Olimpo sensual en el laud profano de Ho-

---

mero, esculpa una Vénus de Milo, ó arrebate y exalte el sentido en las estrofas ardientes de Safo, siempre es la chispa, el relámpago encerrado en nuestro cerebro, que iluminando los horizontes humanos, nos acerca á la divinidad, porque es ese "algo de dioses" que cada hombre lleva en su ser.

Satanás en el poema de Obligado es una verdadera creacion del arte nacional, una idea más grande que muchas de las que nos admiran y enceguesen en los rotundos períodos andradianos; una síntesis filosófica que bien puede llamarse la fórmula poética de nuestra evolucion social; y quizá porque no aturde y ofusca los sentidos, y porque el espacio de su expansion ideal es el alma misma, no brilla como otras creaciones de nuestra literatura, con todo el fulgor de la popularidad que, no obstante, alcanzará mas sólida y profunda, cuando la crítica se dirija hácia esos dominios del pensamiento.

El Diablo humanizado en Juan sin Ropa, un payador desconocido que aparece en la escena rodeado por un misterio que sobrecoje y suspende, es la poesía sobrenatural, es el genio superior á la raza, único que puede vencer y sepultar en la nada al poeta de la tierra. En la *payada* memorable de la tradicion, su fuego divino se anuncia por secretos presentimientos que nublan la frente y el alma de Santos

Vega, y que le hacen presentir su muerte. Pero oigamos algunas de estas décimas que parecen arrancadas al alma del desierto.

Turba entonces el sagrado  
silencio que á Vega cerca,  
un ginete que se acerca  
á la carrera lanzado ;  
retumba el desierto hollado  
por el casco volador ;  
y aunque el grupo en su estupor,  
contenerlo pretendía,  
llega, salta, lo desvia,  
y sacude al payador.

Recien el rostro sombrío  
de aquel hombre mudos vieron,  
y observándole, sintieron  
temblar las carnes de frío.  
Miró en torno con bravío  
y desenvuelto ademán,  
y dijo: "Entre los que están  
no tengo ningun amigo,  
pero, al fin, para tésigo  
lo mismo es Pedro que Juan."

Alzó Vega la alta frente,  
y le contempló un instante,  
enseñando en su semblante  
cierto hastio indiferente.  
— Por fin, dijo friamente  
el recien llegado, estamos

juntos los dos, y encontramos  
la ocasion, que estos provocan,  
de saber cómo se chocan  
las canciones que cantamos.

Así diciendo enseñó  
una guitarra en sus manos,  
y en los raigones cercanos  
preludiando se sentó.

. . . . .

Y aquel extraño payador abortado por la sombra, canta los *tristes* y los *cielos* de la pampa con encanto sobrehumano, arrancando á su guitarra diabólica sonidos que electrizan, gemidos que desesperan y nublan de tinieblas el alma, acordes que arrebatan y se derraman en el espacio, evocando los seres invisibles que lo pueblan, para agruparlos en torno suyo, suspensos de sus armonías de ultratumba.

Santos Vega le escucha con el corazón ajitado por la influencia magnética de aquellos cantos desconocidos para él mismo, para él, que había penetrado en los más recónditos secretos del arte, de la pasión, del cielo y del desierto de su patria, cuya alma y cuyas fibras llevaba en las suyas. La multitud extasiada que sirve de jurado en aquel certámen sublime, contiene, por amor á su poeta adorado, el grito del entusiasmo que fermenta en sus pechos inquietos, pero él comprende su derrota, porque admira á su enemigo, y le



diviniza en su propia mente, y porque los más extraños prodigios le indican que su adversario no es un ser humano como él, sinó que sus trovas son las irradiaciones de un genio divino bajado á la tierra para anunciarle su muerte; y exclama entónces con la desesperacion de la agonía, estas palabras que son el adios sombrío y eterno de la musa de la pampa :

Santos Vega se va á hundir  
en lo inmenso de esos llanos...  
¡ Lo han vencido ! Llegó, hermanos,  
el momento de morir !

Algo como una niebla fúnebre se extiende sobre el desierto solitario, á medida que este adios va dilatándose sobre la brisa de la tarde, quejumbroso como el lamento de la bordona de donde nació, hasta los últimos confines de su cielo amado, al mismo tiempo que la pupila centelleante del poeta nativo se clava por la vez postrera en los ojos de su querida, que tiene el instinto del amor y de la admiracion hácia su poeta, como la rubia de Mágdala lo tenía para el sublime é inspirado Nazareno. La *prenda del payador* admira y ama con el alma inmensa del desierto; Magdalena admira y ama con el alma infinita de ese cielo azul que promete el Evanjelio á las almas purificadas por la contemplacion.

El payador se desvanece en el horizonte de nuestro cielo sin dejar mas que un recuerdo, como rastro informe de su paso, mientras que su vencedor convertido en serpiente de fuego, incendia hasta el ombú majestuoso donde tantas veces sus endechas se elevaron á la altura, y donde tantas veces los hijos de la llanura se apiñaron para adorarle y bendecirle con lágrimas que eran laureles tributados por el corazon de su patria.

El Diablo, por una concepcion extraña, pero que entra en la índole de nuestra imaginacion popular, es el instrumento elegido por la fatalidad para dar la muerte al payador legendario, cuya imágen, sin embargo, brilla sobre los horizontes de nuestra literatura y de nuestra tradicion, como la estrella polar que marca á los poetas del presente y del futuro la senda que lleva á la creacion de nuestra gran poesia nacional. Y es gloria del jóven bardo argentino el haber levantado como bandera de combate, esa musa que nacida y creada con Santos Vega, resplandece con luz clásica en Echeverria, que será en el tiempo el refugio donde vayan á fortalecer sus arpas desfallecidas nuestros poetas filósofos, cansados de edificar sin fruto sobre cimientos prestados por civilizaciones ajenas.

El *Santos Vega* de Obligado es un modelo de

la tradicion nacional, á la vez que, como he dicho, el esbozo radiante del gran poema de la pampa, borrado por el soplo de la transformacion de la raza, pero que renacerá de las ruinas del pasado como las estátuas griegas despues de la inmensa inundacion de los pueblos del Norte. Porque las evoluciones humanas son como las capas de tierra que los siglos amontonan sobre los escombros: el arado del labrador que rasga el suelo para encerrar la semilla, tropieza algun dia con un fragmento del mármol antiguo, y aquel fragmento es un relámpago que alumbra el pasado, y es la revelacion de un mundo luminoso que proyecta sus rayos vivificantes sobre el futuro.

El poeta nacional del porvenir, evocando en sus canciones los recuerdos de la edad primitiva, será respondido algun dia por " el alma del viejo Santos " que vaga eternamente en el espacio, como el angel condenado de Klopstock, esperando ver abiertas para él las puertas de ese cielo tan deseado donde se goza de la armonía que adormece los mundos, y donde se cantan las alabanzas místicas en las arpas divinas.

Pero he olvidado á mi Satanás, y es fuerza acudir á su llamado insinuante. Él, como todas las divinidades del mundo ideal, tiene sus agentes en la

tierra dotados de un reflejo de su poder sobrenatural, que estiende ó limita á voluntad segun sus designios, y que distribuye sobre todos los puntos del globo, á manera de irradiaciones de su propia personalidad.

Los bosques solitarios y sombríos, las grutas oscuras de las montañas, las ruinas enmohecidas de las ciudades, se pueblan por la noche de una multitud de seres deformes, de heterogénea naturaleza y de espeluznante aspecto, que se arrastran en la tiniebla en pos del hombre incauto ó temerario que no respeta sus ritos misteriosos; que conocen las esencias maravillosas que obran sobre la vida y sobre las leyes físicas que rigen el mundo, transformándolas ó suspendiéndolas transitoriamente, mientras dura la ejecucion de sus designios satánicos; que engendran ese mundo confuso y tumultuoso de endriagos y de grifos, que en la vigilia ó en los sueños ajitados ve la imaginacion calenturienta, enrosándose como serpientes interminables en nuestro cuerpo, haciendo curvas indefinidas en el espacio de la mente; que con sus combinaciones de una química infernal, crean un palacio aéreo, una montaña, un universo, en fin, para ofrecerlo á las almas cautivas de sus encantamientos, hasta que el Diabolo las conduce al infierno, ó hasta que un santo protector

las salva de sus garras inmundas; que por medio de inoculaciones invisibles, introducen en el organismo del hombre enfermedades asquerosas ó delirios feroces, hasta que el exorcismo sagrado las expulsa y purifica el cuerpo; que celebran sus sesiones tempestuosas como el fragor de las aguas interiores en las grutas de la montaña, el sexto día de la semana, y en las cuales deliberan sobre la suerte de los mortales, y resuelven el plan de sus operaciones diabólicas, prefiriendo para sus moradas las aldeas ó los suburbios de las ciudades, porque allí habitan las gentes sencillas más inclinadas á caer en sus seducciones arteras; que encarnan en la persona de alguna vieja desencajada y escuálida, de esas que parecen aves de rapiña, y que antes han sido iniciadas con toda solemnidad en los misterios del Aquelarre por un juramento eterno que las vincula á la causa comun de Luzbel.

Las brujas son en todas las razas y en todos los países esos agentes del Espíritu maligno; las hubo en América entre los quichuas, los araucanos y los guaraníes; pero cuando el Satanás del catolicismo se radica en la tierra conquistada, inunda nuestras aldeas, nuestros arrabales, nuestras montañas, toda la corte civilizada de la hechicería que hacía el espanto de los pueblos europeos, y de la que nos han quedado

tradiciones innumerables que dan á conocer á fondo la tenebrosa institucion (1). Ellas han desempeñado un rol trájico en la historia de las luchas religiosas de los tiempos modernos, y hubo una época en que sirvieron admirablemente á la Inquisicion, para llevar á la hoguera millares de gentes inofensivas, bajo el pretexto de que servian á la falange sabática.

En las ruinas de los castillos medievales, perdidas en las montañas y abandonadas del hombre, pululaban las brujas al lado de los pájaros nocturnos que anunciaban con sus graznidos siniestros la existencia del Aquelarre subterráneo, y esparcian el terror sobre las comarcas vecinas, hasta convertir ese sitio en parajes vedados aún á la agrupacion humana y al trabajo de la tierra.

Nada más propio de la imaginacion de las tribus indígenas de América que estas creaciones fantásticas, que tan vivamente la hieren en su período primitivo ; y es así que no tardaron en convertir sus hechiceros tradicionales que, segun ellos, vivian en íntima comunicacion con el Mal Espíritu, en las brujas de la cultura europea, que no eran sinó una forma más pulida y una institucion más sistemática que la de aque-

(1) Entre las leyendas más completas que la Europa conserva, y que la literatura ofrece sobre este asunto, se señala la de NUÑEZ DE ARCE, titulada *Sancho Gil*.

llos. Pero parecen haber sido más propias de la civilizacion quichua que de la araucana y guaraní, porque aún hoy se conserva en las provincias andinas, hasta Mendoza, la misma supersticion entre las gentes ignorantes de las campañas, que aún no han recibido un rayo de luz de la nueva educacion social.

Yo mismo recuerdo que los criados de la casa me contaban las historias más estrañas y extravagantes de las brujas de mi pueblo, y aún hace poco tiempo había un anciano loco, á quien se le tenia por iniciado en los secretos de la *Salamanca*, — que es el nombre que allí se da á la infernal institucion, — y se señalaban como brujos de profesion algunos viejos del lugar.

He oido á ese mismo anciano, rodeado de un gran círculo de oyentes, referir con los detalles más minuciosos todas las ceremonias de la brujería ; y me han llamado sobre todo la atencion dos puntos del ritual de la iniciacion, por lo que tienen de trascendental para averiguar el género de ideas que poseía aquella gente. Se cuenta que las pruebas más fuertes á que se sometía al neófito, eran : la primera hacerle pasar con los ojos vendados sobre una larga y afilada cuchilla, debajo de la cual había serpientes y mónstruos de todas formas, dispuestos á devorarlo si caía ; y la segunda y definitiva, que había de escarnecer del modo más inmundo la imágen de un Crist

que se hallaba colocada en la extremidad [de aquel puente terrible, pronunciando las blasfemias más asquerosas á que puede llegar el envilecimiento humano.

Sea que tan raras ideas fueran reminiscencias informes de antiquísimas sectas del viejo mundo, ó insinuadas por los misioneros para hacer más odiosa á los naturales la institucion de la hechicería, que practicaban con mucha generalidad, la verdad es que ella ha existido antes y despues de la conquista bajo diversas formas, pero conservando la misma idea dominante, y que aún hay personas que creen en la existencia de tales seres maléficos.

De aquí ha nacido una gran cantidad de cuentos de brujas que tienen todo el colorido de esas narraciones fantásticas y tenebrosas, de que están llenas las literaturas europeas, y en especial la española; y no pocas veces se ha visto, en mi pueblo, al ménos, algunos miserables ancianos que se entretenian en recoger objetos arrojados á los muladares, perseguidos y apedreados por la multitud, por creerlos ocupados en buscar los elementos para sus brevajes maravillosos.

Así, pues, las brujas tienen en nuestras tradiciones un rol importantísimo, y una parte no pequeña en la obra en que el Diablo se halla empeñado desde el principio del mundo; y así como el Dios del catoli-



cismo se vale de sus santos para hacer sus milagros, Satanás tiene sus brujas para manifestar por su medio las fuerzas mágicas de su sombría ciencia.

## IX

Están llenas de interés dramático y de novedosas aventuras las expediciones de los primeros descubridores de nuestro suelo, en busca del asiento donde debían levantarse las futuras ciudades. Hay luchas memorables que ya la novela y la poesía han hecho imperecederas, y en las que se puso á prueba el valor temerario de los conquistadores, en frente del salvaje heroismo de los nativos en defensa de sus hogares ; y tanto más grande y profundo era su empeño en el combate, cuanto que veían á sus enemigos plantar los cimientos que demostraban el ánimo de perpetuarse en la posesion de sus tierras.

La fundacion de las ciudades de Buenos Aires, Santa-Fé, Corrientes, Córdoba, Santiago del Estero, Salta y Rioja, está llena de episodios ora trágicos y dignos de la musa épica, ora fabulosos y fantásticos, en que la imaginacion del indígena se mezcla con el

fervor de la creencia religiosa del vencedor, para rodear los hechos de circunstancias sobrenaturales. Unas veces los denodados expedicionarios emprenden verdaderas odiseas de sufrimientos á traves de desiertos desconocidos, sembrando de cadáveres el camino ; otras se traban encarnizadas luchas con la naturaleza misma, que parece complacerse en llenar de espantos y de presagios lúgubres aquellos espíritus hambrientos de reposo.

Los que descendían de Chile al oriente de los Andes, despues de franquear los pasos que solo las fieras ó los bárbaros transitaron, creyeron tal vez lugar aparente para el hogar de futuros pueblos, verdaderos páramos donde quizá encontraron un pasagero verdor que juzgaron durable, y aconsejados por la fatiga más que por la pericia ó la prevision, abrièron los cimientos de ciudades que más tarde debían ser esclavizadas por las fuerzas latentes ó visibles de la naturaleza, empeñada en destruir la obra del hombre, ó verse condenadas á un combate secular contra ella.

¡Y cuánta influencia ha tenido sobre los destinos de nuestra nacionalidad aquella primera piedra colocada para servir de base á las ciudades del porvenir !  
¡Cuánta lucha, cuánto aislamiento, cuánta miseria se sembró en aquellos primeros surcos abiertos sobre esta tierra ignorada, de donde debían brotar algun

dia para derramar sus frutos en la historia ! ¡ Cuántos gérmenes misteriosos que aún se mantienen ocultos y enterrados, para aparecer más tarde, á medida que el progreso vaya agotando nuestros problemas internos, y descorriendo el velo de nuestros destinos insondables ! Es necesario que un pueblo tenga siempre problemas vitales que estudiar, para mantener la energía y el vigor, porque el dia que llegara á abarcar con su vista todas las causas de sus fenómenos sociales, el anhelo de la cultura, de la ciencia y del arte se vería satisfecho de una vez, y descansaría confiado sobre la cumbre las alas que nunca deben reposar:

Las ciudades fundadas á enormes distancias unas de otras, separadas por llanuras que parecen mares de arena donde el sol fermenta, levantadas en el aislamiento y en lo desconocido, fueron quizá la causa de que sus primeros moradores adquiriesen aquel dominio de sí mismos, aquel celo y aquella decision por mantener el gobierno comunal que habían traído de España como una reliquia sagrada, y que era á la vez el germen remoto, aunque inconscientemente sembrado, de la libertad colectiva y de la emancipacion del país, en un porvenir más ó menos ignorado. Esa diseminacion de los centros de sociabilidad hace más atrayente y trascendental la averiguacion de los

---

esfuerzos hechos por unos y otros, para establecer la solidaridad de la suerte en medio de aquel abandono, donde parecían ante sus propios ojos, deportados peligrosos á la salud del espíritu público, que es necesario aislar é incomunicar del resto de la especie.

Llama sobre todo la atencion del historiador y del filósofo cuanto se refiere á la fundacion de la ciudad de Córdoba, centro de la vida municipal, social y religiosa de la colonia, y donde por causas especiales planteaban las bases del sistema social más uniforme y duradero. “Con cuánta regularidad se establece, — dice Sarmiento, — por una serie de actos y de actas de que se trae y deposita copia en Córdoba, el origen y trasmision del poder civil á su Virey en el Cuzco, primero á sus lugartenientes en la Provincia de Tucuman, Juries y Diagitas, hasta llegar el delegado de la corona que va á plantar el rollo, so pena de la vida al que lo quitase, en la que va á ser plaza de Córdoba de la Nueva Andalucía, por ser andaluz el delegado, y querer amar la nueva patria tanto como la que dejó á orillas del Guadalquivir ! No se necesita pedir á la imaginacion su pincel para trazar la escena, conmovedora por su simplicidad, majestuosa por el objeto, que en un pequeño espacio de las playas del rio Suquia reúne caballeros españoles, soldados y gran número de indios atraídos por la

novedad del caso, de la toldería que está sobre la barranca, y que es hoy el pueblo de indios" (1).

Y todas aquellas ceremonias, hijas del derecho de la época, por cuyo medio se da satisfacción cumplida á la justicia universal que preside las grandes evoluciones, tienen para nosotros que estudiamos los orígenes de nuestra sociabilidad, toda la importancia que en la liturgia católica se da al bautismo: aquel acto solemne de la posesion de la tierra, de la colocacion de la primera piedra de la nueva ciudad, es el bautismo del derecho y de la justicia caído sobre las sienas de los nuevos pobladores, rodeado del solemne misterio de lo desconocido que se estiende en sus horizontes físicos, y en los horizontes mucho más sombríos é insondables del porvenir!

No menos grandioso y admirable se destaca en aquel grupo de héroes, la figura gallarda, cortada en el molde épico, de aquel capitán esforzado que la tradición ha levantado al rango de los inmortales, que sus contemporáneos designaron con el nombre de *rayo de la guerra*, que algún día la epopeya ornará con la luz inmarcesible de la poesía, y que fué el terror de las tribus salvages que dominaron los valles donde hoy se asienta Córdoba: el capitán

(1) *Conflicto y armonías*, t. 1. pág. 71.

Tristan de Tejada es ese carácter legendario que lleva en sí algo del arrojo aventurero del Cid, y que al lado de otros de su temple, que blandieron su espada desde Méjico hasta Chile, componen la pléyade deslumbrante de personajes que la tradicion de la conquista ha de perpetuar y reunir en un cuerpo luminoso, para encanto, ejemplo y veneracion de las edades.

Allí, en las páginas de Lozano, de Guevara y del Dean Fúnes, se narran con toda la ingenuidad sencilla de la crónica, y con todo el entusiasmo que comunica el fervor religioso, las hazañas de aquel héroe contra los indios que combatían con el número, la desesperacion y la astucia, y que él sabe destruir con arranques de valor que recuerdan á los tipos homéricos de España, cuando los Cides y los Pelayos detenían las invasiones musulmanas. Tejada en su caballo, saltando en medio de la multitud conjurada para matarle, y dando muerte á dos de sus caudillos, poniendo en fuga despavorida los rebeldes, brilla con la misma luz que el de Vivar sembrando el espanto en las filas del sectario de Mahoma con su caballo; su espada y su figura inmortales; sus expediciones al desierto, donde llegaba descubriendo caminos abruptos y dominando pueblos, hasta encontrar los soldados que seguían á Ramirez de

Velasco, recuerda las hazañas de los generales romanos, yendo á plantar el águila imperial en las soledades de Germania. La Musa épica, la romancesca y tradicional recogerán algun día sus proezas para asombro de la posteridad, así como la de tantos otros que sobrepasaron en valor y temerario arrojo á sus más célebres antepasados.

Ramirez de Velasco, despues de una peregrinacion dolorosa que constituye por sí sola una odisea, llega á las faldas de la montaña que lleva su nombre, y allí plantea los cimientos de la ciudad de la Rioja, en una comarca célebre en las crónicas incásicas por sus minas tan llenas de oro, plata y demás metales útiles, como por sus leyendas fabulosas, que en nada ceden en interés y en poesía á las de las montañas escocesas ó germánicas; y como todo ha de escudriñar el narrador de sucesos antiguos, hará la luz sobre los móviles lucrativos del ilustre general, que le hicieron enclavar allí su ciudad, como ahogada de un lado por un desierto ardiente y desolado, y por el otro, oprimida por una montaña que le cierra el horizonte donde se pone el sol; y habrá de leer el contrato celebrado entre el gobernador y el capitán Blas Ponce, según el cual éste “debía ir á la provincia de los diaguitas á poblar y fundar en ellos una ciudad, hacer cementeras, descubrir y sostener minas públicas

y sabidas de oro, plata y azogue, y hasta lanzarse en el mundo fantástico de *los enterramientos, de las guacas y ofuscamientos del sol*, tras aquellos tesoros cuyo incentivo volvió, por lo menos, mas ferviente el afán religioso de los conquistadores, *por traer en conocimiento de Dios nuestro Señor los muchos millones de ánimas que en esta Provincia carecian de la predicacion del Santo Evangelio*" (1); habrá de referir las luchas sangrientas mantenidas entre el conquistador que buscaba repartir la tierra con sus yacimientos codiciados y sus moradores, á modo de tributo personal, y aquellos mismos seres humanos que peleaban como fieras, haciendo fortalezas del granito de sus cerros, y causa comun la defensa del hogar donde nacieron y vivieron libres y felices desde los tiempos oscuros en que reinaron los dioses sobre su tierra.

Si hemos de dar crédito á los relatos de Lozano y otros cronistas de Indias, ninguna nacion indígena se defendió con más bravura y denuedo, ni resistió tanto tiempo á las armas españolas, como aquella que, perteneciendo al gran Imperio quichua, se mantenía en las montañas de Famatina, como en

(1) MARDOQUEO NAVARRO. *Carta á los directores de "La Revista de Buenos Aires"*, t. XXIII, p. 5 y sig.



un baluarte eterno, llegando hasta imponer un martirio atroz al jesuita fray Antonio Torino que predicaba la sumision (1); aunque, en verdad, la venganza llevada á cabo por el General Gerónimo Luis de Cabrera en la persona del cacique Coronilla, atándolo á cuatro potros salvajes (2), deja muy atrás en barbarie á las tribus más sanguinarias del centro de África. La guerra fué de exterminio y de venganza mútuos; y como tal, se llevó la ferocidad y el heroísmo á sus límites extremos: triste presagio de las matanzas que más tarde debían manchar aquel mismo suelo con la sangre de ciudadanos de un pueblo independiente, en plena guerra civil, que parecía ensañarse con más furor en él que en sus hermanos, y que ha dejado ejemplos memorables de abnegacion humana, donde las mujeres se revisten del heróico valor de Esparta en defensa de sus hogares incendiados ó mancillados por la barbarie civilizada. ¡De tal modo la fatalidad ha querido poner á prueba aquel fragmento de nuestra patria, que muchas veces ha llegado á convertirse en un fúnebre monton de ruinas que clamaban al cielo!

Pero hagamos á un lado estas horribles tragedias

(1) LOZANO, t. IV, pág. 434 á 438.

(2) LOZANO, t. IV, pág. 462.

---

de sangre que un día alimentarán la literatura nacional, y veamos cómo las instituciones municipales trasplantadas de España, y legadas á cada ciudad como esencia de su misma vida, influyeron en el t mple de nuestros primeros pobladores y en la sociabilidad del futuro. Porque no hay duda que ese precioso legado de libertad comunal, constituyendo un hábito de la raza conquistadora, debía arraigarse en su nueva patria, y sembrar los gérmenes fecundos de la libertad política, puesto que, como dicen los jurisconsultos, ella es la escuela primaria del gobierno propio.

All , en esas luchas de reducido escenario, en las que se debatía la suerte de una pequeña agrupacion, debieron estallar, y estallaron antagonismos colectivos, que bien pueden llamarse los partidos de un pueblo libre, representados por hombres que encarnaban los afectos de las mayorías, y que estos querían ver dirigiendo los resortes de su sociabilidad ; y como cada cabildo conservaba sus prerogativas propias y su autonomía electiva, la fórmula del propio gobierno local se hallaba planteada, y tocaba desarrollarla   los descendientes en las evoluciones de su propia vida interior.

Nac an del mismo modo, y por el mismo hecho, esos afectos inherentes al hombre por el suelo donde

levanta su hogar y donde nacen sus hijos; y esos afectos que parecen ser como el vínculo natural que une la planta al suelo, son los primeros elementos que constituyen el gran sentimiento colectivo de la nacionalidad, sin que sean parte á destruirlos ni las más enérgicas represiones del soberano que ve de lejos crecer el árbol plantado para sustento de su corona, ni las arbitrariedades legales tendentes á cortar las raíces por temor de perder la influencia del sentimiento patrio originario. Y como el hogar es el primer esbozo de la patria, y como la patria es la suma de sentimientos que muchos hogares reunidos despiertan en la masa social, obligados á evolucionar en union y concordia, la idea de la nacion y del gobierno propio aparece sobre el conjunto; y esta idea desprendida espontáneamente de cada uno, sigue su evolucion natural hasta convertirse en el hecho visible.

Ese hecho es la organizacion constitucional, formada de la suma de relaciones creadas libremente por la naturaleza de las razas, por sus sentimientos, por sus ideales sociales y religiosos, cuando han sido reunidos en un mismo espacio para vivir en comunidad. Así, los primeros municipios establecidos en nuestra tierra son el hecho más trascendental de la historia nacional, por la doble razon de haber sido

la semilla de nuestra emancipacion, y la primera y más simple fórmula del gobierno que habíamos de consagrar para siempre con la sangre de nuestros héroes, en una Constitucion que condensa todo el fruto de la civilizacion humana.

Pero no es solo en este aspecto trascendental de nuestra historia que la tradicion nacional encuentra campo inmenso para sus investigaciones minuciosas; ella tiene un horizonte más risueño y ameno, más limitado y liviano en las costumbres que nacen de semejante organizacion social; porque cada acontecimiento comunal, jirando al rededor de un hombre, de un carácter, como en torno de su eje central, se presenta revestido con todos los colores que las pasiones, los caprichos, los sentimientos y hasta los defectos de ese hombre reflejan sobre él, y de ahí el aspecto trágico, cómico ó fabuloso con que la tradicion remota de aquellos tiempos suele venir marcada. El Alcalde de Zalamea sería el tipo perfecto de la virtud cívica, que consigue levantar la humilde investidura al nivel de la corona, así como hay otros que han servido para dar alimento abundantísimo al ridículo, en la fecunda comedia española del siglo de Calderon. Y es de notar que en las tradiciones de la vida comunal, tanto en España como en América, las notas dominantes son la ame-

nidad y el ridículo; y es admirable el provecho que sacaron de ellas los tradicionistas que, como Ricardo Palma, han llegado á ser eximios en este género de trabajos literarios.

Nunca lamentaremos los argentinos como merece la desaparicion de los libros capitulares de muchos de nuestros antiguos cabildos, donde quedó escrita la historia del desenvolvimiento social de nuestras ciudades, y donde el tradicionista hubiera encontrado la fecunda mina de sus relatos, y no pocos caracteres verdaderamente dignos de ser perpetuados por la leyenda, sea por sus altas virtudes, sea por sus genialidades cómicas. Los vientos de nuestras vicisitudes políticas han dispersado aquellos preciosos libros que encerraron tanta historia palpitante, tanta noticia trascendental, tantos caracteres salientes y originales, cuyos relatos hubieran iluminado los tiempos medios; envueltos hoy en la penumbra de tres siglos.

Hé ahí por qué la tradicion argentina de esos tiempos, con escepcion de la de Buenos Aires, Córdoba y Santiago, pasa en silencio sin referirnos los dramas sociales desenvueltos bajo la influencia de esas instituciones, y sí solo versa sobre aquellos acontecimientos en que fueron actores los soldados, los sacerdotes, los seres fabulosos, y hasta el Diablo, cuya

personalidad se destaca en la larga sucesion de nuestra historia tradicional con toda la mágia de sus hechizos, de sus intrigas y de sus aventuras, iluminados por el resplandor rojizo de su cavernoso reino.







## LIBRO TERCERO

- I. La Revolucion. Nacimiento de las naciones. Edad heroica. — II. Génesis de la Revolucion argentina. Los precusores. Tupac-Amarú. Los comuneros. La tercera raza. El gaucho. Invasiones inglesas. España. — III. La raza revolucionaria. La tradicion heróica. — IV. Los cabildos. Belgrano. Tucuman, Salta. Güemes. Los indigenas. La religion. La bandera. Los guerreros. — V. Los Andes. San Martin. La tragedia y la leyenda. La fraternidad americana. Chile y los Carrera. Ley revolucionaria. — VI. La restauracion quichua. San Martin en el Perú. San Martin y Bolivar. — VII. El *Canto á Junin*. Los reyes incas. Los héroes argentinos. — VIII. Ituzaingo. Aÿear. Lavalle. Paz. Brandzen. — IX. Las odiscas maritimās. Brown y Buchardo. — X. El Cóndor.

### I

**L**A gran revolucion de 1810, como todos los hechos trascendentales que modifican la organizacion de las sociedades, no fué un acontecimiento aislado ni repentino, sinó que sus orígenes se remontan á las épocas más oscuras de la evolucion de las razas, y á los más recónditos deta-



lles de su genio y sus costumbres nativas. Es verdad que toda revolucion es un progreso, y he ahí por qué es una ley ineludible en el mundo ; pero ella no se realiza jamás de una manera súbita, porque ha debido prepararse en el corazon y en la inteligencia de las generaciones pasadas, que han ido legando á sus hijos la herencia de sus ideas y de sus sentimientos, hasta que, llegado el momento psicológico de la concentracion y de la unidad de los elementos revolucionarios, rompen el molde antiguo y estrecho que los contenía, y estallan en creaciones nuevas sobre las ruinas de las pasadas formas.

El sentimiento nacional es el alma de las revoluciones, y él es el resultado de largos periodos de evolucion uniforme, en que la sociedad ha vivido, luchado, gozado y sufrido al abrigo de un mismo cielo, al amparo de una misma naturaleza, pródiga ó remisa en sus favores, ya bajo la accion protectora de una constitucion liberal y progresista, ya bajo la pesada mano de una ley despótica que, ó bien agota en germen los frutos de la libertad, ó condensa por la opresion los sentimientos innatos de la raza, sus anhelos de expansion moral, hasta que llega el momento inevitable de la dispersion, á la manera de los gases comprimidos que tienden á dilatarse en el espacio.

Los filósofos políticos que analizan el pasado de las naciones buscando organizarlas con leyes que sean una derivación necesaria de su naturaleza y de su índole social, y el historiador que se remonta á las fuentes y sigue paso á paso la sucesión de los hechos y sus causas, ellos juzgarán con su especial criterio la política institucional, social y religiosa que la España ejerció sobre sus colonias americanas; yo vengo solo siguiendo el desarrollo del sentimiento de mi pueblo al través de las edades y de las vicisitudes de su vida, escuchando sus cantos nativos con el deleite que producen las músicas de la naturaleza ó las expansiones de los corazones sencillos; admirando sus proezas de valor que perpetuaron en el relato desnudo de análisis y de doctrina; examinando con criterio más bien artístico que filosófico sus creencias y supersticiones, recogiendo, en fin, para fundar mis vagos raciocinios literarios, las palpitaciones del pensamiento de la raza, sus evoluciones, sus glorias íntimas, sus aventuras, sus alegrías y sus dolores, en los que la fibra nacional fué el elemento de acción, en los que el genio de la tierra hizo sus manifestaciones inquietas, y divisó en los horizontes lejanos colores de nuevas auroras, rumores de nuevos cantos, siluetas de nuevos pueblos, que, á semejanza de las tempestades de las llanuras argentinas, se anuncia-

ban desde mucho tiempo, por resplandores indecisos, pero intermitentes.

Y como he escuchado las tradiciones de las razas primitivas, saturadas de sávia y de perfumes tropicales, sus gritos de victoria, sus alaridos de furor, sus lamentos en la derrota y el báquico tumulto de sus fiestas íntimas, quiero asistir tambien al periodo más sublime de su historia, al momento épico en que su génio y su valor van á traer al mundo civilizado una nacion, un pueblo nuevo, pidiendo su lugar en la arena donde se debaten los grandes problemas.

Está en la esencia de las agrupaciones humanas reunir sus fuerzas para elaborar el progreso; y aunque en su camino se levanten montañas de preocupaciones y de fanatismos, estos no son sinó cortos intervalos de sombras que hacen apreciar con más valor la luz que las sigue de cerca, como la aurora á la noche; cada mañana, cada nuevo sol en el curso de la vida, son una revolucion; el espíritu avanza rompiendo las tinieblas: es la lucha eterna que mantiene en accion las fuerzas del mundo desde el comienzo de los tiempos.

Al principio, en la cuna, la poesía vela el sueño de las razas con sus cantares inocentes que tienen todo el encanto de la sávia primitiva. Visiones de luz, creaciones fantásticas, delirios febriles pero informes,

escitan los cerebros embrionarios, y muchas veces son esos sueños de la fantasía los que las precipitan en las grandes convulsiones, de donde nace una regeneracion, ó donde se sepultan para siempre con todo el tesoro de sus ideales nebulosos; y como la poesía es una fuerza que se ajita eternamente en la naturaleza, y que tiende á difundirse en el espacio como en el tiempo, ella es un elemento de la cultura humana, é impulsa y embellece constantemente la vida. Los pueblos que han arrullado su infancia con la poesía, han tenido la revelacion de la libertad, y ¿qué pueblo de la tierra no envuelve sus orígenes en las nubes de la fábula, oscuras pero iluminadas á intervalos por los relámpagos que dejan ver un momento su seno tenebroso?

Esas primeras creaciones del cerebro forman los puntos de partida de la tradicion; puntos impertectibles á la simple vista, desde luego, pero que, á semejanza de los astros errantes, van aumentando sus dimensiones y el caudal de su luz, á medida que se acercan al observador; entonces se los analiza, se los dibuja, se los describe y se los admira con la conciencia del que conoce las leyes que rigen sus movimientos.

Las naciones son tambien astros que siguen una órbita en el inmenso espacio de la historia; ellas en su

periodo de formacion se pierden en la nebulosa generatriz, hasta que las fuerzas latentes de la humanidad que palpitan en su ser, les dan forma en una entidad única, y les imprimen los impulsos que han de sostenerlos y dirigirlos en su carrera indefinida; durante su marcha por entre la multitud de otras naciones que ocupan la tierra, reciben influencias extrañas, y distribuyen á su vez la suya á las que encuentran á su paso, no sin que algunas veces sean absorbidas por las que tienen mayor poder de atraccion, ó absorban tambien á las que llevan menores fuerzas que las suyas propias. Y de ahí la causa de las grandezas y de las decadencias de que la historia nos muestra repetidos ejemplos; hé ahí el secreto de esos cataclismos que conmueven una época, que desequilibran un sistema, y aleccionan para siempre á los que observan las leyes de la evolucion humana.

¿Cómo y cuándo se han desprendido de su centro primitivo esos millones de astros que nos iluminan y nos encantan con sus luces centelleantes, y nos admiran cuando estudiamos sus leyes? ¿Cómo y cuándo se desprendieron de la madre comun esas agrupaciones humanas que pueblan la tierra, y que desde la cuna hasta su desaparicion, viven en lucha y en agitacion febriles? ¿Cuáles son las fuerzas que animan los soles en su movimiento uniforme y continuo en el espacio?

¿Cuáles las fuerzas que animan á los pueblos en su camino incesante en el tiempo? Las hipótesis suceden á las hipótesis, los sistemas á los sistemas, y entre tanto, unos y otros siguen sin reposo su revolucion eterna.

Las razas que poblaron nuestro continente, ya sean ellas nacidas en su suelo, ó emigradas en épocas remotas, llegaron á formar organismos generales y uniformes, á crear una costumbre, un sistema institucional, un código religioso, un sentimiento comun y una tradicion propia; y cuando la raza latina con el estruendo de las armas y con el aparato maravilloso de su religion, penetró en sus moradas solitarias y desconocidas de la vieja y sabia Europa, se encontraban en la infancia, pero en una infancia vigorosa y sana, llena de anhelos sublimes, sedienta de expansiones ilimitadas, enamorada de sus sueños y de sus ideales, de sus tradiciones y de sus dioses.

La superioridad moral de la nacion conquistadora hizo que los vencidos se sumergieran en su impetuosa corriente, que asimilaran las nuevas costumbres, las nuevas instituciones, las nuevas creencias, pero no tan profundamente que perdieran el último átomo de su naturaleza propia; porque si es cierto que la influencia de la raza superior impone necesariamente su índole y su genio, es indudable que ella

misma no puede libertarse de la influencia del medio en que sus fuerzas y sus elementos actúan, y que nunca se destruye y se prescinde del todo de la manera de ser, del temple, de la naturaleza de la raza que se quiere gobernar ó dominar. Así, ni la ley política, ni la ley religiosa pudieron desalojar por completo el gérmen de las leyes y las religiones nativas, y aunque fueran forzados á obedecer á las primeras, el poder del hábito formado por las segundas, contribuía á desviar, si no á equilibrar la fuerza dominante.

La tradicion es tambien una fuerza; ella es formada por el sentimiento y la pasion de la masa social y por la comunidad de destinos; es un elemento histórico y filosófico para explicar los grandes acontecimientos; es la historia misma de los pueblos que no tienen historia, es la costumbre de pueblos que no tienen leyes formales, y por eso es un culto, y por eso arraiga en el corazon y en la inteligencia, y refleja el genio de la raza que le ha dado vida. Y se ha visto alguna vez que naciones dominadas largo tiempo por la conquista, obligadas á obedecer otras leyes y otros dioses, han conservado en el santuario de su conciencia, como un talisman sagrado para las horas de amargura, el recuerdo de su tierra nativa, la memoria de sus años de libertad, y una voz interior les hablaba á solas,

---

como un reproche, como una acusacion unas veces, y otras como un consuelo y una esperanza de recobrar algun dia el perdido paraíso donde nacieron y respiraron los primeros hálitos de la vida.

Ese recuerdo conservado en secreto por todos los hijos de un pueblo que cayó vencido y esclavizado, no es sinó la fibra, el genio nativos, que se conservan en lo íntimo, para hacer explosion más tarde, cuando la opresion, la injusticia, la barbarie despótica, han desquiciado las bases de la ley humana, y han conjurado contra sus autores las fuerzas comprimidas que fermentan con sordas convulsiones en el corazón de las víctimas. Entonces el esclavo rompe de un impulso súbito la cadena que le oprime el cuerpo y el alma; la tierra se estremece como si se removieran en el fondo de las tumbas olvidadas los héroes indígenas que cayeron en la lucha primera; pueblan el espacio como irradiacion invisible de seres ideales, de músicas, de sueños, de cantares vagos pero poéticos, de voces paternas largo tiempo no escuchadas, todos los recuerdos de aquellas épocas de gloria y de libertad, que sus señores les quitaron por la fuerza de las armas para sumirlos en la sombra y en la esclavitud.

Entonces ven aparecer envueltos en aureolas de luz y sobre carros de fuego, blandiendo las espadas



de las hazañas antiguas, sobre las cumbres y los llanos de la patria, la falange radiante de sus héroes nacionales, llamándolos al combate de la libertad y de la resurreccion con acentos magnéticos, con palabras proféticas, que tienen todo el encanto irresistible de la pasada y casi olvidada grandeza. Despiertan de un sueño, y exaltan su valor aquellas evocaciones legendarias, porque les recuerdan sus tiempos primitivos, en que sus héroes los condujeron victoriosos, coronados de laureles y de aclamaciones, á través de los desiertos, de las cordilleras y de los mares.

El espacio de la tradicion se ilumina de repente como á la aparicion de una aurora boreal en medio de la noche polar ; y al tender la vista hácia el camino recorrido durante las tinieblas, ve solo un abismo inmenso, donde se destacan á la distancia las ruinas y los fragmentos despedazados y hacinados por la opresion, que ni siquiera respetó los despojos sagrados de su pensamiento, sintetizado en el esbozo escultural, en la construccion granítica, ó en las instituciones y sentimientos de raza.

No hay fuerza, no hay poder, no hay genio capaz de resistir á un pueblo que se levanta en la hora suprema reclamando la libertad que es su derecho, que se le debe por la justicia y por la moral huma-

nas, como no hay presion capaz de contener el estallido del fuego interno comprimido por las paredes de granito de la montaña, hasta el momento de la expansion volcánica.

Las razas aborígenes de América, al ser sometidas al yugo de la política colonial de España, despues de una lucha colosal que ha inmortalizado en parte un gran poeta, perdieron todo cuanto habían heredado de sus mayores, ó habían adquirido por derecho de nacimiento sobre su suelo ; pero esto que es natural y necesario, tratándose de una conquista civilizadora, se vuelve injusto cuando se examinan los medios de despojo, y los extremos de barbarie y de crueldad á que llegaron sus dueños, y la profundidad del abismo en que sumergieron á los vencidos.

Estos, desde la bajeza de su esclavitud, contemplaban con dolor inconsolable cómo rodaban al polvo y se convertían en mercancía y en riquezas para sus tiranos, las estátuas veneradas de sus ídolos, cómo se profanaban sus tumbas, se despojaban sus templos, se derribaban sus fortalezas, y cómo iban sus hijos y sus mujeres, como manadas de bestias, á ser azotados en el trabajo, cuando durante la dominacion de sus Incas, llegaron á adorarlos y á venerarlos como dioses, porque los hicieron felices, porque

eran dueños de la tierra que cultivaban para sostener el hogar, porque el trabajo se veía reproducido y ostentado á la faz de la nacion, en la pompa de sus cortes, en el lujo de sus templos, en la estension de sus caminos, en los benditos frutos de una paz duradera.

Ellos no comprendían cómo unos amos que venían hablando en nombre de una religion de amor y de fraternidad, los trataban de una manera tan dura é inhumana; y ya que no podían sacudir el yugo que los oprimía, se contentaban con gemir en silencio y llorar su desventura, á semejanza de los profetas desterrados y cautivos en el extranjero; y cuando los pueblos gimen en silencio, es de temer el dia en que las lágrimas se convierten en armas de combate, los sollozos en gritos de furor, y las tiernas endechas de la soledad en himnos heróicos de victoria, y nada resiste á la ola embravecida del patriotismo naciente.

Si la cultura española logró transformar las costumbres de las naciones indígenas con tres siglos de dominacion, y si ella se impuso por medios que hoy la sana razon y la política no aprueban, en cuanto se refiere á su sistema colonial, no hay duda alguna que la institucion municipal implantada en nuestro suelo como un hábito de ese pueblo, fué en gran

parte el origen de la libertad que más tarde renacería para hacer de las colonias entidades autonómicas ; porque esas familias agrupadas en un solo y reducido espacio, y obligadas por la necesidad á levantar sus hogares lejos de la tierra nativa, tuvieron que acostumbrarse á la idea de no volver jamás á la madre patria, y de morir en la nueva tierra donde las vicisitudes de la vida las habían arrojado.

Cuando el hombre ya cava los cimientos de su morada para esperar en ella el fin de sus días, llega hasta olvidar la tierra donde vió la luz, y comienza á amar la nueva con el mismo amor que consagró á su primera patria ; sus hijos nacen y se alimentan de la sávia de la naturaleza, aprenden sus primeras nociones de la vida en presencia de los objetos, de los fenómenos, de los espectáculos que ella les ofrece, y en ella nacen los sentimientos que forman su alma, las ideas que nutren su inteligencia ; y aunque reciban en la cuna la tradicion paterna que tiende á transportar su pensamiento á la patria originaria, esa tradicion ha nacido impregnada del aliento y de las influencias locales.

Los hijos de los primeros pobladores de la tierra extraña son la transicion ; son el paso intermedio que conduce á la formacion de la nueva nacionalidad, y llevan en su genio un grado superior de perfecciona-

miento y de virilidad, hasta que por la sucesion de las generaciones, el elemento generador pierde su influencia activa, para conservarse solo en los atributos de la raza, para perpetuarse en un recuerdo genealógico, con toda la veneracion que nos despierta la memoria de nuestros padres. Pero nunca ese recuerdo puede ser una fuerza contraria que resista á los naturales impulsos de la nueva raza que nace depurada por la fusion, y con fuerzas nuevas para cumplir sus destinos sociales; antes bien, la memoria de los grandes héroes, sus abuelos, estimula y ajiganta su valor, porque todos los pueblos aman, y necesitan una tradicion heróica para ligar con ella sus hechos contemporáneos.

Pero más que todo esto, cuando han llegado á comprender que hay en sí mismo, la fuerza suficiente para vivir con independenciam y gobernarse por su propia voluntad, una ley ineludible, incontrastable, fatal, precipita los acontecimientos y aproxima el desenlace de esta tragedia eternamente repetida, por la que la vida y la organizacion de las naciones sigue las mismas leyes de la generacion humana. Cuando el momento de nacer se acerca, parece que se levantan del fondo oscuro de la edad primitiva, iluminadas por resplandores celestes, las sombras de los primeros héroes, de los primeros dioses; que aparecen á la

memoria encendiendo el corazon, todas las tradiciones en que el genio nativo realizó proezas sobrehumanas, y que se quisiera beber en la fuente vírgen de donde brotaron sus progenitores, la fortaleza que precisan para luchar por la libertad ; ella se les presenta entonces como una restauracion lejana, ó como una resurreccion operada á través de los siglos por el poder maravilloso de sus genios tutelares.

La tradicion y la poesía que durante las épocas de esclavitud se vuelven fúnebres, quejumbrosas, y en las que domina el genio de los vencedores, recobran entonces los acentos vigorosos con que resonaron en los primeros tiempos, cuando la tierra era libre, cuando sus moradores respiraban con orgullo desde las cimas enhiestas, las brisas perfumadas que los valles y los rios envian como una ofrenda sagrada á la montaña. La imaginacion nublada por la servidumbre, se ilumina de súbito con resplandores desconocidos, y vuelve á poblar la tierra nativa de creaciones fantásticas, no ya informes y nebulosas como las de la infancia, sinó modeladas, cinceladas, coloreadas por el arte, y provistas de un fondo trascendental que contiene los ideales filosóficos, políticos, religiosos y artísticos del pueblo que los concibe. La inteligencia que antes solo se ajitara para forjar un pensamiento destinado á morir en gérmen bajo el

peso de la presion moral, siente como alas que se ciernen en su interior, y como una ebullicion tumultuosa, semejante á los enjambres que zumban y aleatan dentro del nido, esperando el dia para lanzarse por vez primera sobre los llanos y las selvas.

El despertar de la naturaleza bajo los climas tropicales, es por sí solo un poema eterno y universal que no puede cantarse jamás en una época ni por un solo poeta ; el despertar de un pueblo que ha vivido esclavizado durante siglos, es tambien una mañana que resplandece sobre el espíritu humano con luces irisadas, que hace brotar de él las creaciones grandiosas del arte, de la ciencia y la filosofía, y engendra los héroes que deslumbran con sus proezas y alimentan la musa de muchas generaciones.

Si las auroras de la naturaleza son las epopeyas donde las fuerzas materiales y las leyes físicas obran prodigios de hermosura, las auroras de la libertad humana son las epopeyas donde las fuerzas morales y las leyes del espíritu realizan esas asombrosas transformaciones que se convierten en Evangelios, y que marcan nuevos rumbos á las corrientes de la historia ; las unas renuevan la sávia de las plantas, el rocío de las hojas, los matices de las llanuras, enseñan nuevos cantos á las aves ; las otras renuevan la sávia de la humanidad, el alimento de los espíritus, la fiso-

nomía de las razas, y hacen resonar armonías nunca oídas en las liras de los poetas. Si antes turbaron el silencio los golpes lentos y sordos con que el esclavo elabora el hierro, cuadra el granito, derriba el arbol para levantar el palacio de su señor, despues, cuando ha quebrantado su yugo, repercuten el sonido musical que hace el cincel sobre el mármol donde esculpe la idea, las explosiones de la montaña que se rasga para dar paso á los héroes del trabajo, y el estrépito gigantesco con que caen los árboles seculares, bajo el empuje entusiasta de mil labradores que derriban el bosque añejo para levantar la ciudad populosa.

¡Con qué sublime entonacion resuenan en el espacio, entonces, los cantos con que el trabajador satisfecho acompaña los afanes de la faena! Cuánto colorido y animacion en la multitud que se agrupa al rededor de la tienda portátil, plantada á la orilla de los rios, en el fondo de las selvas, en las faldas de las montañas! Cómo surgen las ciudades, semejantes á esos palacios de hadas que nos deslumbran en la infancia, al esfuerzo reunido de los hijos de una misma tierra, de los hermanos en un mismo amor y en un mismo culto! Y cómo regenera el reposo del mediodia bajo la sombra del árbol que evoca los sueños del porvenir, mientras el obrero cuenta sus ramas y calcula con precision matemática el fruto de su trabajo!



## II

La Revolucion de Mayo es hija de la tradicion en sus épocas principales ; como todos los grandes sacudimientos de las sociedades, ella ha venido preparándose en los espíritus, en el corazon y en el temple de los habitantes de la colonia ; y los asomos de la libertad en distintas circunstancias de la historia, se parecían á esos vagos y súbitos resplandores que apenas alumbran el horizonte de las llanuras, y que son el anuncio de la tempestad lejana. Y lo más notable de esos hechos, aparentemente insignificantes, es que se presentaban como una protesta, ó como una tentativa de restablecer el antiguo imperio de los Incas, ó las antiguas dinastías destruidas por la guerra y la colonizacion.

Es la ley permanente que sirve de vínculo á los varios períodos tradicionales : los pueblos sometidos por la conquista invocan siempre para fundar su causa, los orígenes de su raza, la memoria de sus progenitores, la tradicion. Por otra parte, la mano del gobierno va pesando cada dia con mayor opresion á

medida que el sentimiento revolucionario se acrecienta en los súbditos ; y si antes fué generoso y paternal, porque trataba con niños inconscientes de su derecho, la necesidad de conservar la autoridad adquirida le vuelve duro y rígido, y su poder convertido luego en tiranía, se extiende á todos los resortes, á todas las manifestaciones de la vida ; la serenidad, la tranquilidad y la libertad de las costumbres sencillas que heredaron de sus padres, van desapareciendo para formar la unidad del sentimiento de la protesta, muda y resignada en sus comienzos, pero que adquiere voz y movimiento á medida que las ligaduras van ciñendo los cuerpos, los corazones y las inteligencias.

El pastor, que como dice Bion en la muerte de Teócrito, " cantando apacentaba su rebaño ", y se internaba solitario entre las gargantas de las montañas ó en las profundidades de la selva, entablando diálogos tiernísimos con la naturaleza en su lenguaje de emociones, rompe la flauta rústica contra las peñas del torrente, y sus gemidos y sus endechas amorosas no resuenan ni se repiten por los ecos de los valles, ni mantienen el rebaño unido y silencioso : una tormenta de sentimientos sombríos, un enjambre de presentimientos dolorosos é indefinibles, voces secretas de un cataclismo distante, siente en las intimidades de su espíritu ; cree ver en todas partes

oculto, en actitud de acecho, al agente de su tirano, pronto á ahogar en sus labios la estrofa, la nota, la admiracion instintiva hácia la naturaleza, que brotan espontáneas y contentas de la libertad, de la paz de la vida, del dominio que aún cree suyo sobre aquellas rocas y aquellos desiertos donde nació, donde creció como las flores del campo, y donde tantas veces interrogó en palabras no articuladas al cóndor ó á las aves viageras de otros climas.

El labrador indiano asilado con su familia en la cabaña humilde, donde trabaja y recoge sus frutos, de los que una parte vá á alimentar su hogar, siente desfallecer el brazo robusto, cuando la sombra fatídica del amo cruel se presenta en su umbral de piedra no cincelada, exigiéndole toda su cosecha, y dejando al hambre sentado en su lugar cuando ha dado la órden inhumana: las lágrimas riegan el suelo de su pobre vivienda, y la sonrisa paternal no bendice ya las almas infantiles que comienzan á abrirse, como las flores de los cardos silvestres, á las caricias de la luz, á las primeras revelaciones de la naturaleza que forman las ideas.

El caudillo amado de la tribu, dominado y esclavizado como ella, y que durante su cautiverio entretuvo sus veladas ó sus faenas con los relatos de las antiguas hazañas, enmudece y sueña ya en vestir

el traje, montar el caballo y empuñar la maza de los combates; y la sangre primitiva, haciendo un supremo esfuerzo en su organismo enervado, bulle, se ajita y estalla en paroxismos de furor, en gritos de venganza, en exhortaciones belicosas, y las imágenes de las pasadas y casi olvidadas victorias, vuelven á levantarse en su cerebro, como un llamamiento de sus antiguos gefes sepultados en las laderas escarpadas, ó en la huaca profanada por la codicia del vencedor.

Todo cambia y parece vestirse de nuevo colorido; voces sobrehumanas que no escucharon por mucho tiempo, les hablan desde la sombra, ó desde las oscuras cavernas de sus montañas queridas; y una agitacion estraña conmueve á todos los descendientes de la raza aniquilada, como si una corriente eléctrica hubiera pasado sobre ellos saturando su ambiente, transformando los átomos respirables y modificando sus órganos sensitivos. Los hechos más íntimos de la vida revisten un carácter trascendental por el móvil del agente, y en todas partes se ve la intencion perversa del tirano; un rumor sordo y profundo, semejante á esos temblores que sacuden el continente cuando los volcanes de los Andes se ajitan en sus prisiones eternas, se escucha y se siente con secreta é incomprensible emocion; y comienzan á di-

señarse en la historia esas tentativas de libertad llamadas rebeliones, y castigadas con saña por los gobernantes, pero que sus autores las llaman revoluciones, esperando sobre su causa el fallo justiciero de la posteridad.

Aunque los historiadores patrios no den á la rebellion de Tupac-Amarú una gran trascendencia para el porvenir de la América española, sea porque se hayan acostumbrado á juzgarla con el criterio de los cronistas coloniales, sea porque desdeñen entrar en las minuciosidades de la tradicion y de las inducciones sociológicas, para mí reviste el carácter de una revolucion de raza; no como un renacimiento de la raza primitiva pura, ni en nombre de las antiguas tradiciones incanas únicamente, sinó como un efecto de la asimilacion entre las dos razas que se fusionaron en nuestro pais, y que necesariamente tuvieron que formar una sociabilidad aparte en la que dominaba la cultura latina en las costumbres, pero en la sangre las influencias naturales de la tierra.

La causa que la produjo es la de todas las revoluciones de independenciam, la que ha libertado las colonias inglesas del Norte y las colonias españolas del Sud : la presion, la tiranía, las injusticias y desigualdades usadas por los soberanos ó sus agentes sobre sus súbditos, además de las profundas causas geográ-

ficas que obran en la segregacion de los pueblos de una manera radical,

Los vireyes, gobernadores, corregidores, alcaldes de la América latina, encargados de la direccion política, administrativa y comunal, amparados por la enorme distancia de la metrópoli, y aleccionados por la tradicion de sus antecesores, nunca vieron á sus súbditos de América sinó como una mina de riquezas, y su gobierno como un accidente ó un instrumento eficiente para el logro de sus ambiciones. La rebelion del Alto Perú no es sinó la explosion legítima y natural de un pueblo que se ve infamado y oprimido hasta los menores detalles de su vida; y encabezada por un descendiente de los Incas, y llevada á cabo por los naturales, tiene, pues, una grande trascendencia histórica, al mismo tiempo que revela la indisolubilidad del vínculo tradicional que va perpetuándose á través de las más radicales evoluciones de las razas; y si se quisiera una prueba de que era una verdadera revolucion del espíritu y del carácter nativos, ella está de manifiesto en la repercusion inmediata que encontró en las regiones del Bajo Perú, sublevadas por otro cacique que llevaba un nombre ilustre en la tradicion de su pueblo,—Tupac Inga Yupanqui;—porque una idea revolucionaria no logra dilatarse ni cautivar los espíritus, cuando ella no brota de la naturaleza de las cosas.

y cuando no es la expresion de una comunidad de intereses, de desgracias ó de ambiciones.

Así, la Revolucion sud-americana fué preconcebida en el seno de la raza nativa, vencida y destruida, tiranizada y vilipendiada, ahogada en sus expansiones geniales y en sus impulsos sociológicos; y jamás una revolucion humana fué más lógica en sus antecedentes, porque ella apareció á la superficie marcada desde el primer momento con el sello de la unidad y de la universalidad, en el pensamiento de todas las poblaciones que habían sido sometidas y educadas por España; y aunque entre los límites que abarcó su accion se comprendiesen naciones de razas originarias diferentes, como los guaraníes, los araucanos y los quichuas, dos siglos de obediencia y de desgracias comunes, y de recibir la misma educacion política, social y religiosa, habían hermanado sus caracteres y pre-dispuesto sus tendencias hácia un mismo destino. La misma opresion pesaba sobre ellos desde Méjico hasta el Rio de la Plata, y el grito de dolor del hijo de América lanzado en Arauco, repetido por los ecos de las cordilleras andinas, iba á morir en las costas de la alta California, despues de remover las cenizas de tantos guerreros, de tantos reyes, de tantos ídolos y templos, enterrados á lo largo de esas montañas tradicionales que abrieron sus rocas para darles eterna sepultura.

Así, el alzamiento de Tupac-Amarú secundado por Inga-Yupanqui, acaecido en los momentos en que el mundo moderno se agitaba en medio de una tormenta revolucionaria que debía transformar su naturaleza, sus sentimientos y sus destinos, y cuando sus ráfagas calientes llegaban desde la Europa sin apagarse en el océano, importaba una revelacion y un anuncio de que la tormenta que se preparaba en el viejo continente, traería sus rayos y sus arietes invencibles á los pueblos lejanos que habitaban el nuevo, y que eran sus hermanos en la desgracia y en la opresion ; y así como los reyes europeos se apresuraron á conjurarla, ya sea con ejecuciones sangrientas, ya por medio de concesiones calculadas, los reyes de América se ensañaron en el castigo de los rebeldes, y tambien, bajo Cárlos III, se hizo la prueba de concesiones liberales, que en el estado de los ánimos, ño podían ya detener el estallido de las pasiones comprimidas.

El castigo de los caudillos americanos fué un escarmiento bárbaro, pero que por su misma monstruosidad, precipitaba la catástrofe. Tupac-Amarú, “este infeliz caudillo fué arrastrado hasta el patíbulo, donde mataron á vista suya á su mujer, á sus hijos y á sus parientes más cercanos ; luego le arrancó la lengua el verdugo, y en seguida fué descuartizado



vivo al violento impulso de cuatro caballos que, asidos de sus brazos y piernas, lo arrastraron en dirección contraria hasta dividirlo en cuatro partes" (1); y respecto de Tupac-Inga-Yupanqui, la sentencia ordenaba que "se saque de la prision atado de piés y manos en un seron, y que arrastrado por las calles públicas y acostumbradas (!), se lleve hasta la plaza mayor donde estará puesta una horca, de la cual será colgado por el pescuezo hasta que naturalmente muera, siendo descuartizado y puestos sus cuartos en los caminos, y su cabeza en una jaula de hierro *para perpétuo ejemplo*, en la puerta de las Maravillas; quemándose lo restante del cuerpo en una hoguera por el verdugo, *después de sacarle el corazón y las entrañas para darles eclesiástica sepultura* (2)."

Una nube de sangre debió cubrir las moradas de los hijos de América ante tamaña barbarie, que por ser ejecutada por cristianos, deja en la sombra las crueldades que siglos antes reprochaban á los indios para autorizar sus matanzas; un ruidido semejante al del rey del infierno que estremece la tierra y ensordece el espacio, debió brotar de aquellos corazones

(1) M. A. PELLIZA, *Historia Argentina*, t. 1, p. 103. — DEAN FUNES, *Ensayo Histórico*, Libro VI, cap. III.

(2) PELLIZA, *Historia Argentina*, t. 1, p. 104.

enfurecidos, en donde ardía aún la sávia nativa que en los tiempos de la defensa hizo brillar tantos mártires é inmortalizó tantos héroes.

Pero el castigo es estéril cuando la llama de la libertad enciende á los pueblos ; antes bien, parece atizarla con mayor brío, y acelerar el momento supremo de la explosion que regenera destruyendo, que funda la justicia matando los tiranos, que forma los héroes convirtiendo á los hombres en fieras, y que como la lava derramada sobre los mares, produce esas tormentas espantosas en que luchan el fuego y el agua por devorarse mutuamente. Cuando tales crímenes se cometen, aún con el pueblo más bárbaro y salvaje de la tierra, siquiera sea en nombre de las leyes humanas y divinas, desaparecen el derecho, la justicia, la moral, la religion, y solo habla el corazon humano con el lenguaje de la venganza, que llega á ser en su exaltacion, la suprema justicia y la suprema moral ; porque rotos los vínculos sociales, no hay juez que las aplique en nombre de la humanidad, ni sacerdote que las invoque en nombre de Dios : el hombre está en frente del hombre, la humanidad en pugna consigo misma, y hasta las divinidades llegan á olvidarse, porque en esos actos que degradan su especie, su influencia, su poder, su sabiduría, no han existido, y el hombre entónces las repudia, porque

él tiene más fuerza que sus entidades incorpóreas.

Así se explica que los pueblos dominados por una religion estraña á la de sus progenitores, y que les fué impuesta por la ayuda de la espada, lleguen á arrojarla de sus corazones con desprecio para volver á invocar la que les arrulló al nacer, y les dió las primeras comunicaciones con la divinidad, si no se entregan en brazos de otras más protectoras y humanas, que no exaltan tanto su poder maravilloso como para destruir las facultades propias del ser racional.

No menos trascendental se presenta en el escenario de la colonia la revolucion comunal del Paraguay, llevada á cabo en nombre de derechos heredados, y trasportados á su nueva patria por los pobladores de América, como un verdadero patrimonio ; porque las autoridades coloniales, olvidando las más primitivas nociones del derecho humano, que nacen con el hombre, llegaron hasta transmitir el gobierno por contratos, cuando en las sociedades medianamente elevadas en cultura, el gobierno es atribuido por la voluntad de los hombres reunidos, ya sea de una manera directa, ya delegando en más ó menos sus facultades individuales. Pero solo la barbarie en el grado de la inconciencia, y la corrupcion en el grado de la disolucion, pueden llegar á hacer del gobierno una materia de contrato lucrativo.

Aunque parece que nuestros historiadores no atribuyen á la revolucion comunal del Paraguay mayor trascendencia que dentro de los límites de su accion concreta, creo que su influencia en los sucesos que comienzan en 1810 es indudable, porque pone de maniêsto á la faz del continente, que ya se sentía influenciado por las corrientes civilizadoras de Europa, la monstruosidad de un sistema de gobierno y de colonizacion que se creía desaparecido ya para siempre en las edades antiguas, y que parecía refugiado en las selvas paraguayas como una última sombra que hubiese quedado oculta desprendida del cáos, en las sinuosidades del abismo.

En ningun caso la tradicion se manifestó de una manera más profunda en el espíritu de un pueblo, ni se presentó como ayuda de una causa más justa ; y aunque en él no actuara el genio de los descendientes de las razas nativas, sinó la costumbre de la libertad comunal transportada de la madre patria á sus nuevas posesiones, la resistencia se levantaba contra el mismo poder que oprimía á la tierra, y la comunidad en el sufrimiento y en el derecho, hacía á los unos y á los otros soldados ó partidarios de una misma idea.

En el Alto y Bajo Perú, en Chile, en el Rio de la Plata, en el Paraguá, en todas las regiones del con-

tinente, el sentimiento de la libertad nació por sí mismo al peso de la tiranía, al mismo tiempo que se delineaba ya el carácter de las nuevas naciones del porvenir, en sus costumbres, en sus tendencias, en sus anhelos y en sus actos de la vida privada ; y las tradiciones que los literatos de este siglo han desenterrado de los archivos de la Colonia, ó recogido de los ancianos que los conservaban en la memoria, forman ya un tesoro inapreciable de literatura tradicional, digno de ser más estimado de lo que está hoy día por nuestras jóvenes generaciones, más enamoradas de las literaturas extranjeras, que de los riquísimos asuntos que la América ofrece á la fantasía y á la inteligencia.

Reuniendo en orden sistemático todos esos ensayos, muchos de los cuales merecen el título de obras maestras en su género, tendríamos la historia tradicional, la que nos remontaría gradualmente á los orígenes de nuestra nacionalidad ; y quizá podríamos llegar á deducir y deslindar lo que en la realización de la obra del presente corresponde á cada una de las razas que actúan en nuestro territorio desde la conquista; llegaríamos, quizá, á reanudar la sucesión natural de los acontecimientos íntimos, ya históricos ya legendarios, en los que la idea revolucionaria vino manifestándose, ó en que los gérmenes de nuestra

libertad se sembraron por primera vez, y que no se ocultan del todo, sinó que se oscurecen ante la magnitud de los hechos que la grande historia abulta, y á cuyo rededor se agrupan esas pequeñas conmociones, esos actos de la vida íntima de reducido escenario, y que no por eso dejan de ser un reflejo de las grandes causas y de la idea dominante.

Desde principios del siglo XVIII, el siglo de las grandes revoluciones, la sociabilidad americana se hallaba enriquecida con elementos nuevos, fruto de la evolucion simultánea de dos razas sobre un territorio vírgen y bajo climas fecundos ; los habitantes de las ciudades no son ya solo los españoles conservadores de la costumbre patria, y de su idioma y de su religion, ni el morador de los campos es el mismo indio de la conquista, libre de influencias de agena cultura, y que adopta los nuevos usos porque lo obligan á ello: en las ciudades aparecen ya costumbres de carácter mixto, y algunas enteramente distintas de la originaria ; y el idioma mismo comienza á recibir en el uso de la gente culta nuevos vocablos y nuevas locuciones, nacidas en el país por efecto del genio propio de la cultura nativa.

Entónces aparece ese tipo original del gaucho, dominador del desierto, de la selva y de la montaña, que no es el paisano español, ni el colonso indiano,

sinó una manifestacion viva y brillante del carácter de ambas razas, pero dominando en él la riquísima fantasía que bulle en nuestro clima, el sentimiento que brota de nuestra naturaleza, la inteligencia que nace de todas las causas lógicas reunidas : es el hijo legítimo de la tierra, y ha heredado de ella todos sus grandes rasgos, todas sus profundas influencias ; y su figura moral está fundida en el molde inmenso de nuestros desiertos, ó esculpida con el mismo cincel que ha perfilado las montañas colosales ó los informes monumentos que aún se levantan sobre sus pedestales graníticos, para atestiguar que la llama del arte encendió el cerebro de los primitivos pobladores de América.

Y bien se comprende que si tales transformaciones sufría la nacion dominadora, y si su sangre, por decirlo así, no imperaba ya en los organismos de sus súbditos, el vínculo nacional estaba disuelto, y la primera fuerza impulsiva los arrojaría lejos de ella, como el árbol arrancado de raíz es arrastrado por el pampero que azota las selvas y barre las llanuras.

Además, las civilizaciones estrañas á la Península, que enviaban con harta frecuencia sus hálitos de vida sobre la anémica poblacion de sus colonias, y que el espíritu ávido de la juventud devoraba con efusion, y la libertad científica y religiosa que resplandeció sobre

ella bajo el gobierno de Carlos III, fueron causas de la súbita elevacion de la cultura colonial, al extremo de que el viejo molde político en que la metrópoli la encerraba, no podía contener su expansion moral. El molde tuvo que ir agrietándose hasta dividirse en fragmentos informes, dando repentino escape á la materia contenida.

Los últimos acontecimientos en que los habitantes de la colonia actúan como súbditos de España, son las invasiones inglesas, y es general la opinion de que ellas dieron á los naturales la ocasion de medir sus fuerzas colectivas para el azar de una guerra. Podemos al mismo tiempo considerarlas como la última etapa de los tiempos medios de nuestra evolucion, y en los que comienza á diseñarse la grande y luminosa época de nuestra epopeya nacional. Ellas son para nuestra tradicion de pueblo independiente fo que el crepúsculo al día que se acerca : los nidos comienzan á removerse en los follages porque las aves se preparan á entonar el himno de la aurora ; las plantas despiertan de su sueño para abrir sus cálices al beso de la luz ; el humo de las cabañas se levanta en columnas á través de los techos de paja, porque la familia del labrador se dispone á emprender de nuevo la faena del día ; el potro de la pampa sacude su crin salvaje, y con la nariz abierta absorbe con delicia



la brisa matinal, mientras con la cabeza erguida, divisa y escucha los ruidos del día que asoma en los horizontes lejanos.

Allí se destacan ya con perfiles definidos los caracteres que más tarde serían los baluartes de la lucha emancipadora, irradian los sentimientos magnánimos, las ideas generosas que mantendrían el entusiasmo y el fervor de la causa; y el heroísmo de aquellos colonos casi ignorados de la Europa, asombra y sorprende cómo una revelación, á las viejas naciones que se creían únicas dueñas de tradiciones inmortales y de epopeyas grandiosas. La leyenda y la poesía enriquecen sus anales con episodios arrobadores, donde resplandece el genio de una nacion nueva que entra, " coronada su sien de laureles ", á la escena humana, como los atletas griegos que por vez primera entran á la arena olímpica á disputar el lauro inmortal, ó la gloria de ser cantados por el poeta de las grandes fiestas.

Ultimo tributo de su obediencia, de su sangre y de su heroísmo de raza, la joven América salva el honor de España, su ilustre y desgraciada madre, fatigada de los combates seculares, del peso de sus laureles y del oprobio de sus tiranos, que no solo enervan sus fuerzas físicas, sinó que ahogan en el seno de una religion implacable los desbordantes manantiales de

su genio luminoso, que ha dominado tanto tiempo la cultura y ha seducido por tanto tiempo la imaginacion del mundo.

Aquel valor indomitable, aquella imaginacion radiante, aquel porte legendario, aquella abnegacion suprema que tantas hazañas inimitables realizaron en las épocas de luz de su historia, y que ha engendrado su tradicion y su teatro deslumbrantes, ella transmitió á sus hijos á través de los mares, á pesar de sus errores, de sus fanatismos, de sus opresiones; y sus libertades comunales implantadas en nuestras ciudades por sus ilustres fundadores, objeto más sagrado de su tradicion gloriosa, fué quizá la semilla más fecunda que su mano derramó en la tierra vírgen de América; ellas germinaron aún bajo la presion inmensa de sus gobiernos, porque estaban en el fondo de la raza; heredadas por sus descendientes, debían ser la base del derecho con que el municipio de Buenos Aires levantara la voz, antes que ningun otro pueblo del continente, pidiendo la emancipacion definitiva en nombre de principios eternos que eran el evangelio del siglo, y dieron origen á la América republicana y democrática, donde parece haber arraigado para siempre la libertad.

No, no podemos los argentinos, que tenemos la gloria de ser los iniciadores de la independencia del

continente, olvidar esta tradicion sagrada. Al conservarla como un culto nacional, bendeciremos á la heróica España, que nos la legó en su forma más pura, y que nosotros no hemos sabido mantener, cegados por la pasion revolucionaria. ¡ Cuántas tragedias sangrientas, cuántas vicisitudes y vacilaciones dolorosas habríamos evitado á nuestra patria, si hubiéramos dejado en pié aquellos cabildos que enjuiciaban los gobernadores, y que con el precioso tesoro de sus libertades y de sus fueros, parecían repúblicas perfectas, aún dentro de una monarquía de hierro ! Ellos fueron sin duda, durante los tristes dias de la colonia, el refugio de los espíritus cansados del escándalo de sus gobernadores, de las desigualdades políticas entre los ciudadanos, hijos de una misma patria, y del constante gemido de esos hijos de América, antiguos soberanos sobre su tierra, que solo pedían en premio de sus trabajos monstruosos, un átomo de justicia y de caridad !

### III

Las ideas de la avanzada cultura colonial, encerradas en las estrechas formas de su gobierno, se lan-

zan al terreno de la accion, cuando la efervescencia llega á su grado máximo, como las nubes amontonadas en la cumbre se desatan en torrentes de lluvia, que barriendo con estrépito las laderas, descienden á fecundar las llanuras. Los elementos psicológicos de la nueva sociabilidad, reunidos por dos siglos de lucha y de vida comun, en los que trabajan por el predominio esclusivo, una vez que alcanzaron á formar un carácter uniforme, dieron lugar á la formacion de naciones nuevas que existieron en gérmen desde la conquista, con sus límites más ó menos marcados, y que son las fronteras morales de sus futuras distinciones características. Hijas de una misma tradicion, poseedoras de las mismas facultades sociológicas, y sujetas á las mismas influencias estrañas, su nacimiento se verifica por las mismas causas, por los mismos medios y en la misma época; y en todas ellas se nota la huella lejana pero profunda de su origen primitivo, en la fortaleza de su constitucion orgánica, que no lograron borrar las más radicales transformaciones que la civilizacion europea realizó en sus hábitos originarios.

El año 1810 es el punto que separa la evolucion mútua de las dos razas, y el punto de partida de la nueva vida, de la evolucion aislada, de la tradicion estrictamente nacional, que ya deja de nutrirse de

elementos estraños, y entra á crear sus relatos con los personajes, con las ideas, los sentimientos, las supersticiones y las fantasías de las gentes que encierra su territorio, no obstante haberse formado del carácter de la tradicion latina, en mútua coexistencia con el de la natural. Los elementos históricos, legendarios, físicos y sicológicos de ella, son rayos de luz ó de calor desprendidos del foco primitivo, ó del contacto de las dos corrientes que atraviesan el continente americano; y así, los argentinos de la Revolucion, sin tener los rasgos puros de las razas antecolombianas, ni las degeneraciones de la raza conquistadora, se presentan en la arena del combate más fuertes y vigorosos, más sanos y entusiastas que sus progenitores; ponen al servicio de su causa por la libertad todo el ardor de su naturaleza, todo el brío de su entusiasmo, toda la grandeza de su alma y toda la fantasía de su imaginacion, heredados de su suelo nativo, tan rico en influencias y en impulsos heróicos.

Escritores distinguidos encuentran tambien un origen de nuestro carácter en aquellos hombres de hierro que se aventuraron en las soledades de la América desconocida, sin que les arredraran los peligros que la naturaleza levantaba á cada paso ante ellos, y que por sí solos bastarian para aniquilar la voluntad humana;

en esos hombres extraordinarios, cuya fortaleza y hazañas, cuya tenacidad y resistencia á las miserias, no serán exaltadas jamás á la altura de las emociones que despiertan. "Conservábamos, dice un autor argentino, la viveza meridional de la imaginacion, trasmitida en ese estado de emocion y estímulo en que ellos la tuvieron constantemente. Esa imaginacion que constituye un rasgo de raza y que desempeña un papel tan importante en el sueño, en la locura y en las alucinaciones, origen probable, en mi concepto, de muchos de los hechos sobrenaturales que refiere la historia de la conquista y colonizacion de América. Las curaciones rápidas verificadas por el agua de Santo Tomé, la aparicion del mismo santo en el camino de arena de la Bahía de Todos los Santos, y muchos de los episodios que la credulidad primitiva de los cronistas nos ha trasmitido, no tienen evidentemente otro origen." (1)

Sin duda, la herencia fantasista que nos legaron nuestros antepasados y que era un patrimonio de su nacion, unida á la naturaleza exhuberante de nuestro suelo, ha dado á nuestro genio ese carácter animoso y ese temple indomable que brillaron en los sucesos de la Revolucion; y ellos serán tambien los elementos

(1) RAMOS MEJIA. *Neurosis célebres*, Parte I, p. 62.

de la leyenda que debe formarse en el futuro, cuando la historia haya llenado todos sus vacíos, llegando á ser del todo conocida, y las generaciones, venideras satisfecha su avidez histórica, busquen en la fantasía calmar la sed de impresiones y el anhelo poético de su ser. Entónces la imaginacion arrebatada recorrerá el pasado más remoto tras las huellas de los héroes que fundaron la nacionalidad, y hará que sus figuras se coronen con la luz de la leyenda, con el fulgor de lo sobrehumano, con las guirnaldas aéreas de la poesía; porque ellos se levantan cuando la verdad ha sido descubierta y ha saturado la inteligencia, y el corazon y la fantasía piden á la historia emociones más vivas y creaciones más vastas que la imágen real; entónces nace la poesía épica que viene á llenar los mundos ideales del cerebro, y á completar en el sentimiento la unidad nacional que la historia ha formado en las inteligencias y en las instituciones.

La poesía, aunque no lo crean los críticos de las escuelas, es una fuerza poderosa de union en toda nacion civilizada; y aún más, ella sola ha sido en muchas razas indígenas el vínculo de cohesion de las tribus, de las familias y de los hombres que las formaron y les dieron un destino comun; ella será en el porvenir la luz que encienda é ilumine nuestros horizontes, que guie nuestras sociedades, nuestras ma-

---

sas, nuestros ejércitos á las grandes evoluciones, transformaciones y combates gloriosos, que aún se ciernen como una nube invisible en el futuro, y que han de elevarnos á la suprema dominacion moral del continente.

Todos los pueblos de la tierra sienten la necesidad de sublimizar una época de la historia, y esta es aquella en que fundaron su nacionalidad, en que sus altas virtudes resplandecieron, y en que sus dioses, sus manes sagrados, sus ilustres antecesores se reunieron ó resucitaron de sus sepulcros para darles la bendición de la inmortalidad. En todas las tradiciones se destaca la edad heroica, la edad de los portentos que brillan con la luz de lo maravilloso, y en que la poesía, naciendo espontánea del alma de la raza ó de la sociedad, adorna sus proezas con el encanto del arte. Ese período es la fuente de las glorias futuras, de la enseñanza de la virtud cívica, la escuela del patriotismo, cuyas lecciones recibe el niño en las primeras veladas del hogar, y retemblan y hacen brotar en su cerebro las grandes ideas que más tarde se convierten en principios, en códigos y en abnegaciones por la libertad.

La tradición heroica es, pues, la primera necesidad del espíritu, y es un culto tan sagrado como el de la religion. Cuando las naciones la olvidan, legando en



la indiferencia sus relatos y sus personajes memorables, es que en su alma han penetrado los vicios que aceleran su descomposicion y su muerte; y cuando ha existido alguno que no tuvo esos héroes mitológicos, esas batallas en que las sombras del pasado combatieron con sus hijos, ó que su nacionalidad y su independendencia nacieron sin revolucion y sin violencia, tal es la fuerza de la necesidad de idealizar una época, que se ve inclinado naturalmente á crear una legion de mártires autores de su libertad, y de seres fabulosos que los auxilian con su poder sobrehumano en sus grandes luchas.

El instinto del ideal es irresistible en toda agrupacion que se civiliza y cultiva el entendimiento; sus formas se vuelven más puras, sus conceptos del arte más luminosos, y sus poemas se levantan sobre las bases etéreas de la fantasía nacional, pero sin ser por eso menos sublimes ni menos fundidos en el temple colectivo.

Ejemplo de esta verdad es esa nacion que se eleva como una fortaleza de la Europa en medio de los Alpes, bordada de lagos sonrientes, de paisajes arrobaadores, de cumbres pintorescas, de ciudades que se asientan en las márgenes de esos lagos como aves que van á refrescar sus alas fatigadas de remontar el espacio; que parece destinada por la naturaleza á ser el

refugio de todos los perseguidos de la injusticia europea, segun Lamartine; el sitio donde se guarda, para veneracion del mundo, la belleza creada, fuente de las grandes inspiraciones artísticas que siempre nacen de la admiracion de la naturaleza: la Suiza es la cuna de la tradicion heróica, la patria del ideal, que forja un héroe y le da en sus facultades la existencia real, haciendo como las religiones, que logran imponer á sus creyentes la conviccion del ser material sobre sus creaciones teológicas y sus deducciones metafísicas.

Los dioses son hijos de la necesidad de dar forma visible á los anhelos divinos del espíritu, como los héroes legendarios son hijos de la necesidad de personificar en seres humanos las grandes virtudes, que siendo un atributo de la comunidad, no se destacaron ó reunieron en uno más que en otro. La Suiza ha inmortalizado su leyenda libertadora, haciendo de Guillermo Tell el foco de donde irradiaba el heroismo nacional; y aunque la historia haya desvelado el secreto de su existencia fantástica, dejándolo ante el mundo como una de esas llamas que se encienden de súbito en la atmósfera abrazada de los trópicos, pero dentro de la cual no existe cuerpo, ella ha estereotipado en su alma, en su cerebro, la figura inmortal del héroe, y él existirá aún muchos siglos en su memoria.

La Suiza ha fundado su tradicion patriótica sobre un mito, sobre un sueño ; pero mil veces feliz el pueblo que logra realizar la unidad admirable de su constitucion social, la fórmula más perfecta de la constitucion política, siquiera sea sobre un mito y sobre un sueño ! Y ¿ qué importa que la fantasía sca la fuente de su gran epopeya, si sobre ella levanta el coloso de sus instituciones que sirven de modelo al mundo ? Y al contrario, desgraciada aquella nacion que despreciando los ideales, se lanza en las pendientes del materialismo indiferente ; que comenzando por oscurecer su horizonte, concluye rodando en el polvo confuso y revuelto de las pasiones desenfrenadas, sin esa luz espiritual que ilumina los escombros, y que permite á los pueblos sumergidos en el abismo divisar, como el Dante, desde el fondo del Infierno, el mundo superior bordado de estrellas y bañado por la hermosura infinita !

Los héroes con sus proezas sorprendentes son en el cielo de la tradicion nacional los astros que encienden el abismo ; á ellos vuelven los pueblos cuando el rumor del cataclismo se acerca y estremece sus fibras enervadas por el largo predominio de la materia y del sensualismo, semejantes á esos pecadores que en las puertas del sepulcro se espantan ante la oscuridad del abismo que se estiende á sus ojos, y claman al Dios

que antes vilipendiaron sin comprender, y cuyos altares mancharon con el lodo de sus vicios y profanaron con el éco de sus blasfemias.

La nacion argentina, es cierto, aún no puede idealizar los personajes y los sucesos de su Revolucion, porque en el corto tiempo que lleva de existencia normal, aún no está acabada la historia ni dibujados los caracteres de aquella lucha con tintes definidos é indelebles ; pero si no está en el caso de crear una tradicion, está en el de recoger la que se desenvuelve al mismo tiempo que los grandes acontecimientos de su vida política.

El cuadro histórico está trazado en la tela, pero falta el elemento poético, el colorido animado que nace de la fantasía del artista, y sin los cuales la obra no despierta la emocion y el sentimiento ; y la poesía y la tradicion cuyos asuntos se encuentran á millares en aquella guerra, tanto en las alternativas del combate como en los caracteres y sentimientos que fueron su alma, son los auxiliares de la historia que van á llevarle las galas y las armonías que necesita para conmover y deleitar las generaciones del porvenir : estas, como rebaños sedientos, irán á buscar en sus fuentes la sávia patriótica, la pasion y el culto por sus antepasados, y á alimentar su espíritu con la memoria de las glorias patrias.

Sin embargo, al lado de esas figuras históricas de grandes dimensiones, que son el centro de una evolución, el alma de un suceso ó de una etapa revolucionaria, se destacan esos caracteres secundarios en la acción y en el pensamiento generales, pero que tocando el corazón ó la fantasía del que los contempla á la distancia, llegan á imponerse á la memoria y á provocar asombros que tienen el encanto de lo sublime; y que por la misma razón de ser elementos subordinados, muchos de sus impulsos heroicos, de sus inspiraciones grandiosas, de sus abnegaciones patrióticas, quedan sepultadas en el olvido; porque la historia solo los toca en la superficie, sin penetrar muchas veces en las intimidades de su conciencia y de su pensamiento, hasta que la tradición que vive de los afectos y de las impresiones íntimas, y de ella saca la eterna frescura de sus relatos, desvela los secretos donde sus actos se concibieron, y de donde sus primeros medios se pusieron en acción.

Así, la tradición se convierte en ayuda poderosa del historiador mismo, porque le presenta en hacinamiento animado y sistemático, si se quiere, los múltiples elementos del juicio sintético que ha de llevarle á la verdad. El artista entónces, cuando ha fundido la grande obra maestra, entrega los fragmentos del molde á otros artistas que van á forjar con ellos otras de dimen-

siones más pequeñas, pero adornadas ya con las galas de la inventiva que va á convertir el esbozo en un drama conmovedor, en una leyenda fantástica, ó en un poema lleno de armonía y de pasion. Como los racionios profundos del historiador no pueden ser comprendidos por la inteligencia del niño que se educa en la religion de las glorias nacionales, sinó que absorbe con avidez todo cuanto habla ó ajita á su imaginacion soñadora y vagabunda, hé ahí que la enseñanza de la historia comienza naturalmente por mover el sentimiento con la emocion poética, y la fantasía infantil con la pintura viviente, deslumbradora de los sucesos y de los héroes. Así, al mismo tiempo que se nutre la memoria con los anales que más tarde llenará con su criterio filosófico positivo, se prepara el corazon para el culto de la patria junto con los sueños de la edad ; y estos sentimientos adquiridos en la efervescencia de los primeros años, resisten á los más rudos desengaños de la edad madura, y aseguran para el porvenir los ciudadanos fuertes de espíritu que no caen jamás vencidos por las desgracias, los caracteres inmortales que marcan como puntos de fuego la sucesion histórica, los apóstoles y los mártires que salvan las naciones de las grandes catástrofes, porque se educan en el sentimiento, én el amor y en el culto de la patria.

Desconfiemos siempre de ese patriotismo conven-

cional que se adquiere con el cerebro y que no reside en el fondo del alma como un elemento de la vida, porque en los momentos de prueba, cuando se necesita la sangre expiatoria, suele enmudecer como las tumbas, y en él vienen á estrellarse con horror las olas rechazadas por los vientos de la adversidad. El patriotismo es una virtud, y como todas las virtudes, debe ser un sentimiento educado y dirigido por la inteligencia; y es de este equilibrio entre la facultad sensitiva y la intelectual que nacen las grandes obras que fundan las nacionalidades y forman la sucesion brillante de glorias que un pueblo venera y santifica.

La tradicion se escribe con estos materiales preciosos, con esos sentimientos puros que son por sí mismos un poema; ellos le dan esa influencia secreta con que suaviza las pasiones, endulza las amarguras de la lucha diaria y llena de encantos apacibles al hogar doméstico, donde al calor de la llama del invierno desfilan, como una legion de sueños felices, las sombras de los héroes nacionales, arrancando exclamaciones de asombro, sembrando las virtudes y las ideas que han de ser la salvacion comun.

Los precursores de nuestra Revolucion, conservando en su memoria, como envueltos en la nebulosa de los siglos, la tradicion gloriosa de sus desgraciados progenitores, invocaron sus nombres y sus cenizas,

cuando adelantándose á la corriente natural de las ideas y de las pasiones, intentaron libertar sus hogares de la dominacion que los oprimía ; en su nombre, y enardecidos por su recuerdo sagrado, subieron al cadalso como los mártires del cristianismo, lanzando al horizonte lejano una mirada profunda que era la expresion de un presentimiento, la esperanza de esa libertad que no tardaría en asomar en su patria, la conviccion profética de unos espíritus iluminados por la luz rojiza de las grandes catástrofes.

Hay un sublime misterio en esos sacrificios anticipados ; y cuando se estudian las revoluciones de todos los tiempos, se llega á creer que una fatalidad invencible los arrastra, como si la idea revolucionaria necesitara de aquellos heraldos para prevenir á las naciones contra la explosion que se aproxima, como el sordo estrépito precursor de los terremotos advierte del peligro á los moradores de las montañas.

Aquellos mártires que hoy apenas recordamos, porque el pueblo no lee los gruesos volúmenes de la historia magistral, y para quienes la poesía nacional no ha forjado una estrofa, son los instrumentos fatales del espíritu tradicional no extinguido, y que arranca de los tiempos fabulosos en que los primeros reyes de la América nacieron de las entrañas de la nube ó del abismo de los mares, que buscaban reco-



brar su imperio sumergido en el polvo de sus combates, cuando la hora suprema de la justicia resonara sobre sus lápidas de granito, llamándolos de nuevo á reinar en espíritu sobre sus hijos redimidos ; por eso cuando la América se levanta sobre los rotos fragmentos de sus prisiones de hierro, enarbolando los estandartes de sus victorias, y resucitando su antiguo imperio indígena,

Se conmueven del Inca las tumbas;

y por eso cuando Bolivar se apresta á la batalla de Junin, donde se reunen los héroes de toda la América para sellar para siempre la obra de la redencion comun, la sombra de Manco Capac aparece sobre las cumbres como una evocacion de luz, rodeada de la grandeza del pasado y del esplendor de la naturaleza, é inocular en el alma del héroe todo el prestigio de la epopeya, toda la fuerza del vigor primitivo, todo el poder maravilloso de las antiguas tradiciones sepultadas por el glorioso monarca en las entrañas de los Andes. Y estas dos invocaciones á los tiempos primitivos en que coinciden los dos grandes poetas de la Revolucion, el que escribió el Himno Nacional Argentino y el que cantó á la victoria de Junin, son el éco del sentimiento nacional que en el momento de la

lucha se inspiraba en la tradicion indígena, como si quisiera beber en ella la sávia redentora.

Pero no todo es luz en el inmenso cuadro de nuestra tradicion heróica, ni todos los caractéres se prescentan envueltos en sus haces radiantes; la sombra viene á dar vida á las imágenes y á realizar la ilusion estética: al lado de los temples austeros é inquebrantables, calculadores y frios, cuyas facultades guardan el equilibrio normal, aparecen las deformidades y las degeneraciones de la raza, fruto de las influencias de la educacion monástica, de la aberracion fisiológica en la fusion de dos naturalezas distintas, conservando, no obstante, la poblacion nativa en general, el carácter viril que le dió el predominio sobre sus contrarios, y la salud física y moral que fué el secreto de su fuerza; al lado de los episodios en que resplandecen la magnanimidad y el perdon de unos y otros combatientes, las acciones que levantan la admiracion y la sorpresa, se deslizan las tragedias sombrías en que brilla con destellos siniestros la fatalidad revolucionaria, ó en que desbordan los elementos enfermizos de algunos caractéres tallados en la medida de Macbeth, ó inundados por el reflejo sangriento de la época, que puede constituir tambien una enfermedad social.

La lucha pone de relieve todas las virtudes y to-

dos los vicios, y muchas veces generaciones enfermas han sentido rejuvenecerse con la agitacion de los combates y la excitacion de sus pasiones y de sus fantasías; y aunque hayan caído vencidas, conservaron en su organismo el gérmen de la redención que tarde ó temprano aparece en su historia. Pero en medio de la lucha misma, y tratando de perpetuar por la tradicion oral ó escrita sus episodios, esas sombras, esas deformidades, esos vicios fisiológicos forman el elemento trágico del drama, el fondo oscuro del cuadro, que hace resaltar los toques de luz, las desgracias y las fatalidades que en toda obra narrativa mantienen la emocion en efervescencia, y conmueven las fibras del que lee ó escucha: ese "mal principio" inherente á todas las acciones en que se debate la suerte de una sociedad ó de un hombre; y la Revolucion argentina, como drama histórico, como motivo artístico, como asunto tradicional, ofrece con variedad digna de estudios más profundos, los caracteres tenebrosos que dan el tono trágico al suceso, y hacen resplandecer, como en la tela de Rembrandt, los puntos luminosos y las organizaciones perfectas que conducen y salvan á través de la accion el desenlace victorioso.

La tradicion de aquella etapa inmortal, vistiéndose algunas veces con el fulgor de las epopeyas mitológi-

cas, gracias al temple ardoroso de nuestra raza, ha transmitido infinidad de detalles sobre el carácter de muchos héroes, que bastarian á dar vida á un drama de Shakespeare ó de Calderon, por la intensidad de la pasion rëvolucionaria, por la profundidad con que arraigó en ellos el espíritu de la educacion colonial, ó por las aberraciones de su propio cerebro, que los llevaban á los extremos de la accion y del sentimiento; y así se destacan en el fondo confuso aún de esa epopeya, las grandes ambiciones que apenas puede ahogar el peligro comun, pero que más tarde ensangrentarian el suelo que allí se libertaba; los antagonismos hereditarios que se asilan en el fondo del carácter, y que diseñan ya en medio de la Revolucion, las futuras divisiones intestinas; los rasgos candentes marcados en el rostro por la pasion concentrada, y encendidos por el fuego tropical de nuestro clima que, á la vez que produce esas explosiones de luz semejantes á las que alumbraron el caos de la leyenda mosaica, se levantan en espirales rojizas las llamas del incendio que devoran las selvas en las llanuras, abrasando el horizonte y agostando la tierra.

¡ Qué asuntos tan sublimes, qué tintas tan profundas, qué caractéres tan vibrantes los que nuestra Revolucion ofrece al historiador, al crítico y al poeta, y que burilados con el genio de Tácito ó Maçaulay, con

el aticismo de Sainte-Beuve ó Saint-Victor, y con la entonacion de Schiller ó de Hugo, harian nacer para nuestra literatura el verdadero siglo de oro, que hoy solo vemos á lo lejos como un sueño de delcete! Y aún en el dominio de los afectos sencillos y tiernos, cuántas escenas han pasado eclipsadas por el brillo de las grandes acciones y por el fragor de los combates, y en los que el amor y la fe religiosa fueron el móvil oculto del sacrificio y la causa secreta del martirio que inmortalizó tantos héroes!

La historia de las más profundas y violentas revoluciones está adornada de esas escenas íntimas, que forman el reposo del espíritu en medio de la conmocion que producen en el mundo, y muchas de las evoluciones trascendentales que decidieron la muerte ó la resurrecion de un pueblo, tuvieron su origen en un impulso tierno, en una alucinacion cerebral ó en un detalle del carácter; y estas pequeñas causas que la historia no distingue, son los secretos que la tradicion del hogar donde sintieron sus actores descubre y trasmite, despues que han cesado los tumultos y las agitaciones revolucionarias. No de otra manera, despues que la tormenta que despedazó el bosque añejo se perdió en los horizontes lejanos, van descubriéndose los fragmentos del nido donde cantaron los músicos de la naturaleza, y van apareciendo

los objetos queridos que el labrador cuidaba y acariciaba en las horas del reposo.

Gloria es del genio moderno el haber introducido en la crítica histórica el análisis de esas pequeñas fuentes de la accion humana, donde por un admirable designio de la naturaleza, parecen encerrarse los gérmenes de los más grandes acontecimientos; pero es la tradicion la que los salva del olvido y los encarna en la conciencia popular, hasta que el filósofo los encuentra, y llega por ellos, en un desarrollo lógico, hasta el resultado final; y de tal manera arraigan en el corazon de los pueblos, que muchas veces llegan éstos á desdeñar la narracion y la verdad históricas, para apegarse al relato legendario y á la ilusion fantástica, que mayores y más fuertes emociones les producen.

La leyenda suiza que Schiller y Lamartine sublimizaron con el arte clásico y la pasion romántica, es una vez más el ejemplo de la union en un mismo suceso de lo heróico y lo tierno, del elemento trájico y del elemento sentimental, y la prueba evidente de que los acontecimientos históricos suelen á veces idealizarse y transformarse en fábulas, cuando nacen y viven del sentimiento de una raza soñadora y ardiente, dispuesta á convertir en poemas y armonías todo lo que cae bajo el dominio de sus sentidos. Y

esos pueblos son felices porque ponen al servicio de su nacionalidad todas las facultades de su ser, aún aquellas que por vaporosas y sencillas, parecen no tener influencia alguna en los destinos sociales. ¿Y qué importa que sueñen y fantaseen sus historias, si esos sueños y fantasías los mantienen unidos en un mismo amor y en un mismo culto, y los hace fuertes é inquebrantables en la adversidad?

Las leyendas gaélicas y germánicas de la época de las conquistas romanas, cuando el estruendo de las legiones invencibles ensordecía las selvas pobladas de divinidades y de sacerdotizas, de bardos y de caballeros fantásticos, conmueven aún los espíritus mas escépticos; y ellos nacieron del tumulto de los combates en que los Césares, los Germánicos, los Pompeyos llevaban la cultura romana y los gérmenes de la disolucion social de su imperio. Son las vibraciones eternas del sentimiento de la libertad nativa, que lucha con las armas, con la pasion, con la naturaleza y con los dioses. Allí el culto de la tradicion de raza es la fuerza que más tarde les impulsa como las nubes de una tempestad, á descargar sus rayos sobre la cabeza encanecida de aquella Roma despótica y orgullosa que los habia arrebatado, y le arrancan con un vigor que asombra y espanta, las antiguas libertades encarnadas en su vida, fundadas

con luchas inmemoriales, y que ella fué á ahogar bajo la planta de sus ejércitos y á encadenar al carro de sus soberbios emperadores.

Felices mil veces esas naciones que ahora se adormecen al rumor de aquellos cantos de victoria, que pueblan sus sueños con las imágenes fantásticas de sus leyendas, de los héroes de la libertad, y que iluminan su pasado con la luz espléndida de la poesía, de donde nació su independencia y su grandeza, como el espíritu se eleva y fortalece cuando remonta sus alas á las concepciones sublimes y á las armonías ideales!

Los orígenes de nuestra sociabilidad están en el seno de dos razas heroicas que ostentan en su historia las más brillantes leyendas, que llevaron en su cerebro las concepciones ideales y fantásticas, y que hicieron de la poesía un alimento fecundo en hazañas que deslumbran; y si naciones más estóicas y calculadoras llenan sus anales de relatos fabulosos y de héroes mitológicos que en su mente han revestido formas reales, ¿por qué nosotros no hemos de forjar algún día nuestro poema ideal, nuestra literatura legendaria, divinizando nuestros héroes y adornando las proezas de nuestra guerra libertadora con los encantos y las fascinaciones de lo sobrenatural? Yo sé que las batallas de San Martín en los Andes, de Bel-



grano en las llanuras y de Brown en los océanos, contadas con el estilo de la leyenda y de la poesía, harán en las imaginaciones juveniles y en los temperamentos sensibles el efecto maravilloso con que extasían á los pueblos de todos los tiempos las hazañas de Leonidas, de Anibal, del Cid, de Pelayo y de Bayardo, las odiseas de Ulises y de Eneas, y de todos esos héroes que la imaginacion del mundo ha inmortalizado y coronado de luz, y que la poesía de todos los matices y entonaciones ha rodeado de armonías eternas; y no sé por qué nuestros descendientes no han de recibir el legado sublime de nuestras glorias nacionales, cantadas en la velada apacible, con toda la sencilla poesía del hogar que endulza la vida, y siembra en los corazones infantiles la religion de la patria.

Nuestros héroes, nuestras guerras, nuestras vicisitudes en las que algunas veces hemos visto esparcirse las sombras de la desgracia y del dolor supremos, son manantiales inagotables donde la musa nacional y el trovador de las leyendas podrian beber inspiraciones arrobadoras, y crear la tradicion del sentimiento argentino, levantándolo de las corrientes materialistas á las esferas tranquilas del ideal, donde se forjan los destinos inmortales. Allí se encierra la fibra patriótica, que ya en los hechos sociales, ó en los

combates con los enemigos históricos, ha de realizar las proezas y las conquistas con que hemos de pagar la deuda sagrada á nuestros héroes de Mayo; con ella se curan los desfallecimientos del espíritu público, los anhelos no satisfechos, los dolores nacionales; y cuando en las edades futuras las gentes de toda la tierra se disputen nuestro territorio para levantar su vivienda, y sepulten ó transformen nuestra índole nativa, la tradición quedará vibrando en los espacios para recordar los tiempos y las generaciones transcurridas, envueltas en el polvo que levantaron los grandes sacudimientos sociales, ó las inmensas inmigraciones que llegarán á nuestras playas á restablecer el nivel de la densidad humana sobre la tierra.

La Grecia de los oradores y de los poetas habria desaparecido de la superficie del planeta y de la memoria de los hombres bajo los siglos del despotismo romano y la barbarie asiática, si sus creaciones divinas y humanas, inmortalizadas por la leyenda y por la epopeya, no hubieran permanecido asiladas en el corazón de la humanidad, para volver un día á encender en los descendientes de la edad heroica ese entusiasmo ferviente por la libertad que le hizo un tiempo señora de los mares. Grecia, libre de la dominación secular en que Roma la hundió, para ahogarla despues bajo las capas tenebrosas de civili-

zaciones bárbaras, es el milagro más asombroso que la leyenda puede realizar en el espíritu de un pueblo: el astro hundido en el abismo hace veinte siglos, reaparece en el espacio rodeado de la aureola que iluminara al mundo en el momento de su caída; y esa aureola empañada por el roce de las tinieblas, recobrará su antiguo fulgor al amparo de la libertad que el derecho moderno asegura á las naciones como á los hombres; y si exhuma de sus tumbas de mármol sus antiguos héroes y filósofos, inspirándose en sus virtudes inflexibles y austeras como las columnas de sus templos, y abriendo su seno fecundo á las ideas de la cultura contemporánea, que ella misma derramó sobre la humanidad en su edad gloriosa, ella, la madre de la belleza y del génio, volverá á levantarse como antes, envuelta por la atmósfera de fuerza y de hermosura de su Vénus de Milo, empuñando el escudo de su Minerva y rompiendo las cadenas de su espíritu, como Prometeo.

Los poemas y las leyendas de esas épocas de heroísmo, revisten toda la majestad y entrañan todo el fuego de las auroras de una raza que se inaugura en la historia con el brillo de un martirio, y alimentan el sentimiento de todo un pueblo. “ Así como Alejandro hizo construir un cofre de oro para Homero, y llevaba consigo en sus campañas de Jonia y

de la Persia para hacer su almohada de esa obra maestra del espíritu humano, la *Iliada* y la *Odisea*; así Bonaparte, general y primer cónsul, lleva constantemente en su vehículo, entre los cinco ó seis volúmenes de predileccion que hojeaba siempre, los poemas de Ossiam; y cuando se le preguntaba por qué se alimentaba tan asiduamente de sus cantos: “es más grande que la naturaleza, — respondía á sus ayudantes de campo, — es sombrío y misterioso como la antigüedad, es brillante como la gloria y grande como la muerte: tales poesías son el alimento de los héroes!” (1).

Nosotros tenemos en nuestra Revolucion asuntos para Homero y para Ossiam, iliadas y odiseas deslumbrantes que condensan la epopeya de un continente, y de una multitud de razas unidas y fuertes, por una desgracia comun; héroes apasionados, caballerescos, fantásticos, sobre un escenario digno de la musa más alta, y en que la grandeza y la solemnidad épicas se desprenden espontáneas de sus montañas, de sus desiertos silenciosos. El poeta futuro de nuestra epopeya tendrá que llevar en su alma todo cuanto en los Andes y en la Pampa habla con el lenguaje de las tempestades, de las auroras y de las noches.

(1) LAMARTINE, *Cours familier de littérature*, t. xxv, p. 143.

Pero esta epopeya hará su aparición en el mundo después que los episodios de la guerra iluminen el fondo confuso y nebuloso de la época, así como los poemas de la Grecia y de la Escocia, son la reunión en un solo y magnífico haz de luz de todas las leyendas que se transmitieron unos á otros los descendientes de los héroes que lucharon en sus tiempos de gloria. Si Homero es la poesía de la luz porque tiene la serenidad y la claridad de la Grecia, y Ossian es la poesía de la noche porque tiene las tinieblas y los fantasmas de la Escocia, según Lamartine, el poeta de la América libertada será el que cante la sublimidad de las montañas, de los mares, de los desiertos, donde se realiza el nacimiento de un mundo nuevo, de un génesis ignorado; donde el espíritu se contempla dilatado en tres inmensidades iluminadas por la luz de los trópicos, que hace bullir en el seno de la tierra los gérmenes de una naturaleza desbordante, y hervir en el corazón de las razas que la habitan los anhelos misteriosos de un futuro sin límites ni horizontes conocidos.

Las epopeyas homérica y osiánica, son la poesía de dos pueblos encerrados en los estrechos linderos que el mar señala á su expansión conquistadora; la epopeya americana es la poesía de multitud de razas esparcidas en un continente inmenso, donde reverberan

todos los climas, donde se levantan todas las alturas, donde luchan todas las fuerzas, y á donde envían sus rumores solemnes todos los mares de la tierra: es el poema de la libertad de una humanidad virgen sobre una naturaleza primaveral. Esquilo marcará sus contornos colosales; Homero esculpirá los caracteres y describirá los combates de sus héroes; Milton encenderá sus espacios é iluminará el mundo de las fuerzas ideales; Dante repetirá sus gemidos y descubrirá sus abismos; Ossiam coronará el conjunto de creaciones nebulosas y de fantasías soñadoras que mantengan eternamente la ilusion del misterio.

## IV

La Revolucion presenta tantas fases como las corrientes que siguieron sus fuerzas desplegadas; ella tiene su génesis en los primeros impulsos del sentimiento patrio desbordado en sus cabildos memorables, donde tanto entusiasmo juvenil estalló en gritos magnánimos, y donde tantos caracteres de hierro echaron sobre sus hombros la responsabilidad de una guerra de emancipacion, ante la conciencia humana. Sobre ellos se levanta el derecho moderno

con todas sus conquistas ideales, de sus sienas irradian los pensamientos que alumbrarán el caos, de sus labios dotados de la elocuencia del patriotismo y de la desgracia, brotan raudales de esperanzas que son el paraíso prometido á una raza nueva.

En este primer período, puede decirse que se exhiben los combatientes, y que vibran en ellos los fulgores de la cólera con que lanzan á sus enemigos el reto supremo que va á convertirse en la lucha gigantesca; se siente todo ese estrépito que anuncia la llegada de las grandes mareas, todo ese bullicio indefinible que anuncia la llegada de la aurora en las selvas vírgenes: es el prelude majestuoso del gran poema que va á llenar con sus torrentes de armonías todo el siglo; ó bien, se asemeja á esos derrumbamientos de los templos antiguos, donde se asilaron los dioses dominadores de los siglos oscuros, y de cuyos escombros, envueltos aún por la nube de polvo que levantaron al caer, se escuchan los gemidos siniestros de las divinidades agonizantes, y los himnos alegres de las ideas victoriosas, mezclados en un mismo torbellino, confundidos en un mismo acorde colosal, donde se perciben todos los dolores, todas las alegrías, todas las pasiones, todos los estallidos con que el cielo y el infierno, las montañas y los mares llenan eternamente el espacio de la historia; y

me imagino que la poesía de esta época tendría que ir á buscar en ese teatro los tintes, los vuelos y los sonidos con que ha de animar sus cuadros y sus personajes.

Las agitaciones de la plaza pública de Buenos Aires en los primeros días, nos traen á la memoria los tumultos de la libertad en la Agora ó en el Forum, y nos parece escuchar los ecos solemnes de los antiguos oradores en esas sesiones de los cabildos, en que el sentimiento y la idea de la revolucion estallaban en raudales de fuego, empujando á las masas á las batallas seculares, y haciendo germinar en sus moradores el primer temblor de un presentimiento de desgracias. El pueblo argentino, como las democracias atenienses, va á surgir del fondo tumultuoso de las tradiciones comunales, heredadas y asimiladas por una raza vigorosa templada al fuego de los trópicos. El grito de la guerra está lanzado, las abnegaciones de las horas de prueba equipan escuadras y levantan ejércitos, y sus marinos y sus generales surjen de la masa popular como las cumbres dominan á las cumbres. La chispa eléctrica recorre la América evocando el sentimiento del deber comun, llamando á las tumbas de los que murieron en los cadalsos de la opresion, y de los antiguos héroes que fundaron las razas primitivas y estendieron su imperio. Dos tra-



diciones unidas en un mismo pueblo llegan á la libertad, como dos rios que se juntan en un mismo cauce se derraman en el océano; y la libertad como el océano, es ilimitada en su estension, sublime en las horas apacibles y borrascosas, espléndida y maravillosa en sus fenómenos, arrobadora y misteriosa en sus rumores.

Belgrano, — el tipo del héroe, como la poesía lo comprende y lo desea, con su espíritu sereno y tranquilo como la virtud que le acrisola, sujeto á todas esas influencias morales que obran sobre los organismos delicados, sacudiéndoles como el viento á las hojas, accesible á las supersticiones que acompañan siempre al corazon humano y que hacen de él el personaje apropiado á la leyenda, porque el sentimentalismo y la religiosidad son dos fuentes fecundas en recursos para la imaginacion del artista que copia un cuadro de la vida, para el poeta que canta una proeza ó un idilio, para el tradicionista que relata un episodio, — él es el héroe de las cruzadas que abren la lucha que muy luego ha de estenderse sobre otros rumbos, los de la gran cordillera detrás de la cual se ocultaba el teatro de otra etapa trájica mucho más grande, más deslumbrante, más soberbia; y siguiendo la direccion de sus marchas, el espíritu nacional va brotando bajo sus plantas al anuncio de su clarin guerrero, como

van brotando las yerbas tras las huellas de la nube que darrama á su paso los torrentes de lluvia fecundante; y ya se retire con gloria de la Asuncion, ya triunfe con estrépito en Tucuman, siempre deja la simiente de la libertad que lleva en su alma y que ha de florecer en tiempo propicio.

Las derrotas en nuestra Revolucion no son otra cosa que ensayos de próximas victorias, ó efectos necesarios de la precipitacion y del arrojito del sentimiento que la enciende, y el sentimiento patriótico es como la llama de los incendios que siempre aparece en lugar distinto cuando se ha extinguido en parte. Su campaña del norte lleva la direccion contraria que trajo en los tiempos antecolombianos la conquista incana: él, un hijo de la tierra, despues de tantos siglos de distancia, les devuelve el tesoro de los imperios que dilataron y engrandecieron, y es al mismo tiempo, la consumacion del consorcio de las razas andinas y centrales con la que ocupaba la cuenca de los rios tributarios del de Solis. El tiempo se encarga de realizar el pensamiento primitivo por medio de un pueblo jóven que lleva en su frente la aureola de un patriotismo puro, en su corazon el fuego del amor de su clima, en su cerebro los ideales de un siglo, y en su sangre los elementos de dos razas confundidas en él para darle una vida propia,

para hacerle un pueblo distinto de sus progenitores.

La ciudad de Tucuman, hija de antiguos y heróicos ascendientes, es el teatro predestinado de la gloria y del martirio en nuestra historia; como si al recibir el bautismo de su nombre hubiera recibido tambien la revelacion de sus destinos grandiosos, ella parece ser la descendiente más legítima de la tradicion americana; su suelo siempre bordado de verdura y sombreado por selvas paradisiacas, guardada por montañas que son centinelas avanzados de los Andes, y coronada por limbos de una luz espléndida, nos recuerda la edad prehistórica de nuestra América, cuando las tribus indígenas recorrían las llanuras en son de combate ó de fiesta, y dejando en todas partes la huella fecunda de su vigor, de su sávia virgen, de su valor indomable, de su instinto del sacrificio; sus mujeres, semejantes á las flores del aire de los bosques primitivos, porque tienen su blancura etérea, su idealismo tropical, su delicadeza intangible, parecen ser las herederas de aquellas hijas de la naturaleza que coronaban con guirnaldas y laureles rústicos las sienas de los guerreros indígenas, cuando volvían victoriosos de sus largas expediciones y conquistas; y ahora, cuando el héroe de la libertad llega á sus puertas guardadas tanto tiempo por el dragon de un despotimo secular, ellas infla-

man los corazones noveles, impulsándoles al combate, y coronan tambien las sienes de los soldados de la patria despues de la victoria. La naturaleza le ha dado con la vida y con la exhuberancia de la sávia, el gérmen de los heroismos y de los sacrificios que habian de inmortalizarla en tres acontecimientos trascendentales.

Pero Salta resplandece en el horizonte de la tradicion revolucionaria con los rasgos más caracteristicos de la nueva nacion que asoma á la vida: ella corona la obra perfilada en Tucuman; el mismo artifice que trazó sus grandes líneas fundamentales enfrente del Aconquija, modelándola sobre sus tipos ciclópeos, la conduce cerca del trópico para arrancar á sus fulgores y á su atmósfera candente y germinadora, los últimos toques y las líneas delicadas que van á pulir la obra del cincel. Belgrano pudo en Salta arrodillarse como el artista inspirado delante de su propia obra, que es la irradiacion del genio nativo, y á la que contribuyeron el fervor de la pasion y el vigor tropical de los moradores de la tierra. Él acaba y pule la estatua y la entrega al cuidado de otro héroe que aparece en la escena con todos los encantos de las leyendas medievales, y que ha nacido del fondo de la masa como un fruto espontáneo de los bosques.

Güemes es el tipo perfecto de la leyenda que brilla con la luz propia de su cielo, alienta con las palpitations de la sávia nativa, y recuerda esos héroes de Bretaña, de Escocia, de Astúrias, que resisten las inundaciones romanas, normandas y musulmanas en los primeros siglos. Hay en él toda la sublime nebulosidad de los héroes osiánicos, toda la fantasía que rodea á los héroes de Walter Scott, toda la sombría grandeza de aquellos mártires que en un rincon escarpado de la Iberia, salvaron la nacionalidad y la raza de la destruccion y del abismo.

Güemes es el modelo de su raza, y lleva en su organizacion todos los elementos físicos y morales que la constituyen, todos los arranques que la impulsan, toda la fiebre que la conmueve, toda la fantasía que la exalta. Sus correrías vertiginosas al frente de sus gauchos montados como él sobre el caballo, transformado tambien con la influencia de la tierra, son algo que se aparta de la gravedad de la historia para pertenecer á las esferas luminosas de la epopeya y la leyenda, porque solo en ellas se encuentran los tintes variados, los toques irisados, los cambiantes caprichosos para describirlas y relatarlas, y por sí mismas son más propias de la imaginacion que de la inteligencia.

El gaucho es el hijo genuino de la tradicion, es el

fruto lozano de la amalgama del indígena y del europeo; reúne los hábitos vagabundos del uno á la mansedumbre y elevacion moral del otro; pero más hijo de la tierra porque sus influencias predominan en su naturaleza, abraza la causa de la independenciam con el calor de su sangre, y pone á su servicio los elementos de su vida y de su sociabilidad; sus turbas á caballo, veloces é irresistibles, con toda la gallardía del árabe del desierto, atraviesan el escenario de nuestra Revolucion, como evocaciones satánicas ó como exhalaciones sobrenaturales, sembrando el asombro, la fascinacion y el terror en los ejércitos de la civilizacion europea, que los desconoce, y decidiendo en muchas batallas de la suerte y del triunfo.

“Era tal la audacia y la rapidez de su aparicion sobre las descubiertas y piquetes enemigos, y sobre las columnas mismas que atravesaban los bosques ó los terrenos enmarañados que son muy comunes en aquellas latitudes, que los realistas tuvieron que detenerse en la ciudad de Salta, postergando la marcha sobre Tucuman hasta la llegada de su general en jefe con mayores recursos, y con fuerzas capaces de dominar la oposicion general de aquellas masas, que, como si estuviesen protegidas por espíritus invisibles, asaltaban de improviso y diezmaban las descubiertas y avanzadas de los invasores. Dentro de la ciudad mis-

ma vivían los realistas azorados y en alarma continúa por las audaces invasiones de los patriotas salteños, que al favor de sus veloces caballos, aparecían por algún lado inesperado, daban un golpe tremendo al menor descuido, mataban los centinelas, enlazaban los oficiales que marchaban á la cabeza de los piquetes y desaparecían como sombras impalpables... (1).

Pero este elemento decisivo en los días del entusiasmo por la Revolución, debía traer amarguras sin cuento en el futuro, una vez entregadas las masas á sí mismas, fanatizadas por sus caudillos, á quienes miraban y amaban como sus dueños, y en quienes veían sus protectores contra la soberbia del hombre de las ciudades, sin distinguir al compatriota, al conciudadano, del español que aborrecía por tradición; y hé ahí la causa de la malísima influencia que los gauchos y sus caudillos ejercieron en nuestra evolución institucional, y de los años tenebrosos que han legado á nuestra historia. Ellos llenan con sus hordas sin freno y sus ambiciones sangrientas el sombrío escenario que comienza en 1820 y termina en 1852, y que prolonga aún su lumbre siniestra sobre algunas provincias hasta 1869. Una atmósfera rojiza como la aureola de los incendios, se extiende en todo aquel inmenso espacio de la

(1) V. F. LOPEZ, *Historia de la República Argentina*, t. v, p. 15.

historia patria, y es el origen de nuevas tradiciones en que la desgracia, los martirios, los hogares profanados, los heroismos de la desesperación, las tragedias de los monstruos humanos, forman el alma y el colorido del relato.

Los indígenas que se habían mantenido en las soledades del Chaco, libres de la influencia transformadora de la conquista, se asoman con avidez infantil á las fronteras de sus desiertos, cuando el estruendo de las armas y las marchas de ejércitos numerosos les advierten que un gran acontecimiento conmueve el mundo exterior; y aquellas tribus nómades que vivían al abrigo de sus chozas primitivas y á la intemperie de un clima abrasador, pudieron ver que algo extraordinario y que les tocaba de cerca, se debatía en las llanuras y en las montañas del Alto Perú; y á semejanza de las manadas salvajes de vicuñas y ciervos que habitan las laderas escarpadas destacan á la vanguardia sobre los caminos abruptos, sus centinelas encargados de comunicarles la existencia de un peligro con su relincho agudo que repiten los ecos á la distancia, ellos se asomaban á los campos de la guerra para investigar la naturaleza de los combatientes, y decidir de su rol en aquella lucha que pudiera reflejarse sobre sus dominios. Y á pesar de la aversión tradicional



que les inspiraba la raza conquistadora, comprenden que se lucha por la libertad de su tierra, y un sentimiento instintivo les impulsa á llevar sus fuerzas y sus hordas devastadoras al teatro del combate.

El héroe de Tucuman y Salta se impone á sus inteligencias rudimentarias y seduce su sentimiento sencillo, y hé aquí cómo el historiador de Belgrano refiere esta escena que tiene su "originalidad salvaje". "Llegó la fama de su nombre hasta las regiones del Chaco, donde existía á la sazón un célebre Cacique llamado Cumbay, especie de rey bárbaro que con el título de general se rodeaba de la pompa de un monarca, y á quien todos respetaban como tal por la multitud de guerreros que obedecían sus órdenes. A pesar de *ser un ardiente partidario de la Revolucion*, y haber recibido en Santa Cruz de la Sierra un balazo combatiendo en su favor, nunca habia querido entrar á las ciudades: pero al oír hablar de Belgrano, deseó conocerle y le pidió una conferencia. Belgrano se la concedió, y pasado algun tiempo, llegó el general Cumbay á Potosí con su intérprete, dos hijos menores y una escolta de veinte pecheros con carcaj á la espalda, el arco en la mano izquierda y una flecha envenenada en la derecha. Al avistar á Belgrano, echó pié á tierra, y mirándole un rato con atencion, le hizo decir por medio

de su intérprete: “ que no lo habían engañado, que era muy lindo, y que según su cara, así debía ser su corazón ”. Belgrano le presentó un caballo blanco ricamente enjaezado y con herraduras de plata, desfilando ambos por en medio del ejército formado, al cual el salvaje no se dignó conceder una mirada. Al pasar por el frente de la artillería... se le previno que tuviese cuidado con el caballo porque iban á hacer fuego en su honor, á lo que contestó: “ que nunca había tenido miedo á los cañones ”. Magníficamente alojado, se le había preparado al Cacique una cama digna de un Rey, y él, dando á sus huéspedes una lección de humildad ó de orgullo, echó á un rincón los ricos adornos de que estaba cubierta, y puso en su lugar su apero de campo. Después de varias fiestas á que se le hizo asistir, quiso Belgrano darle el espectáculo de un simulacro militar... Cumbay miraba todo con cierto asombro: pero interrogado por Belgrano qué le parecía aquello, contestó con arrogancia: “ con mis indios desharía todo eso en un momento “. Belgrano no pudo menos que mirarle con sorpresa... Cumbay agradecido á tanta fineza, le ofreció dos mil indios para pelear contra los españoles ” (1).

(1) MITRE, *Historia de Belgrano*, t. II, p. 205.

Cómo esta escena sencilla y grande al propio tiempo, por los dos personajes que la mantienen, revela la confianza que el hijo de los bosques abriga en sí mismo y en la adhesión de sus soldados, y cómo se destaca en su conducta ese fondo de reserva con que trata siempre al hombre que no es de su raza ni de su pueblo!

Sin duda, á pesar de que no fué sometido por la conquista al yugo militar, civil ni religioso, algo de la cultura de la raza blanca ha penetrado en su espíritu, y ella resplandece en él con brillo original y magestad extraordinaria bajo la envoltura de sus costumbres primitivas, y hay algo conmovedor en esa convicción de su soberanía que le lleva á levantarse á la altura de su interlocutor, y considerarse tan grande y tan poderoso, sin darse cuenta de la enorme diferencia que la cultura introduce entre ambos. Pero dejémosle feliz en su sueño de poderío, hasta que la luz ideal ilumine su alma nebulosa, y comprenda que su verdadera grandeza está en el sometimiento á la civilización que transforma los desiertos en morada de la libertad.

Una fuerza poderosa se oponía al completo dominio de la idea revolucionaria sobre los espíritus, una fuerza que tiene su punto de apoyo en la conciencia, y avasalla hasta volver todas las facultades

en torno suyo como sus emanaciones ó sus reflejos: la creencia y la supersticion religiosas impuestas por la conquista desde sus primeros pasos en la América. La religion era en las sociedades americanas una idea inseparable de la monarquía, bajo cuyo poder se difundió, y sus reyes, emanados de la voluntad divina, llevaban la aureola sagrada de su celeste investidura. Hay, pues, este elemento tradicional introducido por la raza dominante, que forma el carácter de las nuevas colectividades, que las educa en sus principios y les da sus sentimientos amoldados á la índole de sus dogmas. El sentimiento religioso de las clases cultas y de las masas fanatizadas, en pugna con el sentimiento patriótico nacional que se despertaba: he ahí la lucha trabada en el fondo de los espíritus, y que debía derramar sus ráfagas sobre los ejércitos; y nada ha vertido más sombras en el seno de la humanidad que esas luchas de la conciencia, que tienen el terrible poder de armar los brazos fraticidas, rompiendo en nombre de la fe los lazos que ató la naturaleza entre los hombres.

La libertad política y la libertad moral vienen luchando con esa sombra inmensa desde el principio de los tiempos, como si una ley de semejanzas secretas prolongara sobre el hombre aquel caos que la pri-

mera luz desveló, pero que sigue estendiendo sus ondas á través del espacio; y el espacio como el tiempo en que ruedan los mundos y las razas, no tienen confines conocidos. El espíritu humano logra por medio de revoluciones gigantescas desterrar las tinieblas de una region de la tierra, pero desalojadas de ella, sus ráfagas corren, como exhalaciones de la noche, á envolver regiones ó continentes desconocidos, donde tambien el hombre levanta sus chozas y ensaya la vida social. La oscuridad desterrada de Europa por la luz intensa del renacimiento, se desliza á través del Atlántico, y viene á hundir en sus senos insondables á los moradores de una tierra vírgen, que quizá estaba destinada á entrar en corrientes más vastas y dilatadas.

El pueblo que la Revolucion Argentina encontró á su llegada, y que debia ser su brazo y su alma, heredero de aquella tradicion de supersticiones y de absolutismos ideales, llegó á dudar de la justicia y de la virtud de una causa que venia á echar por tierra una monarquía que creyó sagrada y sostenida por Dios; y aunque las ideas regeneradoras del siglo XVIII se infiltraron en nuestros colegios y en nuestra juventud colonial, á pesar de la vigilancia siniestra de la Inquisicion, mucho más siniestra aún, que guardaba la entrada como el cancerbero del

---

Dante, su influencia no llegó en tan corto tiempo á remover las raices de la tradicion católica en todas las esferas sociales.

Los apóstoles de la Revolucion, los más pensadores, amaban esas doctrinas nacidas de la filosofía reformista del siglo que espiraba, y se veían en frente de un pueblo que los odiaba por tradicion; y ese pueblo debia ser el soldado, el esclavo redimido, el creyente regenerado. La tarea de la propaganda era colossal, porque se dirigía á los espíritus. ¡Qué grande, qué sublime debia ser aquel sentimiento de la nueva nacionalidad, cuando logró vencer el de una religion que no reconoce otra patria que la del cielo que ofrece á sus creyentes!

Pero Belgrano, el héroe de las primeras jornadas, era un hijo genuino de esa tradicion, y aunque su espíritu cultivado desterró los extremos de la fe que ciegan el entendimiento, no habia olvidado su fervor religioso que le llevaba á prosternarse ante las imágenes, y practicar con un celo poco comun todas las ceremonias del culto. Y este fervor que hubiera sido una rémora tratándose de revolucionar y luchar con un pueblo de diferente educacion, fué, segun la opinion de su historiador, la causa de su triunfo contra las mismas preocupaciones que se oponían á la difusion del pensamiento libertador.

Verdad es que tal opinion, examinada á la luz de la moral absoluta, y sin tener en cuenta la suprema razon de la necesidad, nos presentaría á Belgrano como un creyente de circunstancias, como un devoto de conveniencias, como una hechura jesuítica puesta al servicio de la Revolucion; pero creo que su carácter gana más ante la historia y ante la moral universal, presentándole como un creyente y un devoto sincero que habia conciliado en su espíritu la idea religiosa y la idea revolucionaria; esto en nada amen- guaria su fama ni su mérito ante la Iglesia, porque si hemos de juzgar por lo que los soldados más ilustres del catolicismo escribieron ó predicaron, ella condena las revoluciones como hijas de Satanás, cuando se dirijen contra sus doctrinas ó su dominio, pero las bendice y las santifica, cuando se dirijen á propagarlas ó á restablecerlas en el poder.

La batalla de Tucuman resuelve el problema religioso del momento, por una de esas coincidencias que suelen decidir de la suerte y de la confirmacion de una doctrina. El hecho es digno de la tradicion, de la leyenda, de la poesía, pero considerándolo como simple hecho y como una manifestacion del sentimiento religioso de un pueblo que llega á atribuir los acontecimientos más positivos á causas sobrenaturales que se abrigan en su imaginacion. Oigamos

de nuevo al historiador: "La division de vanguardia llegó á Tucuman en momentos que una procesion cruzaba las calles de la ciudad, llevando en triunfo la imágen de Nuestra Señora de las Mercedes. Como la victoria del 24 de Setiembre habia tenido lugar precisamente en el dia de su advocacion, *se atribuyó el resultado á su divina influencia*, y el General Belgrano, que además de ser un hombre religioso, se proponía en ello un fin político, la hizo nombrar *Generala del Ejército*. A caballo y llena del polvo del camino, se incorporó la vanguardia á la procesion, la que siguiendo su marcha, desembocó al campo de batalla, húmedo aún con la sangre de las víctimas. El General se coloca entónces al pié de las andas que descienden hasta su nivel, y desprendiéndose de su baston de mando, lo coloca en las manos de la imágen; y las andas vuelven á levantarse, y la procesion continúa majestuosamente su camino. Este acto tan sencillo como inesperado, produjo una impresion profunda en aquel concurso poseido de sentimientos piadosos, y aún los espíritus fuertes se sintieron conmovidos (1)". Éste es el hecho histórico que Paz y Mitre encuentran profundamente trascendental, y que sin duda alguna contribuyó á desvanecer

(1) MITRE, *Historia de Belgrano*, t. II, c. XIX, p. 125. .



cer los recelos que los malos abrigaban sobre la santidad de la Revolucion.

Pero el tradicionista no penetra en estas regiones vastas de la crítica, y solo busca en los hechos el sentimiento que los anima, la imaginacion que los adorna, la supersticion que los sombrea; y la vida militar de Belgrano, las alternativas de las batallas, los triunfos sorprendentes, por la índole de las ideas que dominan al héroe y á su pueblo, ofrecen á la fantasía motivos de creaciones y de leyendas que merecerian perpetuarse en la memoria, adornadas con el encanto de la poesía. Su noble y desgraciada personalidad salvaría los enmarañados senderos por donde la arrastra la crítica severa, como la arrastró la opinion de sus contemporáneos, y divinizado por la leyenda, levantado por la poesía á esferas radiantes, el sentimiento nacional le abrigaría para siempre en su seno; su nombre, como el de los héroes de Grecia, flotaría en los espacios del arte, donde no llegan ó donde no se apagan las pasiones más ó menos profundas, más ó menos puras que engendra el fallo de la justicia humana.

Belgrano es, quizá, de los pocos caracteres que la historia no acaba de definir, porque un misterio impenetrable sepulta las causas internas de sus actos. Como Milciades, el héroe de Maraton y de Platea,

se inmortaliza por la desgracia, Belgrano, el héroe de Tucuman y de Salta, vencerá las disputas de los críticos, las burlas de sus contemporáneos, la condenacion de sus errores, cuando la tragedia ó la leyenda revelen á la posteridad el profundo dolor de su noble espíritu, al cerrar los ojos para siempre, en medio de la borrasca que ya comenzaba á agitar sus alas sangrientas sobre esa patria que amaba tanto como ella no lo comprendia!

Pero hay más que hace de este hombre singular un personaje de leyenda, y que promete para su nombre una duracion tan larga como la vida de su patria. Las naciones condensan en un signo visible esa idea de la unidad, del amor y del deber cívicos; este es un sentimiento tan antiguo como la humanidad, y desde sus comienzos ella ha corrido á los combates, y ha caido ó se ha dignificado en su nombre. Ese signo es la bandera, cuyos pliegues parecen destinados á envolver los héroes que caen á su sombra. Las naciones son una idea colectiva; las ideas se reflejan en un signo. El águila romana, la cruz del cristianismo : hé ahí los dos más grandes signos de esa idea, que luchan, simbolizando el uno la antigüedad y el otro la regeneracion.

Pero las razas se segregan, y al formar naciones, se agrupan en torno de un principio que es el cimiento

de la sociabilidad ; ese principio convertido en bandera les guia á las batallas, y llega á adquirir en la conciencia popular una existencia ideal independiente y propia : la bandera es una divinidad, la que todos adoran sin diferencias de secta ; como la religion, ella se divide en partidos, pero tiene de más grande, el que los partidos se abrazan á su sombra, mientras las sectas se despedazan al pié de la cruz. Nosotros ostentamos con orgullo una bandera que nació del firmamento, un dia en que un grupo de héroes se aprestaba á una batalla. Belgrano era su gefe, y arrancó del cielo el signo, como Constantino le vió en la alucinacion de su causa. La bandera vive en el fondo del sentimiento nacional, y Belgrano vivirá con ella hasta que deje de existir la patria. Su figura histórica se ha asilado en el sagrario del templo. Los himnos de las victorias del futuro arrullarán su recuerdo.

Al lado de estos grandes rasgos que perfilan la campaña del norte y á su General, se destacan como astros de segunda magnitud, los héroes subalternos entre los cuales la crítica encuentra la más brillante variedad de caracteres, el pincel los colores más vivos, y la leyenda sus tipos favoritos. Todos ellos son jóvenes que llevan el entusiasmo vírgen de la nueva nacionalidad, los arrebatos impetuosos de la sangre, las alucinaciones deslumbrantes de la fantasía, los sueños de gloria

y de ambicion que auguran la grandeza, y que crecen à medida que la independencia se arraiga por los sucesos. Los vemos en las batallas atravezar como relámpagos por el medio de las filas enemigas, deslizarse como sombras fugaces en medio del humo que envuelve el campo, tremolar los estandartes en las alturas, enclavados como la roca en medio del fuego, con la impasibilidad de los genios, caer dando un grito de *¡viva la patria!* al pié del cañon ó de la trinchera; y todos ellos, semejantes à una legion radiante de Milton, poblar el espacio, la llanura, las montañas, con sus voces arrebatadoras, sus correrías fantásticas, sus apariciones escénicas, que llevan el asombro, la confusion y la muerte à los contrarios; — cuadros todos que darían animacion à un canto homérico, resplandor sideral à una batalla de Milton y fulgor primitivo à una leyenda osiánica.

La tradicion conserva los episodios más notables de aquella guerra en que nuestros jóvenes soldados se levantan à la altura ideal de los poemas antiguos, en que las mujeres mismas, animadas de su pasion divina, se mezclan al fragor de las armas y disputan la palma victoriosa à los héroes, y en el paroxismo de su arrebató bélico, sus imágenes rodeadas de luz sobrenatural, parecen los dioses helénicos discurriendo invisibles entre los combatientes para inspirarles el

valor, la fuerza y el fuego que arrebatan á la naturaleza.

Pero todos estos jóvenes que inician su carrera de proezas en las luchas de 1806 y 1807, que asisten á las colosales batallas de Tucuman y Salta, van, más tarde, cuando la epopeya de los Andes y del Pacífico se abra ante nuestros ojos, á brillar con la luz de las excelsas glorias que la memoria humana no olvida; y si su aprendizaje fué el presagio sublime de su futura glorificacion, su vida ulterior les presenta como fieles y consecuentes consumidores de la profecía.

Ellos abrieron por el oriente el camino del norte á la idea libertadora, recogiendo guirnaldas imprecaderas, y encendiendo en todas partes la llama de la resurreccion que no tardó en incendiar el corazon del continente. Luego otro general más grande y más experto, otro cerebro más vasto, otro corazon más fuerte, va á llamarlos á sus filas para abrir la ruta de las cordilleras veladas por las nubes y las nieves, y la de los mares ajitada por las borrascas, para estender el fuego sagrado al occidente.

El pensamiento de la restauracion del mundo antiguo va delineándose y apareciendo sobre el cielo de América, como la luz va volviendo á la luna eclipsada á medida que la sombra sigue la revolucion del astro que la proyecta; las victorias del centro en el

primer período de la guerra son el prólogo de la inmensa tragedia que va á comenzar en Mendoza para tener su desenlace en Guayaquil.

El prólogo ha sido luminoso, y ha hecho presentir las magnas impresiones y los desarrollos gigantescos del poema. Los regocijos de las llanuras y sus rumores de triunfo, semejantes á un prelude universal, repercuten en las laderas de los Andes, levantado los ruidos misteriosos del presentimiento. El pedestal se estremece cuando se acerca el coloso que va á erguirse en su cúspide eterna; las flores adornan ya su base; los himnos marciales resuenan en su alrededor; las muchedumbres conmovidas le esperan; los sepulcros seculares se remueven; en los nidos se oyen graznidos estraños; la cumbre se ilumina de súbito: San Martin ha llegado y su epopeya comienza.

## V

Los Andes, como el Himalaya y el Cáucaso, son la cuna de creaciones de luz, de razas vigorosas y ardientes, de acontecimientos trascendentales, de epopeyas grandiosas. Tres épocas de la historia han

hecho pasar sobre sus cumbres sus actores y sus héroes; tres razas han visto estrellarse ante sus moles las oleadas de sus pueblos, los esfuerzos de sus trabajos, y han visto sepultar en sus grutas nevadas sus ejércitos, que ya en las luchas primitivas, ya en los combates de la conquista europea, fueron buscando la extension, el imperio, la fuerza. Pero esas creaciones aún no han completado su destino, esos acontecimientos aún no han madurado su fruto, esas epopeyas aún no han sido escritas en la estrofa colosal que debe inmortalizar sus héroes. Los elementos de ese génesis flotan en hacinamientos fragmentarios en el espíritu de las naciones que se desprendieron del seno de la montaña; los colores están separados en la inmensa paleta; el génio que va á combinarlos para dar vida á la forma y al cuadro, aún no ha nacido: el poema se cierne aún sobre la América sin formas ni armonías definidas; los cantos populares ruedan de pueblo en pueblo, las tradiciones y las leyendas se transmiten y se conservan con el culto del pasado, las siluetas de los héroes se dibujan sin orden en la memoria; las partes de la obra, creadas ya en el espíritu de las naciones, se buscan unas á otras; pero Homero no viene aún, y la América lo llama, lo busca, lo sueña, lo conjura como á un Dios.

El monte sagrado donde ese poema va á desarrollarse se levanta como el pedestal del genio; por sus cumbres iluminadas por la luz reflejada en sus nieves, se ve atravesar en la noche los fantasmas de los dioses y de los héroes que van á poblar el escenario. Homero va á cantar la epopeya de tres épocas; Esquilo va á engendrar la trilogía inmortal en cuyos fragmentos actúan el pensamiento y el corazón de esas tres razas.

Hemos pasado en estas páginas por las dos primeras etapas de la historia; ahora se descorre á nuestros ojos el velo que cubre el mundo luminoso donde la raza libertada va á realizar su sueño sublime: Prometeo va á romper su cadena, y va á realizarse la profecía lanzada en medio del dolor de la prisión. Prometeo era el genio de aquella raza que llena la tragedia del Cáucaso; San Martín es el genio que va á guiar á la nueva raza americana á las cumbres de los Andes, donde destronará el olimpo de sus dioses tiránicos. Él es, pues, el héroe que representa á la nación y á la América del Sud en la tercera época de su historia, cuyo escenario es la inmensa cordillera, madre de antiguas civilizaciones primitivas, teatro de la guerra de conquista, cima de la libertad.

Desde los tiempos prehistóricos ella ha sido la fuente de donde los moradores del nuevo mundo



arrancaron sus creaciones ideales, sus anhelos de raza, sus concepciones sociales; sus cimas y sus quebradas han encerrado durante siglos sus dioses, sus héroes, sus personajes legendarios; y ya los primeros historiadores de Indias se asombraban del cúmulo de hechos fabulosos que la tradicion indigena refería de sus secretas é inaccesibles alturas. La conquista desveló el misterio del olimpo, pero para sustituirlo por otro cuyos dioses venian apoyados por la predicacion y por la espada. La guerra de emancipacion remonta por tercera vez sus laderas, y en nombre de la libertad humana, destierra de su trono de nubes, de nieves y de volcanes, las mitologías que dominaron el continente.

La luz eterna y universal de la razon va á iluminar para siempre los antros oscuros, y en vez de las divinidades que poblaron los espacios, que reinaron en las montañas y en las llanuras, ocuparán los fastos tradicionales los héroes de la nueva epopeya, los episodios de la lucha, las fantasías de las nuevas naciones que nacieron de sus victorias, en que asoman caracteres desconocidos hasta entónces, y de que participan todas las regiones de nuestro territorio. La nacion de Mayo, cimentada su emancipacion propia, pone su cuerpo y su alma en la obra de la libertad americana.

San Martín es el punto culminante en nuestra tradición, y su figura se ha asilado en los Andes, porque era natural que ese santuario conservase su memoria: la cumbre ideal de la historia busca la cumbre superior de la tierra. Su carácter como guerrero, como político, como hombre privado, es del dominio de la crítica que ha hecho de él un modelo de los héroes; pero es en los grandes caracteres que tienen cabida las delicadezas del espíritu, los matices risueños, las notas soñadoras que hacen el más admirable contraste estético con la magnitud de sus líneas fundamentales; y en San Martín, como en ninguno de los hombres de la Revolución, se encuentran hermanados los acentos solemnes de la tragedia que dominan el conjunto, con las armonías dulcísimas del idilio que invitan a soñar.

Su vida es como la montaña que sirve de base a su inmortalidad; en ella se destacan los destellos luminosos de la cúspide, los rumores sordos y profundos del volcán, los estremecimientos febriles de la tempestad que hierve en sus senos oscuros, los paisajes irisados de los crepúsculos, las músicas deleitosas de la selva, los resplandores serenos de la luna y de los astros, más vivos y centelleantes sobre aquellos horizontes dilatados. No hay cuerda que no encuentre repercusión en su alma; no hay sentimiento que no ten-

ga un hermano en el suyo, no hay idea grande que no haya germinado en su cerebro : sus hechos militares, sus actos íntimos, sus escritos, sus palabras, que la tradicion recuerda, son la prueba. A semejanza de Plutarco, la memoria de su pueblo hace su grande historia refiriendo las anécdotas en que el héroe expresó una idea original, dió solucion á una intriga, hizo justicia, descubrió alguna trama secreta de sus enemigos, ó la forjó él mismo para el éxito de sus empresas colosales : en todos los casos resplandece esa luz del genio que domina con su mirada irresistible los abismos del porvenir y los del corazon humano, los horizontes ilimitados de la historia y las pequeñas cavidades del cerebro donde germina una accion, las pasiones encendidas de las multitudes revoltosas ó de los pueblos redentores, y las más oscuras fibras donde se asila el sentimiento humano.

Aquellos vastos reflejos de su idea y de su corazon que dirijen la marcha general de su época, son los elementos de la epopeya y de la tragedia ; sus emociones íntimas, sus sentimientos tiernos y sencillos, las inspiraciones de su sueño, son los elementos de la tradicion y de la leyenda, que, no obstante, se visten tambien de la luz que irradian los acontecimientos épicos ó trágicos que forman el conjunto.

Se cree que los caracteres superiores que dominan

una generacion ó una época, no divisan las intimidades del corazon ageno; que los hombres habituados al fragor de las batallas y á los tumultos de las democracias, no sienten las apacibles delicias de la cabaña rústica y del hogar inocente y tranquilo; pero es que la grandeza del genio consiste en estender la mirada á todos los ámbitos del tiempo, del espacio, del cerebro y del corazon; y así, al mismo tiempo que abarca los arcanos de la humanidad, palpa y siente los más íntimos movimientos de la pasion. El ojo material pierde de vista los detalles de los objetos á medida que se eleva en el espacio; el genio los percibe y los anima, los vivifica é ilumina á medida que se eleva sobre el nivel del espíritu humano.

San Martin es el tipo acabado del héroe nacional; la crítica profunda y el sentimiento popular lo han canonizado, la una como al genio de la guerra que combina su plan con el arte y con la ciencia, el otro como al corazon magnánimo que no se endurece en el poder, y que arranca la admiracion de los vencidos y de los vencedores; que estimula la fantasía y despierta el amor de su pueblo para convertirle en el vínculo sagrado de union, en el fuego del santuario donde tres repúblicas, hijas de unas mismas tradiciones, se estrechan y se abrazan en su culto.

Es el restaurador de la antigua unidad de las razas



nativo para crear naciones libres de influencias de ajenas razas, y que despues de consumado su triunfo, declara su pensamiento grandioso conservado hasta entónces en secreto. La América de los Incas, aquella vírgen de formas purísimas, de sueños fantásticos y de destinos inmortales, renace al fin de su sopor mortífero, resvestida con las antiguas flores del bosque primitivo, y San Martin es el agente de este fallo sublime del tiempo sobre la contienda de dos civilizaciones. En su mente se concibe, germina y nace la idea trascendental que su espada y su genio convierten en el hecho, y su nombre es el vínculo tradicional que liga al pasado con el futuro.

Los Andes, he dicho, cuna de las razas que habitaron el continente y extendieron sus imperios sobre los dos mares, es el teatro más vasto de la tradicion de los pueblos que nacieron de sus flancos inmensos. El sentimiento nacional irá á buscar en sus leyendas de todas las épocas el foco de calor y de luz, el manantial de amor con que nuestros descendientes han de fortalecerse ante los peligros, ya sea exhuyendo las fábulas originarias y genesíacas de las religiones indígenas, ya evocando los héroes de la tribus que combatieron en sus faldas y levantaron las fortalezás graníticas que hoy las adornan, cuando defendieron la tierra de las conquistas europeas; ya,

en fin, coronando de guirnaldas, de reflejos siderales, del iris de las cumbres nevadas, las imágenes de nuestros guerreros de Chacabuco y Maipó.

El sentimiento nacional ha inmortalizado al héroe y su pedestal; él inflamó las almas en abnegaciones dignas de eterna memoria, cuando el genio de San Lorenzo contemplaba también con mirada profética las montañas del Occidente, desde Mendoza, vislumbrando á través de las nieblas, victorias y rendiciones grandiosas; las ciudades se despojan de sus tesoros, los templos de sus ornamentos, las mujeres de sus joyas y atavíos, los ricos de sus fortunas, como si la religión, el arte y el trabajo depusieran en las aras de aquella idea secreta, pero presentida, todos sus atributos, que no debían volver á vestir sino cuando el valor y la sangre argentinas hubieran levantado de su sepulcro secular la libre América de los primeros días.

Las tradiciones de las grandes montañas llevan en sí la eternidad de su origen, la profundidad de sus cimientos, la sublimidad de sus fenómenos, la inagotable poesía de sus misterios. Los pueblos que las erigen en culto son, á su vez, indisolubles por las corrientes de la historia que segregan las sociedades y dividen los territorios; y como si el iman de las cimas que arrastra hácia la altura las fuerzas vitales

de la tierra, actuara sobre los hombres, las familias y las tribus, las naciones tienden á agruparse al rededor de las grandes montañas, buscando tal vez como Prometeo, llegar un dia á arrebatarse el fuego del firmamento. Ellas han brotado del seno del abismo para servir de trono á los dioses, de cuna á las creaciones inmortales del genio, de refugio á los seres animados contra la invasion de los mares, de escenario fantástico á los héroes de las grandes epopeyas cuyas sombras se ajitan en sus crestas veladas, como jirones de luna movidos por el viento de las alturas; son á la vez la imágen del carácter de las asociaciones que las habitan, porque aprenden á dominar sus obstáculos, á desafiar sus tempestades, á absorber sus infinitas bellezas, á sentir con la llama de sus fuegos interiores y á fantasear con las irradiaciones de sus nieves eternas.

La tradicion y la leyenda, la historia y la epopeya de los Andes condensan el alma de la nacion; allí está el ara de nuestros futuros himnos de victoria, la fuente de nuestras creaciones artísticas, el foco virgen de nuestra poesía nacional, porque las ráfagas de la pampa, las emanaciones de los rios, las voces de los desiertos se dirigen como un voto supremo de la tierra hácia sus cumbres inaccesibles, buscando la proximidad del firmamento y la atmósfera luminosa donde centellean los astros.



La vida espiritual tiende á dilatarse hácia las alturas ideales, como la vida física tiende á dilatarse hácia las alturas materiales ; el genio que ha llegado á la cúspide de la cultura domina el pasado y el futuro de la historia ; la mirada tendida desde la cumbre de una montaña que se eleva sobre las cimas próximas, abarca los horizontes infinitos y observa los movimientos de las multitudes, las agitaciones de la vida orgánica y los estremecimientos de la tierra, allí donde va á dar á luz un génesis radiante.

Los Andes reúnen las tradiciones de toda la América, porque sus razas se alimentaron de su grandeza; pero la tradicion de la libertad estrecha en sus lazos con más fuerza las naciones que el genio de San Martín emancipó en su expedición memorable. Chile, separado de nosotros por la montaña, se liga por el el recuerdo de la libertad ; nuestros vínculos tradicionales son los mismos, porque nos prosternamos ante el mismo altar, veneramos el mismo santuario que encierra la memoria del héroe comun ; y sus cantares heróicos, elevados desde el occidente, se encuentran en las alturas con los que levantamos los argentinos del lado del oriente. El mismo sol colora de rayos irisados las dos fachadas del templo de nuestras glorias nacionales, y derrama su bendición de fuego sobre los dos pueblos en la hora meri-

diana. Chacabuco y Maipó son los nudos que atan nuestras tradiciones de triunfo ; Cancha Rayada es el vínculo de una desgracia comun ; pero colocado como una pincelada sombría, en medio de dos rasgos de luz, realiza en la historia y en el poema la ley estética del contraste, que da vida á la tela y esplendor á los toques iluminados.

No obstante, y á pesar de esta larga é inmemorial tradicion de fraternidad, que comienza bajo los Incas, sigue bajo los conquistadores y se conforta con la revolucion, Chile se rebela contra ella, y crea causas de repulsion y de ódio en la tragedia de los Carrera, que idealiza y corona de luces, pero proyectando sombras sobre el autor de su libertad, sobre San Martin y su genio, que aquellos bravos y desgraciados héroes no comprendieron, y que, exaltados y enceguecidos por una ambicion de gloria prematura, olvidaron que no tenían á su alcance los elementos de una lucha como San Martin la preparaba ; queriendo ser ellos los autores de aquella obra inmortal, no abrigan contra el general argentino la rivalidad del griego que solo busca la salvacion de la patria, sinó el rencor nacido de una esperanza frustrada, y atizada por un ardor juvenil y legendario, que hubiera dado frutos espléndidos, á ser empleado en la obra comun. Y aunque los historiadores chilenos le-



Los pueblos se desbordan cuando sus límites son estrechos, ó la fuerza les oprime con exceso; y entonces, desgraciados los audaces ó los alucinados que se levantan contra la ola del entusiasmo, pretendiendo detenerla ó dirigirla por cauces extraños á su expansion natural! La corriente impetuosa los envuelve, los arrastra, los ahoga. La inmolacion de la Cabeza del Tigre, la ejecucion de los Carrera: hé ahí los dos ejemplos de la terrible é implacable ley revolucionaria. La sangre de esos sacrificios ha acelerado el triunfo de la Revolucion en el oriente y en el occidente, lejos de manchar la frente de los héroes; y aunque de ese riego hayan brotado más tarde plantas envenenadas, no culpemos á los hombres que lo vertieron en el surco, sinó á la vieja preparacion de la tierra que no supo fecundarla y regenerarla.

Con todo, el sentimiento nacional ha borrado los rastros de esos hechos que nadie podría llamar crímenes ante la ley humana; las víctimas se levantan de sus sepulcros para animar los cuadros de la tradicion y de la poesía; los Carrera, más que todos los otros que sucumbieron en el torbellino de esa época, son los tipos apropiados para la creacion literaria: sus aventuras realmente trágicas, sus ambiciones ardientes y los esfuerzos hechos para lograrlas, sus lu-

chas interiores y sus derrotas, sus ostracismos y sus nostalgias, sus peregrinaciones á través del desierto, sus prisiones y su muerte, son elementos preciosos para una literatura legendaria, épica ó dramática, digna de los genios del arte, y constituirán á su tiempo la parte dolorosa y sombría de la gran epopeya de los Andes.

Aunque el criterio del historiador y del filósofo llegara á condenar sus actos, en cuanto importaban un obstáculo á la empresa suprema de la emancipación de su país, y á encontrar necesaria la sentencia que los llevó al suplicio, el criterio del corazón, el criterio del artista que busque en su vida inspiraciones para sus cuadros ó sus poemas, levantaría siempre de sus nombres el peso de sus errores, para idealizarlos y divinizarlos como á los héroes del infortunio y de la fatalidad. El libro de Vicuña Mackenna, aunque apasionado en contra de los libertadores, tanto como en favor de sus héroes, es un verdadero romance lleno de fuego y de situaciones dramáticas; y no pocas veces llega á exaltar el sentimiento, de modo que hace vacilar el juicio despreocupado sobre las grandes causas, para seguir las aventuras semi-fantásticas de sus personajes (1). La poesía irá á

(1) *El ostracismo de los Carrera.*

beber en sus páginas sus inspiraciones y sus cuadros más palpitantes, y la tradicion refrescará en él sus recuerdos.

## VI

Bajo el punto de vista tradicional, la campaña de San Martín al Perú, al centro mismo donde antiguamente se levantaba el poderío de los Incas, y donde un Virey establece su corte, reviste una importancia del todo trascendental para los destinos de Sud-América. Me imagino que el libertador debió llevar en los secretos de su corazón algo de ese anhelo del que nace en la tierra, por verla de nuevo libre de los tutores extraños, y readquiriendo su sello primitivo; que en sus sueños poéticos y en sus delirios solitarios, debía escuchar voces secretas y ver fantasmas intangibles que le hablaban y llamaban en nombre de la raza martirizada por los extranjeros, y profanada hasta en el sagrado de sus sepulcros; que en sus meditaciones sobre el destino de las nuevas naciones, debió concebir la idea de la formación

de nuevas razas con ideales propios, con tendencias peculiares á su índole fisiológica, y por tanto con instituciones enteramente nuevas. Él, por su parte, no calló del todo su recóndito pensamiento, é hijo genuino de la sangre americana, solo estalló su orgullo de vencedor, cuando pudo empuñar el estandarte de aquel capitan esforzado que hizo doblar la cerviz á los héroes incanos.

La restauracion del antiguo imperio con sus límites geográficos, es un hecho que, á no conocer sus causas positivas, llamaríamos providencial; porque solo un designio secreto de voluntades omnipotentes, y una inspiracion de la eterna justicia, pueden realizar la obra tan completa. Pero no busquemos su explicacion fuera del campo de las leyes históricas y de las verdades positivas: la naturaleza tiene una inmensidad de leyes generales y especiales para regir las evoluciones de la vida, y una de esas leyes inmutables es la de la union íntima que existe entre la tierra y el hombre, entre los fenómenos permanentes de la una, y las facultades psicológicas del otro.

Las sociedades toman al nacer el temple, la forma, el matiz, la sensibilidad que les imprimen el suelo y sus cualidades esenciales, como el metal fundido adquiere las sinuosidades y los toques, más ó menos armónicos ó estéticos, del molde que los recibe; y

no importa que largas épocas de transformaciones y de evoluciones, aparentemente radicales, sacudan su organismo, ó lo arrastren en vicisitudes dolorosas, porque siempre recuerdan, — y este recuerdo es en ellos una fuerza, — el origen, la fuente, la tierra de donde brotaron y donde adquirieron la forma de la humanidad. Y así, la sociabilidad quíchua, única en Sud América que haya nacido con caractéres de uniformidad y de unidad, y dado muestras de una cultura progresiva, aunque haya atravesado dos siglos de evolucion bajo la influencia de una raza extraña, no perdió la nocion tradicional de sus orígenes.

Es verdad que ni el tiempo, ni los sistemas de colonizacion empleados fueron suficientes para borrar la huella del pasado ; antes bien, las desgracias que sufrieron los indígenas bajo la mano de hierro de sus dueños, era una fuerza permanente de repulsion contra la influencia de la raza blanca, y de reaccion contra las transformaciones ya realizadas.

Todos los pensadores que han dirigido ó cantado los destinos de la Revolucion, han sentido la necesidad de evocar las tradiciones nativas para retemplar el vigor enmohecido por la servidumbre ; y así, al mismo tiempo que se mostraban progresistas destruyendo las formas establecidas para lanzarse en las corrientes filosóficas del siglo XVIII, levantaban la



tradición de la tierra como la suprema fuerza para encender la pasión de la libertad.

San Martín, como todos los genios de la tierra, árbitros de las naciones, comprendía que los pueblos, antes que todo, tienen un alma sensible á las emociones y á los recuerdos, y que viven y se ajitan al impulso de sus glorias y de sus desgracias; sabía que las lágrimas de tres siglos habían fecundado la tierra, y sembrado gérmenes de heroísmo y de martirio, y que ellos gemían en el húmedo seno de la madre con acentos conmovedores y terribles, que más de una vez llenaron de temor supersticioso á sus dominadores; y por eso, á su paso por los desiertos y las montañas, se alzaban del fondo ignorado de las cabañas y de las aldeas, los héroes nativos como Cabral en San Lorenzo, y como esa legión de mártires dignos de la oda pindárica ó de la columna inmortal de Platea, que brillaron en Chacabuco y Maipó al nivel de sus gefes.

San Martín, al evocar esos sentimientos en el corazón de los pueblos, se adelantaba quizá en muchos años al pensamiento de su generación, y sentaba, sin espíritu alguno de doctrina, un principio que la ciencia comienza á convertir en una verdad profunda ahora, en la época de las grandes revoluciones filosóficas. Así, él es el vínculo entre el pasado

y el porvenir, y entre los destinos tradicionales de las repúblicas que se han desprendido del antiguo señorío de los Incas.

Después de realizar el paso de los Andes, remontando su figura histórica y la de su ejército al nivel de los héroes que admiramos en la antigüedad griega y romana, abriendo su ruta con la victoria, se lanza también á los caprichos del océano que le azota sin vencerlo, y va á sorprender á sus enemigos en el baluarte mismo de su dominación; va como los cruzados de otro tiempo, á libertar el sepulcro sagrado de los soberanos de América, poseído durante siglos por los hijos de naciones extrañas que no respetan las cenizas que él encierra. Las ciudades le reciben como al Mesías, de quien todas las razas dominadas en la tierra esperan algún día la redención y la libertad, porque la esperanza parece abrigarse en la humanidad hasta la muerte, y ella se personifica en esos héroes sobrenaturales que los pueblos adoran en espíritu, y como una promesa de sus dioses destronados ó desterrados.

San Martín lleva consigo la "buena nueva". Ya fué anunciado á las regiones andinas por el sublime profeta de las cumbres, que desde la roca donde no alcanza la niebla, y desde la altura donde no llegan las nubes, escudriña el porvenir, y con un graznido

pavoroso hace á la tierra su revelacion ; ya fué anunciado por las visiones nocturnas de la montaña, que como cendales de luz volcánica, atraviesan los espacios y se ciernen sobre las selvas donde moran los hombres ; ya fué anunciado por los estremecimientos profundos del granito que contagian á la llanura y al océano ; ya le anunciaron los rumores sordos é intensos que bajan de las alturas como una voz de otros mundos, evocando en los espíritus supersticiones y presentimientos extraños. Y cuando el cóndor se ajita y se remonta de súbito al firmamento, y allí lanza su grito terrible ; cuando las fantasmas de las tumbas pueblan las cimas en confusion y tumulto ; cuando la montaña se conmueve haciendo vacilar las ciudades, y llegan á la llanura sus rumores siniestros, es que los genios invisibles de la tierra, que velan por la suerte de sus hijos, están pronunciando la profecía suprema de la resurreccion y de la libertad.

Y es allí, en la vieja y augusta "Roma de los Incas", donde se condensan todos los presagios y todas las fuerzas que van á dar el desenlace á la inmensa tragedia : allí donde en otro tiempo se levantaron los palacios y los templos magníficos, donde lucieron sus armas y su gallardía los guerreros, sus canciones heroicas y sencillas los poetas nacionales y sus danzas vistosas sus mujeres, la venerable figura de Manco

Capac se destacaba bendiciendo á su pueblo; allí donde los últimos y desgraciados reyes rindieron su cabeza á la cuchilla del verdugo y su inmenso imperio á la esclavitud, allí se dirijen los dos héroes de la América que, como dos mares que van á estrellar sus olas en la misma tierra, reunen en el Perú sus dos ejércitos, y los estrellan contra el tenaz baluarte arraigado por los siglos, que rueda con estrépito para no levantarse jamás, bajo nuestro cielo y en frente de nuestras cordilleras.

San Martín y Bolívar van á disputarse en seguida la palma de la justicia en este triunfo de la América, en esta redencion de un continente. La tragedia se acerca á su término, porque la hora del último sacrificio ha sonado; la historia coronará al más grande, y el más grande será medido por la magnitud de su sacrificio. La lucha es colosal, la expectativa terrible; dos dioses, dos genios, dos héroes están frente á frente, llevando consigo dos fragmentos de un mundo, de los que uno debe ceder el espacio al otro. La luz se extingue sobre aquella escena sublime, como si un viento del infierno hubiera apagado los astros; los dos personajes se aproximan en la tiniebla, y una chispa invisible de inteligencia comunica sus cerebros. La tierra está muda esperando la catástrofe; hay un estremecimiento horrible en la naturaleza; la sombra no alien-

ta ; en sus senos debe hervir una tormenta del caos.

El Sinaí se corona de nubes cuando Jeovah se acerca y va á emitir su pensamiento divino, como si la tiniebla fuera el cerebro de los dioses y de los genios. No, la multitud no debe presenciar el abrazo de la divinidad con los elejidos : ella recibe la revelacion acabada y bañada en la luz de los relámpagos. Así los dos genios de la Revolucion americana se envuelven en el misterio impenetrable para decidir su contienda suprema. Pero la tiniebla se ilumina con el resplandor de la virtud excelsa, y los héroes aparecen de nuevo á las miradas ávidas de los espectadores.

¿Quién ha triunfado en aquella lucha secreta ? Bolivar ciñe la espada, y una sonrisa de orgullo satisfecho alumbrá su rostro. San Martin empuña un trofeo, una aureola apacible rodea su cabeza, y el resplandor de un enorme sacrificio reverbera en su atmósfera. ¿Quién ha triunfado ? — pregunta la multitud aturdida. “ La América no queriendo comprender lo que sus ojos veían, exclamó por todas partes : hay un misterio en el drama de Guayaquil. El General D. José de San Martin, mostrando su alma desgarrada por la inmolacion sangrienta, pudo contestar : *no hay sinó una virtud* ” (1). Hé ahí desve-

(1) N. AVELLANEDA, *Discurso citado*.

lado el arcano, y al héroe que se corona de inmortalidad, porque ésta pertenece al sacrificio.

El fallo de la historia está dado, y es inapelable. San Martín, al abandonar á América, donde pudo reinar como Bolívar pretendió después, consumó con una eterna lección de moral la obra que realizó con su espada: su gloria se levanta sobre sus propias palabras: “La presencia de un militar afortunado es temible en los Estados que se constituyen de nuevo.”

Situaciones como esta no caben sinó en el marco inmenso de la historia, en el espacio ilimitado de la epopeya, ó en los abismos insondables de la tragedia de Esquilio, donde los personajes son las razas y los dioses, los escenarios las montañas, los mares y el firmamento. La tradición se agiganta porque su espíritu anima y envuelve todo el cuadro, en que los dos héroes que han reivindicado el precioso tesoro de la América, pesan su grandeza moral ante la historia; sus relatos se coloran con las luces nuevas que destellan aquellos pueblos suspensos de la gran contienda de los dos generales victoriosos; sus personajes se multiplican y se revisten de la majestad refleja de los grandes caracteres que dominaron la escena; y quizá en sus investigaciones íntimas llegará á descubrir nuevos indicios que hicieran la luz histórica sobre aquella entrevista memorable, ya sea recogiendo con-

fidencias de algunos de sus actores, ya una frase ó una accion significativas, que siempre se escapan á pesar de la voluntad cuando pesan las grandes preocupaciones, á semejanza de esas vagas vislumbres que aparecen en el horizonte cuando la tempestad se prepara en el espacio. No hay esfera de la vida donde no pueda penetrar y recoger su cosecha la curiosidad de la multitud, que se apiña al rededor de los grandes sucesos, participa de las emociones y sufre los choques eléctricos que brotan del seno de las nubes donde batallan las tormentas.

## VII

He dicho que los dos más grandes poetas de la Revolucion americana han evocado la tradicion primitiva para fundar la justicia de la causa : el autor del Himno Nacional Argentino, y el del Canto á la Victoria de Junin. En este está formulada la doctrina y hecho el proceso de la conquista ; las sombras de los reyes Incas se aparecen á sus héroes, exhortándolos á la pelea en nombre de sus antiguos derechos y de la

libertad, que pueden comprender, gracias á la ficción poética que les mantiene en la inmortalidad del espíritu. El fragor de las armas que sus hijos levantan sobre el campo despierta de sus sepulcros los manes sagrados, y semejantes á los dioses de la fábula, intervienen en el combate para sostener el valor de los suyos, y profetizar el destino de su héroe predilecto.

Huaina Capac aparece en las cumbres iluminadas por resplandores de inmortalidad; él habla á los descendientes de su raza desgraciada, cuenta los martirios de sus antecesores y de sus propios hijos, sacrificados por el invasor, y formula su proceso con el criterio del revolucionario que va á derribar toda una época. Es la revolución del pasado contra el presente, la reacción de una raza sumergida en el abismo, la resurrección con formas nuevas, de un imperio semi-salvaje que había vislumbrado ya en su tiempo destinos grandiosos. No quiere la monarquía incásica, porque en su vida de ultra-tumba ha mirado el porvenir, y ha aprendido que solo la democracia hace felices á los pueblos; quiere solo que su sangre, su tradición, su unidad antigua, formando el fondo del carácter de las nuevas naciones, sean el vínculo que las ligue en el tiempo y sobre la tierra, para resistir las catástrofes, conservar eternamente la libertad, y



abrazar todos los progresos que la razon humana conquista cada dia.

Hay en sus palabras historia y profecía ; son el corazon, el sentimiento de América, los que hablan en el momento supremo en que se lucha por la emancipacion radical de la ley extraña y del espíritu.

El Inca comprende que toda revolucion política que rompe vínculos geográficos, trae envuelta una revolucion ideal que rompe vínculos morales ; y su palabra de ultratumba, inspirada en el fuego de la divinidad, evoca la resurreccion de la fibra nativa, venciendo las influencias que á través del tiempo le han modificado. El poeta ha puesto en su boca la exposicion de la doctrina que forma la esencia de la tradicion de la raza. El personaje desenterrado del olvido hace vivir tambien y resucitar las glorias de su imperio, aún no conocidas, ó sumerjidas en el polvo de los combates que dominaron la tierra. Su pedestal es de nubes, su aureola de estrellas ; á sus plantas, envueltas en una nebulosa ténue, figuran los atributos guerreros del Inca :

penacho, arco, carcaj, flechas y escudo ;

y así, rodeada de esplendor y de fantasía, su noble y veneranda sombra habla á las legiones de la patria :

Hijos, decla,  
generacion del Sol afortunada,  
que con placer yo puedo llamar mía.  
Yo soy Huaina-Capac , soy el postrero  
del vástago sagrado :  
dichoso Rey, mas padre desgraciado.  
.....  
; Oh pueblos que formais un pueblo solo  
y una familia, y todos sois mis hijos !  
Vivid, triunfad...!  
.....  
Esta es la hora feliz. Desde aquí empieza  
la nueva edad al Inca prometida  
de libertad, de paz y de grandeza.

Pero el Inca no quiere ver levantarse la antigua dignidad real, porque á través de los siglos en que su espíritu inmortal ha presenciado las revoluciones de la razon humana, ha aprendido que los reyes más buenos y santos, más liberales y cariñosos para su pueblo, siempre se sienten arrastrados al despotismo, porque la base de su poder y su forma misma, no son las de la igualdad y del derecho, las del amor y la justicia que deben presidir á la constitucion de la sociedad. Él ha visto y sabido en la tradicion de sus antecesores, que muchos de éstos fueron duros con sus súbditos, y si muchos fueron amados y divinizados, otros fueron maldecidos y odiados. Los pue-

blos, aún los más salvajes, tienen una forma de manifestar su protesta contra los malos gobiernos, ya sean patriarcales, ya teocráticos, ya militares. Cuando los cantos indígenas dejaban de resonar en las soledades de las llanuras ó en los desfiladeros de las montañas, y los indios asistían á las rudas tareas de la mina ó del cultivo de la tierra, en silencio y sin una sonrisa de satisfacción en su tosco semblante, era porque enlutaba su espíritu infantil una sombra, y porque sentían sobre sus corazones el peso de una atmósfera de despotismo.

Los instrumentos de la tiranía, cuando se tiene el poder real, son muchas veces deslumbradores y engañosos. El amor domina más pronto que la fuerza, porque es el ambiente moral de la humanidad, y los pueblos niños tienen más tiranos porque están en la edad de las impresiones primaverales. Los déspotas han comenzado su vida en el seno de las multitudes, siendo conocidos y amados por ellas, conducidos y elevados por ellas, sin discernimiento ni conciencia, á las alturas del poder, y solo impulsadas por la pasión del compañerismo y la hermandad, que les hace esperar un gobierno propio de la masa, de la agrupación que los condujo hasta él. Pero casi siempre esas muchedumbres apasionadas tienen que llevar á la hoguera al ídolo forjado y adorado en los momentos

del acceso. Las turbas entusiasmadas por la elocuencia artificiosa de Atenas, llevaban sus favoritos al gobierno y los derribaban de él en perpétua agitacion, como las olas juegan con el despojo del navío, lanzándolo á la costa, ó sorbiéndolo de nuevo con el mismo estrépito.

Huaina-Capac habla y expone su pensamiento en esta estrofa que es un sistema de moral política y una vaga acusacion al conquistador de América :

Yo con riendas de seda regí el pueblo,  
y cual padre lo amé; mas no quisiera  
que el cetro de los Incas renaciera;  
que ya se vió algun Inca, que teniendo  
el terrible poder todo en su mano,  
comenzó padre y acabó tirano.  
Yo fui conquistador: ya me avergüenzo  
del glorioso y sangriento ministerio;  
pues un conquistador, el más humano,  
formar, mas no regir, debe un imperio.

La conquista de sus dominios por las armas españolas ha aleccionado al Inca glorioso, porque desde su vida inmaterial ha podido contemplar un sistema colonial que no daba á los naturales participacion en la cosa pública, y sí solo los consideraba como los instrumentos que labran la fortuna del soberano; y ha contemplado tambien el anonadamiento del espí-

ritu de su raza, hasta el grado que hoy, los indígenas que no han recibido la regeneracion de la cultura ni de la educacion urbanas, se mantengan en sus solcidades, inaccesibles al contacto de la vida nueva.

El Inca se aparece en la epopeya para levantar con su presencia los recuerdos dormidos en la memoria de los que llama sus hijos; él llena y da el alma al poema; las maravillas que rodean y exaltan su majestad sobrenatural, son tambien lo maravilloso y lo fantástico de la obra; el himno que las divinidades múltiples del cielo americano entonan al Sol, es el himno con que el poeta saluda y bendice al Dios de la tierra nativa, al astro divino que da fuerza á la naturaleza inanimada, retempla el vigor de los hombres, mantiene el calor del hogar, simboliza la idea creadora y conservadora de todas las cosas, concentra y atrae el pensamiento de las almas que viven de su aliento universal. El Sol fué el símbolo excelso del sentimiento religioso de la gran raza de los Incas, y de cuantos poblaron la solitaria América. Ese himno

cra el coro de cándidas Vestales:  
las virgenes del Sol, que rodeando  
al Inca como á Sumo Sacerdote,  
en gozo santo y écos virginales  
en torno van cantando  
del Sol las alabanzas inmortales.

No juzgo el poema; recojo los acentos del poeta americano inspirado en la tradicion de la raza indigena, y en los cuales repércute el éco del pasado, resuena la armonía confusa de lá antigua poesia que animó las selvas y las montañas vírgenes, y que vibran á intérvalos en este canto, tan célebre como el suceso que le da existencia. El espíritu crítico encontraría quizá mucho que censurar y corregir, pero yo no veo en él sinó al poeta de América, evocando las glorias tradicionales para enardecer los corazones y levantar los espíritus en la lucha de la Revolucion que va á desligar las dos razas. El lenguaje que usa su personaje sobrenatural cuando juzga á los conquistadores se enardece con el furor de la pelea, y la crítica no debe perder de vista al analizarlo, que él ha sido escrito en medio de las batallas y cuando fermentaba el ódio mútuo entre ellas, y no buscar el poema de una nacion ya libre y organizada.

Los cantos de guerra, ya sean los que impulsan los soldados á la lucha, ya los que celebran la victoria, no son inspirados sinó por la pasion ardiente que forma los héroes. Las notas, los acentos moderados son un signo de debilidad en medio de la refriega, y derraman el desaliento en las filas. La epopeya estalla despues, cuando el poeta ha dominado todos los acontecimientos, cuando todas las figuras se desta-

can en el fondo de la historia con sus formas y colores definitivos, y los principios é ideales de la guerra se aparecen al espíritu con su carácter evidente; pero el canto lírico nace y vive en medio del incendio que las pasiones levantan en el poeta, y con más razon la poesía bélica, destinada á arrastrar las multitudes al heroismo y al martirio, no reconoce medida, ni en su vuelo límite.

El canto de Olmedo es el éco de la voz del general que manda la batalla, repetido por las cumbres, respondido por el trueno, escuchado por los muertos que yacen en sus sepulcros; en él respiran el odio, la venganza y el furor que se anidan en los hijos de la tierra contra sus dominadores, y el Inca los enciende en sus corazones con palabras que son la expresion de la protesta íntima de la tierra donde nacieron sus descendientes y los de sus antiguos súbditos, destinada por la naturaleza á ser teatro espléndido de los progresos de la civilizacion y de la libertad. Las formas adolecen de incorrecciones notables; en el conjunto se advierte alguna confusion y desórden: se diría que ha sido escrito en una atmósfera de humo y de sangre. El héroe principal oscurece demasiado á los demás que sostienen y consiguen la victoria, y una legion de héroes que allí resplandecieron con su futura inmortalidad, no tienen voz ni accion en el

poema. El poeta es demasiado humano al ensalzar al que era al mismo tiempo guerrero y gobernante, y es demasiado ideal al crear las formas del aparato fantástico; es pródigo cuando corona de flores y luces etéreas á Bolívar y á sus jefes y soldadoss y su entonacion decrece cuando canta á los antiguos compañeros de San Martín: el poeta se ha asimilado el carácter de su héroe.

La tradición, la crónica, la historia, han desgarrado la humareda densa de aquel combate memorable, y ellos devolverán á los compañeros del mártir de Guayaquil las coronas que les quitó el olvido; la leyenda los presentará con todo el esplendor con que lucharon en Junín y en Ayacucho; la poesía divinizará sus caracteres homéricos, y todos los bravos libertadores del Perú y Chile que siguieron á San Martín, serán en la posteridad los tipos radiantes de la leyenda argentina sobre las regiones que el Ecuador fecunda. Allí donde la atmósfera de los trópicos enciende en sus cerebros los sueños deslumbrantes, las proezas de valor de nuestros soldados aparecerán en el tiempo rodeadas del esplendor con que la rica fantasía de esos climas adornará é idealizará sus figuras épicas. Ellos salvaban fuera de las fronteras de la patria el temple nacional que se enervaba en el ambiente sangriento que se cernía sobre nuestras instituciones; y hé



ahí la doble mision de esa empresa que San Martin llevó á cabo sobre el Perú : al mismo tiempo que cimentaba la libertad de naciones hermanas, apartaba del vértigo de nuestras contiendas civiles una legion de los héroes de Mayo, de Tucuman, de Salta, de Chacabuco y Maipó, que debiera más tarde conducir la bandera de la patria en las batallas contra el tirano, que debían regenerar de nuevo el vigor adquirido en la lucha emancipadora, con tantos sacrificios y tantos martirios como los que forman la época infausta de nuestra historia.

¡ Oh sublime penetracion de los grandes héroes ! San Martin quizá presentía las calamidades que debían destrozár el seno de la república naciente, y quiso salvar del naufragio la parte más brillante de sus ejércitos, conduciéndolos á una empresa lejana ; porque vagando sobre los mares, errando sobre las cumbres y los llanos, lejos de la tierra nativa, el sentimiento nacional se fortalecía en la ausencia ; como los hijos de Priamo, lejos de la ciudad destruida, pueblan las soledades del océano con los cantos de su patria desgraciada, incendiada y desgarrada de dolor, pero llevando á todas partes su heróico y legendario arrojo ; así nuestros soldados en la campaña del Norte, y mientras las facciones se devastaban y abrían los cimientos del despotismo en

nuestro suelo, fueron á continuar en tierras lejanas la tradicion de glorias con que el pueblo argentino consagra su eterno renombre y su bravura. El poeta de Junin ha dedicado á uno de aquellos héroes una estrofa de glorificacion y un himno de alabanza : el jóven Necochea, que en la campaña de Belgrano llena de asombro á los enemigos por su temerario valor, en Junin alcanza la corona inmarcesible, y el poeta esclama :

¡ Oh capitán valiente,  
blason ilustre de tu ilustre patria !  
no morirás ; tu nombre eternamente  
en nuestros fastos sonará glorioso,  
y bellas ninfas de tu Plata undoso  
á tu gloria darán sonoro canto  
y á tu ingrato destino acerbo llanto.

¡ Cuántos de aquellos caractéres vaciados en el molde homérico sucumbieron envueltos por la ola ensangrentada de la barbarie que inundó la ribera de nuestros ríos, las soledades de nuestros desiertos, los valles risueños de nuestras montañas ! Como las aves revolotean sin concierto al rededor del bosque incendiado donde se perdió su nido, así aquellos héroes en quienes aún ardía la llama de las primeras batallas, vagaban por las tierras extrañas, iban á morir en

ajenas playas, ó rendían la vida en combates aislados contra las turbas bárbaras de su patria, formando la trágica odisea que abarca toda la negra época de nuestra contiendas fratricidas.

## VII

Asombra, en efecto, al observador imparcial aquella fortaleza inagotable de los soldados de la Revolución, en medio de los disturbios que ya comenzaban á cavar la tumba de nuestras libertades ; sorprende á la inteligencia más fría aquella virtud no extinguida en tanto sacrificio, en que murieron desgarrados por el desengaño tantos hombres que habían sido el alma de la emancipación, y aquella disciplina y aquel amor á la patria jóven, que les arrastraban á los combates contra el enemigo comun, despues de haber dejado en las contiendas civiles jirones de su cuerpo y de su alma, porque peleaban contra sus hermanos.

Belgrano, el héroe de las primeras campañas, muerto en el abandono, envuelto en la bandera que él levantó en sus momentos de inspiración en las

orillas del Paraná, y en medio de las ruinas que el año 20 amontonaba sobre este suelo inmortalizado por tantas victorias. San Martín, el genio más alto de la Revolución americana, que había consagrado la redención de un mundo con un sacrificio sublime que sus contemporáneos no comprendieron, sufriendo en el extranjero la nostalgia de la tierra amada, tanto más dolorosa cuanto más hondas eran las heridas que la ambición y el odio abrían en el seno de su patria; y cuando vuelve á empuñar la espada invencible para salvarla de una guerra contra el enemigo exterior, los que le debían la vida y la libertad se encargan de llevar á sus labios la esponja empapada en la hiel de sus rencores y de sus miserias, y de clavar en su corazón magnánimo la última puñalada que lo llevó al sepulcro!

Así, y cuando tanta sombra y horrores se extendían sobre nuestras glorias imperecederas, parece sobrenatural que aún viviera el temple guerrero de los primeros días, para congregar nuevas legiones de héroes en los campos de Ituzaingó; pero es que allí concurren los legendarios peregrinos de los Andes, de Chile, del Perú y el Ecuador, nunca vencidos, siempre llevando consigo la libertad, y levantando la bandera de Mayo sobre las cumbres más altas de la América; allí corrieron los sobrevivientes de tantas in-

molaciones sangrientas en que los argentinos se coronaron de palmas inmortales, y levantaron la admiracion de los buenos, la emulacion de los bravos, el odio de los perversos, y donde más de una vez tuvieron que sufrir el rigor injusto de gefes envidiosos, que no eran por cierto los que salieron del Plata. No hay un palmo de tierra americana donde no haya caido su sangre como riego fecundo de libertad y de heroismo. Oigamos al poeta de la victoria :

#### Las barreras

eternas de los Andes se allanaron  
al marchar de los fuertes campeones ;  
parten de allí cual rayo á otras regiones,  
y con igual decoro  
en el Perú la espada desnudaron,  
y de sangre enemiga la lavaron  
en las corrientes del Rimac sonoro.  
El Ecuador los vió. Quito amagada  
miró argentinos y quedó asombrada ;  
y hélos de nuevo aquí, y arder de nuevo  
en bélico furor toda la tierra.

No era posible que una nacion que acababa de pasarse victoriosa por todo un continente, realizando hazañas que no lograron los antiguos, libertando pueblos extraños, retemplando en el fuego de los combates su vigor tradicional, fuera vencido por un ejér-

cito de esclavos, que marchan á la batalla al sonido del látigo, y sin llevar en su corazon sinó una débil llama de entusiasmo, porque la pasion por el suelo donde nació tanto desgraciado, se desvanecía ante la presion fatídica de sus tiranos.

La batalla de Ituzaingó, como Maratón, es la lucha de la civilizacion y de la libertad contra el despotismo y la esclavitud ; ambas salvaron un mundo y una raza de la eterna sombra de la servidumbre que degrada los espíritus y mata en gérmen la cultura social ; por eso aquellos héroes, cien veces laureados desde el Atlántico al Pacífico y al Ecuador, alcanzan la última y más radiante corona de inmortalidad que la historia prepara á los grandes bienhechores.

No conozco sobre la tierra empresa más grandiosa ni pensamiento más completamente realizado : Ja Revolucion comienza la tarea de la emancipacion política y social de la América española, y la victoria de Ituzaingó quema al nacer las alas del monstruo que volaba á oscurecer la libertad sobrê nuestras jóvenes generaciones. La sombra de San Martin aún flota sobre nuestros guerreros, envuelta en la túnica del sacrificio que iluminó una época y abrió para siempre los senderos de la historia á su patria, y su mirada profunda es fuego que enciende la hoguera en sus compañeros inolvidables, que viven y alien-

tan con su recuerdo, que mantienen en torno de su nuevo gefe la disciplina de hierro que se encarna en su carácter, impresa por el genio del Capitan de los Andes en todo su ejército.

Alvear es el tipo del heroismo bullicioso y temerario, que despliega como los relámpagos sus chispas incendiarias sobre las multitudes enemigas, y que, como el fluido que ellos contienen, contagia los que le siguen y obedecen sus órdenes. Corazon apasionado y ardiente, cerebro febril y fantasista, alma templada en el molde candente de la época, inteligencia desbordante, voluntad impetuosa é irresistible, como el torrente despeñado de la cumbre, su silueta se dibuja sobre la humareda del combate como una exhalacion de fuego en medio de las nubes apiñadas; su voz se escucha en todas partes como la repercusion del eco en las montañas; su caballo de pelea, semejante al carro de los semi-dioses de la leyenda brahmánica, atraviesa la confusion y el tumulto como arastrado por vientos tempestuosos: hay en todo su aspecto el brillo sobrenatural de un personaje mitológico.

A su lado se destacan, con su resplandor sublime, la figura imperturbable de Paz, que parece al pié del cañon un coloso de los Andes despidiendo las llamas y los peñascos del volcan, y la de Lavalle que, como

una vision de las leyendas osiánicas, parece llevar en su mano infatigable la espada sagrada que los dioses primitivos legaron á los elegidos de su raza. Las sombras de víctimas ilustres se levantan del escenario siniestro, para atestiguar el heroismo de la nacion de 1810, y para repetir la eterna leccion del martirio que redime todos los pueblos y santifica todas las causas.

Brandzen fué el héroe que la fatalidad elige como expiacion suprema, y su inmolacion atiza el fuego del combate, como si un sacudimiento profundo pusiera en fermentacion las lavas encerradas en el seno de la montaña. Oigamos de nuevo al poeta de Ituzaingó :

El rayo está en su mano, y en sus ojos  
la llama brilla que el honor enciende ;  
la presencia de Brandzen los enojos  
redobló del soldado : tal un día  
allá á los campos de la antigua Troya  
Hector descendería,  
con un valor igual, con igual suerte,  
en demanda de Aquiles y la muerte.  
Y el momento llegó : la parca avara,  
de matanza vulgar no satisfecha,  
una víctima grande señalara,  
y Brandzen expiró... Golpe terrible!...



## IX

Allí aparece de nuevo el legendario Brown, como una resurrección sublime después de largos años de silencio, siempre con aquel arrojo que no temió las iras de los mares más bravos del mundo, ni los fuegos de los buques enemigos, ni los cañones de las plazas fuertes donde aventuró sus naves y sus heroicos compañeros; allí,

mientras que, vencedor por su destino  
Brown combatía la tremenda flota,  
quedaba libre el líquido camino,  
y á la playa remota  
volaban las legiones  
que al causador de tan incua guerra  
á mostrar iban ya nuestros pendones  
triumfantes en las aguas y en la tierra.

Las aventuras de este marino singular son dignas, no ya tan solo de la narración sencilla que ilumina el pasado, y de la historia serena que juzga las trascendencias de los hechos, sino también que por su

indole y sus vicisitudes realmente fantásticas, parecen destinadas á dar vida á una odisea que, como la antigua, perpetúe por los mares lejanos el nombre augusto de la nacion cuya bandera flameaba en sus mástiles. Y á la verdad, yo me he sentido ajitado de admiracion y de entusiasmo extraños, al relato de esas expediciones que parecen inspiradas y realizadas por una potencia misteriosa, de esas frágiles naves que se lanzan por la ruta donde tantos naufragios memorables habian sembrado el horror, y á desvelar derroteros ocultos por las brumas australes, donde al fragor de las olas se une la oscuridad horrible de las nieblas impenetrables.

Esa cruzada del Pacífico hasta Colombia, con solo cuatro barcos y un puñado de soldados, " á la vez que fué uno de los episodios de nuestra Revolucion, de más vivo interés, nos da la primacia, de tiempo al menos, y de no menos arrojo, sobre las mentadas hazañas que lord Cochrane realizó algunos años despues, con medios mucho más poderosos. No solo por eso merece contarse, sinó tambien porque es una prueba palpable de la vigorosa elasticidad que la Revolucion habia comunicado al movimiento social y á los hombres envueltos en su fortuna " (1). Y es

(1) V. F. LOPEZ, *Historia Argentina*, t. v, p. 382.

cosa que invita á las reflexiones más profundas, y convida á los sueños más fantásticos, la imagen de la bandera argentina, símbolo de la libertad de un pueblo recién nacido, mostrando sus colores y ajitando sus pliegues en toda la extension de las costas de América, en los dos océanos que la abrazan. Cualquiera espíritu inclinado á deducciones remotas ó á supersticiones más ó menos fundadas, encontraría en aquellas aventuras memorables una profecía nebulosa y medio velada por las brumas de la distancia, de lo que podrá en lo futuro la nacion en cuyo nombre esa bandera surcaba los mares, é iba á asomarse como la aparicion de un sueño, á los puertos de las ciudades insulares, y en frente de las fortalezas enemigas.

Él fué á despertar la quietud de los pueblos occidentales con el repentino estruendo del cañon, y solo, adelantándose á sus compañeros de aventuras, despues de victorias increíbles, va á intentar la rendicion de Guayaquil, donde el mar le sorprende, su nave se tumba, y donde semejante á un dios de la destruccion, ó á un angel conductor del fuego del incendio, se dispone á quemar su nave y perecer en sus llamas (1) con sus soldados, leales y templados

(1) V. F. LOPEZ, *Historia Argentina*, t. v, p. 393.

en el mismo fuego, antes que dejar mancillar aquel estandarte que atravesaba todas las latitudes, sin que una sombra empañara su gloria, ni una gota de sangre injustamente derramada salpicara sus franjas luminosas.

El Océano Atlántico le vió cruzar también, como una ave pasajera que va buscando en lejanos climas las selvas donde construir su nido al abrigo de la muerte ; y en esta odisea del *Hércules*, solitario peregrino de la inmensidad, y llevando á su bordo al marino legendario y á sus hermanos de aventuras, llega hasta ese mar donde Colón arribó la primera vez, y al golfo inmenso donde las naves de Cortés ardieron para cerrar el camino de la fuga. En todas partes los recuerdos grandiosos, las tradiciones heroicas renuevan su entusiasmo, y le hacen presentir el destino colosal de la nación que le abrió los brazos y le llamó su hijo; y así se vió en la guerra brasilera unas frágiles naves luchar venciendo con la enorme y ponderada flota enemiga, que parecía iba á reducir á cenizas las ciudades y las fortalezas, las naves y los ejércitos.

“ La historia del curso argentino, desde 1815 hasta 1821, dice Mitre, es una brillante y animada odisea marítima, llena de episodios dramáticos, de figuras heroicas, de hazañas innumerables y de aventuras extraordinarias, que pueden suminis-

trar materiales para escribir un libro tan interesante como nuevo. Durante esos cuatro años, la bandera argentina, enarbolada por nuestros atrevidos corsarios, flameó triunfante en casi todos los mares del orbe : en el Océano Pacífico, en el Atlántico del Sur y del Norte, en los mares de la India y en el Mediterráneo.... Taylor dominó con la bandera argentina el golfo de Méjico y el mar de las Antillas, destruyendo el comercio español en la Habana. Chayter llevó esa misma bandera hasta la costa de la península española, hostilizando vigorosamente el comercio de Cádiz al frente de sus propias escuadras con las que no rehusó medirse. Brown, en calidad de simple aventurero, mantuvo con gloria su enseña de comodoro argentino al frente de las fortificaciones del Callao y de Guayaquil. Todos estos cruceros, y muchos otros, tan desconocidos como importantes, son dignos de figurar en las páginas de la historia nacional ; pero tal vez ninguno de ellos presenta el interés del crucero de la fragata " La Argentina " al mando del capitan D. Hipólito Buchard, más conocido entre nosotros con el nombre del capitan Buchardo. Los mares de la India y del Pacífico fueron su teatro de accion, dominando en ellos la Polinesia, la Malasia y las costas de California y Centro América, destruyendo el comercio español en Filipinas, y despues

de récios combates, largos trabajos y proezas dignas de memoria, dando la vuelta al mundo desde las costas argentinas, doblando el Cabo de Buena Esperanza, hasta las de Chile, atravesando los mares de la Oceanía... Nosotros apenas conocemos por tradición el nombre del intrépido capitán Buchardo, el primero y el último que hizo dar triunfalmente la vuelta al mundo á nuestra bandera ; y el único que hasta hoy haya llevado tan lejos nuestras armas, haciendo pronunciar el nombre de la República Argentina en los más remotos mares, por la ardiente boca de sus cañones. " (1)

Así, parecía que la nación que comenzaba á ostentar su nuevo título, hubiera querido exhibir al mundo los colores de su bandera, el heroísmo de los soldados con que había conquistado su libertad y el fuego del entusiasmo con que se aventuraba á las luchas de la vida ; parecía que una bendición sobrenatural caía, como las lenguas de fuego del Evangelio, á unjir la frente del pueblo que en 1810 se hizo apóstol y mártir de la redención de un mundo.

Sin mencionar en detalle los mil y un episodios, llenos de novedad y de colores fantásticos, de las cam-

(1) MITRE, *Crucero de "La Argentina"* (Revista de Buenos Aires, tomo IV, página 287).

pañas marítimas de la Revolucion, tarea que pertenece á los historiadores (1), el tradicionista y el poeta encontrarían en esas odiseas sorprendentes, motivos fecundos para la creacion é idealizacion de la leyenda patria; porque los combates y las expediciones marítimas llevan en sí mismos la extraordinaria grandeza, la fantasía y los efectos maravillosos que les presta el escenario turbulento en que se suceden; los caprichos y las veleidades de las olas, los horizontes engañosos de los mares, la inmensidad del elemento enfrente de la pequeñez del hombre, son causas para que la imaginacion encuentre en esas empresas guerreras el encanto de la poesía, la atraccion del abismo, la seduccion de los paisajes, la sombría tinta de los sentimientos que en el corazon despierta la lucha con lo desconocido.

La literatura de todos los pueblos del viejo mundo se enriquece con las narraciones de sus marinos, que se ausentan de la patria para llevar por los climas y las latitudes más lejanas el nombre de su nacion, haciendo en todas partes prodigios, que referidos en el estilo de la leyenda, extasían los espíritus y despiertan en las generaciones que los escuchan los anhelos

(1) A. J. CARRANZA, *Campañas marítimas durante la guerra de la Independencia.*

heróicos que les impulsan á las grandes acciones.

El mar, como todos los abismos, ejerce sobre el cerebro atracciones vertiginosas, evoca ideas tan vastas como sus horizontes, estimula la fantasía con sus arcanos eternos, y hace de cada marino un tipo de leyenda y de epopeya : parece que el hombre se siente impulsado á dominar sus iras terribles, y á abarcar con las alas de su pensamiento toda su inmensidad. Los helenos han nutrido su poesía virgen con todos los encantos que el océano encierra en sus senos insondables ; ellos han personificado en creaciones risueñas sus voces misteriosas, sus rumores infernales, sus tempestades siniestras ; y ya desde sus leyendas primitivas, las sirenas cautivaban los atrevidos navegantes que se lanzaban á la conquista de tierras remotas sobre las olas ajitadas, con esas armonías vagas y arrebatadoras que brotan de los antros líquidos, y que vienen á acariciar el oído como músicas de otros mundos ; y allí quedaron, para no volver jamás á los patrios lares, envueltos en redes de amor ó en cárceles graníticas, muchos de esos héroes que desafiaron con orgullo titánico y sobre embarcaciones rudimentarias, los furores y las tempestades del cielo y del mar. Los acentos más gigantescos de la poesía, los acordes más inmensos de la música, son quizá los que se inspiraron en esos cuadros del mar, siempre



sublimes, siempre nuevos, siempre grandiosos, ora se adormezca como un lago perdido entre las rocas, ora se revuelva encolerizado entre sus riberas.

Nuestros poetas han ensayado algunos poemas y descripciones de nuestras montañas, de nuestros desiertos y de nuestros rios; pero hasta ahora ninguno se inspiró en las aventuras de Brown y de Buchardo sobre el océano, siendo así que, por su índole, la poesía debe preferir los asuntos más fantásticos y maravillosos, y que la forma poética se aviene más con las hazañas realizadas sobre un escenario de suyo tan fecundo en bellezas, que reflejadas sobre los personajes mismos, darían el efecto emocional sin gran esfuerzo de meditacion ni de inteligencia.

Tenemos, pues, nuestros héroes del mar, como los tenemos del desierto y de la montaña, y sus tradiciones verdaderamente prodigiosas pueden inmortalizar un poeta y un novelista, y hacer soñar con sus aventuras y peregrinaciones á todos cuantos aman sumergirse en espíritu en los mundos luminosos de la fantasía y de las glorias de su raza. El misterio que rodea aún muchos de los episodios marítimos de nuestra Revolucion, antes de ser un motivo de alejamiento para los poetas, es lo que añade mayor atractivo á los asuntos; porque la creacion ideal, siempre más deslumbrante y arrobadora, les dará el encanto

que la verdad descarnada quizá les arrebataría.

La tradicion legendaria no se esclaviza, como la historia, en el yugo inquebrantable de la verdad, porque arrancan sus orígenes del sentimiento y de la imaginacion del pueblo; y ni la inteligencia más encumbrada podrá decir jamás, que las creaciones del sentimiento y de la imaginacion no tienen una base indestructible de verdad en el corazon y en el cerebro donde brotaron: la verdad poética es á la verdad histórica lo que la luz es al astro que la irradia: ambas tienen una existencia real, aunque se presenten á la mente con formas y colores distintos; así el observador que quisiera ver la masa compacta del planeta, tendría que amortiguar la luz intensa que le envuelve para percibir los contornos materiales; y el historiador que busca retratar los hechos positivos que constituyen la vida de una sociedad y de la humanidad, se vería obligado á cerrar sus ojos á los esplendores de la fábula, y sus oídos á las armonías embriagadoras con que los pueblos en la infancia rodean y embellecen los acontecimientos de su vida.

¡Qué espléndidos horizontes para la poesía y la leyenda nacionales, en las aventuras de los marinos que hicieron flotar nuestra bandera azul y blanca por todos los mares del mundo! ¡Cuánto fuego para encender y caldear las estrofas del poema, en aquellos com-

bates increíbles trabados en la inmensidad del océano, por un puñado de héroes que no tienen otro vínculo con la tierra que el sentimiento de su patriotismo y la fuerza del recuerdo ! ¡ Cuántos colores para la belleza estética, y para despertar la emocion y el entusiasmo, en aquellos dramas sangrientos envueltos por las nieblas y por el humo de los cañones, ó ahogados por el estrépito de las olas y el fragor de la pelea, en cuyo secreto nadie ha penetrado todavía, y cuyas armonías no fueron aún repetidas por el arpa del trovador de las leyendas argentinas !

• X

Pero antes de salir de este período tradicional, quiero volver á las cumbres y describir un personaje extraordinario de nuestra tradicion, que semejante á un espíritu de la leyenda bíblica, condenado á la prision de las rocas y del espacio que se levanta sobre ellas, ha asistido desde su trono nebuloso é inaccesible, á todas las evoluciones de las razas que han

---

poblado la América ; él ha presentido y ha visto la aparicion del primer hombre, conservando en su rigidez granítica el secreto que la ciencia busca con desesperacion ; él habitaba las cimas de los Andes cuando las primeras invasiones de los mares fueron á depositar en las laderas sus seculares despojos ; él fué el mensajero de los dioses nativos, y trajo á la tierra el anuncio de su génesis radiante, eligiendo su atalaya sobre las cimas más altas, para divisar en todos los horizontes los albores de las nuevas razas ; él contempló tambien con orgullo, y saludó con gritos de júbilo las expediciones de los primeros reyes que comenzaban á conquistar y reunir las asociaciones dispersas, bajo un solo cetro y una sola ley, y vió tambien levantarse dos naciones poderosas que debían elaborar una civilizacion y una historia, y puso sus augurios infalibles al servicio de los más grandes héroes ; su graznido pavoroso repetido por sus hijos en todas las cumbres del continente, fué el anuncio fatal de aquella invasion de extrañas gentes que esclavizó la tierra de su predileccion y de su gloria ; y cuando el último araucano y el último quichua sepultaron en el polvo su ensangrentada cerviz, él lanza un grito agudo de dolor que estremece la montaña, y se hunde en las cavernas tenebrosas á llorar la desventura y la muerte de los hijos de la América.

Tres siglos duró su duelo, encerrado en sus prisiones de granito, y durante ellos solo asomó su figura fatídica, cerniéndose sobre los abismos en la hora del crepúsculo como una nube negra, cuando el estruendo de los combates y las exhalaciones de la carne humana le anunciaban su festin sangriento. El Andes es su cuna, es su trono, es su pedestal, es su gloria y será su muerte; ha nacido del mismo impulso generador que modeló la montaña, y es como el espíritu alado que lleva al firmamento su ambicion de alturas; trasmite á los hombres y al continente, en sus acentos siniestros, las revelaciones de sus misterios, las voces de sus genios, la palabra de sus génesis cotidianos: el Cóndor es el profeta de la tierra que arranca sus revelaciones desde la cumbre encendida por el rayo.

La tradicion no dice qué ideas se forjaron los indios sobre ese pájaro extraordinario, que parece ser la encarnacion de un dios desterrado de su olimpo; pero si recordamos que la imaginacion era en el habitante de América la fuente de todas sus creencias, es fácil deducir que debieron considerarlo como una divinidad terrible que auguraba las alarmas, y devoraba despues, como un enemigo del género humano, los despojos de las batallas. La eterna sombra que envuelve su vida, la invisible altura donde cuelga su

nido, ó abre en la grieta una vivienda, debia engendrar en esos cerebros inclinados á las contemplaciones de la naturaleza, las ideas más informes y las deducciones más heterogéneas; y es imposible que en su mitología confusa, aquella ave gigantesca, de costumbres tan singulares, de fuerzas tan poderosas y vuelo tan elevado que se pierde en el firmamento, no fuera tenida como la personificacion de una divinidad, ó como la divinidad misma habitadora de las cumbres para comunicarse de cerca con el divino Sol.

Como tanta influencia ejercian en los actos de la vida indígena las supersticiones de índole religiosa; como el Cónдор parece ser, en efecto, el augur de las grandes inmolaciones, y como es el primer ser animado que percibe el rumor más leve que turba el silencio ó la quietud de la montaña, no es tampoco difícil que en las tradiciones primitivas ejerza un rol esencial como personaje mitológico; porque parece que los episodios de los Andes y su descripcion misma, sin que en ellos se destaque la enorme masa alada que nació del granito, y á quien un relámpago encendió la vida, fueran asuntos ajenos al teatro de la accion; ó que desapareciendo su silueta fantástica del pico nevado ó del abismo insondable, faltara á la tradicion el alma de la tierra, el genio de la montaña,

el profeta inspirado de la raza, la majestad de las cordilleras donde reina como soberano desde el principio de los tiempos.

Él ha inspirado á todos nuestros poetas que han cantado las glorias pátrias, y siempre se nos aparece en sus obras con la majestad que le dá su sombría existencia, por la grandeza de su vuelo y la inmensidad de su morada ; pero indudablemente es Andrade quien más alto levantó su fantasía para pintar á este extraño personaje de nuestras leyendas andinas y de la naturaleza americana.

El *Nido de Cóndores* es un poema colosal que encierra la magna poesía de las alturas, iluminada por las glorias nacionales. Hay en aquel viejo morador de la montaña un enjambre de ideas, un conjunto radiante de creaciones fantásticas, un mundo de sentimientos que bullen dentro de su corteza ruda, y que son tanto más profundos cuanto que no tienen otra expresion que un grito ronco y pavoroso. Es el profeta de la raza americana, que desde su elevacion invisible, ha presentado los futuros acontecimientos que van á libertar la tierra de sus amores ; y entónces, el fondo de aquel nido añejo comienza á estremecerse con inquietud nunca sentida, su fiebre se contagia á la prole, y todo el enjambre se remueve en el fondo del peñasco,

---

cual si fuera  
el corazon enfermo del abismo.

Una voz que sorprende en los caminos del monte,  
anunciaba la venida del héroe que habia de llevar su  
estandarte sobre la cima más alta, hasta entónces  
solo accesible á su vuelo; la vision profética es ya  
conocida de los hombres; la redencion se acerca: y  
entónces

lanzó ronco graznido,  
y fué á posar el ala fatigada  
sobre el desierto nido.  
Inquieto, tembloroso, como herido  
de fúnebre congoja,  
pasó la noche y sorprendióle el alba  
con la pupila roja!

El Cóndor es en nuestra epopeya andina la personificación más acabada de la gloria del héroe que la constituye con sus proezas. El poeta ha condensado en una sola estrofa este pensamiento que forma la esencia del gran poema legendario; no ha hecho más que esbozar, enunciar la idea, para que la epopeya nazca después de ella, como nació Minerva de un verso de Homero.

El ave de la cumbre ha visto ya al héroe de la montaña aproximarse á sus laderas en son de guerra,



y su instinto profético le da la revelacion del porvenir; el héroe á su vez contempla al rey de las aves americanas, el que más arriba levanta el vuelo, que tiene la garra más potente, que más años alienta sobre la tierra, y halla en él el símbolo de su gloria, que los contemporáneos habian de mancillar con la calumnia; porque en aquel cerebro rudo del buitre, cuyas ideas se encienden como áscuas en la pupila enrojecida, palpita el himno inmortal á la virtud immaculada; y la voz de la protesta de la naturaleza, de la raza y de las generaciones sepultadas por las antiguas luchas, parece que estalla en su ronco graznido que no tiene semejanza en los gritos de la tierra.

El saludó la victoria de Chacabuco en su lenguaje terriblemente sublime, y con algazara estrepitosa, la alegría de la montaña se manifiesta en todos los nidos colgados de sus rocas:

Lanzó el Cóndor un grito de alegría,  
grito inmenso de júbilo salvaje,  
y desplegando en la estension vacia  
su vistoso plumaje,  
fué esparciendo por sierras y por llanos  
jirones de estandartes castellanos!

Sigue la bandera de la patria, conducida en

triunfo por el héroe de las cumbres, hasta las últimas victorias que aseguraron para siempre la libertad de su suelo amado; como una divinidad propicia, escudriña los senos del abismo, y arranca de ellos la advertencia salvadora que asegura el triunfo; no parece sinó que descendiera en las horas de meditacion del Capitan, á comunicarle los avisos sobrenaturales, los votos secretos de la naturaleza, los anhelos de la raza oprimida, los pensamientos de los antiguos guerreros que se ajitan sin voz en el fondo de sus tumbas eternas.

Pero no ha concluido su mision sobre su suelo; ella será tan larga como la vida de la América, porque es su alma, su pensamiento, su fantasía, su profeta, y vivirá siempre alerta sobre las cumbres, espionando las amenazas del porvenir, anunciando las catástrofes de la historia, gozando con los progresos de la raza libertadora y llorando sus desventuras inevitables, conservando en lo más alto del espacio el depósito sagrado del recuerdo de aquellos hechos homéricos que le despertaron de su sueño de tres siglos. El vivirá tanto como la América, y semejante al cuervo de Leconte de Lisle, conservará la tradicion de los hechos humanos, de las guerras del pasado y del futuro, como un símbolo perpétuo y vivo de la pasion que arma á los hombres contra los hombres.

Pero su rostro granítico se cubrirá de tristeza y de furor, cada vez que los hijos de una misma patria se desgarran en batallas fratricidas. Entónces su grito no será la voz de la profecía inspirada, ni la nota salvaje del himno de victoria: será el grito de condenacion que en otro tiempo fulminó á Cain desde el seno de la nube tempestuosa. Su garra corva rasgará las entrañas de los vencidos y de los vencedores, y los pñdones de esas luchas irán á colgarse manchados en sangre sobre la roca perdida en las nieblas.

Es tambien el profeta de la justicia, y su pico férreo sabrá romper el cráneo de los déspotas que asesinan las libertades conquistadas con tanta hazaña inmortal, consagradas con tanto martirio sublime, idealizadas por el culto de un pueblo vigoroso nacido del fuego de las victorias. El dia que la libertad caiga envuelta para siempre en la sangre de los cadalsos, el Cóndor y su raza olímpica habrán concluido su mision extraordinaria sobre los destinos de América; y entónces se arrojarán, lanzando un último grito de desesperacion y de dolor, en los abismos de los cráteres hirvientes.

Entre tanto, y mientras al abrigo de la paz, los hijos de Mayo siguen sus evoluciones sorprendentes en las instituciones y en la cultura social, dejémosle

reposar tranquilo sobre su trono de nieves, guardando de los vientos intacta la huella de los héroes de Chacabuco, saludando las auroras tropicales con sus gritos de júbilo que son himnos inarticulados; y cuando la noche envuelve los continentes y los mares, encendiendo sobre la frente de las cimas los astros radiantes, dejémosle como le ha pintado el poeta:

Il râle de plaisir, il agite sa plume,  
Il érige son cou musculeux et pelé,  
Il s'enlève en fouettant l'âpre neige des Andes,  
Dans un cri rauque il monte où n'atteint pas le vent,  
Et, loin du globe noir, loin de l'astre vivant,  
Il dort dans l'air glacé, les ailes toutes grandes.



\_\_\_\_\_



## LIBRO CUARTO

I. Orígenes de la guerra civil. Las masas y su cultura. Disolución social. Poesía de la desgracia. La tradición en la cuarta época.— II. Una escena fantástica.— III. Rosas y su época.— IV. Facundo.— V. Aldao.— VI. Odiseas libertadoras. Corrientes. La Insurrección del Sud. Avellaneda y la *Liga del Norte*. Echeverría y sus poemas. Lavalle. Lamadrid. Sarmiento y Echeverría. Acha. Las cabezas de los mártires.— VII. El General Paz.— VIII. Caseros. Un cuadro final.

### I

**F**ue dicho cómo en medio de la lucha emancipadora venían asomando las sombras de nuestras desgracias nacionales, y cómo ellas tenían su origen en las mismas causas sociológicas que producían la independencia.

La fusión de las dos razas que dieron nacimiento a nuestra nacionalidad, obligando a elementos de di-

versa índole á formar un todo, no se verificó de una manera completa; y así se dibujan en el escenario de las luchas internas, dos clases de sociabilidad que no siempre debian hallarse en las mismas corrientes, y que muchas veces debian chocarse con estrago, teniendo cada una á hacer prevalecer su naturaleza propia.

Aquella clase social nacida directamente de las familias cultas que inmigraron al país, y que habia tenido la ventura de educarse en los colegios y en las prácticas de la civilizacion, conservaba, á pesar de las ideas republicanas y democráticas que fueron la bandera de la Revolucion, su predominio natural y legítimo en la direccion de la cosa pública y en la cultura nacional; y aquella otra masa inmensa que habitaba las campañas, dedicada al cultivo de la tierra ó á la cría del ganado, y en general, á las faenas rurales, y que habia quedado por su condicion, alejada de las influencias civilizadoras de las nuevas ideas, se mantenía aislada en el fondo de sus selvas, en la dilatada extension y monótona vida de los desiertos, formando en la soledad y en el abandono ese carácter reconcentrado y sombrío que luego estalla en la vida pública, y que llega á imponerse á la clase superior, por razon de la misma rudeza de sus fuerzas y del vigor extraordinario de su organizacion.

---

Esta es la única que vive del jugo de la tierra donde ha nacido, se asimila sus elementos, domina sus obstáculos y absorbe su sávia, y desenvolviéndose á costa de sí propia, llega á constituir en el fondo de sus vastas moradas una sociabilidad especial, que pasaba desapercibida para los que debian dirijirla ó gobernarla; y como en medio de estos comenzaba á diseñarse la descomposicion, pronto las corrientes de la sangre y del carácter nativos comenzaron á ocupar el espacio que aquellos dejaban vacío dentro de la nacion y de sus formas institucionales.

El equilibrio existe en los elementos sociales como en las fuerzas físicas; el vasto receptáculo de la nacion no puede estar vacío; y de este modo, cuando unos elementos se dispersan ó se disuelven perdiendo la densidad que los mantiene, otros más densos se levantan de la tierra para restablecer el equilibrio alterado. El colorido del conjunto se forma de la combinacion armónica de los colores parciales que la naturaleza pone en la paleta; el carácter nacional resulta de la suma de cualidades con que concurren las agrupaciones que forman la sociedad.

Pero si al realizar la union que ha de darles vida en un cuerpo solo, se pierde de vista las leyes suprémas de la estética que presiden todas las evoluciones humanas, y se dá á unos elementos más fuerza que



á otros, se habrá sembrado el gérmen de futuras conmociones que no dejarán de agitar ese cuerpo, hasta que la armonía se restablezca en la masa. Esas conmociones en la sociedad se traducen en guerras intestinas, en despotismos, en revoluciones, que siempre se manifiestan en su forma más violenta, porque nacen de la fatalidad de su origen; llevan en sí el sello de lo inevitable, la corona de una victoria sangrienta, la fuerza de la naturaleza desbordada, y porque son efectos de causas físicas y morales profundamente arraigadas en el pasado.

No es extraño también ver aparecer después de una guerra nacional, en que las fuerzas de un pueblo se ejercitan por la vez primera, manifestaciones divergentes que antes del período de la prueba no fueron conocidas; porque cuando una agrupación elabora su carácter bajo la paz y el silencio de una política de fuerza, nadie podrá marcar ni analizar cada uno de los elementos que lo constituyen, hasta que un gran sacudimiento general obliga á todas esas fuerzas parciales á exhibir sus formas y cualidades; lo mismo, cuando la semilla germina en el surco, no es posible advertir las materias que concurren á dar el color de la planta, sinó que el sábio espera la obra acabada de la naturaleza, y entónces, sacrificando sus hojas, la somete al análisis para obtener la necesaria

---

clasificacion. El sociólogo que estudia las leyes que presiden á la vida de los hombres, es como el naturalista que analiza con su microscopio los tejidos de la planta. El jurisconsulto levanta el monumento de sus leyes sobre los resultados de la investigacion sociológica ; y si no se procede por este sistema lógico y experimental, se tiene instituciones de formas más ó menos bellas y sábias en teoría, pero que raras veces son las derivaciones de la naturaleza misma de la sociedad que va á regirse por ellas, segun la fórmula enunciada ya por Montesquieu. Revoluciones inmensas ha costado á la humanidad el desconocimiento de este principio supremo, y ellas seguirán ajitándola, mientras la evolucion regeneradora no haya terminado en el carácter de las razas que hoy forman las grandes nacionalidades.

No somos, por cierto, nosotros los herederos de la mejor tradicion institucional entre los pueblos de la edad contemporánea ; y de ahí la violencia de nuestra Revolucion, y el séquito de disturbios y de infortunios que la siguieron como un cortejo fúnebre ; de ahí tambien el fenómeno operado en nuestra historia evolucionar : que el carácter nativo que realiza la ruptura de las antiguas formas, en una guerra en que puso de manifiesto un vigor extraordinario, una vez entregada á su propia accion, se disgregue y descon-

ponga en resortes múltiples y discordes, una vez que la fuerza poderosa de una organizacion guerrera deja de obrar sobre la masa en general, dando origen á la anarquía social y política que es el sello de la cuarta época de nuestra historia.

Es en nosotros que podía estudiarse esa série de leyes que presiden la formacion de las nacionalidades, en su aspecto más complicado, por la diversidad de factores que entran en el producto final, por la variedad de fenómenos que la revolucion puso de relieve, y por las reacciones tan formidables, que han traído por último la república á una forma institucional que parece duradera, y á una forma social que parece ya arraigarse en el fondo del carácter.

Llevamos en nuestra sangre una doble herencia, y en nuestros hábitos la tradicion de la tierra donde dos razas dieron sus frutos y plantaron los fundamentos de las naciones del porvenir; y esa sangre y esos hábitos son causas no muy remotas de la dispersion de fuerzas que trajo la época de la anarquía, con todo su terrible cúmulo de desastres, que parecían desatarse sobre la cabeza de la nacion revolucionaria, con una tenacidad digna de más grandes cosas.

Muchos de los hombres nacidos en el seno de las masas, y sometidos á la educacion monástica de los colegios coloniales, adquirieron en la pesada atmós-

fera de los claustros esas enfermedades que trastornaban sus cerebros, llenando sus espíritus de sombras, manteniéndoles aislados de la vida activa y engendrando en ellos ese ódio secreto contra todo lo que no alentaba con su ambiente.

La atmósfera, la ríjida disciplina de sus escuelas, sostenida con el terror de los castigos eternos, con el peso inmenso de la obediencia pasiva, y sin que el genio ni la imaginación tuvieran la menor amplitud para sus expansiones naturales, les habían educado en los sistemas absolutos, que luego ellos aplicaban en la reducida esfera de la ciudad, ó en el gobierno de las multitudes indisciplinadas.

Es una verdad indiscutible que la libertad absoluta se toca en sus extremos con el despotismo, puesto que en esa lucha de fuerzas individuales, predomina la más educada, siquiera sea en el método más vicioso; y es por eso que vemos despues de la Revolución, en que todas se armonizan en el combate, levantarse esos pequeños tiranos que aislando las masas en agrupaciones antagónicas, acaban por romper, en el fondo, la unidad creada por aquella.

Pero esta división interna no fué aislada ni anormal, sinó que fué provocada por la mala dirección impresa desde el centro del gobierno, donde nacióron las ambiciones, las rivalidades, las intrigas, que no solo

llevan el desaliento al pueblo, sinó que se ensañan contra los mismos héroes que habian libertado la América : Belgrano muere en el abandono ; Moreno espira en medio del océano, envuelto en las tinieblas de un desengaño profundo que le habian causado los hombres ; San Martin, el héroe intachable é invencible, es herido tambien por la calumnia infame que le obliga á alejarse para siempre de la patria. ¿ Qué extraño, pues, que los caudillos de las turbas que veian estrellarse sus aspiraciones y sus ímpetus en la impotencia y la esterilidad, y sin la fuerza moral de las grandes virtudes, convirtieran en ódio y en esterminio un sentimiento que aquellos llevaban al sacrificio ?

Las masas de aquel tiempo eran formidables en sus movimientos, porque llevaban la fuerza semi-bárbara, con todo su empuje ingobernado, contra las milicias educadas en las reglas de la guerra, pero cuyo poder estriba en la disciplina y en el arte de los enemigos ; ellas sacaban esa fuerza irresistible del contacto con la tierra, de su aislamiento, y de una pasión ardiente por la autonomía del suelo donde nacieron, sin que llegaran á comprender los principios fundamentales de un gobierno constitucional, en tal ó cual sistema, pero que hubieran llegado á él, siendo dirigidas con orden y de acuerdo con sus tendencias.

Sucedía con ellas lo que con las selvas tropicales, donde la fuerza expansiva de la naturaleza hace que sus ramas se extiendan sin medida, hasta cubrir por entero la llanura, y aún las moradas del hombre, obstruyendo los caminos y esterilizando la tierra misma para el cultivo. Si la mano del labrador no poda los árboles, y distribuye la sávia de una manera sistemática, las enredaderas embarazan el desarrollo normal de las otras plantas, y se forman esas tupidas madejas que luego el hacha puede apenas destruir.

Libradas á su impulso propio, las turbas populares fueron invadiendo las ciudades, como la maleza invade las ruinas; y sus caudillos fueron apoderándose del gobierno, que ejercitaban sobre la gente culta, por cierto inspirados en sus pasiones de aversión y de odio, forjadas en el curso de sus largas luchas y de su abandono. Así se resucitaba, de esa manera tan ruda é informe, la idea de las autonomías comunales destruidas por la Revolución; y hasta las antiguas provincias que formaban el vireinato se segregaron de la masa uniforme, para constituir autonomías desligadas de todo vínculo de obediencia, y llegando á encarnar esa division en el sentimiento social, que tendía á mirar á los hijos de provincias vecinas como extranjeros ó como cnemigós, segun el estado de sus relaciones políticas. Desnudas de toda

nocion constitucional, seguían las inspiraciones del caudillo más prestigioso y valiente, que se lanzaba con ellos á las empresas más arriesgadas y difíciles, porque cuando no hay organizacion política, ni ideales sociales, la pasion es la única regla de criterio en la vida comun.

Y aquellos caudillos tenían su origen en la esencia de esas masas ; nacían de su alma como una necesidad y una consecuencia lógica de su largo contacto y compañerismo ; dedicados en cuerpo y en espíritu á participar de sus miserias, de sus desgracias, de sus triunfos, siquiera fueran efimeros, y lanzándose en medio de la revuelta, armados como ellos, y animados como ellos del mismo entusiasmo, pronto su bravura y su arrojo temerarios levantaban en sus imaginaciones escitadas por la enfermedad de la época, una admiracion y un amor extraordinarios, y llegaban fácilmente á sustituir á su voluntad la de sus gefes.

La naturaleza de nuestro suelo favorecía esas tendencias, y daba un teatro aparente á sus correrías devastadoras y sangrientas ; la inmensidad de las llanuras interiores, donde la accion del gobierno central tardaba en llegar, ó llegaba debilitada por la fatiga, eran espacio á propósito para el desenfreno de sus pasiones ; y montados sobre el caballo adiestrado

para la corrida y la pelea, y reunidos en enormes turbas armadas de lanzas de los bosques nativos, de aquellas mismas con que combatieron en Tucuman por la causa comun, sus cargas se asemejaban al vendabal que levanta todo el polvo del desierto. A su aspecto, las poblaciones huian á refugiarse en los parajes más ocultos, y las montañas y las selvas espesas, donde en otro tiempo reinó la solemne calma de la naturaleza vírgen, se convirtieron en morada del terror y del espanto.

Por otra parte, la vida militar, llevada sin trégua desde los primeros dias del siglo, había alejado de las faenas rústicas los brazos viriles, y la tierra abandonada por tanto tiempo, no daba á aquella enorme masa de poblacion ambulante el alimento necesario para la subsistencia ; y de tal manera, perdidos los hábitos del trabajo, sus hordas se dedicaban al saqueo de la propiedad ajena, de aquellas gentes sosegadas que habían heredado la fortuna de sus mayores, y que solo se ocupaban de conservarla. Pero, perdido el respeto de la propiedad, se pierde tambien el del hogar que ella sustenta y anima con sus frutos : lo que al principio fué un tributo forzoso para la guerra de la emancipacion, fué luego el objeto de las devastaciones famélicas de la soldadesca enfurecida ; y por último, los hogares y las personas ca-



yeron sin piedad al golpe del sable y de la lanza tristemente memorables. Sus gefes no tenían los medios materiales ni legales de alimentar el cuerpo ni las pasiones de sus secuaces, y su sistema de ganar su afecto y su adhesion, no era otro que lanzarlos al exterminio y al pillaje.

No obstante, dentro de la corteza bruta de esas gentes, existian dos sentimientos hermanados de una manera singular, y que tenían su origen en la tradicion y en la tierra misma: el sentimiento de la religion y el de la patria; pero uno y otro, arraigando profundamente en sus espíritus informes, revestian las formas más originales y dignas del estudio filosófico. La religion de ese gauchito degenerado consistía en una idea vaga de los principios que animan la creencia, pero si arraigaban en su alma con fuerza las supersticiones estúpidas, degradadas por el alejamiento de los centros cultos. Dominando en ellos el instinto más que la inteligencia, la pasion más que el raciocinio, su religion eran, en verdad, su rencor ó su ambicion, y las creencias solo ocupaban su cerebro como una reminiscencia de las pasadas prácticas, que aún en el ejército de Belgrano se usaban con una estrictez bien rigurosa, que era de desear hubiera empleado más en conservar la disciplina militar, para evitar la desmoralizacion que comenzó á

minar su ejército, y de que son una prueba los desastres de Vilcapugio, Ayouma y Sipe-Sipe.

Era, pues, inútil esperar que la religion suavizara esos caracteres forjados de la corteza invulnerable del árbol secular, apenas esbozados por el hacha rústica del artista salvaje; antes bien, en nombre de ella y de sus divinidades, las cabezas indefensas rodaban ensangrentadas, ó se exponian sobre los árboles de los caminos para escarmiento, ó mejor dicho, para terror de las gentes que osaran resistir sus formidables arremetidas. La sangre derramada, los cultivos devastados, los hogares incendiados, lejos de levantar un remordimento, revestian ante su conciencia el sello de una expiacion necesaria, de una inmolacion santa para aplacar las iras celestes. Me recuerdan á aquellos señores de la Edad Media, que los reyes de España enviaban á las fortalezas distantes para detener las invasiones musulmanas, y allí, dueños absolutos de sus súbditos y de sus tierras, se entregaban al pillaje descarado y á la violacion del honor y del derecho, sin ley y sin control; ó bien, á aquel feroz cazador de Walter Scott, que enfurecido y cegado por la pasion de la caza, desata su jauría hambrienta y su séquito terrible sobre heredades y aldeas, sin que detengan su vértigo sangriento ni los cadáveres que ruedan bajo los cascos de sus corceles

jadcentes, ni la llama del incendio que revienta bajo su paso y abrasa la llanura: verdaderas creaciones infernales que la poesía ha adornado con sus galas inmarcesibles, la tradicion las ha conservado como una huella de esa época, en que la sangre noble llevaba el dominio sobre los semejantes, como si los que la tenían fueran ungidos por algun divino señor de todas las cosas y de los hombres.

Pero no sucedió lo mismo con la nocion de la patria que cada uno de nuestros gauchos llevaba encarnada en su ser. Aunque reducida á la fórmula primitiva, y animada con el fuego de su naturaleza semi-salvaje, ella comprendía todos los recuerdos, los sentimientos, las glorias, los ideales que aún no se habian borrado de la memoria; porque las batallas innumerables en que siempre vencieron en nombre de esa patria, estaban todavia muy cercanas en el tiempo, y porque en todas las épocas, aún las más tenebrosas de nuestra historia, jamás el amor á la tierra nativa se desvaneció un momento. Sus guerras intestinas, sus devastaciones y sus matanzas, no eran una consecuencia de la relajacion del sentimiento patriótico, sinó un fruto de la ignorancia estimulada por el aislamiento, y convertida en accion por las ambiciones de gefes no menos ignorantes, aunque sí más astutos que la multitud inconsciente. Su adhe-

sion á la causa de la Revolucion, el amor que sintieron por los héroes que los inflamaban con su palabra y los edificaban con su ejemplo, las recompensas de la opinion pública que los coronaba de laureles y de ovaciones, el orgullo de sus victorias inmortales, eran causas profundas para que su patriotismo no se desvaneciera en ellos del todo. Pero lo que nada podia evitar, era que ese sentimiento se tiñera con los colores de la época, que adquiriera formas nuevas en armonía con su nivel moral, deprimido ya á consecuencia de haber desaparecido aquellos que supieron mantenerlo en pié, y que rodara confundido en la ola de sangre que sus hordas derramaron en toda la extension del país.

Todos sus alzamientos y rebeliones, sus bárbaras exacciones y sus invasiones feroces, iban dirigidos contra los que ellos llamaron los enemigos de la patria, y aunque algunos de sus caudillos tuvieron intenciones perversas y ambiciones criminales, la masa que obedecia sus sugerencias malditas, no veia sinó la razon aparente que ellos ponían ante sus ojos con todo el color de la verdad ; y la causa que obraba en el cerebro de las masas, nó era la misma que engendraba las decisiones de sus caudillos. El sentimiento es el mismo, pero la direccion que recibía le transformaba en horribles apariencias; y es estu-

diando lo íntimo del carácter y del estado social de aquel tiempo, que se puede llegar á descubrir que las masas no eran propiamente feroces y sanguinarias, porque ellas por sí mismas no meditaron sus acciones, obrando de propia voluntad, sinó que las causas fatales que arrastraban á sus gefes ó á sus gobiernos, obraban tambien sobre ellas de una manera refleja, por medio de la obediencia pasiva del militar acostumbrado á la vida sin trégua de los combates.

Cuando pensamos que desde los primeros pasos de la Revolucion, comenzaron á dibujarse los antagonismos que luego estallaron con siniestro estrago en los caudillos y en las masas, no podemos sinó asombrarnos de cómo no sucumbió en medio de tanta influencia enervante la causa de la libertad, y admirar con mayor entusiasmo aquellos hombres extraordinarios que supieron mantener los ejércitos unidos y disciplinados, en medio de la vorágine de tanta pasion encontrada. “ Había llégado ese momento terrible para las revoluciones que se desenvuelven desordenadamente y por instinto ; ese momento en que el bien y el mal se confunden ; en que las conciencias más firmes trepidan, en que las malas pasiones neutralizan la influencia saludable de los principios, y en que cada bando se apodera de una parte de la razon y de la conveniencia social, como de los jirones de una

bandera despedazada en medio de la lucha , pero sin que ninguno de ellos pueda decirse el verdadero y único representante de la razon " (1).

Era el período de la organizacion interna que sigue al del combate : en este las ambiciones personales, no siendo aquellos nobles estímulos del heroismo, no tienen tiempo de manifestarse, porque todas las fuerzas sociales se emplean en una operacion única ; pero allí asoman los intereses más ó menos definidos que concurren á formar la constitucion política, y con los intereses colectivos, aparecen en todo su vigor las pasiones de los hombres que los representan y de los que son su alma y accion. Todas las formas se experimentan, todos los sistemas se prueban, segun que los intereses de uno ú otro bando resultan triunfantes ; y cada uno de estos experimentos, verificados por bandos diferentes, significa una revolucion y un nuevo abismo abierto en el camino de la libertad.

Entónces nacen esos tipos genuinos de nuestra historia, denominados " montoneros ", que se adueñan del país y sicmbran el terror á su paso ; entónces aparece aquel *Año Veinte*, durante el cual " Lopez y Ramirez entran á Buenos Aires con sus escoltas de salvajes, cuyo aspecto agreste imponía á las pobla-

(1) MITRE, *Historia de Belgrano*, t. II, c. XXVII.

ciones, y atan sus caballos en las rejas de la pirámide de Mayo. Ese *Año Veinte* puede considerarse en la historia como un verdadero acceso de exaltación maníaca general, rabiosa y desordenada, como el momento supremo en que un delirio agudísimo y brutal rompe en todos los cerebros ese equilibrio benéfico que constituye la razón" (1). Entonces comienzan á asomar su cabeza inculta, semejante á la fiera de la selva, los monstruos de crueldad que cebaron su rabia loca en las miserables aldeas de las campañas, y con más tenacidad y barbarie, en la clase elevada y culta de la nación, como si se hubieran propuesto, no solo destruir la obra consumada por la Revolución, sinó matar en germen, en su infancia, los nuevos destinos nacidos de ella.

Pero no es mi propósito escribir historia, sinó acumular los hechos y los principios, los cuadros y los elementos que han de dar el tono á la leyenda nacional de la época; no juzgo los sucesos ni los hombres, sinó para descubrir en el laberinto de las luchas pasadas la odisea del sentimiento argentino, unas veces levantándose á las alturas ideales de la epopeya en las almas de los héroes, en las grandes abnegaciones de la virtud cívica y en los triunfos de la li-

(1) RAMOS MEJIA, *Neurosis célebrés*, Parte 1, p. 75.

bertad, otras, rodando como el peñasco desprendido de la cumbre durante la noche de tormenta, en el abismo de la anarquía, y en las olas de sangre que las luchas interiores arrojan en los cauces de nuestra historia. Y á la verdad, que las narraciones de tanta tragedia horrible, de tanta inmolacion feroz en las aras de una pasion perversa y criminal, de tanta calamidad como sacudió al cuerpo enfermo de nuestra sociabilidad, son asuntos dignos de la musa de los dolores nacionales que enseña á amar á la patria y á defenderla de nuevos infortunios.

No todo es luz y gloria en la vida de los pueblos, como no todo es aurora y armonías en la naturaleza: la sombra y la desgracia enseñan á amar los términos opuestos, como la noche y los fragores siniestros de la tierra y sus convulsiones fatales, enseñan á percibir y gozar de los encantos que las horas apacibles derraman sobre el espíritu.

Asi, despues de los períodos brillantes en que los himnos de victoria, los cantos de alegría y las evocaciones fantásticas de los héroes nacionales pueblan la atmósfera de acordes gigantescos y de imágenes deslumbrantes, vienen los lúgubres acentos de los oprimidos, los aullidos de las pasiones desenfrenadas, los gemidos de dolor, los fantasmas ensangrentados de los verdugos y de los tiranos. En aquellos



el alma se ensancha, aspira perfumes embriagadores, vibra el éco delicioso de las armonías celestes y concibe sueños de gloria y de grandeza; en los segundos, el espíritu se concentra en sí mismo como envuelto en un jiron de la tiniebla; se percibe con estremecimientos de horror, los infernales ruidos que hacen los fuegos interiores de la tierra, y los ayes de las muchedumbres sacrificadas; asaltan la imaginacion esos sueños ajitados que llenan el alma de presentimientos sombríos, y ahogan en el labio del hijo dé los bosques y de las montañas, la cancion sencilla con que saluda las maravillas de la luz y los encantos de la belleza inanimada.

Los pueblos, como los hombres, aman y odian, cantan y gimen, bendicen y condenan, y cada sentimiento es más vivo á medida que su contrario crece en intensidad: así, ellos aman los héroes que les dieron gloria, y cantan sus triunfos en notas inmensas que llenan el espacio, cómo aborrecen sus tiranos, y fulminan su condenacion eterna sobre sus maldades, y los cantos de dolor que arranca su recuerdo van á repercutir con el sordo estrépito de los truenos en el seno de la sombra. Si las épocas de gloria y de libertad brillan en la historia con luces matinales, y sus tradiciones confortan los espíritus con el bálsamo de los recuerdos, aquellos en que la desgracia y el dolor

los enlutaron, se presentan como la noche llena de visiones informes, de ruidos siniestros, de cataclismos estruendosos. La poesía en aquellos es sonriente como la naturaleza en el alba, y en éstos es dolorida como los ecos de las tinieblas, en que los cantares de las selvas se visten de la oscura y melancólica tinta de los misterios.

La literatura de un pueblo es una copia de su naturaleza y de su historia, y lleva en sus creaciones todas las influencias que ellas ejercen sobre los espíritus, los colores ya deslumbrantes, ya sombríos, que combinados, dan al conjunto la animacion de la vida. Todas las épocas tienen sus artistas, como todas las zonas y todos los climas de la tierra tienen sus cantores salvajes, y hasta ahora el corazon humano no ha podido decir cuál poesía le deleita más, qué sueños y fantasías le extasían con mayor arrobamiento, qué notas y acordes sacuden sus fibras con más intensidad.

Nosotros hemos recorrido ya todos los tonos de la vasta escala que comienza con la naturaleza primitiva, y se pierde sin límite conocido en el futuro; la historia y la tradición han iluminado el pasado, y hecho resucitar sus cantos y sus sueños vírgenes en la alborada, vigorosos y estentóreos durante la lucha de las conquistas militares, tristes y gemidores du-

rante la opresion, grandiosos y desbordantes cuando saludaron la aparicion de la libertad. Oigamos ahora que hemos llegado á la edad de los dolores supremos, las profundas lamentaciones de la musa nacional, que arranca sus notas del cuadro iluminado por el resplandor rojizo de la luz que se refleja en la sangre.

Aunque la literatura tradicional se forma de los recuerdos de épocas lejanas, porque solo así sus relatos se vuelven atrayentes, y cautiva la imaginacion con sus creaciones que suplen los vacíos de la historia, no sucede lo mismo entre nosotros, donde la memoria de los hechos luctuosos de la anarquía se va perdiendo bajo el polvo que las conquistas diarias de la civilizacion amontonan sobre las huellas de aquel tiempo; las convulsiones internas, que como los vientos encerrados en los senos estrechos de la montaña, revolviéron hasta el fondo los rastros del pasado, son causa para que la narración legendaria se vista con los colores fantásticos de la poesía, y para que los cuadros de la época se nos presenten como los de tiempos remotos, envueltos en la atmósfera nebulosa de las fábulas. El carácter de los personajes, la variedad del vasto escenario en que actuaron, la soledad y la distancia, desde donde los ecos de las muchedumbres nos llegan confundidos con los rumores

de la tierra, dan asimismo al relato todo el interés de esos asuntos fantásticos de Schiller ó de Shakespeare, en que elevaron la leyenda fabulosa á la forma clásica de la tragedia.

Cada uno de esos caudillos que arrastraban como fascinadas por un poder infernal á las turbamultas enceguecidas por la matanza, es un personaje tallado en el molde de los héroes del terror que han immortalizado los poetas ; y cada uno de los jefes que al frente de las milicias civilizadas se lanzaban al encuentro de aquellos torrentes devastadores, internándose en la inmensidad de los llanos desolados, y yendo á perseguir á esas fieras en la puerta misma de sus guaridas, son los héroes de la libertad, que aún se mantienen en pié, despues de sus victorias innumerables, para salvarla de nuevo del naufragio y del incendio.

Las generaciones actuales, embriagadas por las armonías del progreso que cada día presenta nuevos espectáculos á su avidez de emociones, han perdido de vista las siluetas fatídicas de los mónstruos que desgarraron el corazon de sus padres, y al olvidarlos, han interrumpido la tradición patria cubriéndola con un velo denso, como si con este recurso engañoso, los efectos de aquellas causas hubieran de desaparecer de nuestra sociabilidad : ellos creen sin duda que ca-

llándolos conseguirán sepultarlos, pero desconocen una ley infalible de la evolución humana, por la que cada época deja su semilla en el corazón de las razas. La cultura puede atenuar y transformar sus efectos en formas más pulidas y con matices más suaves, pero siempre sus facetas aparecen en el porvenir, como un rayo del sol poniente dorando la nube que se acuesta en el horizonte opuesto. Olvidan también que los pueblos deben conservar la tradición de sus tiranos y de sus dolores, como conservan las de sus héroes y sus victorias; y nada hay que estreche tanto los vínculos fraternales entre los hombres como el recuerdo de una desgracia común.

Y cuando el amor de la patria existe ya arraigado en el corazón de la sociedad, las escenas y los autores de sus miserias pasadas, al levantarse en su mente con todo su aparato doloroso, son como una voz profética que, hablando desde la tiniebla, enciende ese sentimiento de protesta eterna que no debe jamás desvanecerse, porque es la expresión de la virtud y de la moral cívicas, sobre las que se cimenta la libertad. Lejos de relegar al olvido la tradición de las desgracias públicas, ellas deben narrarse con el estilo ardiente de la lucha y de la condenación, para que destacándose esas figuras siniestras sobre el cuadro luminoso de las glorias nacionales, brillen estas con esplendor radiante e inextinguible.

El niño que recibe las primeras lecciones sobre el pasado, y las primeras revelaciones de esa religión del patriotismo que le preparará á las grandes virtudes, sentirá en su corazón vírgen ese estremecimiento sublime, que producen en las naturalezas delicadas la vista de un mónstruo, el éco de una nota destemplada y satánica, y el aspecto de las deformidades morales que hicieron con golpe rudo y seco las facultades estéticas; y en las manifestaciones primitivas de sus ideas y sentimientos embrionarios, vereis siempre asomar la imágen de los tiranos y los cuadros de sangre, provocando unas veces el llanto, otras el horror, pero siempre la impresión dolorosa; en su lenguaje balbuciente interrumpirá el relato para decirnos que él no ama á ese hombre que mata á sus semejantes, ó que admira al héroe que le deslumbra con un rasgo de valor ó de magnanimidad. Y el niño es el templo donde los grandes sentimientos y donde las virtudes más excelsas deben depositarse con religioso cuidado, á la manera que los perfumes y cantares místicos se derraman en los umbrales del santuario, donde se guarda la idea inmaculada, la esencia divina que los pueblos adoran como su Dios.

Entrémos sin temor en el revuelto caos de nuestras tradiciones de sangre, é iluminemos los rostros fatídicos de los tiranos cuyos restos yacen dispersos en la

llanura donde cayeron bajo la traicion de sus propios esbirros, ó bajo el golpe formidable del héroe que los persiguió en nombre de la justicia. El horror de la escena encendida desde aquí, renovará los nobles y magnánimos furores que sus maldades y sus crímenes provocaron en las almas grandes, y amaremos más nuestras glorias, nuestra libertad, nuestra union nacional, cuanto más desgracias y dolores recordemos.

El espectáculo de la patria desgarrada por sus hijos dispersos y ensañados con sus hermanos, nos impulsará á estrecharnos en un abrazo sublime, bajo de un cielo sonriente, y poblado de las armonías que la libertad evoca con su sombra bienhechora y fecunda.

## II

Imaginemos una escena fantástica. El teatro es la inmensa estension de nuestro territorio, envuelto en las sombras de la noche; en el fondo, como una nube blanca que bañara un haz de luz, se divisa una cima de los Andes cubierta de nieve, á cuyo alrededor cen-

tellean los astros; la naturaleza ha enmudecido esperando ansiosa y con estremecimientos secretos el principio del espectáculo; el coloso sombrío en su base, va aclarándose á medida que la vista se remonta á la cumbre; los valles, los llanos y los rios distantes se vislumbran apenas en ese fondo nebuloso que presenta la tierra cuando se la contempla de las grandes alturas; vagos aleteos, rumores lejanos como una conversacion trabada por los seres invisibles de la tinicbla, se siente bullir en el seno oscuro que se dilata sin término.

De súbito una vision, envuelta en jirones de luz plateada, aparece sobre la cúspide, é ilumina todo el vasto y tenebroso cuadro; los cantos de la naturaleza entonan un coro jigantesco que llena los espacios insondables, y la armonía la adormece derramando los sueños y las fantasías tropicales: el Genio de la Libertad ha aparecido en la cumbre, y va á comenzar la evocacion profética del pasado.

Entónces aparecen á su vista con sus contornos definidos y claros los anteriores sucesos, con los hombres que fueron su alma; Buenos Aires se dibuja en el límite de la tierra, como un astro que sale de los mares, y en sus playas bulle una multitud entusiasta, como un enjambre ajitado de repente en su nido, y sus gritos de libertad llegan hasta la cima, como la



música de mundos ignotos ; más cerca, sobre los rios que ya con la luz resplandecen como rayos de luna sobre una vasta penumbra, y sobre las llanuras que se extienden hácia las ciudades y las regiones donde en otro tiempo se levantó el trono de los Incas, se ven cruzar, como fuegos errantes, los bajeles y los jinetes de las primeras victorias; y San Lorenzo, Tucuman y Salta se destacan en el vacío, semejantes á cometas en cuyo núcleo hirviera una convulsion volcánica. El cuadro cambia en seguida, y la accion se traslada á la cumbre misma, donde la vision fantástica hace sus evocaciones maravillosas. Un ejército numeroso comienza á ascender las laderas escarpadas, en medio de los redobles y de las dianas que parecen anunciar una victoria próxima ; el monte se sacude dulcemente como impresionado por una caricia enamorada, porque los tambores y los clarines repercuten en sus fibras metálicas, y multiplican la intensidad de las vibraciones musicales ; semejante á una llama que sube encendiendo los árboles, la larga hilera de las tropas se desliza sin solución de continuidad sobre las rocas ; el magnífico espectáculo va disolviéndose á medida que los últimos grupos de guerreros van trasmontando la cima, y que los ruidos marciales van alejándose.

El cuadro queda otra vez en silencio, hasta que

una serie de detonaciones gigantescas anuncia que en el lado opuesto, en medio de las serranías, se libra una gran batalla; pronto los clarines resueñan de nuevo, los cañones disparan salvas, y un rumor inmenso de multitudes, semejante á un himno de los mares, indica que una victoria ha coronado de inmortalidad al ejército fantástico: y en medio de esos rumores se oye un nombre, y el Genio que durante la escena se mantuvo de pié sobre su pedestal de nieve, repite aquel nombre que se dilata sobre ondas de armonía hasta los ámbitos remotos. Una conmoción universal ajitó la extensión de los horizontes: aquello era el anuncio de que el gran misterio se había realizado.

Largo tiempo continuaron los sacudimientos del granito, las agitaciones estrañas de la llanura: había en toda la tierra un hervor no interrumpido, y revelaba que en los términos lejanos, aquel ejército misterioso que trasmontó los Andes, seguía su marcha de prodigios en todas partes. Estruendos repentinos anunciaban á intervalos cada una de sus victorias.

Pero luego la luz se amortigua por grados, como cuando el sol va bajando al ocaso; y aquella luz blanca comiënza á teñirse con los colores rojizos del crepúsculo. Una llama deslumbrante atraviesa todo el escenario del Norte á Sud, y se pierde en el hori-

zonte del Este : el héroe que las multitudes aclamaron en la victoria de Chacabuco, y que el Genio de la cumbre saludó con su palabra profética, ha abandonado la escena y ha desaparecido para no volver.

Una inquietud horrible se apodera de todos los seres que habitan aquella noche fantástica; los cantos se vuelven melancólicos, y la luz que irradiaba el Genio desde la altura, se cambia en un foco rojo semejante al hierro candente. Una atmósfera infernal cubre la escena, y allí, desaparramadas sobre la llanura, se ven brotar columnas de humo iluminadas por la luz sangrienta que forma el fondo del cuadro. Luchas sordas, como los cataclismos interiores que destruyen las masas siderales, se han sucedido en aquel espacio intermedio; y aquellas espirales de humo rojizo se levantan de los campos de batalla donde pelearon los hijos de una misma patria, y que la vista apenas percibe.

Un clarín estridente que hiela de terror las fibras, estalla de pronto sobre la cumbre : el Genio ha dado la señal de la evocación que va á llenar la segunda etapa de ese drama sublime. La atención se dirige entonces hácia la altura, que por una mágica evolución, aparece tan próxima á todas las miradas, que casi podrían tocarse las rocas, semejantes á carbones encendidos por la luz que las baña. Las fosas ardien-

tes, de donde las columnas de humo se levantaban, se abren de repente para dar paso á las sombras de los tiranos que allí sacrificaron é inmolaron á sus hermanos, en el ara maldita de sus ambiciones perversas. La evocacion ha arrancado un rujido espantoso de todos los antros de la montaña y de la llanura; y aquellos fantasmas odiosos, formados de uno en uno, comienzan su ascension en medio de gritos de rabia que les ensordecen, y como atraídos por una fuerza magnética que tuviera su foco en la cima donde el Genio les espera, semejante al juez que debe juzgar á los muertos, segun las religiones de los pueblos orientales. Todos ellos llevan con horror los atributos de ese poderío fatal con que devastaron la tierra y mancharon los hogares inocentes, y de vez en cuando las multitudes enfurecidas arrancan los pedazos de su túnica mortuoria, ó de los vestidos que llevaron en sus invasiones y en sus matanzas.

Allí van agobiados bajo el peso de sus crímenes, con la mirada fija en la tierra y el paso inseguro, desde los ambiciosos que sacrificaron á sus pasiones la causa de la Revolucion, hasta los últimos caudillos que levantaron la oprobiosa bandera de la separacion de las regiones parciales, alegando una autonomía que no podian comprender, y llevando su tenacidad hasta el extremo que debilitaban á sabiendas las fuerzas de la

guerra, puesto que ocupaban en luchas internas, en querellas domésticas, los soldados que debían á la patria comun.

El Genio les espera con la mirada fija en sus rostros, como una espada de fuego, y al llegar á los piés de su trono, marca en sus frentes el estigma de la condenación eterna; y cada vez que la señal candente quema el hueso del malvado, un murmullo inmenso se levanta de la llanura y de las montañas, desde las faldas de los Andes hasta las riberas del Atlántico, y es la voz de la naturaleza que confirma el fallo de la justicia sobre esa enorme tribuna donde se sienta el juez. Aquellos espectros van pasando uno á uno, semejantes á las sombras que las brujas evocaban delante de Macbeth, y cuando han recibido la sentencia que les relega entre los fulminados por la historia, una ráfaga ardiente les arrebatada de súbito de la cumbre, hácia abismos desconocidos cuyas tinieblas oscurecen el fondo de la escena.

Y aquel juicio fantástico ejecutado en medio de la noche, envuelta en la luz de llamas que destella el juez implacable, es una reproduccion del que la historia formará á cada uno de los hombres que actuaron en nuestra evolucion política desde la Revolucion hasta el presente, y que se repetirá al fin de cada

época. Pero ninguna dió á la escena más horrores, ni llenó el espacio de aullidos más feroces, ni arrancó del fondo del granito conmociones más terribles, que aquella tenebrosa y sangrienta edad en que, rotos los vínculos nacionales forjados en las batallas, se lanzaron las turbas enfurecidas y sin freno á vagar por las soledades de los desiertos, donde bebían sus siniestras inspiraciones, á talar los campos como el incendio, á derribar los muros de las ciudades y á levantar cadalsos en las plazas, donde en otros tiempos se apiñaron sus tranquilos moradores á peticionar en nombre de sus libertades comunales y de derechos más altos que, es verdad, solo asomaban en el estrecho recinto del municipio, y para los que no llevaban sangre indígena, pero no por eso dejaban de ser derechos que favorecían á una raza.

En cambio, en nuestra edad media nacional, y despues de haber destruido las desigualdades de raza, aquellas antiguas libertades locales se convierten en autonomías políticas que abarcan todos los dominios del gobierno, sin más ideal que las ambiciones personales de los jefes semi-bárbaros, sin más forma de gobierno que la fraternidad y el campamento de la horda invasora, sin otra base sociológica que los residuos enfermizos de otra época, fecundados, además, por una naturaleza exhuberante y avasalladora

que influye en el organismo de las masas rurales con fuerza extraordinaria.

No hay una seccion del país donde el estrépito de la soldadesca no mantenga en perpétua agitacion la tierra, ni ciudad donde no se asile el terror de la expectativa. Una fiebre mortal consume la sociedad, aniquilada ya por una guerra titánica. El sentimiento nacional que durante ella había vibrado con sus cuerdas más sublimes, desde el idilio hasta la epopeya, parecía concentrarse en el recinto del hogar, y sus manifestaciones solo eran una lágrima de desesperacion ó un grito de espanto. En las campañas donde antes el clarin congregaba los héroes nativos, montados con la bizarría de un árabe del desierto sobre el caballo de la pampa, brotaban como la maleza dañina las turbas hambrientas de matanza, degeneradas por la muerte de la disciplina y de la moral guerreras, y se lanzaban á sus correrías infernales, como tropel de mónstruos libertados de sus cadenas de fuego; en la política comenzaban á aparecer los caracteres hipócritas y los espíritus sombríos, á llevar sus consejos arteros á la direccion del gobierno; y aquellos temples de acero que habian levantado á la inmortalidad el sentimiento argentino, eran rechazados á la superficie, ó arrojados á la costa por las corrientes impetuosas y las olas gigantescas de aquel mar de

pasiones y de elementos descompuestos ; los buenos ceden el espacio á los astutos, la virtud immaculada se cubre el rostro, cuando no es profanada por la mano grosera del sensualismo bestial, y el valor razonado y prudente que funda las instituciones, es nublado y vencido muchas veces por el ímpetu salvaje de la multitud, que solo sabe matar y morir como la fiera en el circo.

La atmósfera corrompida contagia á algunos que resistian sus influencias ; y aún en el seno de la sociedad culta, vemos levantarse patibulos que anuncian la propagacion del mal á esferas superiores. Unos quieren que la masa popular se someta á sistemas de fuerza y unidad estrecha, para normalizarla y fundirla en un solo molde ; otros piensan que esas tendencias separatistas pueden tambien sistematizarse y armonizarse levantando un gobierno que, manteniendo las autonomías regionales, se ligen por vínculos generales para llegar á la misma unidad ; y las escuelas se dividen, y los gefes se enardecen y se desafian ; los fuertes predominan y los contrarios suben al cadalso. La sangre de un héroe corre por la tierra harta de sangre humilde, y á su contacto se enciende una hoguera que duró veinte años, durante los cuales la luz del sol, blanca y fecunda, no asomó en el horizonte, sinó el resplandor de las llamas rojo-



oscuro, como la luz que ilumina los reinos de Luzbel.

Todos estos cuadros se formaban y desvanecian durante aquella noche fantástica, y se sucedian los unos á los otros con una celeridad vertiginosa ; pero cada uno dejaba impresas sus líneas y sus tintas, hasta que el siguiente reemplazaba la vision para desaparecer á su vez. Un estado de locura parecia ocupar el cerebro del observador desvanecido por tanta imagen y color distintos, pero escitado y reanimado en seguida por otros más vivos y penetrantes. Gritos de tonos y écos diabólicos que repetian al infinito las cumbres ; palabras entrecortadas y confundidas con los ruidos de la tierra, como un congreso de ébrios y de locos en medio de la ebriedad y de la locura de la naturaleza ; rumores de tempestad y de carreras sobrenaturales sobre la pampa sonora : eran la música que llenaba y acompañaba la accion de tantos personajes en el movimiento mágico del drama.

Allí aparecian las siluétas vaporosas de muchos hombres que la historia ha descrito, que la tradicion ha perpetuado, individuos de todas las clases sociales, de los dos sexos. Ministros del culto que degradaron su mision sirviendo á los tiranos de verdugos, mostraban en medio del torbellino sus labios ensangrentados por el fuego, y vagaban mudos, haciendo gestos repugnantes y ridículos, porque la justicia eterna les

había arrancado la lengua con que, munidos de la inviolabilidad de la cátedra profanada, asesinaron la honra de los buenos, la inocencia y el pudor de las madres y de las doncellas, y la justa fama de los ciudadanos virtuosos y abnegados; mujeres que rodaban tendidas con desnudez lasciva y con sus formas carcomidas por las llamas sobre las corrientes impetuosas de aquel limbo infernal, también se mostraban con toda la impudicia que desplegaron en la vida, cuando haciéndose éco de la corrupción de su tiempo, mancharon con la injuria afilada y la voracidad de las arpías, cuanto de noble, delicado y puro caía bajo la flecha de su lengua envenenada; soldados que desprestigiaron las insignias de la patria y la espada tantas veces victoriosa en los combates homéricos de la emancipación, se veían también arrebatados por las ráfagas hirvientes, y á su lado gemían las sombras de las víctimas indefensas que sacrificaron á su furor salvaje.

El espacio era como una tempestad en que hervían las nubes encendidas por los relámpagos, y en que luchaban los vientos en direcciones encontradas, arrastrando todas esas masas de espectros horribles que helaban el corazón con sus deformidades, sus gritos destemplados y sus lamentos espantosos: recordaba uno de esos círculos en que el Dante coloca, para su

castigo eterno, á todos los malvados de la tierra que han degradado su divino origen, y que habían desgarrado el alma de su patria, cuna espléndida del arte, heredera de tan grandiosas tradiciones que ellos hundieron en el lodo de sus querellas fratricidas.

Y en verdad, la República Argentina durante aquella época aciaga, es el teatro de una *Divina Comedia*, donde concurren como actores los partidos olvidados de su origen comun, y donde se desgarran sin piedad, como leones carniceros, en la cueva misma donde la madre los contempla. Pero esos partidos sin principios ni bandera definidos, y subdivididos en pequeñas fracciones enemigas, se traban en sangrienta lucha, sin que se pueda, en medio de la confusión del campo, distinguir al amigo ni al correligionario, y desde luego, hiriendo sin cuartel á los que inconscientemente peleaban por una misma causa. La moral privada y pública, la virtud cívica, la religion, todo se revuelve allí en ún ambiente pestilencial que trastorna el criterio, y lanza como autómatas á los buenos en las corrientes dañadas, y hace parecer los objetos con los colores reflejos, en vez del color real ; porque la atmósfera moral de los espíritus se asemeja á la atmósfera real de las cosas : las ideas, las nociones morales, los juicios políticos y sociales, al desenvolverse ó nacer en un medio vicioso y corrompido.

adquieren el tinte, las formas y la sustancia de ese medio, sin que los que actúan en él puedan percibir la forma real, porque el criterio tambien se sujeta á esas influencias de óptica.

El historiador, el poeta ó el artista que quisieran copiar esos cuadros, tendrían que aislarse de su atmósfera, ya sea remontando muy arriba de ella sobre las alas del genio, ya alejándose en el tiempo, ya observándolos desde largas distancias; y así se comprende cómo el poeta del *Infierno* haya podido describir y juzgar los sucesos y los hombres de su tiempo, sin que las pasiones que bullía en su alma alteraran la verdad histórica; pero es que el genio tiene, como el sol sobre los astros, un poder de atraccion sobre todas las inteligencias que lo rodean y reciben sus revelaciones.

El poeta que haya de escribir la tremenda y lúgubre epopeya de nuestros dolores nacionales, debe dominar con un corazon invulnerable, con una inspiracion forjada en el yunque de la tragedia dantesca, y con una inteligencia superior á la de sus contemporáneos, todo aquel escenario hirviente donde las fieras simbólicas que cierran el paso de la selva oscura respeten su veste purísima, y donde para entrar precísaríamente se revestiríese de fuerza nueva, inaccesible á los gemidos y á los arranques de furor de los habitantes del sombrío reino:

Qui si convien lasciare ogni sospetto ;  
Ogni viltá convien che cui sia morta.

Los ódios, las calumnias, las asechanzas le cerrarían el camino ; las influencias perpetuadas por los vínculos de la sangre le impondrían silencio ; el juicio rutinario sobre hombres y acontecimientos reclamaría contra la innovacion ; un amor patrio exagerado y amigo de fundar grandezas sobre falsos mirajes, se apresuraría á borrar del libro ó de la tela la creacion colosal, convencidos de que ella era para la honra de la nacion una mancha, cuando en verdad no sería sinó la obra inmortal de la libertad elaborada en los espacios abiertos al genio. Hé ahí por qué para obra tan jigantesca conviene matar en el espíritu “ toda debilidad ”, y entrar en el “ doloroso reino ” munido de una fortaleza moral capaz de dominar la voráGINE que se ajita en el seno del abismo.

En la comedia del Dante, como en la que ofrece la historia de nuestras desgracias, se mezclan en confusion infernal todas las clases sociales, y cada uno recibe su sentencia en la medida de su delito ; así, nosotros, si hubiéramos de crear un infierno justiciero, pediríamos quizá á aquel los grandes lineamientos de su creacion monumental, y podríamos graduar las penas para nuestros delincuentes, confinándolos más ó me-

nos en la profundidad de la sima abierta por el fallo de la posteridad.

Si el poeta florentino, en medio de la confusion de su tiempo, y siendo en él actor desgraciado, supo adelantarse á la posteridad misma y formular la sentencia implacable, con más facilidad el poeta argentino podria atravesar las hondas cavidades de nuestras épocas de sangre, porque los años han enfriado ya las cenizas de las hogueras, y han tendido sobre los sucesos un ligero velo que amortigua la luz, y evoca con más espontaneidad los recuerdos, estimulando las creaciones de la fantasía. La protesta de la opinion sería menos iracunda, porque la historia ha abierto la maleza que cierra la ruta del Averno, y pronto tendria que acallarse deslumbrada por la esplendidez del arte; y porque el sentimiento nacional que no calcula ni analiza, tiene ya destinado su sitio en la inmortalidad á los buenos, á pesar de sus errores, y un abismo de maldicion para los perversos.

Pero la corriente de las comparaciones, siempre gratas al espiritu que vuela con libertad, me han distraido del espectáculo que presenciaba, y es fuerza asistir á su deseplace. Ya vuelven despues de una noche de treinta años, que ha pasado como una hora fugaz, por la variedad de los sueños que ha evocado en el cerebro, á resonar los clarines guerreros que habían en-

mudecido desde que la luz volcánica incendió la vasta extension del escenario. Pero ahora no brotan sus écos del medio de las montañas, ni son los truenos de la cumbre los que repiten sus notas agudas. El himno de una victoria, semejante á una trompeta heráldica, llega desde las márgenes de un rio caudaloso que riega la llanura inmensa que tributa al mar; y es, en efecto, el heraldo de la aurora de aquella noche lúgubre, porque despues que sus notas sublimes se perdieron en el ocaso, la luz roja de la escena se transforma, y el vago rosado de la mañana comienza á animar con nueva vida la tierra, y á despertar los cantos acostumbrados de la selva con que se adormecían sus moradores en los tiempos felices.

En el campo de Caseros se divisa un globo encendido como el sol que sale de las aguas, y es él quien trae el alba risueña. La cumbre recibe primero la caricia de aquella nueva luz, y la aureola que rodea al Genio de la Libertad; es ya como una niebla leve bordada de rosas y matizada de iris. Gritos de júbilo íntimo de las muchedumbres entusiasmadas aclaman otro nombre y otros héroes, y el himno de las glorias nacionales se percibe de nuevo en medio de la grande armonía que satura y anima la atmósfera. A medida que la luz del dia va aclarando los cielos, la vision de la noche se desvanece, y todo queda, al fin, en el ce-

rebros, como una reminiscencia de sueños ajitados cuando la alborada nos despierta.

En los términos lejanos del cuadro brilla una franja más viva, como si allí anunciaran su salida nuevos astros; pero el Genio, antes de perderse en el océano de luz que inunda la esfera, lanza la profecía del porvenir, que aparece á los ojos deslumbrados como un mundo de infinitas armonías, donde habitan en fraternidad los pueblos todos de la tierra, respetuosos de nuestra nacionalidad, y en el cual nosotros mismos, dueños de nuestros destinos, con tradiciones propias, inmortales, con un tesoro brillante de glorias y de conquistas, con un amor mútuo inquebrantable, llevamos la bandera de la cultura humana, saludada por los mares, las montañas y los desiertos repletos de vida y saturados de luz espléndida.

### III

“El tigre está hambriento y brama de cólera. Démosle de una vez entrada al redil” (1). La naturaleza ajitada y convulsa ha dado su fruto exuberante,

(1) ECHEVERRÍA, *Obras*, v, 286.





Puede aplicarse á él lo que Saint Victor dice de Nerón: “pertenece al alienismo histórico”; y, en verdad, gracias á los estudios científicos aplicados á la historia, se ha podido asegurar la existencia de una enfermedad social durante el período anárquico, y cuyas causas se remontan á las primeras edades del continente, y se fortalecen y vigorizan en la conquista y en la guerra de la Independencia. Pero además de este origen comun á todos los miembros de la sociedad, Rosas mismo padecía la enfermedad de los tiranos, la locura homicida que le lleva por instinto, por una fatalidad orgánica, á derramar la sangre humana, con la que parece calmar sus excitaciones terribles (1). Su infancia es una sucesion de hechos extraordinarios, relámpagos que anuncian la aparicion de una tempestad; se complace en juegos crueles, en los que, comenzando por torturar con verdadero deleite los animales, acaba por agredir á los hombres; y cuando llega á lanzar contra su propio padre en un momento de cólera, por una represion merecida, su poncho y su ropa, cuanto tenia consigo, el personaje está bien delineado, el carácter brilla con los últimos toques. La prision del hogar es estrecha, porque allí hay una voz que le contraría y pretende dominar sus

(1) RAMOS MEJIA, *Neurosis célebres*, I.

impulsos salvajes ; entónces huye de ella, y es sabido que una vez en libertad de accion, esos instintos se desarrollan sin medida.

La fiera ha salido ya de la cueva, y se lanza á recorrer las selvas lejanas en busca de su alimento, y á saciar sus apetitos de destruccion. Su espíritu va sombreándose más, á medida que los reveses de la fortuna y las naturales consecuencias de sus actos, van creando en torno suyo una atmósfera de terror.

Cuando el tigre acostumbrado á la carne animal ha probado una vez el delicado potage de un cuerpo humano, parece que sus instintos carniceros adquieren mayor sutileza, porque el nuevo alimento ha refinado su gusto ; entónces su furor se multiplica, su astucia se perfecciona para la caza, sus garras se afilan y sus triunfos son más fáciles. El hombre es lo mismo cuando ha nacido con los gérmenes de esa enfermedad que tanta influencia ejerce sobre el espíritu ; su voluntad obedece arrastrada por una fuerza interior irresistible ; una vez que ha visto correr, derramada por su propia mano, la sangre de un semejante, se siente estimulado, embriagado por sus emanaciones cálidas.

Hay la horrible atraccion del abismo en esas agonías lentas y dolorosas, que muestran por grados la proximidad de la muerte ; el alma del asesino sigue,

como arraigada en el cuerpo de la víctima, la sucesion de los tormentos, y cada uno le excita más, le interesa y le deleita como un drama satánico, en que se mezclara lo trágico con lo cómico, y cuyas escenas van desarrollándose, precipitando la catástrofe espantosa. La víctima presa de sus convulsiones, adopta formas y posiciones imprevistas, y el asesino encuentra en ellas el ridículo que le arranca una carcajada infernal.

Pero cuando estos alienados llegan á ocupar el gobierno de sus semejantes, la fiebre aumenta de un modo extraordinario, porque ya no hay voluntad superior á la suya, y forja crímenes para tener delinquentes, erigiendo en ley inviolable las caleidoscópicas variedades de su imaginacion y su capricho. Por eso esa ley no es permanente ; los ciudadanos no pueden prever la infraccion, porque la ley nace despues del acto que la ha violado ; ella estaba en la mente del tirano como la electricidad en la nube, y una aproximacion cualquiera ha desprendido el rayo. En este grado, el yo brutal y veleidoso se sobrepone á todos los vínculos humanos ; los lazos de la maternidad desaparecen ante la excitacion del cerebro y la fuerza impulsiva del homicidio ; no hay más que la sangre que corre de las heridas abiertas, y es preciso que ella se derrame, para que con su calor y su aliento, brote la inspiracion del tirano.

Neron comienza por envenenar á su hermano, conservando una impasibilidad cómica en medio del espanto de los convidados, y hace abrir el vientre de Agripina y se mancha con su sangre: son emociones que ajitan el alma del gran artista. Rosas empieza por insultar á su padre, y acaba por profanar el lecho de su esposa moribunda, ordenando á uno de sus bufones inmundos que se acueste á su lado para consolarla. "Al día siguiente de su muerte se encerró en su cuarto con Viguá y Eusebio, y lloraba á gritos la muerte de su Encarnacion. En algunos momentos daba trégua á su dolor, pegaba una bofetada á uno de aquellos, y con voz doliente preguntáales: — ¿Dónde está la heroina? — Está sentada á la diestra de Dios Padre Todopoderoso, — respondía Viguá, y volvían á llorar." (1)

Hay en esta escena colores que habría envidiado el emperador romano; en ninguna crónica ni tragedia se mezclan con más siniestro horror la burla y la voracidad del instinto homicida. Sus juguetes cotidianos no respetan ya ni la existencia del Estado, de que se titulaba rotundamente Restaurador y Padre, porque caían bajo sus farsas histriónicas hasta los hombres más respetables que representaban naciones extranjeras.

(1) RAMOS MEJIA, *Neurosis célebres*, T. I, p. 123 y sig.

Como todos los tiranos, deposita su confianza íntima en seres inferiores, arrancados de los más bajos fondos sociales, porque su vanidad de artista se proporciona deleites indecibles con aplausos fáciles de obtener ; y á veces, cuando la escasez intelectual de su pequeño auditorio no comprende el alcance de una frase, la gracia de un movimiento ó el exquisito sabor de una tortura, él se permitirá hacérselos comprender con un castigo merecido. Los sirvientes de los déspotas deben saber leer en las cavidades de sus cerebros tenebrosos, para prepararse á aplaudir la idea que germina, ó hacer coro á sus fulminaciones sangrientas: deben fundirse en el mismo molde.

El tirano de Roma deseaba que el Imperio tuviera una sola cabeza para derribarla de un golpe, y esto era la suprema hipérbole de su delirio ; Rosas siente el mismo deseo, y comienza á realizarlo cortando las cabezas una por una, y algunas veces muchas á un mismo tiempo ; aquel, iluminado por el rojo resplandor de la hoguera que incendia á Roma en una noche de orgía, se asemeja à Rosas, de pié en medio de los torrentes de sangre que corren en todo el país. El artista coronado de hojas de hiedra, mandando asesinar á los senadores en su tribuna, da el ejemplo á nuestro clown salvaje, y en una noche de deliberacion, un puñal parte el corazon de un anciano ilustre.

“ Cuando vimos esa tribuna salpicada por la sangre de un anciano, — dice un historiador contemporáneo, — nos pareció ver manchadas todas las viejas glorias de aquella tierra !” (1). El mónstruo de Roma se corona de guirnaldas, danza al compás de músicas lascivas, que acompañan tambien sus ejecuciones horribles, y dá á sus mujeres el espectáculo de una carnicería; el tigre de Buenos Aires, inventa canciones grotescas con que se acompaña la festiva operacion del degüello. Uno y otro tienen la gloria de haber inventado sistemas nuevos y variados para inmolar á los hombres: el degüello es la invencion de Rosas, y es la ejecucion oficial.

El lenguaje de la época destila sangre, como los puñales que salen de la herida que acaban de abrir; palabras de una horrible inmortalidad han nacido en ella, porque al pronunciarlas, hacian rodar los cadáveres, como si tuvieran un poder satánico. El gaucho de la pampa, desnudo de nociones cultas, se levanta sobre el hombre superior y le regala un título, en el que lucen el sarcasmo y la tradicion política. ¡ *Salvaje unitario!* he ahí el grito de exterminio, la voz de orden de la matanza, el estigma que señala la víctima al verdugo. Ella corre con la celeridad del

(1) ANDRÉS LAMAS, *Agresiones de Rosas*, c. 1.

rayo sobre toda nuestra tierra, repetida por todos los siniestros adoradores de aquel ídolo carnicero, que se aplaca con la inmolation, y se deleita con una música de gemidos y de estertores de muerte. En aquel templo del dios siempre irritado, solo se escuchan los himnos del aquelarre entonados por los genios maléficos en la noche tormentosa.

“Y ser *salvaje unitario* es tener en la patria una colocacion peor que la de los parias de la India; es estar fuera de la ley civil y de la ley divina; es tener fuera de todo amparo la vida, la hacienda, el honor de la muger, la castidad de los hijos. Es vivir mendigo en el extranjero, sintiendo más que la proscripcion y la miseria, la anarquía ó la afrenta de la familia desolada, á quien tal vez ya no se verá; es estar en la patria encorvado por el temor, leyendo en todas partes la sentencia de muerte que está escrita en todos los rostros, en todas las paredes, en todos los papeles; que se muestra en todos los pechos sobre un fondo de sangre; que se promulga en las calles, en las plazas, en los teatros, en los templos; que en las altas horas de la noche viene á despertar al infeliz al compás del reloj. ¡ Oh! sin duda, que este grito horrible, incesante, que se introduce con el aire, que persigue con la luz, que aterra en la oscuridad, es un género de tormento, un refinamiento de odio que hace olvi-



dar las torturas de Venecia, las venganzas de los Borgia.....!" (1).

El resuena en todas partes con el mismo diapason infernal, desde el soldado degenerado hasta en la altura de la cátedra sagrada; los púlpitos no derraman ya la tranquila y consoladora elocuencia del Evangelio y del perdon: destellan rayos de cólera, fulminan nombres con la amenaza del cuchillo mellado que aumenta el sufrimiento de la víctima, desgarran como buitres hambrientos la vestidura que cubre la inocencia de las vírgenes, y copiando de nuevo á Neron que decapita las estatuas de los dioses, de los héroes y de los emperadores para poner en su lugar su cabeza divina, destierran del altar las imágenes del culto de un pueblo, para levantar la efigie de este nuevo ungido de la gracia. Y los cimientos de los templos, ni los velos del santuario, no se rasgaron como en los tiempos bíblicos! No; tambien ellos se asocian á la alabanza que el mundo tributa al *héroe americano*; adoptan la insignia sangrienta que adorna los trajes de las mujeres, los colores que ostentan los hombres: todas las cosas se tiñen con la luz roja que irradia el astro rey!

Una institucion popular, que no era por cierto de

(1) ANDRÉS LAMAS, Ob. y lug. cit.

las que nacen de la libertad, brilló en su época con los resplandores que bañaban todos sus cuadros. El hábito de la muerte, encarnado en la mayoría de las gentes que la contemplaban como un espectáculo diario, cuyo interés dramático era el mayor refinamiento de la tortura, y la necesidad de saciar la sed inextinguible del monstruo encerrado en su retiro inviolable, donde recibía las emanaciones del sacrificio, como un Moloch feroz, dieron origen á aquella turba de verdugos ambulantes, de espías y de traidores, que con el nombre inmortal de *Mazhorca*, se destaca en el fondo encarnado de aquel inmenso cuadro, como una pincelada en que un loco hubiera querido agotar toda la tinta de la paleta, atravesando la tela con una faja más encendida.

No hay en las hordas vandálicas de los primeros siglos, ni en los lictores que ejecutaban las órdenes de los Tiberios ó Calígulas, ni en el espionaje de Venecia, que tan admirablemente describe Victor Hugo, más ferocidad, más estoicismo, más bajeza moral para el crimen, que en aquellas puebladas famélicas poseidas de vértigo homicida, que corrían las calles de Buenos Aires segando las cabezas como la hoz siega las espigas; infiltrándose, como los agentes de Satanás, por las rendijas y á través de las paredes, en el hogar ageno; contando los pasos del ciudadano, pe-

sando sus palabras, interpretando sus gestos, para descubrir un indicio del delito de blasfemia contra el tirano, y obtener su favor régio con una delacion decisiva.

El divino enfermo contagió la fiebre á los que lo asistian de cerca, y de grado en grado, ella fué apoderándose de la sociedad entera, hasta constituir una epidemia sañguinaria, que llega á su paroxismo en el célebre año 40, en que despues de haber sembrado las calles de cadáveres, se enviaban carros á recogerlos, como se hace con los animales.

Hay toda la lúgubre algarabia de las turbas del infierno, en aquellas comparsas que recorrian las calles, armadas de puñales desnudos, bailando al son de alguna cantata federal, invadiendo los templos, asesinando los sacerdotes y los fieles, decapitando las imágenes ó marcándolas en la frente con la divisa de la secta. Hay toda la pompa obscena que Herodoto describe en las fiestas babilónicas, en aquellas procesiones del retrato de Rosas, á las que acompañaban el ceremonial religioso y los cantos de alabanza; ó bien, recuerdan las expediciones del Baco degenerado, por los pueblos vecinos, seguido de la grotesca y ébria muchedumbre de bacantes y sátiros, donde la carnicería se inicia despues que el baile y el vino han excitado el fervor religioso, ó en que el Dios, ébrio del

licor de la vid, pide con gritos y gestos repugnantes, los mismos vasos llenos de sangre humana.

Es digno de atraer las meditaciones del filósofo el estado del sentimiento religioso en aquella época, porque nunca se vieron reunidos en una misma sociedad tantas supersticiones contradictorias, tantos excesos censurables. La historia nos muestra épocas como la que precedió al advenimiento de Gregorio VII, la que inmortalizaron los Borgia, la que llenan los Estuardos con su nombre, y aquella en que Luis XIV era divinizado en la cátedra: en ellas la religion, ora se prostituye para servir de consagracion al crimen, á la corrupcion, ora se liga con los déspotas para sublimizarlos é idealizarlos ante la imaginacion popular; pero no creo que hayan llegado nunca sus sacerdotes al grado de bajeza que algunos de los que vivieron bajo el gobierno de Rosas. Bien se vé que las ideas y los sentimientos más sublimes y grandes, cuando caen de su altura, parece que quisieran bajar tan hondo como elevado era antes su sitio, y adquieren en ignominia lo que perdieron en pureza; así, no es extraño que algunos sacerdotes llegasen á profanar por sí mismos los altares y la santidad de su mision, reemplazando las imágenes del culto por la efigie del tirano argentino, y dando la muerte por sus propias manos á aquellos que no adoraban al inmundo becerro de la idolatría.

Verdad es que el temor es una fuerza que disculpa algunos actos; pero tambien lo es que al sacerdote no le es permitido temer cuando se trata de conservar inmaculado el santuario donde se alberga la suprema esencia de Dios. Por otra parte, la poblacion, en general, de la República conservaba el legado tradicional de sus creencias, tales como las había bebido de la predicacion colonial; y aunque las ideas de Rivadavia habían abierto las inteligencias á verdades y especulaciones más altas, ellas no penetraron en el fondo de la conciencia popular, al cerebro de esas masas errantes que debían actuar en los dramas de la guerra civil: ellas mantenían aún la grosera y primitiva idea religiosa, como podían concebirla con su escaso criterio, y siempre dependiente de sus pasiones más ó menos movedizas, que les impulsaban en cuerpo y alma á servir á los gefes que más los cautivaban con su astucia ó su valor temerario. Rosas que buscaba los elementos de su dominacion en las más bajas esferas de la sociedad, no tardó en comprender que debia explotar aquel sentimiento que tan hondamente mueve las voluntades, y se declaró defensor de la religion, en pugna con la clase culta que había secundado los planes civilizadores de Rivadavia.

Pero la religion en poder de Rosas era como un cordero en manos del leon, que hace de él su mejor

---

bocado, y la manchó con más escarnio que ningun otro tirano de la tierra, obligando á sus ministros á secundar sus planes siniestros; habla de ella con el language del sarcasmo más hipócrita, tomando los dogmas, los misterios, las ceremonias más sagradas como temas de sus juguetes sangrientos. Los episodios de su vida en que tales profanaciones cometía, con el auxilio de sus sacerdotes adictos, quedarán entre las pájinas de duelo y de sangre de esa iglesia batalladora é infatigable, que hace diez y ocho siglos mantiene en constante agitacion el mundo.

Pero tambien al lado de esas manchas oscuras brillan puntos de luz que la historia menos imparcial no puede nublar, y que recuerdan aquellos tiempos de los primeros cristianos, cuando caían bajo el golpe de sus perseguidores cantando las alabanzas ccelestiales, por haber declarado y confesado su fé. La tradicion se colora con la sombra y con la luz; y en ella, si bien el nombre argentino se mancha con la sombra de una debilidad, en cambio, esas tintas oscuras desaparecen para ser reemplazadas por las irradiaciones de martirios sin número. Porque un martirio lava las manchas de una vida, como la aurora desaloja las tinieblas de la noche. Y cuando un pueblo que ha doblgado su cerviz ante un déspota, se dispone á redimir su pasado con un sacrificio final y extremo, la

historia convierte en lauros inmortales las fulminaciones con que marcó su frente en las horas del pecado.

Si Buenos Aires, arrastrada por esa fatalidad histórica, que sin ser la regla de criterio de los sucesos humanos, suele á veces manifestarse irresistible y evidente, levantó sobre sus propios hombros el monstruo que la escarneció, harto ha sufrido y ha llorado para que su falta le sea perdonada : sus hijos fueron inmolados á millares en las calles, en los templos, en el seno de la madre, y vagaron errantes y miserables por el extranjero, haciendo en todas partes brillar ese nombre argentino que resplandece más vivo en medio del dolor, porque su delicada naturaleza tiene algo de la música de sus bosques y de sus desiertos.

El sentimiento religioso salva la dignidad de su creencia y de su iglesia, albergado en los corazones fuertes, nacidos para el sacrificio regenerador ; pero es el sentimiento purificado con la cultura libre y desnuda de las tinieblas con que los dogmas estrechos aprisionan su vuelo impetuoso. Porque hay pueblos que dignifican una religion ó un sistema político, como hay otros que lo degradan y envilecen ; y así, es algo que consuela y fortifica á los descendientes de aquella desgraciada generacion, ver cómo en medio

de la orgia de todas las ideas y de todos los principios, siempre hubo un martirio que proclamaba con su lenguaje de horror sublime, la íntima protesta de la conciencia social.

La religion, cualesquiera que sean sus dogmas y sus rituales, es una aspiracion del alma á lo infinito, y merece la consagracion del respeto humano ; y el escarnio y la blasfemia contra los dioses que ella adora, acusan siempre en sus autores un fondo depravado, ó la existencia de una gangrena moral.

El sentimiento religioso de las masas de aquel tiempo, descuidado y sin cultivo, á causa de las prolongadas convulsiones nacionales, y de la vida siempre vagabunda que llevaron tras de los enemigos exteriores ó caseros, va adquiriendo en sus naturalezas rudas toda la agreste y sombría tinta de sus pasiones nativas, excitadas, además, por el delirio sanguinolento de la época ; lejos de ser una idea adquirida y encarnada en sus conciencias para dulcificar los caracteres y fraternizar los hombres con los hombres, parece que se infiltra en su organismo, á la manera como se inocular y difunde el veneno de las víboras.

Allí, en medio de los horrores de la mazhorca, se oye invocar la religion para dar la muerte al ciudadano indefenso ; y ella se arraiga de tal modo en las



multitudes, que es ya una enfermedad, que tuvo sus épocas epidémicas durante la edad media y tiempos modernos. La religion es ya una locura que va hasta divinizar al déspota, trastornando profundamente los cerebros; y así se comprende que las altas dignidades de la Iglesia oficien una misa solemne, en que el retrato de Rosas es la divinidad que reemplaza al Cristo, y que las muchedumbres febriles se agolpen en cierto acto público, disputándose á golpes el placer de palpar y besar la mano de aquel prodigio espléndido de nuestra tierra. Así tambien se esplica cómo Facundo levantara como bandera de combate un paño negro como los abismos de su cerebro, grabando en él estas palabras que parecen un sarcasmo del infierno: RELIGION Ó MUERTE.

Lejos de ser la religion la fuente inagotable de fantasías y de sueños, en que los poderes maravillosos resplandecen con sus destellos característicos, ella enardece y exalta, enfurece y domina, como una fuerza invisible, las hordas desalmadas que riegan el país de sangre; sus dramas no son ya aquellos en que luchan los buenos y los malos principios en el campo del espíritu, ni sus leyendas se inspiran y adornan con las creaciones y los colores de mundos imaginarios, sinó tragedias de duelo y de horror, en que la sangre corre á la vista de los espectadores, derramada por

el hermano y por el hijo, del cuerpo del hermano y del padre, y prodigios de crueldad que los asesinos realizaron con la ayuda tenebrosa de las potencias del abismo.

Los cantos populares, que en los tiempos pastoriles ó épicos, celebraron en versos rústicos ó apasionados las bellezas de la naturaleza ó las proezas de los héroes, enmudecen en las selvas taladas por el incendio, y se convierten en el alarido estridente que espanta los nidos, inquieta los rebaños salvajes y aterroriza al morador de las chozas ó de las ciudades: en los primeros hay la divina unción que el sentimiento de la patria enciende en las almas, en el segundo hay ese estertor horrible que produce la sangre, saliendo precipitada de la herida abierta con el puñal.

Entre las lustrosas teorías que ostentaba Rosas en su original "sistema americano", figuraba en lugar preferente la pretensión de encarnar el sentimiento de la nacionalidad; pero enunciada y practicada por él, bien se comprende que había de ostentar las formas más extraordinarias é inauditas. A semejanza de sus precursores, Francia y Artigas, comenzó por cerrar los linderos de la patria á las naciones extranjeras, lo mismo que el león fortifica la cueva donde guarda su prole, y desde donde distribuye sus expediciones devastadoras. Esta concentración de las

fuerzas expansivas de la sociedad dentro de sí misma, debe ser un reflejo de la que en el fondo de sus cerebros cavernosos, aprisiona las ideas y las condena á fundirse en la masa que las engendra, y de donde brotan como emanaciones eléctricas. La nacionalidad no es en él un sentimiento de amor que llega á ser un culto en que los pueblos fraternizan, se unen y aji-gantan, sino un medio de defensa y de ataque contra las fuerzas que vendrian á minar su poder levantado sobre la ignorancia de las masas; porque las tiranías no se derrumban tanto por el valor de las armas, como por la influencia de la cultura pública, que va disolviendo é iluminando la nube donde el tirano cimenta su trono.

Rosas aguza el ingenio de sus crueldades cuando la víctima es un extranjero; y esto demuestra cómo las ideas que concebía llevaban el sello de una materialidad primitiva; porque entender por nacionalidad la exclusion de los hombres que no nacieron en su patria, es mirar las cosas con un criterio retrospectivo que tiende á volver al comienzo de la vida, donde el primer hombre aún no ha perdido la envoltura maternal, donde la familia se alimenta de la raíz ó de la fruta del árbol, y donde la tribu salvaje se encierra para ocultarse á la mirada del conquistador que anhela esclavizarla. Resabio del centralismo de

la Colonia, ese sistema es la señal de la decadencia que comienza á minar la sociedad, pues que vuelve al punto de partida, siendo que las fuerzas colectivas tienden siempre á desenvolverse en sentido progresivo.

Verdad es que los pueblos más grandes de la historia se levantaron sobre ese sentimiento de apego á la tierra donde viven y combaten contra la adversidad; pero antes la han poblado con sus hijos, y con los que las mareas humanas arrojaron á sus costas, y la han saturado con su espíritu. Luego el sentimiento nacional se convierte en el fuego perenne que simboliza la unidad del destino, la comunidad del dolor, la fuerza contra el enemigo externo é interno, la fuente inmortal de sus glorias, de sus conquistas, de sus creaciones en el arte.

“El hombre de nuestros campos, que encuentra en ellos con qué satisfacer todas sus necesidades, que duerme sin más techo que el cielo, que se alimenta con la carne de nuestros ganados, que bebe el agua de nuestros rios, es susceptible de llevar la exageración de la nacionalidad á un grado más subido que el que le dieron nuestros progenitores. Pervertido ese sentimiento, llevado al extremo que puede tocar, nuestra decadencia no seria como la de España, nosotros volveríamos á un estado casi primitivo, y la

obra de la civilizacion retrogradaría por siglos" (1). Seria la dispersion de los elementos adquiridos en la evolucion sociológica, los que, atraidos por su centro originario, volverian á formar parte esencial de la tierra; seria destruir por el análisis lo que se construyó por la síntesis orgánica: la nacion vuelve á dividirse en razas, en tribus, en familias.

El sentimiento nacional es la primera y más viril manifestacion de la unidad social, de la fortaleza de los vínculos políticos y morales, de la vitalidad de un Estado; nace de las diversas evoluciones que constituyen la tradicion de un pueblo; es la tradicion misma que vive de su calor, se adorna con sus matices nativos, se regenera constantemente con sus nuevos gérmenes, como el árbol con las nuevas corrientes de sávia que cambian el ropaje de sus ramas. Porque la tradicion no significa la permanencia en un mismo estado moral, ni el culto que un pueblo le dedica, expresa su carencia de ideales y fuerzas progresistas: ella es la historia del sentimiento nacional, perpetuada por los sucesos en que se manifestó, y abraza por eso todas las conquistas del espíritu, todas las glorias de la espada, todos los triunfos de las religiones; relata tambien las desgracias, las catás-

(1) LAMAS, *Agresiones de Rosas*, c. L.

trofes, las sombras que se levantaron en su camino, como hay nubes que oscurecen el sol, como hay arenas que interceptan los torrentes, como hay incendios que abren inmensos espacios de ceniza entre dos selvas tropicales, sin que por ello la tierra sea menos generosa, ni ardan en su seno con menos vivacidad los gérmenes de nuevas y mas espléndidas vegetaciones.

La evolucion del progreso no se detiene jamás para siempre; ella es como los océanos, segun Macaulay, que avanzando y retrocediendo en sus mareas cotidianas, conservan, no obstante, su direccion general. La tradicion cuenta los pasos de la evolucion, sus impulsos que cubren un siglo y una decena de siglos, y sus detenciones que amenazaron á veces sepultar la conquista realizada; la una es la representacion gráfica sobre la inmensa tela de la vida; la otra es la fuerza que recorre su órbita interminable: ambas son la historia del progreso humano.

La irrupcion estruendosa de aquella oleada bárbara arrojó lejos del cauce los caracteres fuertes, los espíritos cultivados que no podian disolverse en su corriente envenenada. La América y la Europa vieron vagar por sus ciudades á los argentinos ilustres, como los profetas, cantando las desgracias de Sion, ó como los desterrados de Roma, luchando desde el extranjero

contra los déspotas. Si el sentimiento nacional cayó envuelto en la llama del incendio que devoraba la tierra nativa, arrastrando á la sociedad entera en sus delirios de sangre y de muerte, aquellos llevaron durante el ostracismo el fuego del santuario profanado, que algun dia debia volver á abrir sus puertas á los adoradores del verdadero Dios.

El pensamiento de la revolucion, corrompido, vilipendiado, escarnecido por la horda desenfrenada, siguió vibrando en extrañas regiones con acentos proféticos que llegaban al seno de la patria, y anunciaban á la desgraciada víctima su futura liberacion. Las naciones que la espada argentina fundó en los tiempos épicos, pagaron su deuda sagrada, abriendo sus brazos á los fugitivos y prestándoles aliento para sus predicaciones regeneradoras. Los Andes trasmiten con la repercusion de sus masas metálicas, las invectivas ardientes, las fulminaciones tempestuosas, los cantos del destierro, que como anuncios de mundos lejanos, venian á retemplar la fuerza enmohecida en el sacrificio diario, manteniéndola en esa sublime expectativa de las grandes revoluciones.

Y nada hay que purifique ese sentimiento de la nacionalidad como la ausencia ; porque como traídos por repercusiones formidables, los ruidos, las músicas, los gemidos, los cantos de la tierra nativa, resuenan en

los lugares distantes con la intensidad con que brotan de su origen; los recuerdos ocupan el cerebro como visiones ajitadas que se remueven sin cesar y multiplican las imágenes; la brisa de la pampa, del río, de la montaña, no pára en su carrera hasta besar la sien enardecida del patriota ausente, fortaleciendo su esperanza como si fuera cargada de palabras de consuelo, de caricias maternas, de rumores de libertad. Como los cóndores de los Andes revolotean en torno del peñasco que derribó el rayo, y en cuyas grietas se sostenía su nido, así aquellos desterrados vagaban al rededor de su patria, contemplando los estragos de la barbarie, y lanzando los gritos de la cólera, de la justicia, de la condenación, como el morador de las rocas amenaza con el graznido siniestro al cazador osado que asciende á su guarida.

Las familias emigran en largas y tristes caravanas, á través de los mares y de las montañas, como bandadas de áves que van á buscar en climas más benignos el sustento, y el espacio para sus cantos primaverales. Allí van conduciendo el tesoro de sus penates, las reliquias de sus tradiciones gloriosas, para salvarlas del incendio, de la profanación y de la muerte. Los que parten dicen el adios eterno á los que quédan, porque son las víctimas que van á saciar la sed del mons-



truo, y los consuelan con la vaga y oscura esperanza de una revolucion justiciera, como una promesa compasiva en las horas de la agonía.

Las revoluciones nacen del sentimiento de los pueblos oprimidos; sus raíces, sus orígenes más profundos están en la inteligencia de la sociedad. Así, la generacion del tiempo de Rosas, elevada en su nivel moral por las propagandas de los escritores desterrados, secundada por los antiguos héroes de Mayo, que habían quedado firmes en sus filas, conservando el honor de la bandera, fué comprendiendo su destino, reformando sus hábitos, haciendo el vacío al rededor de su tirano, y este tuvo al fin que mirar hácia los horizontes que le rodeaban, y apresurarse á conjurar la tormenta. Pero la revolucion habia nacido ya en los espíritus, trascendiendo al órden político, y armado contra el despotismo el brazo de los mismos que antes ayudaron á sostener sus columnas. El autonomismo que distingue á la época, fué tambien causa para que algunas provincias se mantuvieran aisladas del influjo sangriento de Buenos Aires, y para que germinara en ellas la semilla de la libertad. Los elementos dispersos por la cuchilla del verdugo, se buscan y atraen durante la noche del horror, y al fin encuentran la esfera comun, de donde surgirán fundidos en una sola fuerza, al terreno de la accion.

Los mismos caudillos autores de la anarquía, fatigados de un poder que se perpetuaba sobre ellos, dilatando sin término el logro de sus ambiciones ó sus esperanzas, comprenden al fin que son los baluartes de un poder egoísta que no piensa concederles una parte en el gobierno, y por un movimiento natural y lógico, se dispersan del centro rompiendo sus ligaduras, y se disponen á derribar al coloso.

El estudio de los orígenes de esta revolucion, es el tema más fecundo para la filosofía, la política y la historia, porque en ella, como en ninguna, se verifica la síntesis más completa de todos esos elementos de sociabilidad descentralizados, dispersos, anarquizados durante la guerra civil, que vuelven despues de haber realizado su evolucion necesaria, á constituir la unidad nacional. Y este fenómeno natural en el dominio de las fuerzas sociales, es, si se quiere, la prueba más evidente de que la nacion era ya un cuerpo compacto, con leyes uniformes de desenvolvimiento y de vida, y que los miembros que lo componian estaban ya dispuestos á comenzar sus funciones armónicas. Verdad es que para llegar á ese fin, fué necesario atravesar por largos períodos de sombra y de duelo; pero en el curso de las leyes históricas, las grandes calamidades públicas han sido como el crisol en que el carácter se retempla y fortalece, el corazón se purifica con el do-

lor, la inteligencia se ilumina con la experiencia de los desastres ; y de todo resulta, cuando las generaciones y esos ambientes se han renovado, que han nacido con formas y fuerzas rejuvenecidas, una nacion y una sociedad distintas, sobre los cimientos de la antigua.

Las desgracias nacionales son en la historia como las sombras en la tierra : durante su reinado se verifican en el seno de los pueblos las fecundaciones de los gérmenes nuevos que entran á alimentar el organismo social, y las renovaciones de los elementos gastados en el funcionamiento de la vida ; esa elaboracion se realiza en secreto ó en la ajitacion de la tierra, como si un designio sobrenatural ó desconocido quisiera evitar las convulsiones que producen las luchas interiores de la materia, para presentar el fruto lozano y hermoso á la luz del sol, que va á colorearlo y á adornarlo con sus matices radiantes.

Los períodos de descomposicion social se parecen, pues, á esos estados de la materia, y los pueblos que los han atravesado con vida, aparecen de nuevo en el escenario humano, armados de la luz de las victorias en que triunfaron sus ideales y sus grandes virtudes salvadas del cataclismo. La República Argentina ofrece á la historia el espectáculo grandioso de un doble nacimiento, de un doble triunfo contra la opresion y

la muerte; sus dos revoluciones son dos faces perfectas de la vida de toda sociedad: en la primera, rompe la nebulosa generadora de donde brota el astro nuevo; en la segunda, apaga y funde en una sola masa los fuegos interiores, que desprendidos del centro comun, amenazaron un dia su existencia y su autonomía; en seguida tiene en el espacio infinito su órbita marcada, que recorrerá á merced de las leyes que rigen al astro y al conjunto de mundos dispersos sobre el vacío.

Hemos completado y salvado con gloria los períodos más difíciles de nuestra vida; nuestra infancia ha sido borrascosa y sombría, como son los comienzos de toda existencia fecunda para la humanidad; porque los seres predestinados á ser luces de la historia, traen desde el seno materno en gérmen las ideas, los sentimientos, las fuerzas que han de ajitar las sociedades y reformar sus destinos; y comunmente, durante la niñez, todos ellos se manifiestan en expansiones prematuras, en rebeliones aventuradas, en empresas inauditas. No en vano nuestra patria se estiende en una llanura inmensa que bordan rios caudalosos, montañas llenas de grandeza y armonía, selvas que ostentan todo el poder fecundante del trópico, rodeada de mares que la acarician con sus músicas eternas y con sus brisas regeneradoras. Solo la

libertad con sus tumultos incesantes pero fecundos, puede llenar ese gigantesco é ilimitado escenario, donde la naturaleza desplegó toda la fuerza de su sávia, todos los matices que proyecta sobre los caracteres, todo el encanto de sus cuadros siempre bellos y nuevos, donde el artista vá á concebir las creaciones inmortales. Allí nació ese sentimiento que ha recorrido ya los siglos, desde la tribu primitiva que cantó debajo del árbol su primera pasion, hasta la nacion guerrera que se inmola á la libertad de su suelo, hasta la raza jóven que dá á luz una nueva entidad internacional, y por último, que concluye su obra secular, derribando la tiranía que amenazó sepultar en el polvo enrojecido por el hacha, todo el tesoro de sus glorias inmemoriales.

Es un error pretender cubrir con el olvido los tiempos calamitosos que todo pueblo atraviesa. El sentimiento es el fuego que mantiene la vida nacional, que alimenta los espíritus para las grandes luchas, y las corona de inmortalidad en la victoria. Él resplandece en todos los sucesos, formando su fondo épico ó trágico; y cuando ha realizado una de esas empresas que levantan la admiracion de los contemporáneos y de la posteridad, es porque ha vencido las tinieblas que oscurecian su camino.

La historia no es sinó la sucesion de los hechos en

---

que el sentimiento humano se manifestó, y lleva siempre los tintes más ó menos marcados, segun que sus influencias fueron más ó menos profundas: es un drama continuado cuyos personajes se renuevan con las épocas; y en ese drama se alternan las catástrofes con los sucesos felices, y el espectador pasa incesantemente de la emocion agradable y risueña, al llanto y á la desesperacion. Los pueblos son los protagonistas que luchan por predominar en la accion, y sus triunfos y sus derrotas, arrancando los aplausos ó la conmiseracion humana, ya los enorgullecen y agigantan, ya los abaten ó los sepultan en la nada.

No interrumpamos nosotros nuestro rol sublime en el drama cuya primera jornada comienza en un mundo primitivo, y que llega á adornarse con todos los primores del arte moderno. Si suprimimos las escenas dolorosas por temor de provocar las lágrimas, nos exponemos á oscurecer los grandes efectos que las expediciones y las innumerables victorias de nuestros héroes, y las conquistas que alcanzaron en el mundo ideal nuestros varones ilustres, reflejan sobre el conjunto produciendo la armonía suprema.

Es necesario para el porvenir de nuestra patria, que la tradicion recoja del campo velado de nuestra anarquía, esos mil episodios sangrientos en que destella con su luz de hogueras la furia del tirano y de sus

agentes ; porque al oírlos, las generaciones futuras aprenderán á modular en sus cantos de libertad los acentos del trueno, para fulminar la condenación de los déspotas; y porque al lado de los espíritus corrompidos que ensalzan las pasiones miserables, brillarán las figuras de los mártires que cayeron bajo el puñal traidor y cobarde, porque no alzaron su voz en el coro de alabanzas profanas al ídolo sanguinario, ó porque tuvieron el heroísmo de levantarla con la entonación del apóstol encargado de anatematizar el crimen, de sostener la libertad con la palabra y consagrarla con el sacrificio de la vida.

#### IV

El hombre sigue la naturaleza del suelo donde ha nacido, y donde ha desarrollado sus fuerzas físicas y morales, hasta que la educación y las influencias de culturas diferentes modifican el sello primitivo, pero sin borrarlo del todo. Rosas nos ha dado el modelo del hijo de la pampa abierta á las emanaciones del

---

mar y fecundada por las corrientes de los rios; él lleva en su carácter el anhelo ilimitado de la llanura desnuda, por confundirse y perderse en el infinito, y hay en sus pasiones el sordo fragor de las olas que se rompen en las costas. Los elementos de la naturaleza, puestos en accion por sus hombres en una época de descomposicion orgánica y sicológica, le llevaron á la plenitud de su desarrollo genial: los frutos de su accion social son conocidos, y hoy la ciencia y la crítica estudian sus orígenes remotos.

Pero al lado de esa pampa sin vegetacion y sin sombras, donde la vista se pierde como la luz se extingue en sus ondas infinitas, y donde el cerebro no encuentra puntos de relacion para sus concepciones y sus imágenes, se extiende esa otra llanura desolada<sup>o</sup> donde no brota una fuente, cubierta de selvas inmensas que parecen plantadas en el seno árido de la tierra, como una muchedumbre de esqueletos congregados sobre las cenizas de un incendio; ella comienza desde la falda occidental de las montañas del centro, y va á morir en las primeras escalas de la gran cordillera. Dos montañas la estrechan entre sus brazos de granito, y la ahogan, como si quisieran apagar las voces de su seno, reprimir las expansiones de su vida, concentrar sus horizontes en el espacio que separa sus cumbres.



Hay en esa inmensa llanura, madriguera en aquel tiempo de fieras sin número, todo el horror sublime de la soledad, toda la poesía de las tumbas, donde los écos repercuten con sonido seco y fúnebre al rededor; el sol la abrasa y la agosta, como si quisiera quemar en el seno el gérmen que se ajita con los comienzos de la vida; las tempestades se agigantan y retumban con un estruendo que sacude la inmensidad, llenando el alma de pavor superticioso.

El hombre solo en medio del desierto, como en el océano, se siente próximo á morir devorado por el abismo que le rodea y el que se levanta sobre su cabeza, y se anonada y abate ante la magnitud de sus escenas, ó se alza sobre ellas dominando los extraños y profundos estremecimientos de la tierra, los fulgores del cielo, los sombríos horizontes, los abrumadores misterios de esa planicie eternamente poblada de visiones fatídicas; aprende á leer en sus secretos murmullos los acontecimientos que se preparan en la superficie; sabe contar su respiracion ciclópea; se asimila su alma, — si pueden tenerla los desiertos, — con toda su atraccion invencible, con toda su sed insaciable, donde van á morir sepultados ó evaporados á su contacto ardiente, todos los rios que se lanzan sobre ella.

A veces en un sacudimiento repentino que le ha

comunicado la montaña, se abren en su seno grietas profundas donde se sumergen las selvas; ó cuando las tempestades han descargado en sus arenas áridas sus torrentes de lluvia, surge, como evocado por un poder maravilloso, un oasis que el siguiente sol enciende y convierte en hogueras. Llora sin cesar con gemidos que estremecen las fibras, el abandono de la vida, y lucha sin tregua contra los elementos que la devastan; y ese llanto colosal que se percibe en los crepúsculos, emanado de sus pulmones dilatados, da el tono al espíritu de sus moradores que cantan gimiendo sus trovas nacionales, sin que una nota risueña vibre en medio de sus tristes lamentaciones.

Pero esa lucha continuada y sombría por la vida, que se asemeja, por su aridez, á sus llanos sin verdura, engendra á veces el fatalismo indolente del árabe que muere de hambre tendido en la puerta de la tienda, ó ese temple de hierro que logra vencer las amenazas y los furores del desierto, y avasallar las fuerzas que le oprimen y le ahogan. El triunfo le enorgullece, y sintiéndose soberano de la llanura, no hay poder que le doblegue, ni tempestad que le arrede, ni catástrofe que le entristezca, porque el espíritu ha absorbido toda la potencia de la naturaleza, y ha trasportado sus secretas y majestuosas facultades á su propio ser.

La poesía que vive en sus soledades tiene el lúgubre acento de los dolores íntimos. Una cuerda templada en el tono de los cataclismos resuena sin cesar en la extensión. La noche que la envuelve en tinieblas despierta, de sus moradas ignotas, falanges de seres fantásticos que pueblan el espacio; que gimen ó ríen con amarga risa en medio de los bosques desnudos; que corren sobre la ráfaga caliente, chocándose con el ruido de huesos que acompaña la danza de los muertos; que chispean con luces vagabundas que parecen los espíritus sin guarida de las víctimas inmoladas á millares por el hombre, por la fiera ó por el horror del desierto; que levantan ese murmullo monótono, mezclado de chirridos agudos, de ruidos estentóreos, de lamentos vagos, de músicas diabólicas, de aleteos confusos de aves invisibles, de graznidos siniestros, de carcajadas satánicas, de ladridos ásperos, de relinchos intermitentes, haciendo un conjunto infernal que excita el cerebro, engendrando en sus cavidades multitud de fantasmas que hierven como las fosforescencias de la atmósfera, precipitando el vértigo.

Tal es el teatro donde Facundo va á jugar su rol, que oscurece todos los demás personajes de aquel sombrío drama, conjunto incomprensible de lo más grande, de lo más luminoso, de lo más bajo y de lo

más oscuro que puede caber en el alma humana. Su pensamiento brilla unas veces como la chispa fugaz que se escapa de la nube incendiando la comarca, y otras se arrastra por el abismo de las pasiones de un bruto; ora su carácter se agiganta al nivel de la montaña que vijila su llanura á la distancia, venciendo, avasallando, destruyendo con el poder de su voluntad incontrastable, los furores de la naturaleza y los horrores del desierto; ora eclipsando su mente con un jiron de la tiniebla, desciende á lo mas hondo de la miseria humana y del crimen, en donde parece absorber esa fortaleza y ese heroismo terrible, que le hicieron inmortal entre los grandes asesinos de nuestra historia.

Como todos los caracteres modelos de una generacion, de una época ó de una naturaleza, Facundo no gira jamás en los términos medios, ni su figura se adorna con tintes desvanecidos ni apagados: ó resplandece en la altura ideal con un relámpago de genio, ó su pupila de fuego chispea en la tiniebla como un carbon encendido; ó dirige y ordena la sociedad en que vive segun su voluntad y sus pasiones, ó desaparece del escenario por completo: hay algo de César en este general de la llanura. Sus primeros pasos en la vida son marcados como las explosiones de una fuerza comprimida, por catástrofes y por desgracias que

no se olvidan; en todas ellas puede adivinarse al *Tigre de los Llanos*, que ajita sus garras, ejercita sus músculos de acero para la lucha incesante, y estudia los secretos de la llanura reservada á sus hazañas y á su sombría inmortalidad.

La tradicion es el eco del espíritu y del corazon de la sociedad; ella ha salvado de la vorágine de aquella época la figura de Facundo, sin que falte un detalle al cuadro que trazaron la imaginacion, el terror y la pasion. Sus contornos resplandecen y se imponen, grabándose por sí mismas en la tela las tintas de su carácter. Cada una de sus pasiones ardía como la llama del incendio ó como el hierro enrojecido; cada una de sus facultades destella con luz propia y original, arrancada de la tierra que engendró su ser; cada una de sus fibras tiene un sonido peculiar que no se asemeja á ninguna nota conocida, y es el que producen en la llanura que le aborta, las convulsiones interiores.

Solo ese grande artista que vive en todos los hombres reunidos, y que se llama el pueblo, pudo trazar su retrato ideal sobre el lienzo impalpable de la historia; porque él lo vió, sintió el fulgor de su mirada feroz y centelleante, sufrió los deslumbramientos del rayo que brotaba de su cerebro, precedido por el trueno de su cólera salvaje, y porque solo él respiró

del mismo aliento que le nutría, y contempló los cuadros originales que dieron vida y animacion á su carácter.

Sus contemporáneos transmitieron á su cercana posteridad, envueltas con el prestigio de las grandes pasiones, las leyendas de Facundo, en las que se notan como caracteres grabados sobre el acero, los rasgos calcinados de su figura moral, y que son la traduccion humana de los perfiles que retratan la tierra donde nació, y reflejan sus recónditas influencias. Es el tipo perfecto de la naturaleza, con sus desbordamientos, sus secretos fuegos, sus horizontes reverberantes y sus misterios sombríos. Sus ideas brotan precedidas por el rujido de las fieras, como el rayo es anunciado por el estampido del trueno; y como este, ó deslumbra y mata, ó ensordece y abruma. La pasion es en su alma un fuego que se dilata y busca una válvula para su expansion, y al manifestarse en sus actos externos, arma el brazo vigoroso templado en el yunque de la llanura, en la lucha perenne con la naturaleza, y arasa y avasalla á cuando opone resistencia á sus arranques impetuosos. Todos sus sentimientos se presentan aumentados en intensidad y en colorido, como la luz que atraviesa la atmósfera humedecida por la tempestad.

Como esos grandes caracteres de la tragedia de

Shakespeare, ofrece al análisis filosófico los más oscuros problemas; para resolverlos habría que acudir á la ciencia, que busca en las recónditas leyes de la materia, el génesis de esas impulsiones irresistibles y desordenadas que escapan á toda prevision, y burlan el criterio del historiador y del crítico. Macbeth es una incógnita que ha agotado las fuerzas del sabio de la crítica; Hámlet es una nebulosa donde habría que observar con la ayuda de grandes lentes, cada una de las estrellas infinitas que á la simple vista parecen un conjunto informe de nubes luminosas. Facundo es un gran problema cuya solucion anunciará el día de una conquista del espíritu; será la aurora de una época de fecundas creaciones trágicas y líricas, en la que aparecerán con el esplendor que hoy se nos oculta, todos esos secretos con que la naturaleza envuelve las causas históricas, manteniendo la sombra al rededor de los sucesos. Arrastrados por su atraccion, y nadando en la aureola que ilumine la figura del modelo, brillarán tambien como los satélites de un grande astro, las multitudes de caractéres secundarios que pasaron sobre la tierra oscurecidos por sus irradiaciones de luz, de fuego ó de sangre, y que, no obstante, tuvieron en la edad contemporánea un rol decisivo en la evolucion social. Hay en él la fuerza salvaje de los héroes de las epopeyas primitivas, impulsado por el

instinto ó por ideas caóticas semejantes á las vislumbres intermitentes de un mundo en formacion; y esa fuerza ineducada solo se dirige á reunir al rededor de su foco, las fuerzas secundarias que mueven el complicado organismo de la humanidad.

La tragedia tendría en este genio singular uno de esos personajes que se immortalizan con solo presentarlos á la escena en su forma real, desnuda de los atavíos y de las fantasías del lirismo; es un tipo que solo puede aparecer en los grandes poemas de los maestros que crean retratando la naturaleza, como Shakespeare ó Calderon, como Racine ó Victor Hugo; porque sus líneas ríjidas como el granito, no acertarian á brillar en esa poesía que se alimenta de lo sentimental: para caracteres como éste se necesita el buril de las épocas primitivas, ó de una musa inspirada en el realismo palpitante.

La música que tradujera en armonías sus pasiones desbordantes, no sería por cierto aquella que expresa los suaves y apacibles sentimientos con melodías soñadoras; sería una sucesion de acordes semejantes á ruidos, de arranques intermitentes y nerviosos como los que provoca la conmocion eléctrica; habría en ella toda la salvaje armonía de los ruidos nocturnos, de los vientos que azotan la selva escuálida, levantando torbellinos de polvo, de los derrumba-



mientos de la montaña que producen esos estrépitos que en el silencio de la noche alcanzan á conmover los valles y los llanos vecinos. Wagner solo podia animar á tan grandiosos, tan sombríos, tan fantásticos cuadros.

La tragedia vive de esos caracteres sombríos que parecen concentrar en sus fibras todos los impulsos, todos los instintos, todos los entusiasmos humanos; la tiniebla es su aliento, la sangre su tinta más viva, la muerte su atmósfera propicia; y ya sea que sus héroes se inmolen en las aras de una gran virtud, ya que sucumban bajo el golpe del verdugo, del traidor ó de su propio puñal, ella sola puede desenvolver y servir de desenlace á sus tramas infernales. No obstante, la virtud, como la luz, solo tiene matices deslumbrantes producidos por su propia refraccion, sin que el fluido varíe ni ofrezca esencias diferentes; y por eso las obras trágicas en que ella es el móvil ó el fin de una muerte heroica, no atraen ni concentran la mente en un análisis profundo, porque el espectador y el crítico solo tienen una palabra que lo explica todo: virtud; como cuando contempla las maravillas de la naturaleza y las claridades de los cielos, el observador solo tiene una palabra: luz. Pero el crimen que se alberga en los más recónditos pliegues del alma humana, allá donde bullen como

los gérmenes de un ser futuro en su matriz natural, todas las pasiones que mueven la voluntad y engendran los sucesos, es como la noche en cuyo seno se ajitan invisibles miriadas de seres, de fuerzas, de corrientes, de fantasmas, de sueños, que nadie puede describir, contar, pulsar, percibir ni personificar.

Hé ahí el profundo interés de la tragedia en que el crimen se concibe, se manifiesta y estalla en sus múltiples formas; he ahí la grandeza de esos personajes que llevan en su espíritu una noche donde fermentan tantos elementos contradictorios y en lucha.

El espectador evoca todo el poder de su inteligencia para penetrar en el abismo fisiológico, y necesita toda la resistencia de sus fibras para no sucumbir al choque de sus pasiones sublevadas por la acción trágica; ve el crimen en sus obras y en la muerte que derrama á su paso, pero su avidez analítica se estrella ante la oscuridad de su génesis; él admira con terror esos caracteres de piedra que pueden albergar tanta maldad, tanto odio, tanta muerte, y no puede descubrir el secreto de esa extraña grandeza del crimen que le deslumbra y le ciega, que le sacude y le desgarrá. La tragedia del crimen es la poesía de la sombra, como la de la virtud es la poesía de la luz; las pasiones que se desencadenan y combaten en los senos lóbregos, retumban en los oídos con el estruendo de un

姓名	性别	出生日期	籍贯	民族	政治面貌	学历	学位	职称	工作单位	联系电话	电子邮箱
张明	男	1985-03-15	江苏南京	汉族	中共党员	本科	学士	讲师	南京理工大学	13800138000	zhangm@163.com
李华	女	1990-07-22	湖北武汉	汉族	共青团员	本科	学士	助教	南京理工大学	15800158000	lihua@163.com
王强	男	1978-11-08	山东青岛	汉族	中共党员	硕士	硕士	副教授	南京理工大学	13900139000	wangq@163.com
陈丽	女	1982-05-10	浙江杭州	汉族	民主党派	本科	学士	讲师	南京理工大学	15900159000	chenli@163.com
赵刚	男	1988-09-01	河南郑州	汉族	中共党员	本科	学士	助教	南京理工大学	13700137000	zhaog@163.com
孙悦	女	1992-12-18	广东广州	汉族	共青团员	本科	学士	助教	南京理工大学	15700157000	sunyue@163.com
周涛	男	1980-04-25	四川成都	汉族	中共党员	硕士	硕士	副教授	南京理工大学	13600136000	zhoutao@163.com
吴敏	女	1987-06-12	安徽合肥	汉族	民主党派	本科	学士	讲师	南京理工大学	15600156000	wumin@163.com
郑凯	男	1983-08-05	福建厦门	汉族	中共党员	本科	学士	助教	南京理工大学	13500135000	zhengkai@163.com
冯娟	女	1991-10-30	湖南长沙	汉族	共青团员	本科	学士	助教	南京理工大学	15500155000	fengjuan@163.com
马飞	男	1986-02-14	河北石家庄	汉族	中共党员	本科	学士	助教	南京理工大学	13400134000	mafei@163.com
徐静	女	1989-04-03	江西九江	汉族	民主党派	本科	学士	讲师	南京理工大学	15400154000	xujing@163.com
黄磊	男	1984-07-19	广西柳州	汉族	中共党员	本科	学士	助教	南京理工大学	13300133000	huanglei@163.com
宋佳	女	1993-01-27	辽宁沈阳	汉族	共青团员	本科	学士	助教	南京理工大学	15300153000	songjia@163.com
林峰	男	1981-05-11	山西太原	汉族	中共党员	硕士	硕士	副教授	南京理工大学	13200132000	linfeng@163.com
高娜	女	1986-09-24	吉林长春	汉族	民主党派	本科	学士	讲师	南京理工大学	15200152000	gaona@163.com
刘洋	男	1990-11-06	陕西西安	汉族	中共党员	本科	学士	助教	南京理工大学	13100131000	liuyang@163.com
曹雪	女	1988-03-20	云南昆明	汉族	民主党派	本科	学士	讲师	南京理工大学	15100151000	caoxue@163.com
褚刚	男	1985-06-04	贵州贵阳	汉族	中共党员	本科	学士	助教	南京理工大学	13000130000	chugang@163.com
彭丽	女	1992-08-17	海南三亚	汉族	共青团员	本科	学士	助教	南京理工大学	15000150000	pengli@163.com
周伟	男	1983-10-29	四川成都	汉族	中共党员	硕士	硕士	副教授	南京理工大学	13900139000	zhouwei@163.com
吴昊	男	1987-12-11	安徽合肥	汉族	民主党派	本科	学士	讲师	南京理工大学	15800158000	wuhao@163.com
李娜	女	1991-04-23	湖北武汉	汉族	共青团员	本科	学士	助教	南京理工大学	15700157000	lina@163.com
王磊	男	1980-07-08	山东青岛	汉族	中共党员	硕士	硕士	副教授	南京理工大学	13600136000	wanglei@163.com
陈静	女	1984-09-16	浙江杭州	汉族	民主党派	本科	学士	讲师	南京理工大学	15600156000	chenjing@163.com
赵强	男	1989-11-02	河南郑州	汉族	中共党员	本科	学士	助教	南京理工大学	13500135000	zhaogang@163.com
孙悦	女	1993-02-14	广东广州	汉族	共青团员	本科	学士	助教	南京理工大学	15500155000	sunyue@163.com
周涛	男	1981-05-26	四川成都	汉族	中共党员	硕士	硕士	副教授	南京理工大学	13400134000	zhoutao@163.com
吴敏	女	1986-08-09	安徽合肥	汉族	民主党派	本科	学士	讲师	南京理工大学	15400154000	wumin@163.com
郑凯	男	1983-10-21	福建厦门	汉族	中共党员	本科	学士	助教	南京理工大学	13300133000	zhengkai@163.com
冯娟	女	1991-12-03	湖南长沙	汉族	共青团员	本科	学士	助教	南京理工大学	15300153000	fengjuan@163.com
马飞	男	1986-03-15	河北石家庄	汉族	中共党员	本科	学士	助教	南京理工大学	13200132000	mafei@163.com
徐静	女	1989-06-27	江西九江	汉族	民主党派	本科	学士	讲师	南京理工大学	15200152000	xujing@163.com
黄磊	男	1984-09-09	广西柳州	汉族	中共党员	本科	学士	助教	南京理工大学	13100131000	huanglei@163.com
宋佳	女	1993-11-21	辽宁沈阳	汉族	共青团员	本科	学士	助教	南京理工大学	15100151000	songjia@163.com
林峰	男	1981-04-03	山西太原	汉族	中共党员	硕士	硕士	副教授	南京理工大学	13000130000	linfeng@163.com
高娜	女	1986-07-15	吉林长春	汉族	民主党派	本科	学士	讲师	南京理工大学	15000150000	gaona@163.com
刘洋	男	1990-10-27	陕西西安	汉族	中共党员	本科	学士	助教	南京理工大学	13900139000	liuyang@163.com
曹雪	女	1988-01-09	云南昆明	汉族	民主党派	本科	学士	讲师	南京理工大学	15800158000	caoxue@163.com
褚刚	男	1985-04-21	贵州贵阳	汉族	中共党员	本科	学士	助教	南京理工大学	13700137000	chugang@163.com
彭丽	女	1992-07-03	海南三亚	汉族	共青团员	本科	学士	助教	南京理工大学	15700157000	pengli@163.com
周伟	男	1983-09-15	四川成都	汉族	中共党员	硕士	硕士	副教授	南京理工大学	13600136000	zhouwei@163.com
吴昊	男	1987-12-27	安徽合肥	汉族	民主党派	本科	学士	讲师	南京理工大学	15600156000	wuhao@163.com
李娜	女	1991-03-09	湖北武汉	汉族	共青团员	本科	学士	助教	南京理工大学	15500155000	lina@163.com
王磊	男	1980-06-21	山东青岛	汉族	中共党员	硕士	硕士	副教授	南京理工大学	13400134000	wanglei@163.com
陈静	女	1984-09-03	浙江杭州	汉族	民主党派	本科	学士	讲师	南京理工大学	15400154000	chenjing@163.com
赵强	男	1989-11-15	河南郑州	汉族	中共党员	本科	学士	助教	南京理工大学	13300133000	zhaogang@163.com
孙悦	女	1993-02-27	广东广州	汉族	共青团员	本科	学士	助教	南京理工大学	15300153000	sunyue@163.com
周涛	男	1981-05-09	四川成都	汉族	中共党员	硕士	硕士	副教授	南京理工大学	13200132000	zhoutao@163.com
吴敏	女	1986-08-21	安徽合肥	汉族	民主党派	本科	学士	讲师	南京理工大学	15200152000	wumin@163.com
郑凯	男	1983-11-03	福建厦门	汉族	中共党员	本科	学士	助教	南京理工大学	13100131000	zhengkai@163.com
冯娟	女	1991-03-15	湖南长沙	汉族	共青团员	本科	学士	助教	南京理工大学	15100151000	fengjuan@163.com
马飞	男	1986-06-27	河北石家庄	汉族	中共党员	本科	学士	助教	南京理工大学	13000130000	mafei@163.com
徐静	女	1989-09-09	江西九江	汉族	民主党派	本科	学士	讲师	南京理工大学	15000150000	xujing@163.com
黄磊	男	1984-12-21	广西柳州	汉族	中共党员	本科	学士	助教	南京理工大学	13900139000	huanglei@163.com
宋佳	女	1993-03-03	辽宁沈阳	汉族	共青团员	本科	学士	助教	南京理工大学	15800158000	songjia@163.com
林峰	男	1981-06-15	山西太原	汉族	中共党员	硕士	硕士	副教授	南京理工大学	15700157000	linfeng@163.com
高娜	女	1986-09-27	吉林长春	汉族	民主党派	本科	学士	讲师	南京理工大学	13600136000	gaona@163.com
刘洋	男	1990-12-09	陕西西安	汉族	中共党员	本科	学士	助教	南京理工大学	15600156000	liuyang@163.com
曹雪	女	1988-03-21	云南昆明	汉族	民主党派	本科	学士	讲师	南京理工大学	13500135000	caoxue@163.com
褚刚	男	1985-06-03	贵州贵阳	汉族	中共党员	本科	学士	助教	南京理工大学	15500155000	chugang@163.com
彭丽	女	1992-09-15	海南三亚	汉族	共青团员	本科	学士	助教	南京理工大学	13400134000	pengli@163.com
周伟	男	1983-12-27	四川成都	汉族	中共党员	硕士	硕士	副教授	南京理工大学	15400154000	zhouwei@163.com
吴昊	男	1987-03-09	安徽合肥	汉族	民主党派	本科	学士	讲师	南京理工大学	13300133000	wuhao@163.com
李娜	女	1991-06-21	湖北武汉	汉族	共青团员	本科	学士	助教	南京理工大学	15300153000	lina@163.com
王磊	男	1980-09-03	山东青岛	汉族	中共党员	硕士	硕士	副教授	南京理工大学	13200132000	wanglei@163.com
陈静	女	1984-11-15	浙江杭州	汉族	民主党派	本科	学士	讲师	南京理工大学	15200152000	chenjing@163.com
赵强	男	1989-03-27	河南郑州	汉族	中共党员	本科	学士	助教	南京理工大学	13100131000	zhaogang@163.com
孙悦	女	1993-06-09	广东广州	汉族	共青团员	本科	学士	助教	南京理工大学	15100151000	sunyue@163.com
周涛	男	1981-09-21	四川成都	汉族	中共党员	硕士	硕士	副教授	南京理工大学	13000130000	zhoutao@163.com
吴敏	女	1986-12-03	安徽合肥	汉族	民主党派	本科	学士	讲师	南京理工大学	15000150000	wumin@163.com
郑凯	男	1983-03-15	福建厦门	汉族	中共党员	本科	学士	助教	南京理工大学	13900139000	zhengkai@163.com
冯娟	女	1991-06-27	湖南长沙	汉族	共青团员	本科	学士	助教	南京理工大学	15800158000	fengjuan@163.com
马飞	男	1986-09-09	河北石家庄	汉族	中共党员	本科	学士	助教	南京理工大学	15700157000	mafei@163.com
徐静	女	1989-12-21	江西九江	汉族	民主党派	本科	学士	讲师	南京理工大学	13600136000	xujing@163.com
黄磊	男	1984-03-03	广西柳州	汉族	中共党员	本科	学士	助教	南京理工大学	15600156000	huanglei@163.com
宋佳	女	1993-06-15	辽宁沈阳	汉族	共青团员	本科	学士	助教	南京理工大学	13500135000	songjia@163.com
林峰	男	1981-09-27	山西太原	汉族	中共党员	硕士	硕士	副教授	南京理工大学	15500155000	linfeng@163.com
高娜	女	1986-12-09	吉林长春	汉族	民主党派	本科	学士	讲师	南京理工大学	13400134000	gaona@163.com
刘洋	男	1990-03-21	陕西西安	汉族	中共党员	本科	学士	助教	南京理工大学	15400154000	liuyang@163.com
曹雪	女	1988-06-03	云南昆明	汉族	民主党派	本科	学士	讲师	南京理工大学	13300133000	caoxue@163.com
褚刚	男	1985-09-15	贵州贵阳	汉族	中共党员	本科	学士	助教	南京理工大学	15300153000	chugang@163.com
彭丽	女	1992-12-27	海南三亚	汉族	共青团员	本科	学士	助教	南京理工大学	13200132000	pengli@163.com
周伟	男	1983-03-09	四川成都	汉族	中共党员	硕士	硕士	副教授	南京理工大学	15200152000	zhouwei@163.com
吴昊	男	1987-06-21	安徽合肥	汉族	民主党派	本科	学士	讲师	南京理工大学	13100131000	wuhao@163.com
李娜	女	1991-09-03	湖北武汉	汉族	共青团员	本科	学士	助教	南京理工大学	15100151000	lina@163.com
王磊	男	1980-12-15	山东青岛	汉族	中共党员	硕士	硕士	副教授	南京理工大学	13000130000	wanglei@163.com
陈静	女	1984-03-27	浙江杭州	汉族	民主党派	本科	学士	讲师	南京理工大学	15000150000	chenjing@163.com
赵强	男	1989-06-09	河南郑州	汉族	中共党员	本科	学士	助教	南京理工大学	13900139000	zhaogang@163.com
孙悦	女	1993-09-21	广东广州	汉族	共青团员	本科	学士	助教	南京理工大学	15800158000	sunyue@163.com
周涛	男	1981-12-03	四川成都	汉族	中共党员	硕士	硕士	副教授	南京理工大学	15700157000	zhoutao@163.com
吴敏	女	1986-03-15	安徽合肥	汉族	民主党派	本科	学士	讲师	南京理工大学	13600136000	wumin@163.com
郑凯	男	1983-06-27	福建厦门	汉族	中共党员	本科	学士	助教	南京理工大学	15600156000	zhengkai@163.com
冯娟	女	1991-09-09	湖南长沙	汉族	共青团员	本科	学士	助教	南京理工大学	13500135000	fengjuan@163.com
马飞	男	1986-12-21	河北石家庄	汉族	中共党员	本科	学士	助教	南京理工大学	15500155000	mafei@163.com
徐静	女	1989-03-03	江西九江	汉族	民主党派	本科	学士	讲师	南京理工大学	13400134000	xujing@163.com
黄磊	男	1984-06-15	广西柳州	汉族	中共党员	本科	学士	助教	南京理工大学	15400154000	huanglei@163.com
宋佳	女	1993-09-27	辽宁沈阳	汉族	共青团员	本科	学士	助教	南京理工大学	13300133000	songjia@163.com
林峰	男	1981-12-09	山西太原	汉族	中共党员	硕士	硕士	副教授	南京理工大学	15300153000	linfeng@163.com
高娜	女	1986-03-21	吉林长春	汉族	民主党派	本科	学士	讲师	南京理工大学	13200132000	gaona@163.com
刘洋	男	1990-06-03	陕西西安	汉族	中共党员	本科	学士	助教	南京理工大学	15200152000	liuyang@163.com
曹雪	女	1988-09-15	云南昆明	汉族	民主党派	本科	学士	讲师			

anuncio de sus tempestades interiores. Puede aplicársele lo que Saint-Victor dice de Macbeth: "Una vez lanzado, no se detiene ya; su lógica es corta como su puñal; es preciso que el mal consolide lo que el mal ha comenzado". El primer asesinato ha desarrollado en él todos los instintos carniceros. En adelante mata para reinar, como el tigre para comer, con la violencia y la fatalidad del hambre. Este encarnizamiento en el mal es uno de los signos característicos del bárbaro. Mientras que los tiranos del mundo civilizado se suavizan algunas veces, tienen momentos de reparación y caprichos de clemencia, los gefes de horda, los "Azotes de Dios", los reyes de la estepa y de la selva, son presa, al matar, de una ebriedad horrible; se sumerjen en la multitud de sus crímenes como en una pelea. Sus últimos días se parecen á esos crepúsculos en que el sol se pone entre nubes de sangre. Así hace Macbeth: de escena en escena, su primer crimen va multiplicándose, en cierto modo, por el cuadrado de su enormidad".

Más perfecto que Rosas bajo su aspecto trágico, Facundo no destelló un solo rayo de luz de la eterna noche de su alma. Personificación humana de la naturaleza que le rodea, ha heredado de ella todo lo árido, lo abrasador, lo desolado; y ha desterrado de sí toda nota apacible, todo color resaltante, toda influen-

cia moderadora : parece haber brotado del seno de la tierra en el momento de un incendio que devoraba las selvas, quemaba los tallos nuevos y secaba las corrientes que fecundan el suelo. El tirano de Buenos Aires es el tipo de la tragedia romana ó griega, donde el histrion se mezcla en las graves escenas de los grandes personajes; en él se confunden el rujido hambriento del jaguar y la risa sarcástica de un sátiro repugnante. Despues de clavar el puñal, se pára con delicioso arro-bamiento y con júbilo satánico á contemplar las contorsiones de la víctima agonizante. Es un degollador desalmado, cargado de sangre, que acompaña con músicas alegres la operacion horrible de separar cabezas de sus troncos. Tiene la doblez de Luis XI en sus manejos tenebrosos, y el amor propio de artista que Neron ostentaba como un signo de su genio; pero esa doblez y ese estro cómico, reproducidos por el gaucho argentino, pierden mucho de su aspecto clásico.

Facundo, por el contrario, es el personaje de la tragedia shakesperiana, que no pierde su gravedad sombría, sinó que va concentrándose cada vez más hasta que estalla en la catástrofe. No se oye sinó el bramido siniestro del tigre, cebado con la carne humana que ha multiplicado su apetito, y ese bramido no se interrumpe sinó cuando sus garras y sus dientes se ocupan de la matanza y del festin. Mata en el mo-

mento del impulso homicida, cuando la pasion ha estallado en su ser, y él reviste su crimen con el nombre de una virtud, ó con una vislumbre de justicia; mata al cobarde, al traidor, al ladron, y cuando el odio le incita, entierra su lanza ó su puñal, con impavidez marmórea, y su frente se nubla y repliega con una contraccion ríjida, ante el raudal de sangre, ante el gemido del agonizante, ante los horribles estertores de la muerte. Es el hombre fuerte que se conoce superior á su raza, y que sabe que la ha dominado con el terror.

El amor propio es, quizá, en él una nueva fuerza que le impulsa más á lo profundo del crimen. Cuando alguien ha brillado á sus ojos con un destello de valor de que él solo se cree poseido, ó con uno de esos rasgos de virtud que iluminan y se imponen á los criterios más informes, la fiera salta con furia renaciente, ébria de aquella vida que le eclipsa, que parece una protesta, que pretende juzgarle, y clava la garra afilada en la carne, de la que quisiera no dejar un átomo, por temor de que allí anide y surja de nuevo el espíritu que la animaba. En ese momento ansiaria ver apagarse el sol y aniquilarse la tierra, porque ño se viese la depresion de su prestigio, de su figura moral, de su poder cimentado por su propia fuerza; y ¡ay del que osara resistir y defenderse!

Entónces la lucha es terrible, infernal ; el hombre pierde hasta su forma ; un acceso de rabia animal le impulsa con la ceguedad de una máquina ; sus ruidos atruenan y salen ahogados de su pecho comprimido y jadeante, con ese sonido de estertor que produce la sangre al derramarse del cuello del toro rasgado por la cuchilla ; y si aún así no logra vencer, llama en su auxilio con gritos estentóreos y henchidos de amenazas, á sus esbirros, y atando á su adversario de piés y manos, saborea en seguida la venganza salvaje, desgarrando su cuerpo inerte hasta dejarle convertido en una masa informe.

El instinto de la dominacion es lo que forma el fondo de su carácter, y se manifiesta con sus impulsos salvajes en todos los actos de la vida, en todas las formas de la pasion. Cuando el juego le domina, sus facultades se embargan por completo, y se clavan sobre la carta como atraidas por un abismo. Si no halla quien le acompañe, quien combata con él en esa lucha singular, lo busca, lo apremia, lo obliga con el poder de su fuerza ; con el terror y con la muerte castiga la resistencia de una virtud. El juego es en su espíritu una fiera que necesita víctima para aplacar su hambre.

No satisfecho con el dominio político y militar sobre su pueblo, precisa tambien esclavos que sirvan de desahogo á cada uno de sus instintos sensuales ; y

no sé cual es más grande para su heroísmo terrible, si la batalla librada en campo abierto por sus montoneros desenfrenados, contra los ejércitos, ó aquella en que sus pasiones brutales disputan la suerte jugada á una carta, en la que más que de su fortuna, se decide de su vida, de su predominio moral, de su prestigio. Cuando la suerte le es adversa, como Ajax la desafía, y su furor no tiene límite; su vencedor es una víctima segura; y si aún su fiebre no se ha calmado con la muerte, su cuchillo y su lanza esparcen el exterminio en torno suyo.

Mientras la solución está pendiente, su cerebro no descansa, porque busca con un empeño y una tenacidad admirables, pero desesperados, los recursos más inauditos, toca los resortes más recónditos, pierde por entero toda noción moral para conseguir el triunfo; no parece sino que de él dependieran su cabeza y su poder militar.

El jugador tiene, como los criminales consuetudinarios, su código del honor; las faltas á la lealtad son castigadas con penas afrentosas; la avaricia, aunque es su móvil general, es en la forma uno de los vicios execrados en el tapete; pero Facundo pisotea ese código, como todas las leyes sociales, cuando se levanta como una barrera contra el torrente de sus pasiones. Las reglas del juego deben obligar á todos cuando le ofrecen



ventaja, y tienen siempre una escepcion favorable para él, cuando sus prescripciones son contrarias á su interés. De todos modos, él es el juez supremo que decide la interpretacion de las reglas, y es el supremo legislador que las altera y transforma segun su voluntad.

Nada hay estable al rededor de este mónstruo que se revuelve incesantemente, ajitado por sus pasiones tumultuosas, y que se considera el centro de un círculo á cuyo derredor jiran los hombres atraidos ó repelidos por ellas.

Entre todas las pasiones humanas, el amor se eleva y predomina, se difunde é irradia como el fuego en la vida material; es suave y semejante á una melodía lejana escuchada en sueños, en los temperamentos delicados y artísticos; es impetuoso y como una erupcion de lavas comprimidas, en los temperamentos salvajes; pero, no obstante, sus influencias no reconocen leyes invariables, porque unas veces de un artista hace un criminal, y otras convierte un tigre en una sensitiva; unas veces sublimiza el instinto elevándolo al grado del misticismo más puro, y otras derrumba los afectos ideales para convertirlos en la llama abrasadora que transforma al angel en la bestia.

Si las pasiones determinan la voluntad, el amor es la causa más permanente y continuada de los sucesos

humanos; sus dramas se repiten sin solucion de continuidad desde los principios del mundo, ya poniendo de relieve y evocando los grandes heroismos y las virtudes excelsas, ya conmoviendo una época con el fragor de una catástrofe, con el horrible fulgor de uno de esos crímenes que abruma ó convulsionan la conciencia. Nada hay como él que haya creado más sobre la tierra, ni nada que haya destruido más lo que otros crearon. Atributo más íntimo, más esencial de la materia y del espíritu, su influencia llega á veces á reemplazar la accion de todas las facultades reunidas. Es fecundo, creador, grandioso, cuando la elevacion moral ha pulido sus formas y ha divinizado sus acentos; es tenebroso, devastador, rastrero, cuando el instinto que le mantiene amarrado, ha conseguido esclavizarlo cortándole las alas.

El amor de Facundo es el instinto sensual exaltado por el orgullo del tirano que domina todos los resortes del corazon y de la voluntad agenos. No hay en esa pasion un átomo de idealismo; no destella un solo rasgo apacible con que en los seres delicados ilumina los rostros; en él despide rayos que fulminan la muerte y el escarnio, ó caen con horrible silencio sobre la masa calcinada de su propia materia, arrancándole aquellas chispas que incendian su mirada con el furgor de la lascivia, y provocaban esos trans-

portes de furor con que lanzaba sus garras sobre las víctimas de sus deseos, hasta doblegarlas por el temor, ó hasta castigar con la muerte á la que resistia sus caricias brutales. Los celos no tienen en su alma el colorido que les da un amor profundo y puro ; ellos son el estallido de la materia privada de su alimento, pero de una materia ingobernada y acostumbrada á la satisfaccion del instinto.

Otello amaba á Desdémona con el fuego de su raza y de su corazon medio salvaje ; pero ella purifica sus instintos y le baña de ideal ; su crimen nace y se incuba en silencio en la intimidad de su ser, á medida que las sospechas van cayendo en su fondo, como las chispas del incendio apagado reanimando las cenizas ; tiene el origen noble de un amor lleno de ternura y salpicado de gotas de rocío. Facundo ama á Severa, porque su hermosura y sus formas estatuarias, su pureza y su virtud despiertan en el bruto de la llanura el hambre de la carne, y en el tirano la fiebre de vencer la resistencia á sus caprichos terribles. No hay un rayo de luz en aquella pasion tempestuosa ; no hay una armonía en sus gritos de furor lascivo : no hay una ráfaga de frescura que anuncie la llegada de la aurora en aquella noche impenetrable.

El crimen se elabora en el fondo de aquella alma-abismo, como el rayo en el seno de la nube : solo es-

talla cuando llega el momento de matar. Entónces la rabia, que se ha convertido en una verdadera enagacion erótica, exaltada por el fuego y el vigor primitivo de su organismo, se desencadena sobre la inocente y desgraciada hermosura, no ya para saciar en ella algun deleite, sinó para castigar el enorme delito de la fortaleza moral; porque el placer sensual le exigiría una moderacion y una calma, que desaparecieron al impulso convulsivo de su despecho.

La aberracion es propia de las organizaciones casi rudimentarias que aún no se modelaron con la influencia de la ley social. La bestia feroz del desierto tiene hambre de la carne inmaculada y tersa de la vírgen, y destella todo el brillo fosforescente de sus pupilas para fascinar la presa demasiado sensible; pero los fluidos antagónicos se repelen, y el horror domina á la víctima en vez de la fascinacion magnética. El miedo no vence jamás al amor, como no se conseguiría arrancar un canto al ave de la selva con el castigo ni la violencia. Efluvio espontáneo de la naturaleza, él nace al beso cálido de la luz, al roce ténue de la ráfaga fecundante, al contacto vivificador del rocío matinal. La lucha parece imposible, pero hay en la vírgen una fortaleza que supera al impulso del salvaje. La conciencia de la virtud, obrando sobre la voluntad, es más fuerte que el paroxismo ciego de la materia con-

vulsionada. Desde luego, en este combate aparentemente desigual entre dos naturalezas opuestas, de las que una ocupa el más bajo nivel, y la otra la cúspide, hay todos los elementos de la tragedia nacional, sin que puedan atenuar sus fulgores, ni la barbarie rústica del personaje, ni la informe cultura del medio.

Facundo, — he dicho, — es el tipo clásico de la tragedia shakespeariana; es hermano de Ricardo III, de Otello, de Mácbeth, de Hamlet, porque aunque diferentes en los detalles, sus personalidades flotan en el mismo ambiente saturado de sangre y de muerte, y bañado por esa sombra en que germinan los grandes crímenes, en que rujen las pasiones del bárbaro, en que luchan las ambiciones no satisfechas, en que se devastan á sí mismas las facultades nacidas para la dignificación del hombre. Los demás caracteres á que dió origen la época que analizo, son irradiaciones pálidas de los grandes modelos. Más próximos á la medicina que á la filosofía, de su estudio resaltarían las líneas fundamentales sobre las que el poeta levantaría el amazon de la tragedia.

Las tradiciones populares han hecho de Facundo un ser inmortal; unas veces se visten con el ropage ensangrentado de sus crímenes, de sus crueldades, de sus cargas devastadoras; otras llegan hasta despertar un profundo sentimiento de tristeza en presencia

de las desgracias que sembró á su paso. Y sea porque en el personaje mismo hay algo de grandioso que la mente trabaja por comprender, sea porque la fibra nacional, templada por el fuego de nuestro clima y empapada en la honda melancolía de la llanura, sienta un amor secreto por aquel hijo de la tierra en quien resplandecían sus rasgos característicos, la figura tradicional del *Tigre de los Llanos*, no aparece en los relato ni en los cantares del pueblo que heredó su memoria, con ese aspecto odioso con que la sombra de los tiranos espanta las imaginaciones. Esa grandeza sombría del crimen que se presentía en él, ha acallado el grito condenatorio de su posteridad; porque sus hechos, hiriendo la imaginación é idealizándose en sus vuelos tropicales, no ha dejado lugar á la formación del juicio.

Y á la verdad, sorprende é incita á creer en influencias sobrehumanas, aquella penetración profética con que el caudillo riojano descubría los pensamientos que se incubaban en la mente de sus soldados; esa fascinación poderosa que ejercía sobre las voluntades con solo clavar una mirada ó arrojar un grito; ese aspecto selvático, con su melena de león, su barba tupida y enrizada, en cuyo fondo negro brillaban sus ojos chispeantes y pequeños, semejantes á los del buitre que sondea la tiniebla; ese conocimiento asom-

5

14.10

1

12.10

11.10

14.10.1997 10.10

14.10

11.10

12.10

13.10

11.10

12.10

13.10

14.10

15.10

16.10

17.10

18.10

19.10

20.10

21.10

responderá que así aprendió su canción, y ni sabrá decir cuál fué su maestro, ni quién fué el poeta que creó la estrofa. Es que el gaucho, como el ave, aspira el aliento de la tierra donde nace y donde vive, y sus cantares tienen toda esa vaga tristeza que flota sobre la extensión desolada. La naturaleza fué su maestro y su poeta, y al repetir sus melodías, su voz es quejumbrosa como la música que imita, sus imágenes son tristes como los paisajes que contempla, y sus lágrimas se desprenden de sus ojos para secarse en la mejilla morena, como nace una corriente del fondo del peñasco para perderse en el seno hirviente de las arenas. He ahí por qué la tradición que se perpetúa en los cantos populares, hace de Facundo un personaje romántico, cubriendo sus crueldades con una atmósfera de armonías que aparta la maldición de su cabeza.

Pero no así la tradición de las ciudades donde el caudillo entró al frente de sus hordas vandálicas, porque cada una de sus invasiones es un soplo del desierto lanzado sobre los muros que se levantan como una fortaleza contra su expansión voraz. Allí la memoria se tiñe del rojo de la sangre, la armonía de los campos se mezcla ya con los acordes valientes de la ira, y al lado de las sombras fugaces que atraviesan el escenario ideal como evocaciones del sueño, se ven



también las de las víctimas inmoladas al furor de esas luchas infernales, á cuyo paso brotaban los incendios, de desplomaban los muros y se levantaba un coro desgarrador de gemidos. Allí aparece el antagonismo eterno de la ciudad con el desierto que la acecha, y que de tiempo en tiempo desencadenaba sobre ella sus ráfagas de fuego y sus torbellinos de polvo, como si ansiara sepultar su orgullo bajo sus capas móviles.

El colorido de la leyenda y el tono del cantor de la llanura, cambian al penetrar en el recinto de la ciudad, porque allí se elaboran los materiales de la historia, y las fantasías del poema se desvanecen al contacto frío de la verdad positiva. Por eso van desapareciendo de la superficie de nuestros territorios, esos trovadores que cantan la tradición íntima ó la heroica en el lenguaje sencillo y en el tono rústico en que la oyeron por vez primera ; y pronto, cuando ya los inventos del siglo derramen en los escenarios de tanto drama sombrío, oleadas de hombres de razas distintas é indiferentes, no habrá quedado en el suelo ni un rastro de los pasados héroes, siquiera sean los del terror, en la atmósfera ni un eco perdido de la antigua canción que lloró los infortunios del alma nativa, en la memoria ni la vislumbre de las imágenes que en otros tiempos poblaron los desiertos y el espacio con sus

carreras fantásticas, con el brillo de sus armas y de sus hazañas, con el ruido confuso y estentóreo de los combates. Recojamos esas músicas que se alejan, antes que la distancia nos impida percibir las entre el tumulto con que la vida nueva se desborda sobre los desiertos.

Satisfecho de su dominio sobre el suelo nativo, donde no ha dejado una hierva en su tallo, aquel tigre comienza á estender sus correrías fuera de los límites de la selva donde reina como único señor; sus montoneras invencibles le siguen fascinadas á través de las fronteras, y vá á caer como la tempestad, en medio de las ciudades lejanas donde se asilan aún los soldados y defensores de la unidad nacional.

Córdoba siente el estruendo de sus pisadas, y le ve llegar con su bandera negra, que como una aberración infernal, ostenta el lema de RELIGION Ó MUERTÉ. Ella que conserva en lo íntimo de su alma la tradición religiosa de la Colonia, orgullosa de su depósito sagrado, como la Atenas engreída de sus templos, de sus ídolos, de sus reliquias, se hiergue indignada contra aquel nuevo Alarico que abortaron las estepas desoladas. Pero allí permanecían aún algunos de aquellos soldados sin mancha que habían paseado la bandera revolucionaria en los tiempos heroicos, y se pusieron de pié para resistir el empuje de aquel

torbellino de polvo lanzado por los vientos del desierto.

Los templos se conmovieron ante la cercanía de la sacrilega banda que oponía la muerte á la religion ; y el General Paz renueva en las planicies que circundan el valle donde murmura la ciudad clásica, sus hazañas antiguas que merecen la inmortalidad que los griegos tributaban en la columna conmemorativa y en el epitáfio glorioso. Aquellos combates están llenos de episodios que la poesía iluminará con sus resplandores ideales, porque á la barbarie de las turbas llaneras cobijadas bajo su negro estandarte, se opone la pericia de aquel militar imperturbable que solo puede compararse con el genio de Napoleon.

El llano que engendró las muchedumbres desoladoras, es como un abismo en cuyo fondo se revuelve una fuerza misteriosa ; á veces expulsa de su seno hirviente la multitud de los seres que la pueblan, sobre las comarcas vecinas, y otras las absorbe de nuevo con igual poder, cuando han barrido las tierras, ó se estrellaron sin fruto en los flancos de las montañas. Facundo vencido en Córdoba, parece que presiente el término de su poderío y de su sombría gloria ; su ceño se cubre de nuevos surcos que revelan nuevos infiernos en ebullicion ; la fiera cebada en la matanza ruje con furor siniestro, cuando la presa elejida ha re-

chazado el ímpetu de su salto de guerra, y se aleja rugiente en la oscuridad de la noche, á buscar en otras tierras la víctima de la expiación y la venganza. Atila vencido en Chalons se repliega al fondo de sus bosques, á meditar el exterminio sobre alguna Roma envilecida por sus tiranos.

Catamarca le ve llegar jadeante, enfurecido, buscando una víctima perseguida por sus delirios eróticos, y allí derriba las puertas de un convento, viola el secreto de la celda, y ofuscado por su rencor salvaje, que eclipsa á su mismo instinto sexual, asesina á la mujer deseada, porque no debía brillar á la luz del sol una virtud que había resistido venciendo, á sus ansias brutales.

Tucuman padece durante largos dias de la fiebre del terror, mientras el *Tigre de los Llanos* mantiene su tienda levantada bajo la techumbre de sus selvas tropicales. Los ruidos de la fiera han hecho enmudecer los cantos de la naturaleza; el vapor de la sangre derramada ha teñido de rojo la espléndida luz de su cielo; las cabezas de las víctimas colgadas de los árboles, han reemplazado las flores que embalsaman el ambiente de aquel paraíso de la América. La velada tranquila en otro tiempo, donde se referían las leyendas de la raza primitiva que tuvo en su suelo un trono, y de la nación de Mayo que se coronó con luz

de inmortalidad en su Ciudadela, se pueblan de visiones fatídicas, de cuadros tenebrosos, donde atraviesan gimiendo las sombras de los asesinos, los fulgores del cuchillo ensangrentado, el tropel de las turbas ébrias que corren al degüello, al son de risas estridentes, de canciones báquicas, de gritos de exterminio.

El monstruo que manchó con sangre las laderas del legendario Famatina, donde desde los tiempos remotos resuenan músicas misteriosas y sonrien sus genios invisibles, corre tambien á profanar con la planta de sus potros y el riego de sus crímenes las faldas del Aconquija, que se levanta en medio de los bosques tucumanos como aquella montaña del Eden, de donde, segun la tradicion, brotaban los rios que vestian la tierra de verdura eterna. Allí está como una atalaya inmensa, de cuya cima el genio de la América vió desfilas las huestes del Inca poderoso, las corrientes conquistadoras que atravesaron por tres siglos sus caminos abruptos, y las legiones argentinas, inflamadas por el sol fecundo que irradia de sus cumbres, sembrando á su paso victorioso la libertad. A su vista el gran poeta de sus glorias y de las desgracias de su patria, ha exclamado en el tono sombrío y grandioso de la epopeya :

Cuántas revoluciones  
Has presenciado tú, cuántos sucesos!  
Cuántas generaciones  
Dejaron junto á ti sus blancos huesos!  
Cuánta sangre en tus valles ha corrido!  
Cuántos ayes llegaron á tu oído! (1)

Facundo empapó con la sangre de sus víctimas aquella tierra predestinada á los grandes sacrificios. El vértigo, la locura del terror se apoderan de ella, como de la vírgen inocente amenazada en su pureza por el furor lascivo de un ébrio. El asesino de Severa se siente irritado en aquel paraíso, donde las mujeres resplandecen con los colores y la sávia de una primavera tórrida; la luz le embriaga y aguza sus sentidos; sus brisas cálidas, saturadas de perfumes, excitan sus pasiones con su roce suave, semejante á una caricia infantil; y entónces, corre desesperado tras de la hermosura que le cautiva, y que huye despavorida de su aspecto selvático y rudo.

Pero su fiebre no saciada va encendiendo el furor de muerte; la sombra de Severa se levanta de nuevo ante sus ojos para irritarle más, y en todas partes ve brillar el resplandor de aquella mirada y la morbidez de aquellas formas que le precipitaron al crimen

(1) ECHEVERRÍA, *Avellaneda*, Canto II.

con que mancilló los claustros de Catamarca. La bestia, una vez enfurecida, va á apagar su sed de placeres derramando sangre, como si solo ella pudiera calmar las hogueras que arden en sus carnes convulsas.

Es entónces que comienza en Tucuman aquella carnicería espantosa que oscureció por mucho tiempo sobre su cielo el sol que la satura de sávia y de vida; entónces aquella

tierra de los naranjos y las flores,  
de las selvas y pájaros cantores  
que el Inca poseyera, hermosa joya  
de su corona regia,

se cubre con el cilicio de los grandes dolores, balbucea las plegarias íntimas con que se propicia la piedad de los dioses; sus hijos corren á ocultarse en las guaridas secretas de la montaña, ó á asilarse en el hogar extranjero, hasta que el paroxismo del tirano y el flujo sanguíneo de su rabia se amortigüen ó se apaguen por su propio exceso. Su nombre, pronunciado apenas, hace el efecto de la corriente eléctrica; la imaginacion popular le considera como un Luzbel malvado y hambriento de carne humana; los niños lloran al oírle recordar, y por un instintivo movimiento de terror, corren despavoridos

á refugiarse en el regazo materno. La vista continuada de sus degüellos ha creado un estado permanente de excitacion que conduce á la muerte ó á la locura (1).

La Rioja es su guarida, los llanos son su ambiente, y allí corre siempre que los reveses del combate le quebrantan y le azotan; pero la cueva está alfombrada de miembros humanos, dispersos en la embriaguez del festin; en ella vuelve á su holganza primitiva, libre de las restricciones que impone la gente extraña. Hay que estudiarlo allí, en la plenitud de su libertad, en el dominio absoluto de sí mismo. Después de conocer al bárbaro invadiendo los pueblos vecinos, montado sobre el caballo de pelea, internémonos al fondo de su retiro donde reposa de sus largas fatigas.

La Rioja es el pueblo mártir por excelencia. Fundada entre el desierto y la montaña, el primero extiende sobre ella sus ráfagas encendidas, y la segunda detiene con su barrera de rocas la expansion de su sávia. Nacida del medio de los combates más formidables que la raza conquistadora tuvo que sostener contra los dueños del país, arrancó del seno materno esa fortaleza para resistir la desgracia, que ha hecho

(1) RAMOS MEJIA, *Neurosis célebres*.



de su historia aún no escrita, un verdadero poema de dolor y de martirio. Las riquezas de su suelo y de sus montañas, con que en los tiempos antiguos tributaba los mejores y más bellos adornos para los altares del Sol, fué causa para que sus dominadores fueran á buscar en ella la fortuna, pero siempre á costa de su vida. Poseedora de un talisman maravilloso que hacía brotar el oro golpeando sobre la piedra, aquellos padres solícitos le conservaban la vida, solo para mantener en accion el poder mágico que tantas riquezas convidaba. Alejada de los grandes focos de la cultura nacional, como sumerjida en su mar de arenas movedizas, y ahogada por sus cerros jigantescos, los movimientos de su sávia vigorosa se sucedían en silencio, y crecía espontáneamente como la yerba de los campos.

Cuando el clarin de los Andes congregaba los soldados de la expedicion inmortal, ella pone en pié de guerra sus hijos, curtidos en la lucha por la vida, y atraviesa al norte la cordillera terrible, al mismo tiempo que San Martin hacía resonar los himnos de Chacabuco. Y este episodio magnífico en que la figura del coronel Dávila resplandece con el brillo de las grandes proezas, no ha sido exaltado por la musa de la patria, ni popularizado por la historia, ni fantaseado por la leyenda, quizá porque las oleadas de

sangre que mancharon su suelo, sepultaron hasta el recuerdo de su abnegación por la causa de la libertad americana. Y, — diré con uno de sus hijos más ilustrados, — “ya que la Rioja ha dado tantos días de dolor á la República, siquiera que se le tenga en cuenta que también los dió de gloria, en aquellos tiempos en que el patriotismo y la civilización de sus hijos, no habían sido aún manchados con el salvaje aliento del *Tigre de los Llanos*” (1).

Hasta ella llegaron las nubes ensangrentadas de la anarquía nacional; y cuando Facundo se levanta del fondo de la escena, comienza á reflejar sobre el oriente los rayos de su propia hoguera. Sus cabildos cayeron envueltos en la ráfaga iracunda de la desgracia común, y allí se pierden, — quiera Dios que no sea para siempre, — hasta los rastros de su historia sembrada de tragedias, coronada de mitos sonrientes, arrullada de poemas vaporosos, en que los genios de sus montañas forman un mundo de armonías y de imágenes aladas.

Pero todo ese enjambre radiante de seres fantásticos que cantan en la noche canciones arrobadoras, y ornan las sienas blancas del Famatina con luces inquietas

(1) D. GUILLERMO DÁVILA. *La Rioja en la campaña de los Andes*. (Revista de Buenos Aires, t. XXIII, p. 200).

que centellean como las faces de un diamante colosal, callan y se apagan de súbito, cuando brota de un estremecimiento de la llanura, el mónstruo que luego enrojece su ambiente. El valle que se extiende á sus plantas, y donde antes resonaron las músicas nativas, y nacieron tantos idilios primitivos de amor, de heroismo y de fe, vió cruzar con espanto las hordas sin ley y sin destino, guiadas por aquel hijo sin entrañas, que comienza por clavar un puñal en el corazon de su tierra desventurada.

El encanto de la poesía virgen desaparece desde entonces; las nieblas ocultan las puestas del sol tras de la cumbre, y en la noche solo llegan murmullos lúgubres que parecen sollozos de la montaña. El oro que ocultan sus grietas atrae como un iman las codiciosas pupilas del tirano, y como la fiera que le ha dado nombre, acecha desde el matorral sombrío, al aventurero esforzado que remonta las laderas llevando el trabajo creador y generoso. El cuchillo del tosco verdugo se encarga de arrebatarse de manos del obrero el fruto de la labor heroica.

Un drama lleno de pasion, de valor, de sangre y de tinieblas ha inmortalizado en la tradicion aquel valle paradisiaco y aquella montaña fantástica. Y ¿qué palmo de esa tierra no ha sido consagrado por un sacrificio bárbaro? Durante medio siglo no ha cesado

de vibrar en las cimas y en las llanuras el lamento de sus hijos, asociado al fúnebre rumor de los vientos que brotan de las alturas nebulosas; porque las montañas parecen encarnar los sentimientos y las fantasías de los hombres que pueblan sus laderas: es en ellas que las razas primitivas colocaron sus olimpos, y los pueblos combatientes erigieron los templos de sus glorias. La leyenda, la epopeya, las religiones, arrancan sus personajes de la cumbre velada, como si el misterio fuera la fuente de todas las grandes creaciones que deslumbran y extasían.

Descorred el velo que encubre los orígenes, y aquellos palacios centelleantes se derrumbarán con todo el cortejo armonioso de sus héroes y de sus dioses. Pero el crimen realiza también la destrucción de esas mitologías celestiales, porque la sangre vertida por el hombre, acalla las sonrisas de la naturaleza y las músicas de la noche, y extingue con su sopro envenenado las luces fugaces que revolotean en torno de las grutas encantadas.

Las matanzas de Facundo y el grito estridente de sus turbas envilecidas, secaron las fuentes de la poesía en aquella tierra que un desierto satura de tristeza, que montañas colosales arrullan con rumores somnolientos y coronan de irradiaciones irisadas.

La tradición de mi pueblo es la tradición del sacri-

ficio. Durante la noche de su desgracia, la musa de sus montañas y de sus llanos adquiere ese tono melancólico que hoy suspira en sus canciones populares. Hay en cada uno de esos hombres de la llanura, un abismo de dolor que nubla su frente, y sin que él lo advierta, se traduce en lamentos que evocan una lágrima. El frío estoicismo con que soporta la miseria y los furores de la naturaleza, es algo que infunde admiración y espanto: parece que no hubiera un alma sensible dentro de su corteza tostada por el sol y agrietada por el soplo caliente del desierto, y no obstante, la guitarra gime en sus manos en la noche silenciosa, y su voz se levanta serena pero temblorosa, recordando la historia de una matanza donde perecieron sus padres, de un degüello horrible en que la sangre de sus hermanos esterilizó la tierra, de un amor purísimo cubierto de duelo por la brutalidad y la lascivia del tirano. El artista de aquellas regiones no tiene en su paleta sinó los colores del ocaso; el poeta no tiene en sus fibras sinó los tonos de la elegía; la llanura les envuelve en su tristeza, y la montaña les cautiva con sus crepúsculos.

Yo he oído esos cantos en mi infancia, cuando abría mis facultades á las seducciones de la naturaleza; he conocido en ellos la tradición dolorosa de mis antepasados, sus peregrinaciones, ya sea en los combates

contra la barbarie, ya en los ostracismos interminables, durante los cuales fueron á mendigar al otro lado de los Andes la libertad y el sustento; he escuchado con la avidez de los pocos años esos relatos sombríos, en que aparecen como envueltos en una atmósfera de fuego, y corriendo sobre corceles alados, los bárbaros de Quiroga, sembrando el incendio en las heredades rústicas, la muerte ó la deshonra en los hogares indefensos; y en medio del confuso torbellino, veia caer atravesado por la lanza del caudillo feroz, á los héroes que el 12 de Febrero plantaron el estandarte de la Revolucion sobre los muros de Copiapó.

Nada quedó de pié bajo el flujo de la soldadesca fanatizada por la sangre; y cuando el bárbaro cansado de matar, vió que no podia cortar de un golpe todas las cabezas sobrevivientes, expulsa de su patria, á todas las familias que llevaban en sus venas la sangre que ansiaba devorar. Entónces empieza aquella emigracion en masa, que hace del año 1829 un limbo tenebroso penetrado de despedidas desgarradoras.

El tigre enfurecido ha despedazado todos los habitantes de la selva, ó los ha espantado con sus ruidos horrendos; y solo, bramando, revolviéndose y levantando puñados de polvo, se contempla á sí mismo único poblador de la tierra! Es el momento supremo

de su furor : la fiebre llega á su grado máximo, como si presintiera la aproximacion de la muerte.

El General Paz se acerca, y el caudillo riojano se adelanta á su encuentro. La derrota de la Tablada rechaza sobre la Rioja la ola de la devastacion, agigantada en su camino tumultuoso. "Su sed de sangre crecía á la vista de la hetacombe que dejaba á sus espaldas, y-en su despecho y su odio por la humanidad, juró vengarse de su contraste en los ciudadanos indefensos....." (1) Algunos amigos de la libertad celebran temerariamente su derrota ; Facundo lo sabe, y castiga con la muerte aquella vaga vislumbre de felicidad.

Pero la escuela del dolor forma los grandes caracteres, los pueblos invencibles, los destinos inmortales. La República recibió ya su riego de sangre que la ha regenerado, y entre todas las agrupaciones que la constituyen, purificadas por el martirio, se destaca en el fondo enrojecido de aquella época, la tierra que dió el ser á Facundo, y que él empañó en las corrientes de la sangre que arrancó su lanza. Yo la veo en el porvenir, como por una evocacion profética, adornada de luces en guirnalda, entonando himnos de alegría,

(1) D. GUILLERMO DAVILA. *El mineral de Famatina*. Revista de Buenos Aires, t. XIII, pág. 93.

revestida de túnicas de oro, envuelta en espirales del humo que lanzan las locomotoras, saludada por sus hermanas como el refugio inviolable de la libertad y del trabajo.

Facundo personaliza la época de las guerras civiles, —ha dicho Sarmiento, — y estudiar su vida, su carácter, sus luchas, es desvelar los misterios en que se oculta nuestra sociabilidad, que durante aquellos tiempos se mantiene envuelta en las tinieblas del caos. Cada uno de los hombres que se destacan en el fondo oscuro de ese inmenso cuadro, es una nube repleta de fuego. Los relámpagos anuncian que en su seno fermenta su alma; pero los relámpagos son rayos que siembran la muerte. Artigas, Lopez, Bustos, son vagos resplandores del gran torbellino que se acerca; son los amagos del cataclismo; pero en Facundo se concentra toda la fuerza del fluido tormentoso, y sus ráfagas, levantándose del extremo de la República, azotan bien pronto toda la region que se extiende á lo largo de las grandes montañas. La liga que amaza bajo su poder terrible, tiene su origen remoto en el seno de la tierra. Parece que las ocho provincias montañosas que en los tiempos antiguos pertenecieron al Inca, hubiesen cedido á la atraccion invencible del granito que les sirve de cimiento. Hay en este fenómeno un atavismo sorprendente: Facundo, el genio



sombrío como el desierto é inflexible como la roca, es el vehículo fatal de esta resurreccion á través de los siglos. Semejante á aquellos gefes de los Andes que tanto poder ejercieron bajo el imperio incano, y á cuyo llamado concurrían, con el tropel de los peñascos que se desmoronan, todos los guerreros que poblaban las serranías, Facundo ha conseguido en virtud de un fatalismo misterioso, reconstruir aquella antigua unidad que tantas veces hizo estremecer el solio del Cuzco.

Pero, ¿quién proyecta sobre el escenario de la sociabilidad argentina la sombra y el terror que la envuelve? Facundo, Rósas, ¿son hijos, son emanaciones de la tiniebla, ó es de su cerebro que brotan las ráfagas de oscuridad? ¿Hay en esto un misterio de las leyes naturales que rijen la evolucion de la vida? Dos regiones constituyen nuestro territorio: la una es árida y abrasadora en el centro, y sonriente, escarpada y llena de bellezas en el occidente; esta tributa su sávia y sus corrientes á la montaña; la otra es la predilecta de la naturaleza, y sus selvas mesopotámicas, sus pampas armoniosas, y sus "rios como mares" hacen de ella la morada de la poesía risueña; y esta tributa al océano. La montaña y el océano son los dos colosos que aún no ha podido sondear el pensamiento. Nuestra tierra es tributaria de esos dos soberanos de

la naturaleza, y divide entre ellos sus ofrendas. Facundo nació de una tempestad de la montaña, que desata sus torrentes y sus ráfagas sobre la llanura tributaria; Rosas nació de un huracán de la pampa que se alimenta de los vientos del océano, y va á humedecer sus alas de polvo en sus grandes ríos.

En esta dualidad puramente física se encierran, quizá, los orígenes profundos de la dualidad histórica, que se manifiesta en los tiempos medios por dos caracteres que sintetizan sus elementos combinados. Hay una lógica terrible en este fenómeno: la naturaleza es el seno donde se remueve el germen; de ella ha renacido la sociabilidad, y esta ha engendrado los caracteres: la evolución es la ley general que preside al desarrollo del problema. Pero los caracteres representan las tendencias y el destino de la masa que los modela, y cuando dirijen sus fuerzas hácia la dominación mútua, ha nacido el antagonismo y la lucha. Rosas se alarma del poder que Facundo acrecienta, y teme la invasión occidental y la destrucción de su reino, como la pampa se extremece con las lejanas explosiones del granito.

Dos fórmulas contienen en dos cifras misteriosas la solución final del gran problema. ¿En cuál de ellas se encierra la verdad? De dos ecuaciones distintas se va á arrancar un resultado único: hay un imposible

matemático; pero el operador impaciente ha borrado una de las fórmulas con un golpez audaz. De esta manera, ante la dualidad de dos fuerzas sociales, de dos poderes que tienden á absorberse, el problema político entre Facundo y Rosas se resuelve suprimiendo al primero con un asesinato.

Hé ahí cómo han resultado en la historia los imposibles políticos. La sombra impenetrable rodea las causas de estas eliminaciones súbitas que dan al mundo muchas veces la solucion anhelada, aunque no siempre sea la verdadera, la legítima, la que está en la naturaleza de las cosas; y no obstante, las instituciones se han fundado sobre esta fórmula dudosa nacida de un delito; y así la humanidad va amontonando leyes, principios, monumentos inmensos, sobre estas oscuras bases cuyos orígenes, cuyas cavidades están ocupadas por un error, por un misterio, por un crimen. ¿Quién concibió el asesinato de Facundo? ¿Misterio! dijeron todos; pero muerto el rival de Rosas, el poder de éste no tiene límites, y se extiende sobre todo el país. El misterio está desvelado, porque hay en la naturaleza de aquel dualismo la luz que lo ilumina. Rosas asesina á Facundo para fundar la férrea unidad que consolida con el degüello y el incendio.

Este no es un fenómeno nuevo en la historia, por-

que las fuerzas y las corrientes de la humanidad, y más aún en el seno de las pequeñas sociedades, se encuentran á cada paso en conflicto, sin juez que las armonice y avenga; y la muerte ha sido desde el principio de los tiempos el último recurso de la impotencia humana. La filosofía, la moral, la teología, llaman crimen al homicidio que desata el nudo de dos vidas contradictorias, y han llegado á santificar los grandes asesinatos que resuelven un conflicto social ó humano.

La muerte de Facundo es uno de esos acontecimientos que se graban en la historia con caractéres de fuego, porque reunen cuanto de grande existe en el alma, en la virtud, en el valor y en el crimen, y porque ella refleja sobre el pasado de una vida malvada, una suave luz de conmiseracion y de simpatía. El sentimiento muchas veces se empeña en cubrir de flores lo que la razon ha sepultado en las hogueras del infierno, y en perdonar á los condenados por la justicia convencional, cuando en el aparato de la muerte han brillado los resplandores de una virtud, ó cuando fué conducida por las inspiraciones de un delito. Carlos II, hablando á la multitud apiñada al rededor de su cadalso, y desafiando la muerte con la resignacion y el heroismo de un mártir, hace vacilar el juicio de sus contemporáneos que lo condenaron, y

un rumor de absolucion póstuma se levanta de la escena del suplicio, semejante á esos torbellinos que se elevan de la pampa sin origen aparente. Facundo asesinado por una traicion, rodeada su muerte de las circunstancias más horribles que pueden acompañar al crimen, y presentándose con el misterio de esas grandes fatalidades que abisman el pensamiento, ha iluminado su pasado de sangre, y el sentimiento nacional ha perpetuado su memoria con la tristeza que refleja la tragedia de sus últimos momentos.

La poesía popular se ha teñido con los colores de aquel crimen horrendo, y ha iluminado con una vaga vislumbre de virtud la figura de la víctima, para hacer resaltar las sombras que rodean al asesino; los cantores nacionales que refieren la leyenda en el tono quejumbroso de las catástrofes, evocan una lágrima compasiva á su recuerdo, y despiertan con sus modulaciones profundas un movimiento de indignacion que condena la infamia de los traidores.

El corazon no se conforma con ver morir sin lucha al tigre que combatió toda su vida, al carácter de fierro que no lograron doblar, sinó retemplar, los más rudos reveses de la suerte. Hay una secreta ley estética que favorece á Facundo en el concepto de la posteridad; pero esa ley es violada con el asesinato sin combate, y el sentimiento se revela contra esa viola-

cion. Facundo debió morir luchando en campo abierto y con un enemigo de su talla ; pero á pesar de todo, esa terrible grandeza de su genio se manifiesta aún en el desenlace trájico, con el mismo fulgor con que deslumbró á sus contemporáneos.

El instinto de la dominacion, la conciencia de su poder, la fuerza fascinadora de su mirada y de su voz, son los impulsos fatales que le arrastran á la muerte enceguecido y ofuscado. Se le advierte la proximidad del peligro; pero su alma respira en esa atmósfera, y la muerte no fué jamás su pensamiento. Una banda de asesinos le espera, se le dice que intentan matarle, y con esa conviccion misteriosa de su dominio, contesta como Napoleon: "no ha nacido todavía el hombre que ha de matar á Facundo Quiroga. A un grito mio, esa partida se pondrá á mis órdenes y me servirá de escolta". "Estas palabras de Quiroga explican la causa de su extraña obstinacion en ir á desafiar la muerte. El orgullo y el terrorismo, los dos grandes móviles de su elevacion, le llevan maniatado á la sangrienta catástrofe que debe terminar su vida. Tiene á menos evitar el peligro, y cuenta con el terror de su nombre para hacer caer los cuchillos levantados sobre su cabeza". (1)

(1) SARMIENTO, *Vida de Facundo Quiroga*.

El personaje trágico está delineado, y el desenlace ha dado la razón á su vida; la fatalidad que lleva en sí mismo le presenta aún con mayor prestigio ante el poeta que ha de inmortalizar su genio extraño, en donde se mezclan lo sublime, lo grotesco, lo horrible y lo sentimental. El realismo descarnado bastaría para dar vida á la tragedia de Facundo, que sería un coloso de mármol cuyos grandes contornos hubiera esbozado Esquilo; y cuyos detalles hubiese pulido Shakespeare.

De todos los caudillos de aquella época, él es el único que ha logrado imponerse al corazón de su pueblo, apagando con el espectáculo de su muerte las hogueras de odio que encendieron sus crímenes. La imaginación popular le representa como un genio sobrenatural, especie de exhalación fugitiva que brota de los llanos ardientes, y surca la atmósfera arastrada por los vientos. La poesía nativa le adorna con sus imágenes melancólicas, y sus crueldades relatadas en el romance tosco pero sentimental, propio de la región, se atenúan y suavizan para hacer resaltar la sublimidad ó el infernal poder de su carácter. La música de las llanuras canta en recitados monótonos y tristes como su horizonte abrasado y sus paisajes sin variedad, cada uno de los episodios de su vida, en que el genio sombrío levantó una tormenta, ó hizo resplan-

decer con reflejos enrojecidos por la sangre su valor salvaje y su fatalidad incomprensible. El misterio de su organizacion escepcional abismaba la mente del gaucho, arrastrado inconscientemente por el vértigo de la época, y juzgando los actos más bárbaros del tirano con el criterio emocional, y sin que su cerebro rudimentario lograra explicarse sus causas y sus trascendencias morales, solo veía en él un ser superior á la humanidad, que con fuerza maravillosa y extraña conseguía hacer temblar á sus contemporáneos. Y ese misterio es la causa general de su dominio, que no se desvanece ni aún despues de la muerte, porque se ha fundado sobre la fantasía y la sensibilidad de su pueblo.

He oído, siendo estudiante en Monserrat, á un loco del pueblo cantar en la guitarra el trájico episodio de Barranca-Yaco. Mi imaginacion escitada por el encierro semi-claustral del colegio, y el sentimiento propio de mi corta edad, me hicieron oír aquella música con un deleite extraordinario. La sombra de Facundo se levantaba á mis ojos revestida con el sublime prestigio de las grandes desgracias. Así como en mí arrancó una lágrima el relato cantado en el instrumento de las trovas nacionales, el pueblo, niño por su grado de cultura, que presenció los hechos y se conmovió ante el horror de las escenas, también sintió



removeirse sus fibras por una emocion compasiva hácia la terrible víctima, y por una admiracion secreta hácia el que miraba como un mártir de su propio valor y de la traicion humana.

Dos son, pues, las faces que presenta este singular personaje á la vista de su posteridad: el hombre público que ha sido condenado por la historia fria y razonadora, por sus errores y sus maldades, y el genio de la tierra, sombrío, fantástico, misterioso, irresistible como el torbellino, fascinador como el relámpago, que ha sido idealizado por la leyenda, por la poesía y por la música de los desiertos. ¿En cuál de esas dos faces distintas le contemplará la inmortalidad? Hoy mismo el personaje ideal va alejándose, desvaneciéndose en los espacios de la fantasía popular, semejante á esos cometas que se apartan de nuestro horizonte, y que llegan á verse apenas como una moribunda vislumbre en los abismos siderales. Las huellas de la horda vandálica que él condujo á los combates, van á su vez perdiéndose bajo las roradas del hombre que domina la soledad de la llanura, y pronto no quedará de ellas ni el recuerdo, así como el de ese genio poético del gaucho donde anida su memoria siniestra, y donde habla en sus cantares con el tono trágico ó elegíaco que le da la musa nativa.

Todos los actores secundarios de aquel largo drama,

que contribuyen á formar el medio donde actúa el héroe, se sepultan ya bajo las hondas capas de polvo que las ráfagas regeneradoras levantan en las soledades. El *baqueano* que lleva en su mente ruda el plano fotográfico de la inmensa llanura, surcada de travesías desoladas, y que guía los ejércitos sometidos á su ciencia salvaje; el *rastreador*, especie de dios de la tierra, en cuyo oído repercuten todos sus rumores, en cuyo cerebro se retratan todas las visiones, en cuya retina se graban los detalles ínfimos de las cosas, y que tiene la ciencia sobrenatural para desvelar todos los misterios; el *cantor*, trovador quejumbroso que lleva todas las tristezas de su suelo nativo, las huellas de la desgracia de su patria y los anhelos sublimes, pero informes, de una regeneracion; hoy son visiones pálidas que nos envian una despedida silenciosa desde las puertas del sepulcro. Las tradiciones de los dos primeros, y el éco agonizante de las trovas del último, apenas si se conservan como una reminiscencia remota en la memoria de su pueblo.

En verdad, abisma y extasia la contemplacion de aquel caos ajitado de la anarquía, en donde resuenan con su rumor característico, y mezclados en un conjunto satánico, los gritos feroces de las hordas sanguinarias, el tropel de las caballerías veloces como la ráfaga del huracan, los gemidos de las víctimas

inmoladas al furor homicida ó lascivo de los tigres humanos, los clarines y los tambores de los ejércitos de la libertad, persiguiendo la barbarie entronizada por el terror; y allá, en el fondo del torbellino, se destaca solitaria, como un lamento elegíaco, la canción del trovador nacional, indiferente á la vorágine que sacude el polvo de la llanura y sus selvas escuálidas, para llorar en su guitarra ese sentimiento desconocido, sin causa ni objeto aparentes, pero que despide sus lágrimas y sus sollozos rítmicos en la música nativa, como brotan el rumor y la corriente cristalina del seno de la montaña. Solo el Dante, hundiéndose en los abismos del dolor, de la miseria y de las pasiones humanas, pudo expresar los horrores de esos infiernos de la historia, porque llevaba en su espíritu las heridas de la batalla, y en su cerebro todos los colores y los ruidos que la naturaleza despliega en sus evoluciones seculares.

Entre nosotros solo Sarmiento ha podido crear un poema tan grandioso como la época dantesca que describe. Su *Facundo* es un conjunto caótico de tragedia y de elegía, de historia y de romance, en donde al lado del destello fascinador del heroísmo y del genio, se vé cruzar como bandadas de aves nocturnas, las sombras del crimen, del horror y de la ambición salvaje, rugientes, ensangrentadas, torvas

y urañas. Su lenguaje es un reflejo del asunto : tiene sus irradiaciones deslumbrantes, sus emanaciones cavernosas; destila unas veces la sangre que empapa el escenario, y le riega, otras, con lluvia de flores tropicales, cuando fluyen de su génio aún no comprendido las esperanzas del porvenir, los arrobamientos del artista ante la belleza de su patria, los éxtasis del filósofo ante la abnegacion y el heroismo, la llama de Fidias ante el mármol de donde va á surgir el tipo clásico, y la chispa del buril de Victor Hugo, grabando en la lámina palpitante los caracteres de la historia y de la tragedia, de la epopeya y la leyenda.

Él es el escritor de la raza, porque hay en su estilo la sávia desbordante de nuestros climas tórridos, la sombría y triste inmensidad de nuestros desiertoš, la sonoridad tranquila ó turbulenta de nuestros grandes rios y de los torrentes andinos, los colores irisados de nuestros crepúsculos, y esa vaga pero gigantesca armonía que flota sobre nuestra tierra como el himno lejano de un coro aéreo. La historia es narrada en sus páginas con la vivacidad del alma nativa, con el calor del sentimiento nacional, con el fuego del patriotismo combatiente, con la música de las grandes inspiraciones; y cuando la verdad histórica amenaza destruir la forma artística, porque la verdad suele

ser inarmónica á veces, no duda un instante, y con el entusiasmo del artista, crea donde es necesario salvar el encanto estético.

Hé ahí por qué su libro tiene la juventud inagotable de la selva tropical; y hé ahí por qué las generaciones actuales y venideras irán á retemplar en sus cuadros maestros la fibra patriótica, amortiguada por la paz, y por último, á caldear en esa fragua chispeante el sentimiento nacional; por qué la época de los pesados in folios que fatigan el espíritu como un viaje á pié á través del desierto, ha pasado envuelta en la vertiginosa carrera de la civilización.

Leer á *Facundo*, y en general, todas las obras de Sarmiento, es como atravesar una region accidentada y caprichosa, donde á cada momento nos sorprenden y extasían un paisaje y una emocion nuevas. La materia sigue los vuelos inquietos del espíritu, estimulado por la variedad de las imágenes, la celeridad de los cuadros, el encanto de las perspectivas. El autor sabe bien dónde ha de obligar al viajero á detenerse; y para eso ha levantado á distancias razonables los grandes colosos de su epopeya, los toques maestros que os suspenden como el estallido repentino de un acorde gigantesco. Libre de influencias extrañas, vuela donde su capricho ó su imaginacion le impulsan; y cuando precisa emplear vehícu-

---

los ajenos, sabe llevarlos con el arte propio, y subordinarlos despóticamente á su voluntad. Muchos han escrito sobre aquella época calamitosa de las guerras civiles; pero Sarmiento, con su *Facundo*, ha trazado las líneas sobre las que han de erguirse, como un bosque de columnas dorenses, los tercetos fúlgidos de la *Divina Comedia* argentina. Él es el precursor de nuestro Dante, y de todos los grandes poetas que crearán en el futuro la epopeya nacional.

## V

Los vicios hereditarios de la sociabilidad argentina engendraron aún otro mónstruo, que con Facundo y Rosas, forman la horrible trinidad sobre que se levanta esta cuarta época de nuestra historia: Aldao, cuyo nombre tradicional es el *Fraille*, es un modelo excepcional, entre el infinito número de personificaciones de aquellas enfermedades sociales que tan marcado carácter imprimen á su tiempo. Hijo de la decadencia moral y orgánica de la nación, vino á la vida con los

gérmenes maternos, y sus primeros años y su juventud anuncian al futuro azote de la patria, que tiene su campamento en Cuyo, como Atila en Panonia. Porque todas estas fieras humanas, ligadas siempre á la tierra que las aborta, parece que tuvieran en el seno convulsionado de su guarida, el foco de su extraña fuerza, á donde vuelven sedientos, despues de un ataque desastroso, á reanimar sus órganos cansados, para lanzarse de nuevo con mayor brío y horror.

Las ideas religiosas, herencia degenerada de la antigua cultura, indujeron á su padres á sumergirlo en un claustro, porque este encierro y su disciplina habian adquirido, desde remotas épocas, una fama no desmentida, como yunque para amoldar los caracteres más rebeldes. ¿Qué importaba que despues, tanto anhelo comprimido, tanta idea asesinada en gérmen, hicieran explosion rompiendo el vaso vetusto, y sembrando el estrago al rededor?

Cuando el niño trae desde el seno materno los impulsos generadores del carácter, y estos tienden á romper el molde comun de la humanidad, porque son impulsos de libertad absoluta y desbordante, la sujecion extrema, la cadena férrea, la sombra del claustro, la tenebrosa apariencia del hábito, con toda su abrumadora significacion, lejos de matar los instintos naturales, son fuerzas profundas y ardientes que los

convulsionan y sacuden con mayor violencia. Pueden adormecerlos, enervarlos transitoriamente, pero preparan un despertar funesto.

El claustro y el hábito no lograron encadenar las inquietas alas del joven fraile. El tumulto de los combates que llegaba á sus oídos como el fragor de las tempestades, le ajitaba con secretos estremecimientos en el fondo de su retiro. Los clamores y los gritos de las victorias, en que resonaban envueltos en ondas de armonía los nombres de los héroes, lanzados en la pelea, le arrullan con encanto magnético, haciendo nacer en su corazón y en su cerebro los sentimientos y los sueños inquietos de la gloria. Así el buitre enjaulado siente temblar sus alas, acostumbradas á dominar el vuelo de las nubes, cada vez que el rumor de las montañas le anuncia que es la hora de los grandes espectáculos de la naturaleza.

Pero los muros del claustro detienen con su lúgubre desnudez y su infranqueable espesor, el ímpetu repentino de su entusiasmo : las largas y descoloridas faldas del hábito enredaban sus piés, y le representaban á cada momento la ruda obligacion de enfrenar esos transportes volcánicos de la pasión juvenil; la sombra de los dogmas confesados invadía su cabeza, como la niebla del invierno se cuele en la gruta de la montaña, y apagaba las fosforescencias de



su cerebro hirviente. Es allí donde se incuban los futuros crímenes que manchan su vida, sin darse él cuenta de nada, y solo por efecto de la reaccion sobre sí mismos, de tantos pensamientos, de tantos sueños, de tanta ambicion, aprisionados dentro de su pobre cráneo.

Las cavernas húmedas y oscuras donde el agua filtra como lágrimas de la noche, engendran los reptiles, los murciélagos, los géniös del mal, las hadas de la perdicion que persiguen los pasos del hombre; los encierros ríjidos y austeros engendran tambien en el ser humano las ideas tenebrosas, los sentimientos fatalistas, los sueños desordenados, las ambiciones locas que conducen al suicidio ó al crimen. Aldao que había traído los signos de la época en que nació, introducía además en su naturaleza las influencias devastadoras del claustro. Dos fuentes envenenadas alimentaron su ser, y regaron con sus emanaciones letales el terreno donde debía desarrollarse su carácter. La historia ha dado la prueba de esta doble filiacion de su personalidad siniestra. Las corrientes que arrastraban á su época, le arrancaron al fin de su prision, y sigue los ejércitos de la patria á sus expediciones gigantescas, encadenado siempre á su mision sacerdotal.

La primera accion de guerra remueve en su orga-

nismo los fuegos adormecidos, los instintos flajelados, las ambiciones reprimidas. La Guardia Vieja es para aquel rebelde, lo que la roca aquella en que Satanás se detiene á meditar su porvenir despues de la fulminacion celeste. "Toda esa fuerza acumulada sobre su espíritu, oprimida por aquella honda tonsura que gravitaba como una montaña de infamia sobre su cráneo, y que había ido creciendo paulatinamente, fomentada por las monotonías mortales del convento, estalló allí con un vigor explosivo y sonoro. Parecía, más bien que un guerrero implacable arrastrado por el enardecimiento del combate, un maniático epiléptico que vá huyendo de ese enjambre de visiones sanguinolentas que le persigue durante el *aura*" (1).

Hay algo de aquellas apariciones infernales de las leyendas mitológicas, algo de sublime y espantoso á la vez, en aquel cuadro de la batalla, en que el Fraile levantado de súbito por el huracan de sus pasiones y de sus impulsos sangrientos, atraviesa el tumulto "semejante á un fantasma, descargando sablazos en todas direcciones, con el encarnizamiento y la actividad de un guerrero implacable (2)". Y más ahonda la reflexion aquel caos de su conciencia, que no permite

(1) RAMOS MEJIA, *Neurosis*, P. 11, p. 201.

(2) SARMIENTO, *Vida de Aldao*.

adivinar si el móvil que le guía es la gran virtud del patriotismo, ó la fatal impulsión de un delirio homicida. Más bien parece que una legion de demonios lanzados por Luzbel desde su antro mefítico, brotara de repente del profundo abismo de su ser, en cuyas cavidades fermentaban, esperando la voz y la ocasion de la libertad, para saciar su sed comprimida de exterminio.

Pero es que la atmósfera de las grandes revoluciones está, como la de las tempestades, cargada de fluidos eléctricos, y los gritos del combate son como el estallido del rayo que conmueve con violencia las más enormes masas graníticas. El Fraile sentía hervir en su cuerpo todos esos fluidos, en su cerebro todas las alucinaciones de la fiebre revolucionaria de su tiempo, en sus fibras todas las repercusiones de una batalla homérica, é indudablemente, su patriotismo impetuoso se multiplicaba en fuerza y en actividad, por cada uno de los instintos y de las impulsiones ocultas que le arrastraban á la matanza.

La Guardia Vieja, episodio grandioso de nuestra gloria, es el único punto luminoso que brilla sobre el cuadro rojo oscuro de esa existencia maldita. En él termina la presion que refrenaba al bruto, la fuerza que encadenaba al buitres, la ley moral que constituía al hombre; desde allí el bruto desciende á su esfera,

el buitre se lanza sobre los cadáveres, el hombre apaga en sí todo rayo de luz que le ennoblece sobre la tierra. Satanás roído por el despecho y el orgullo, muestra al Dios que le condena, el puño crispado de la amenaza, arroja al astro de la luz su reto soberbio, renegando de su esplendor, ruje con el poder de su cólera siniestra, y su rujido extremece la tiniebla. La guerra eterna comienza : el mal se desparrama sobre la tierra como la noche. El Fraile vuelve de la batalla cubierto de polvo, de humo y de sangre ; de esa batalla donde ha roto su pasado, su consorcio con la virtud y sus esperanzas de gloria : trae el aspecto del peñasco en cuyas entrañas ha reventado el volcan.

La escena que sigue es digna de la tragedia, porque describe la rebelion de un hombre contra su especie. El gefe recrimina al sacerdote su falta, su crimen contra la investidura que le hace apóstol de la caridad : “ Padre, cada uno en su oficio : á su paternidad el breviario, á nosotros la espada ”. “ Este reproche hizo una súbita impresion en el irascible capellan. Traía aún el cerquillo desmelenado, y el rostro surcado por el sudor y el polvo ; dió vuelta su caballo en ademán de descontento, cabizbajo, los ojos encendidos de cólera y la boca contraída. Al desmontarse en el lugar de su alojamiento, dando un golpe con el sable que aún colgaba de su cintura, dijo como

para sí mismo: "¡lo veremos!", y se recostó en las sinuosidades de una roca. Era este el anuncio de una resolucion irrevocable: los instintos naturales del individuo se habían revelado en el combate de la tarde, y manifestándose en la superficie con toda su verdad, á despecho del hábito de mansedumbre ó de una profesion errada: había derramado sangre humana, y saboreado el placer que sienten en ello las organizaciones inclinadas irresistiblemente á la destrucción: la guerra lo llamaba, lo atraía, y quería desembarazarse del molesto saco que cubría su cuerpo, y en lugar de un cerquillo, símbolo de humillacion y penitencia, quería cubrir sus sienes con los laureles del soldado" (1),

Ese grito "¡lo veremos!" tiene todo el terrible poder de la execracion satánica; es la explosion de la conciencia rebelde, del orgullo herido, del carácter que ha llegado á su forma definida. La amenaza balbuceada por los lábios trémulos del subalterno impotente ante la disciplina, ha hecho temblar y gemir de terror á la patria bajo el golpe de la venganza, y bajo la ráfaga del incendio que extendió sobre las llanuras y las ciudades. La sangre enemiga derramada en la Guardia Vieja, fué la revelacion de la que más tarde

(1) SARMIENTO, *Vida de Aldao*.

había de brotar á torrentes del cuerpo de sus hermanos; su aliento embriagador despertó en el héroe fantástico de los Andes el apetito irresistible é insaciable de la bestia de la llanura.

Lanzado el grito de rebelion contra el voto sagrado que le obligaba á la paz y á la castidad, el apóstata enfurecido no se detiene, y quiere ahora absorber con toda su avidez comprimida, los goces de la materia desencadenada. Pero hay un ojo que le espía y un juez que le condena : la Iglesia sigue sus pasos extraviados, como la conciencia sigue los de la accion criminal. La época en que las creencias religiosas están todavía amarradas al espíritu público, se conmueve ante el espectáculo de sus excesos ; y la condenacion de la Iglesia es tambien el fallo de la sociedad.

El fraile ama con el fuego de su naturaleza desbordada ; su voto no disuelto en la forma, no le permite consagrar su amor con la union eterna ; el espíritu se exalta y centellea ante el imposible, y la materia va á entrar en la posesion del reino que la religion niega al alma. ¡ Quién sabe cuántos pensamientos malvados cruzaron aque! cerebro, cuánta sombra cayó sobre aquella alma, y cuánto horror de la vida despertaron en todo su ser los gritos de la reprobacion social ! El amor encendido en Lima, que pudo quizá purificarle,

se convierte en la tea del incendio que devora lo más digno de su personalidad: la querida reemplaza á la esposa soñada, y la materia, como el fuego, cuando ha prendido en el árbol, devora toda la selva. El coro de maldiciones que le sigue sin cesar, le precipita á la fuga, y huye á las cavernas más profundas, donde encuentra la sombra que le oculta á las miradas de todos. Nadie se atreve ya á penetrar en este abismo donde el Fraile excomulgado por la sociedad, va á buscar la onda turbia que envuelva su cuerpo embrutecido por el exceso.

Mendoza ve llegar transformado en sátiro grotesco, al que vió partir vestido del hábito de penitencia, y manchados por el vino de la orgía y el rastro indeleble de la lascivia colmada, la frente del héroe fantástico de la Guardia Vieja:

la gallarda ciudad que en otros días  
forjó las armas de la lucha fiera,

es ahora la cueva tenebrosa donde aquel fulminado por la cólera divina, viene á buscar el refugio contra la voz que le condena desde la noche tempestuosa, y contra la mirada chispeante de un ser que no percibe, pero que siempre ve clavada sobre sus ojos. Mendoza va á inclinar también su cerviz unjada por una epopeya, ante el altar de aquel Baco degradado, que llega

en son de bacanales, á sembrar por las calles los torrentes de su lujuria, revueltos con la sangre arrancada en el paroxismo de la embriaguez. El entusiasmo de las orgías es como una fuerza que se agiganta y desarrolla á medida que los sentidos se excitan, y ni se detiene ni decrece hasta que rompe las arterias, y la sangre se derrama en torbellinos precipitados.

Una mujer no basta ya á saciar el furor de la bestia; el Fraile arranca de su hogar del desierto otras dos víctimas que asimila luego á su infernal serrallo, y éstas tres soberanas de aquel pandemonium de la crápula, sostenido por el sable y el cañon, ostentan á la faz de la culta ciudad, la asquerosa desnudez de sus cuerpos, envilecidos con el contacto de un mónstruo. De vez en cuando los celos salvajes arden entre ellas, y se traban en combate sangriento, como las Erinnañ del Dante, clavándose sus uñas y el diente de los áspides que llevan por cabellera: y todo por la posesion de una masa carcomida de carne humana, que despi-  
de en torno suyo las emanaciones pestíferas de los cadáveres!

La atmósfera de la ciudad se impregna con los miasmas que despiden la orgía, con ese olor del vino derramado en las náuseas de la hartura, mezclado al vapor de la sangre vertida en el acceso delirante, y que se extiende en charcos cuajados y amasados en el fango,



Allí la idea ha muerto, el sentimiento se convierte en horror, la fantasía solo forja infiernos, la musa huye á las guaridas nevadas del Tupungato, que con su faz velada de nieblas impenetrables, sufre la profanacion del santuario que vela desde el principio de los tiempos. Testigo mudo de la degradacion de su raza, su indignacion sorda y convulsiva se anuncia en el humo rojizo de sus cráteres, y en los rumores profundos que conmueven la llanura, como los gemidos de la naturaleza.

El amor no es en Aldao una pasion, porque la bestia ha reemplazado al hombre: el instinto crece á medida que devora, y la llama divina que levanta y ennoblece la materia, se apagó bajo el flujo sanguíneo que ocupa su cerebro. Sus ideas nacen teñidas de rojo, en sus labios tropiezan las palabras obscenas, como los cerdos que se precipitan fuera del corral por una puerta estrecha; sus párpados se abren y se cierran á intervalos como dos peñascos que caen sobre la boca de un abismo. La bestia repleta duerme su sueño estúpido, y de tiempo en tiempo gruñe y dá una manotada feroz y convulsiva, para matar la presa maniatada, y rellenar el vientre que ya rebalsa.

En Aldao hay que estudiar al ébrio con todas sus deformidades físicas y morales, con todos sus instintos llevados á la tension máxima. Los últimos años de

su vida se deslizan en un charco de sangre. No tiene más idea que la muerte, como si mirara la humanidad á través de un sepulcro rodeado de espectros amenazadores. Su alienismo tiene más del idiotismo del bruto, que de esa locura fosforescente, propia de las organizaciones delicadas. Mata ya sin discernimiento, y como para amortiguar en su conciencia poblada de apariciones satánicas, los hervores del remordimiento. En su sueño de piedra revolotean no obstante los fantasmas de sus crímenes, que no alcanzan, sin embargo, á aligerar el peso mortal de la materia dominada por la embriaguez. Mata, mata y mata hasta que cae vencido por el sueño; y solo entónces cesa el toque de degüello, porque el clarín ha caído de la mano inerte. Pero la oleada de sangre que ruje en su cuerpo inundando su cerebro, vá pronto á producir la congestión final; y como dos extortores horribles de aquella agonía tan lenta y ajitada, dos accesos de furor anuncian su muerte.

Un día sus tropas sostienen un combate encarnizado, y despues de dos días de fuego, se conviene un armisticio. Francisco Aldao, hermano del General en jefe, bajo la fe de aquella tregua, penetra al campo enemigo; pero este ha caído en su delirio alcohólico, y descarga sus cañones sobre el enemigo desarmado. La confusión estalla en las tiendas, y la indigna trai-

ción es condenada por todos, y por su hermano, que envía un mensajero á advertirle su presencia en el campamento contrario. “Un momento despues penetraba el *fraile* en el campo á tan poca costa tomado; sobre un cañon estaba un cadáver envuelto en una frazada; un presentimiento vago, un recuerdo confuso del mensaje de su hermano, le hacen mandar que destapen la cara. — ¿Quién es éste? — pregunta á los que le rodean. Los vapores del vino ofuscaban su vista á punto de no conocer al hermano que tan brutalmente había sacrificado. Sus ayudantes tratan de alejarlo de aquel triste espectáculo antes de que reconozca el cadáver. — ¿Quién es éste? — repite con tono decisivo. Entónces sabe que es Francisco. Al oír el nombre de su hermano, se endereza, la niebla de sus ojos se disipa, sacude su cabeza como si despertara de un sueño, y arrebatada al más cercano la lanza. ¡Ay de los vencidos! La carnicería comienza. Grita con ronca voz á sus soldados: — “maten! maten!”, — mientras que él mata sin piedad prisioneros indefensos” (1).

El dolor, el amor, el remordimiento, la contrariedad, la derrota, la victoria, todo le lleva como un vértigo á la matanza. Su fratricidio le grita desde el

(1) SARMIENTO, *Vida de Aldao*.

fondo de su conciencia iluminada un instante, con la voz que fulminó á Cain, y él la ahoga con el estrépito de una carnicería humana. El torrente de sangre arrancado á muchos, devorará la gota caída del cuerpo de su hermano. ¡ Horrible reparacion !

Los temores femeniles que le asaltan en su prision de Córdoba, hasta el punto que provocan la risa de sus guardianes, atestiguan que aún conservaba residuos de su profesion religiosa, y que el remordimiento de sus crímenes le corroía la conciencia ; pero ellos hacen su explosion violenta en el acceso que precedió á su muerte, y que le asaltó en su lecho durante una noche de horror.

Los enfermeros se entretenian en el juego para matar las horas de la vijilia, en medio del ambiente de aquella atmósfera putrefacta. “ El horror de su situacion, ó la intensidad de sus dolores, enagenan al enfermo ; se levanta de la cama, se presenta repentinamente ante sus veladores, despavorido, enagenado, con un par de pistolas en mano. La sorpresa, el terror, se apoderan de éstos ; huyen espantados, y siguen huyendo en medio de la oscuridad de la noche... (1)”. Era el sueño del malvado que le acosa con sus imágenes vengadoras, y de que él quiere defenderse aún, haciendo fuego contra los fantasmas. Hay una tragedia sombría en este episodio, en

que los espectros del remordimiento arrancan de su lecho al asesino moribundo. Es el acceso final de la lucha entre una vida desordenada y perversa, y una muerte angustiada y justiciera, entre una alma cargada de delitos, y una sombra vengadora que ya le tiene de la mano para arrastrarlo á la region maldita donde van los condenados. "En fin, la muerte se acerca, la agonía se prolonga meses enteros, y entre los dolores más agudos, el cáncer rompe una vena, y un rio inextinguible de sangre cubre su cara y su cuerpo todo, hasta que expira.

"¡Sangre! Sangre! Sangre! (1)".

Estudiar las causas que llevaron á este ente extraordinario á la dominacion que ejerció sobre sus conciudadanos, es penetrar en los secretos de la corrupcion de su época; porque solo una generacion desquiciada, transida de terror y saturada de oprobio, puede dar origen á un poder como aquel, y rendirse ante un ébrio que lleva en la lengua entorpecida, puñados de sentencias de muerte como de palabras soeces. Su título de caudillo no se debe á rasgo alguno de génio que haya seducido á las masas; siquiera sea por ese algo grande que hay en el crimen cometido por hombres superiores.

(1) SARMIENTO, *Vida de Aldao*.

Si bien es verdad que su heroísmo había atraído la admiración en la Guardia Vieja, es también muy cierto que después manchó aquellos laureles con el lodo ensangrentado, y su antiguo valor inspirado por la patria, se eclipsó con las emanaciones venenosas de su libertinaje sin freno y de su ebriedad embrutecedora. Si en los combates de la guerra civil peleaba con un valor brutal, inmolando víctimas con ese furor ciego de la embriaguez homicida, no hay en su personalidad el brillo que irradian los héroes que llevan en su cerebro una idea, siquiera vaya envuelta en las sombras de un error fatal. Las ideas habían muerto en esa cabeza, ahogadas por el vino y la lujuria; y la materia se movía solo á impulso de sus instintos.

No concibo cómo la historia puede colocar una guirnalda sobre la sien de esos hombres que, habiendo un día sacrificado su vida en aras de una causa noble, y recogido coronas, despreciaron después lo que antes adoraron, y escarnecieron la patria que antes salvaron del abismo; porque la razón se impone de que tales héroes solo quisieron conservar la víctima de sus futuros crímenes. El espíritu que se levanta del fango para bañarse de luz etérea, ha cumplido una ley sublime de regeneración, y ha alcanzado el perdón de su pasada miseria; pero el que antes se

alimentaba de la luz y descendió al abismo, ha roto sus vínculos con la humanidad, y renegando de su alto destino y de su naturaleza, ha descendido de la escala de los seres. Así, la patria que tributa honores al luchador fantástico de los Andes, lanza sobre él su reprobacion eterna, cuando manchó su suelo consagrado por las proezas de tres razas, con la sangre de sus hermanos arrancada en los accesos del crimen.

En el horrible cuadro de esa época, Aldao es el punto más sombrío; es el fruto más degenerado de la naturaleza enferma. Facundo cimenta su prestigio sobre las masas, con esa atraccion irresistible de su génio extraño que relampagueaba á veces con fulgores desconocidos; el Fraile se impone con los golpes del sable y con el contagio del vicio que le domina; el uno se concentra en su propio abismo midiendo la intensidad de su fuerza y calculando sus alcances, el otro es una máquina de destruccion que no obedece á un pensamiento, y cuyos movimientos no son regulados por nadie; Quiroga no pierde un instante el dominio de sí mismo, ni deja escapar un solo hilo de la intrincada madeja de los sucesos; Aldao no pertenece sinó al delirio alcohólico que le enajena, y su inteligencia no se contrae á la observacion de los hechos de su tiempo; el *Tigre de los Llanos* muere víctima del temor que su poder levanta en un rival

terrible ; la bestia de Mendoza lleva la muerte en su sensualismo animal, y muere bañado en su propia sangre desbordada ; en la muerte del uno hay sombras que se estremecen y fulgores que estallan con misteriosos anuncios ; en la del otro solo se oye el extertor convulsivo, el ruido de arterias rotas por la gangrena, y el bramido final de la fiera, víctima de una apoplejía de sangre.

La tradicion popular, al referir los episodios de esa guerra, pinta con colores lúgubres la imágen del Fraile renegado por amor al vicio, y en ella solo resplandecen las figuras medievales de aquellos héroes infatigables que llevaban á través del torbellino sangriento, la bandera de la fraternidad argentina, unas veces salvándola del fango enrojecido, amasado por la turba ébria, y otras yendo á esconderla de la profanacion inicua en el fondo de los desiertos, en lo alto de las rocas ó en las playas extranjeras. La musa de las llanuras aparta sus ojos de las imágenes del terror y del escarnio, para cantar solo las proezas de aquellos mártires dignos de la epopeya antigua, entre los que se destacan por el brillo de sus espadas los Lavalle, los Paz, los La Madrid, los Acha, y tantos otros caracteres fundidos en el molde de la *Eneida*, que llegan por fin á preparar la sublime alborada que aparece en Caseros.



El poeta nacional, vá á salir, al fin del "Infierno", y va á cantar los héroes y las bellezas de la libertad:

Tanto ch'io vidi delle cose belle  
che porta'l ciel per un pertugio tondo:  
e quindi uscimmo a riveder le stelle.

## VI

No pereció del todo la fibra heróica durante los largos años de la anarquía nacional, porque aquellos capitanes que habían sobrevivido á las magnas batallas de la Revolución, mantenian aún la bandera de la unidad á traves de los desiertos y de los países extraños, ya sea combatiendo aislados contra los tiranos, ya exhortando desde la distancia á los ciudadanos á mantenerse firmes en la fe de la patria. Si la atmósfera de esta época está teñida de sangre y de crímenes, brillan, no obstante, en el fondo sombrío, los resplandores de virtudes excelsas. En medio del lamento de la tierra, que resuena sin cesar, se dejan oír acordes indecisos que anuncian un himno de victoria.

Los sacrificios repetidos en las calles, en los cam-

pos, en las soledades, van sembrando la semilla de la redención, que no tardará en ofrecer su fruto lozano y vigoroso. Cada derrota aislada sufrida por los tiranos, les arranca un ruidó que significa también un presentimiento: el *Tigre de los Llanos* se apresura á matar y á amontonar el mayor número de víctimas, antes que la catástrofe le sorprenda; el tirano de Palermo nota que el ambiente se satura de electricidad, y comienza á percibir los lejanos rumores que le anuncian la tormenta. Una inquietud mortal sobrecoge á todos los verdugos, como si los espectros de sus víctimas se aparecieran ante sus ojos enrojecidos, empuñando la espada de la venganza.

Ya en los retiros de la Pampa, de la llanura interior y de la montaña, se oye resonar, aunque á largos intervalos, el éco de un canto nacional que celebra el heroísmo de un libertador, de un soldado de la civilización. El sentimiento argentino comienza á encenderse de nuevo, y á modular sus inspiraciones con la música nativa, como á los primeros anuncios del día, se siente dentro de los nidos los primeros ensayos del canto salvaje, que muy luego vá á estallar saludando la aurora. Durante aquel triste destierro de la patria, cada una de las regiones del país fué teatro de un sacrificio sublime por la libertad, de una odisea trágica y desgarradora, donde al lado de

las supremas abnegaciones del heroismo y de la virtud cívica, deslumbran por momentos los fulgores del triunfo. El grito de libertad resonó algunas veces en aquel concierto de gemidos, aunque luego pereciera ahogado por el cuchillo que rasgó la garganta del que lo lanzara en la hora del entusiasmo.

La musa épica vuelve á entonar sus solemnes cantos, porque la era de los nuevos prodigios ha llegado. Los poetas asilados en el extranjero, envian sus exhortaciones valientes á los soldados, renovando en sus corazones desgarrados por el infortunio los entusiasmos de Mayo. Entónces comienza aquella inmortal odisea libertadora, que ha poblado el cielo de la tradicion argentina de astros de luz eterna. Corrientes, destinada á ser el teatro de grandes sucesos, da la señal de la rebelion, y los campos de Pago Largo quedan sembrados de mártires, entre los que se destaca su Gobernador, Beron de Astrada, que no teme entregar su noble vida al cuchillo y al fuego del tirano. Pero la sangre de este sacrificio, al caer sobre la tierra violada, la extremece y le arranca ruidos de coraje.

En los campos del sud de Buenos Aires, un mártir que había heredado las virtudes de un progenitor ilustre, responde al grito de los vencidos de Corrien-

tes, y mil patriotas se levantan con la bandera de la libertad, á desafiar las iras del déspota. La traicion ahoga su transporte sublime, y la cabeza del héroe es clavada sobre una pica para escarmiento de los libres. Pero dentro de aquel cráneo separado de su tronco, hiervé el fuego de una profecía, y el esplendor de su martirio y los fulgores de la idea que encierra, infunden pavor á los mismos verdugos. Sus compañeros huyen á refugiarse en lejanos países, ó caen tambien atravesados por la lanza del tirano. Grande y sublime epopeya digna de los tiempos homéricos, aquella en que un puñado de apóstoles inspirados, se lanzan á las llamas de un combate ó á los horrores del degüello, en testimonio de su fé sagrada! Ella sola corona de inmortalidad á un pueblo, lavando la mancha de ignominia que veinte años de abyeccion grabaron sobre su frente!

En este episodio sangriento hay toda la sublimidad de una tragedia. Sus personajes se presentan á la imaginacion, coronados del laurel de los grandes martirios que redimen un pueblo, y cuyos acentos se perpetúan en el tiempo en la masa popular. Castelli, Cramer, Márquez, Olmos, Rico y tantos otros, se bautizan de luz inmortal, que resplandecerá más viva á medida que los sucesos se alejen en el pasado. El poeta de las desgracias y de los heroismos de esa

época, grabó sus nombres en un poema, que si no es una obra perfecta, por haberse cantado en la época embrionaria de nuestra literatura, tiene toda la poesía de la realidad, y en él las grandes figuras apenas modeladas por un cincel informe, destellan no obstante, los rayos vivos de su mision extraordinaria.

Dispersos y aniquilados en Chascomús los soldados de aquella jornada, los sobrevivientes huyen del suelo mancillado por esa sangre redentora,

trasmontan los Andes  
que hollaron sus padres con pié vencedor,  
llevando consigo la patria bandera  
para ella esperando fortuna mejor.

Otros corren á continuar su gloriosa tarea en aquel campo de Corrientes donde se prepara una aurora de libertad. No habían ceñido un sable, ni sometido su cuerpo á la ríjida disciplina de los campamentos; pero el gemido de la tierra nativa les arrancó de su hogar y de su faena rústica, y los hijos de Céres empuñan el escudo de Marte, para caer debajo de él como los héroes de Troya, ó bajo la mole derribada por el incendio.

Las peregrinaciones de su destierro son asuntos que el romance heróico adornará de inspiracion; y

ya sea que recorran solitarios los desiertos, confundiendo sus sollozos con los del viento, ya se lancen con la desesperacion de su destino amargo á lo más récio de las batallas, donde

trabajos, fatigas,  
ó gloriosa muerte fueron á buscar,  
la hallaron; sus huesos por montes y llanos  
del Plata á los Andes blanqueando se vén;  
cayeron peleando, ó el cuchillo fiero  
su cabeza heróica dividió á cercen.

Vagabundos como los cóndores cuyo nido incendiaron los rayos, padecen en tierras remotas la horrible nostalgía de esa llanura llena de armonías, donde cantó sus trovas Santos Vega, donde se ama con pasion y desbordamiento vírgenes, donde abandonaron su hogar de paja, morada de la poesía del desierto, y en medio de su dolor y de sus esperanzas de libertad, que acarician como un sueño celeste,

ni á la sombra pueden del ombú dormir!

Pero más allá, en medio del rio que lleva al océano las lágrimas de aquella generacion infortunada, se congrega la nueva legion que vá á emprender la inmortal odisea sobre los llanos y los montes, y á trazar sobre la tierra oprimida su camino de glorias, de sangre, de sacrificios incruentos. Lavalle organiza

en Martin Garcia la "Legion Libertadora", consagrada en Yerúa por un triunfo que rompe las cadenas de Corrientes, levantando en ella el escenario donde más tarde se desarrolla la radiante epopeya de Caseros. Pero estos desbordamientos del sentimiento nacional, sembrando en todas partes, en el charco de sangre expiatoria, los gérmenes de la resurreccion, encienden en la bestia de Palermo, y en los verdugos que ejecutan sus mandatos siniestros, el último paroxismo de la embriaguez y del furor. El tirano se vé presa de presentimientos sombríos, y se apresura á verter toda la sangre que aún resta en la República, porque no ha terminado su mision infernal.

Entónces comienza aquel año XL, que puede considerarse como el período de crisis de esa fiebre voraz de sangre que consume al pueblo y á su déspota, y en el cual parece que, rotas las leyes humanas, se hubiera derramado sobre nuestra tierra todo el torrente de la lava que las montañas esconden en sus senos profundos. Es la "época de la algidez convulsiva" de la enfermedad, durante la cual las escenas de la matanza se coloran con sus tintas más lúgubres (1).

Del retiro misterioso donde se esconde la fiera, brotan las órdenes de muerte, como los relámpagos del

(1) RAMOS MEJIA, *Neurósis célebres*, P. I.

fondo de la caverna donde fermenta la tempestad. Allí se ajita, se revuelve, lanza ruidos estruendosos que estremecen la comarca, y en todas partes se ostentan los árboles cuajados de cabezas humanas, á semejanza de los frutos de una estacion fecunda! Es que ya siente el rumor de las trompas que anuncian la cabalgata de cazadores, y su tropel jigantesco le indica que su número es inmenso. Lavallo, Paz, Avellaneda, La Madrid, se aprestan á traer sus legiones sobre el baluarte del terror.

El mónstruo tiembla porque los tiranos son cobardes; y propaga el incendio y el degüello con avidez pasmosa, para cegar cuanto antes la fuente de donde surgen los brazos enemigos. Una música desordenada y espeluznante, como un concierto de demonios en su noche de festin, acompaña las ejecuciones del cuchillo. de aquel cuchillo mellado que multiplica el sufrimiento de la víctima, arrancándole gemidos que van á unirse al tumulto de risas y de canciones báquicas de los verdugos y de sus ávidos espectadores.

En el fondo de las llanuras y en las faldas de los Andes, comienza tambien á removerse la antigua virilidad que abatieron las turbas de Facundo, y como á renacer el fuego primitivo de la raza, aquel que creó la epopeya de 1810. Un cerebro jóven, nutrido de



las ideas regeneradoras que llegaban como vislumbres lejanas de las revoluciones intelectuales de Europa, medita y lleva á cabo la congregacion en un solo pensamiento, de las provincias que había aherrojado el caudillo de los Llanos. Pero ese pensamiento no era ya el que sucumbió en Barranca-Yaco. Avellaneda era hijo de una generacion inspirada en ideales grandiosos; Túcuman el teatro predestinado para su ejecucion osada, y la República entera el horizonte en que debían dilatarse sus ráfagas fecundas.

De un corazon juvenil brotan torrentes de inspiracion y de sentimiento, y sus irradiaciones van á encender los pueblos que habitan las montañas. La *Liga del Norte*, nacida de las cenizas de la que Facundo había formado para matar la libertad, asoma en nuestro cielo como una constelacion nueva. La luz ilumina el porvenir, y la vision profética hace revelaciones que despiertan héroes desconocidos. Vuelven á resonar los clarines evocadores del pasado, y los sepulcros de los que cayeron en las victorias de Mayo, se ajitan como si fueran á lanzar de sus fosas sus esqueletos reanimados. Y todo aquel inmenso acorde responde al éco de los combates, en que los mártires de Corrientes y Buenos Aires entregaron su sangre, como una ablucion propiciatoria, á los dioses patrios.

Los héroes de la *Legion Libertadora* se internan en las soledades de la llanura y en los escarpados montes, emprendiendo aquella odisea de martirios, en la que no quedó un palmo de tierra donde no cayera un héroe, donde no tronara el cañon de la venganza, donde no resplandeciera una victoria homérica, donde no eclipsara las hazañas romanas el soldado argentino. Y en Tucuman fermenta el cráneo que dirige la marcha de las legiones, como en la cima del Ida ardía el pensamiento que marcaba la suerte de la guerra troyana. La profecía de Belgrano ha consagrado su suelo en tiempos más felices: la esperanza arraigada en las almas creyó que esa profecía fuera eterna. Pero si aquella vez no llegó á ser el sepulcro de los nuevos tiranos, fué el Calvario de una redencion, consagrado por la sangre de un mártir. El genio es llevado al suplicio, pero del fondo de las nubes apiñadas sobre el patíbulo, surge la voz terrible que anuncia el fin de un olimpo vetusto.

El apóstol de la fe cristiana entrega su cuerpo á la pantera del circo, pero al exhalar el suspiro postrero, una voz misteriosa exclama, llenando de terror los bárbaros espectadores: "los dioses se van!". Avellaneda entrega su cabeza luminosa al cuchillo del verdugo, en testimonio de su fe de libertad, pero del

lago de su sangre surgen vapores que se convierten en hogueras, y van difundiendo la llama del sacrificio por todos los horizontes. El sentimiento nacional evocado de súbito con aquella muerte espantosa, pero sublime, lanza el grito profético que anuncia la caída del cadalso, y el derrumbamiento del trono levantado sobre cabezas humanas.

La tragedia, la epopeya, la tradicion, la leyenda, se disputan aquel cuadro para sus creaciones ideales ó fantásticas, porque unos y otros hallan en él sus caracteres, sus imágenes y sus colores más espléndidos. Hay en aquel joven pensador toda la profundidad de miras que hizo de Moreno el cerebro de la Independencia: porque en esta época, como en aquella, había necesidad de ideas y de espadas que afrontaran los problemas sociales y los problemas estratégicos; y si he de hablar la verdad, en la revolucion contra Rosas el problema es más difícil, porque sus raíces se esconden en el seno de una misma sociedad, y la investigacion se dirijía al fondo del alma. Las operaciones de la guerra se volvían, asimismo, más complicadas, porque el enemigo no obedecía á las reglas tácticas que facilitan los movimientos, sinó que ataca y se defiende desordenadamente y sin concierto, haciendo, por consiguiente, casi imposible un plan científico. Y por otra parte, la degradacion moral del

enemigo suprimía la lealtad y la buena fé que mantienen el orden en la direccion de toda guerra: la traicion indigna cortaba de un golpe el nudo apretado por una hábil combinacion, y el desaliento era la consecuencia de una derrota sufrida por medio tan reprobado. Quién sabe si esos estados de inaccion en que caía Lavalle en los momentos más críticos, no fueron el efecto de esos desalientos de la virtud acrisolada, cuando se encuentra en frente de la corrupcion moral del adversario, que usa de armas envenenadas, cuya terrible eficacia no puede ser contrarestada por el soldado de la civilizacion!

Schiller hubiera encontrado en Avellaneda uno de los personajes predilectos de sus tragedias heróicas, porque en medio del ambiente que rodeaba á Felipe II, don Cárlos brilla como una aurora que atrae los cantos de la naturaleza y las miradas del mundo. El revolucionario de Tucuman, en medio de la atmósfera sanguinolenta que rodea á Rosas, se destaca con el fulgor de un astro en cuyo seno se ajita la materia luminosa, próxima á estallar en haces deslumbradores. El primero sucumbe al golpe de la justicia sombría del monarca devoto, en testimonio de su libertad moral; el segundo cae bajo el cuchillo federal en testimonio de su fé revolucionaria.

Hay un notable parecido entre Felipe II y Rosas,

hasta en ese aislamiento social, en cuya soledad se engendraban las negras ideas con que envolvía su imperio, como en una noche impenetrable. La tragedia argentina es inmensa y fecunda en caracteres: en cada uno de sus caudillos y en cada uno de sus héroes hay el tipo de una creacion grandiosa. Avellaneda, por su edad, por la profundidad de su pensamiento, por la tenacidad de su propósito, por el fuego de su sentimiento patriótico, por la trascendencia social de sus planes, por la atmósfera en que actúa y por la sublimidad de su martirio, es digno de la musa que escribió el *Don Carlos*, el *Guillermo Tell*, la *Conjuracion de Fiesco*. Nuestra historia se tiñe con la sombra de la tragedia shakesperiana, cuando aparecen los mónstruos de la tiranía y de la muerte, y resplandece con la luz de la tragedia de Schiller, cuando atraviesan su escenario tumultuoso los bravos soldados que llevan la bandera de la libertad. Artigas, Facundo, Aldao, Rosas, son los caracteres siniestros del génio inglés; Dorrego, Lavalle, Paz, La Madrid, Avellaneda, Acha, son los personajes favoritos del génio aleman.

En unos fermenta la ambicion fatídica que engendra la niebla; en los otros brillan los sueños de redencion, los anhelos fantásticos de libertad, que se ajitan en las corrientes y en las montañas de la Ger-

---

mania, cuna de razas y de revoluciones fecundas que renuevan el alma humana.

¡Qué asunto tan colosal para una epopeya es aquella peregrinacion al través de los desiertos, de los rios, de las montañas, aquellas marchas precipitadas que se abren paso con el fuego del combate, rompiendo matorrales cuajados de enemigos en acecho, como las fieras cuya compañía les es familiar, cada una de esas batallas libradas de improviso contra enemigos ébrios de sangre, y en donde nuestros desgraciados mártires sucumben empuñando la espada y la bandera del honor argentino !

Esa epopeya está forjada en la mente del pueblo, y resuena en sus cantos sencillos ; los nombres de los héroes son bendicidos en la cabaña humilde del llano y de la montaña : solo falta el poeta que recoja esos cantos dispersos, y los cincele y los funda al fuego de las grandes inspiraciones que se perpetúan por el sentimiento y por la idea. La fantasía propia de nuestras masas ha coronado esas figuras inmortales de guirnaldas radiantes arrancadas al cielo ; el artista nacional les ha dado formas jigantescas como sus desiertos, sus rios y sus cordilleras ; el amor de su posteridad les ha divinizado ; la poesía ha desvestido á algunas de sus énvolturas materiales, para contemplarlas como una creacion vaporosa.

Y, no obstante, la literatura patria aún no tiene esos romances que ha forjado el pueblo y ha pulido el artista, y que son la primera manifestación de su alma cuando ha salvado las borrascas de su vida. El estruendo de las revoluciones del progreso nos ensordecen y nos apartan de aquellas épocas de gloria; el rumor de aquellas epopeyas en que se combate para darnos la libertad, se va desvaneciendo en el espacio; y pronto todo ese conjunto bullicioso de batallas, de gritos de victoria, de ginetes fantásticos, de espadas chispeantes, de banderas desgarradas, de sacrificios sublimes, solo existirá como una vaga nebulosa en nuestra memoria.

Pero no; las sombras de aquellos héroes legendarios no morirán envueltas en el vendaval de los progresos del siglo. Un poeta los ha burilado en la estrofa candente de una epopeya, escrita en medio de las convulsiones y de los torbellinos que sacudieron nuestra tierra en la época de las grandes desgracias. Y ese poema que tiene toda la inspiración de la verdad, y que refleja los colores de esa atmósfera de muerte, no es repetido de memoria por los descendientes felices de tanto mártir!

Echeverría que penetra en los senos tenebrosos del desierto, tras las huellas de la *Cautiva*, revelando al mundo el alma y los latidos de la inmensidad, templó

su lira colosal en el tono de los infortunios y de las glorias de su pueblo; y aunque sus versos sean informes y ríjidos como el temple de sus guerreros, y sus estrofas se parezcan á los ruidos de la fiera y á los gritos del guerrero ahogado por el cuchillo ó el plomo, su conjunto es la copia de la época; su acento general es el mismo que aturdió la tierra con el estruendo de las matanzas y de las victorias; en sus ritmos se mezclan los himnos de la libertad con los bramidos del tigre hambriento de sangre, la fulminacion valiente contra el asesino con el acorde que ensalza las hazañas de los héroes.

Si la *Insurreccion del Sud* es el romance histórico que relata un episodio homérico, aunque desnudo de las bellezas del arte, en cambio contiene la expresion real del sentimiento argentino, perpetúa los nombres de los mártires y condensa, finalmente, en sus estrofas, todos los votos de una generacion desgraciada cuya vida se desliza como los torrentes, interceptada, despedazada, absorbida por las rocas, los precipicios, los abismos. Revela, además, que en medio de la abyeccion de un pueblo que bendice al tirano que le escarnece, hay un pensamiento audaz y un corazon invulnerable que interrumpen los himnos serviles de alabanza que embriagan al asesino, para hacer tronar la voz de la maldicion, la execracion de la



justicia y la promesa de una resurreccion lejana!

Pero *Avellaneda* es el gran poema que inmortaliza una época, y coloca el lauro de la epopeya sobre la tierra del poeta. Su héroe condensa el pensamiento y el alma de su generacion, porque en su cerebro se elabora su destino. En torno suyo se vé atravesar, envueltos en la aureola de gloria inmarcesible, los personajes de la leyenda, los héroes de aquella odisea sublime que termina con la muerte, los fantasmas reanimados de los que en Mayo fundaron la nacionalidad, y que á través de la distancia, aún exhortan con su voz májica á sus sobrevivientes. Es el poema nacional por excelencia, porque refleja la naturaleza con sus colores y su sávia, con sus selvas tropicales, sus montañas y sus llanuras; porque canta con la inspiracion sagrada de una causa redentora; porque ilumina los más oscuros senderos por donde los mártires sembraron la sangre de la regeneración.

Allí se estampa el juicio contemporáneo sobre cada uno de los actores de esa tragedia de exterminio; allí Lavalle atraviesa de un extremo á otro el llano árido y desolado que Facundo y Aldao incendiaron ó devastaron con sus hordas ébrias, derramando á veces sobre el cuadro las sombras extrañas de su espíritu, que dieron dias de luto á sus desgraciados

compañeros, y que arrancaron al poeta estas dolientes palabras :

Lavalle, el precursor de las derrotas...  
¡ Oh Lavalle ! Lavalle ! muy chico era  
para echar sobre sí cosas tan grandes !

Sin él, sin su derrota de los Andes  
se extendieron los férreos eslabones  
de la Liga del Norte redentora,  
y su lanza, tal vez, y su bandera  
al pié de la pirámide de Mayo  
clavarian triunfantes sus legiones.

.....  
Todo estaba en su mano y lo ha perdido :  
Lavalle es una espada sin cabeza :  
sobre nosotros, entre tanto, pesa  
su prestigio fatal, y obrando inerte,  
nos lleva á la derrota y á la muerte.

Pero estas sombras que inocular en su espíritu el revuelto caos de su tiempo, no borrarán jamás, sino que harán resaltar con nuevo brillo las hazañas del héroe de Tucuman, de los Andes, de Junin, y de Ituzaingó, en los dichosos tiempos en que Belgrano, San Martín y Bolívar, conducían las falanges victoriosas á la redención americana. La fantasía de su pueblo solo contemplará en la historia al guerrero inspirado que surca las líneas de batalla como un relámpago, y que no descansa hasta ver el campo desierto de enemigos. Ni el haz de incendio que brota del cadalso de Dorrego para propagarse sobre toda

la República, engendrando las desgracias que nublaron nuestra historia, ha podido empañar el brillo de esa aureola de heroísmo que reverbera en su frente. Su vida es un huracán que todos los vientos azotan; su alma un abismo donde la fatalidad incuba sus golpes mortales; en torno suyo revolotea el cuervo siniestro de la desgracia, que salva su nombre y su gloria de la tempestad que levantan sus hechos. La leyenda ha oscurecido á la historia.

La Madrid aparece en la epopeya de Echevarria, si no con la grandiosidad real de su figura histórica, al menos con el brillo que destellan naturalmente sus proezas inimitables. He ahí el tipo del guerrero de la raza nacida de la fusion de Europa y América, animado por el fuego del sentimiento tropical de su tierra, endurecido en el yunque de los combates en que pasó su vida, sublimizado por el prestigio de las victorias cuyos laureles le agobian, y honrado por su obediencia y su disciplina, nunca empañada por la ambicion. Las epopeyas de los tiempos antiguos no tienen un héroe que eclipse sus hazañas: Cinegiro, el hermano de Esquilo, en aquel "abordaje épico de un hombre y de un navío, desgarrándose cuerpo á cuerpo", Bayardo deteniendo un ejército en un puente, no son más grandes que La Madrid atacando solo, y semejante á un tipo mitológico, un batallon

entero erizado de bayonetas, como un bosque de serpientes, entre cuyos garfios cae delirando todavía con el combate.

Oigamos al inspirado romancero de nuestros héroes: "Es el General Madrid uno de esos tipos naturales del suelo argentino. A la edad de catorce años empezó á hacer la guerra á los españoles, y los prodigios de su valor romancesco pasan los límites de lo posible: se ha hallado en ciento cuarenta encuentros, en todos los cuales la espada de Madrid ha salido mellada y destilando sangre: el humo de la pólvora y los relinchos de los caballos lo enagenan materialmente, y con tal que él acuchille todo lo que se le pone por delante, caballeros, cañones, infantes, poco le importa que la batalla se pierda... Es un Tirteo que anima al soldado con canciones guerreras... es el espíritu gaucho, civilizado y consagrado á la libertad.... El valor predomina sobre las otras cualidades del general en proporcion de ciento á uno. Y si no, ved lo que hace en Tucuman: ...Facundo traía doscientos infantes y sus "Colorados" de caballería: Madrid tiene cincuenta infantes y algunos escuadrones de milicias. Comienza el combate, arrolla la caballería de Facundo, y á Facundo mismo, que no vuelve al campo de batalla sinó despues de concluido todo. Queda la infantería en co-

lumna cerrada ; Madrid manda cargarla, no es obedecido, y la carga él solo. Ciertó ; él solo atropella la masa de infantería ; voltéanle el caballo, se endezeza, vuelve á cargar ; mata, hiere, acuchilla todo lo que está á su alcance ; hasta que caen caballo y caballero traspasados de balas y bayonetazos, con lo cual la victoria se decide por la infantería.

“ Todavía en el suelo, le hunden en la espalda la bayoneta de un fusil, le disparan el tiro, y bala y bayoneta lo traspasan, asándolo además con el fogonazo. Facundo vuelve al fin á recuperar su *bandera* negra que ha perdido, y se encuentra con una batalla ganada y Madrid muerto, bien muerto. Su ropa está allí ; su espada, su caballo, nada falta, ecepto el cadáver, que no puede reconocerse, entre los muchos mutilados y desnudos que yacen en el campo... Madrid acribillado de once heridas, se había arrastrado hasta unos matorrales donde su asistente lo encontró delirando con la batalla, y respondiendo al ruido de pasos que se acercaban: ¡No me rindo!” (1) El autor de este cuadro admirable concluye de este modo: “ nunca se había rendido el coronel Madrid *hasta entonces*”. Corrijamos la frase diciendo: “*ni aún entonces* se había rendido el coronel Madrid”.

(1) SARMIENTO, *Civilizacion y barbarie*.

¿Mantienen las historias de todos los pueblos, episodio más sublime que este? ¿El valor humano resplandeció jamás con mas fúlgidos rayos? ¿Hay en las epopeyas antiguas cuadro más maravilloso y abrumador? Inclinémonos á derramar el incienso de nuestro amor, las frases de nuestra poesía, los laureles de nuestra justicia, ante este héroe inimitable que condensa la gloria de nuestra nacion y de nuestra raza. No hay una sombra que vele su imágen, y podría retratarse sobre la tela de la llanura con los colores de la alborada. La epopeya argentina tiene en ella uno de sus personajes más luminosos, la tragedia uno de sus caracteres más profundos, la tradicion su tipo más perfecto y universal, y la leyenda su creacion más vaporosa dentro del marco de la verdad.

En la pintura de los caracteres, en la descripcion de las batallas, en la penetracion de los misterios históricos, el romancero de *Facundo* ha superado al poeta de *Avellaneda*, si bien es cierto que Echeverría canta, y Sarmiento escribe. El uno se propone construir la epopeya de un pensador, apareciendo en ella los héroes y sus combates como accidentes, y el otro traza la historia de una época iluminada, por las vislumbres de la leyenda; el primero sujeta el vuelo de su inspiracion con las cadenas del metro, no domi-

nado del todo, y el segundo derrama á manos llenas su ingenio y sus fantasías en el cauce dilatado de la prosa, que se amolda con la docilidad de un junco, á los más pueriles y deslumbrantes caprichos de su génio.

Pero el génio es la region de los iguales, ha dicho Hugo; y así, si Sarmiento ha hecho de su Facundo una estatua digna del cincel helénico, por lo acabada, y ha creado un semi-dios de la barbárie, Echeverría ha pintado con el arte del Renacimiento, un cuadro en que la luz se refleja en la sangre que forma el fondo de la tela: la luz es el pensamiento de su héroe, el fondo enrojecido es el medio bárbaro de donde surgía aquel apóstol inspirado en las visiones del futuro. En las alturas del génio, ambos se han coronado con el mismo laurel.

Sobre el torbellino de aquella guerra sagrada, en que se confunden tantas figuras gigantescas en los vapores y el polvo de las batallas, Acha descubre el denso velo para presentárenos ornado de inmortalidad y poesía. Fruto, como La Madrid, del suelo argentino, modelado al temple de los guerreros de Mayo, pertenece al número de los que siguieron fieles la bandera de la libertad.

El atraviesa el medio corrompido de la anarquía, sin empañar el brillo de sus hazañas y de su límpida

figura histórica. El valor temerario, la confianza en la victoria, la fé de la causa, son las cualidades que despliega en su ajitada vida. La tradición ha hecho de él un personaje ideal, como sus compañeros de odisea é infortunio; los desiertos modulan su nombre en sus ráfagas armoniosas; los cantares nacionales vibran con tonos épicos al recordar su cruzada de triunfos y de reveses, en los que su carácter parece rodearse del fulgor de los grandes sacrificios. El cantor de Avellaneda le consagra estrofas que cincelan un monumento de gloria:

Acha, el héroe ser pudo que la tierra  
de tiranos purgase en esta guerra;  
pero más jóven es, y harto modesto  
no ha querido ocupar el primer puesto.

Estos versos que me recuerdan la sencillez con que Homero describe las virtudes de sus héroes, nos retratan el carácter del tipo legendario. Lavalle era un gigante cuya nombradía llevaba largos años de sonoridad;

Madrid como valiente es conocido....

el jóven Acha no se creía digno de levantarse sobre tan elevadas cabezas! Y no obstante, cuán alto remontó su vuelo, y cuán alto le vemos hoy, despues



que se ha disipado la niebla de la época, y que han muerto en el vacío los últimos gritos de las pasiones que engendraron aquel vértigo sangriento!

Hay episodios de su carrera militar que le colocan al lado de aquellos que admiraba en su juventud. El debía libertar á Cuyo de los brazos del fraile ébrio y lujurioso que le vilipendiaba; huestes del tirano le aguardan, y otras le siguen para ahogarlo; un combate troyano tiene lugar, en que se admira no solo la magnitud moral del jefe, sinó el heroísmo indescriptible de sus subalternos y de sus soldados. Una aureola de fuego patriótico, una irradiación de entusiasmo sublime se desprende de ese hombre extraordinario, y envuelven y contagian á sus tropas. Es en aquel combate,

donde Acha con un grupo de valientes  
sobre el cuyano ejército se arroja,  
lo aterra, lo deslumbra y como un rayo  
lo hiende con su lanza y su caballo.

“La batalla de Angaco es un oasis de gloria en que el ánimo puede repararse en medio de este desierto sembrado de errores, de desórdenes y derrotas (1).” Pero ni el arrojo inspirado de la juventud que

(1) SARMIENTO, *Vida de Aldao*.

le acompaña, ni el "valor caballeresco de Acha que valia por sí solo un ejército", ni el ardor de aquella tropa poseida de un espíritu de abnegacion misteriosa, pudieron apartar de ese campo bañado por la aurora, las sombras y las nubes de sangre que la seguian de cerca. Desde lo alto de su grandeza heroica, Acha miró muy pequeño á su enemigo; y esta vision fué la causa de su derrota final y de su muerte. Arrancado de su último baluarte, donde resiste al torrente como el náufrago sobre el témpano flotante, es conducido al suplicio. Su cabeza rueda cercenada por el cuchillo de la mazhorca trasladada al interior, y Rosas, su fundador y gefe, recibe esta noticia como un aviso de los dioses: "El salvage unitario Mariano Acha fué decapitado ayer, y su cabeza puesta á la espectacion pública en el camino que conduce á este rio....!"

Tambien allí la cabeza de un mártir de la libertad ofrece un festin al cuervo de la llanura! ¡Triste, horrible, siniestro desenlace de tan sublime epopeya! ¡La cabeza de Castelli, la cabeza de Acha, la cabeza de Avellaneda, nutrida de promesas grandiosas, levantadas á manera del estandarte del terror sobre el escenario donde actuaron sus dueños, señalan el sitio consagrado por el martirio de los audaces apóstoles de la Cruzada Libertadora! Pero falta una, la

del gefe militar que ha muerto en el confin de la tierra oprimida. Los malignos agentes del bárbaro remueven el polvo de las tumbas, para arrancarla del tronco, y levantarla tambien para escarmiento de los libres! La tierra extranjera le concede un sepulcro, y sus compañeros de desgracia velan el sagrado depósito, dispuestos á salvarlo con su vida de la profanacion satánica!

Pero en el fondo de aquellos cráneos fermenta un rayo encendido por manos invisibles; de la tierra que empapó su sangre, brotan llamas incendiarias que abrazan las guaridas de los mónstruos; de las cavidades de sus ojos estallan las chispas del fuego redentor, que ya comienza á encenderse en todos los espíritus; de sus bocas descarnadas parece que surgieran torrentes de revelaciones sublimes, de palabras proféticas, de exhortaciones inspiradas! El tirano se engañaba; porque las cabezas de los mártires, enastadas sobre los árboles para ahogar la libertad por el temor de la muerte, brillaban como antorchas divinas, evocando la libertad por el amor del sacrificio.

Dispersos y perdidos entre los sucesos y los caracteres que forman la segunda epopeya de la libertad argentina, pululan como astros errantes, otros muchos que combatieron con el mismo ardor, que brillaron con la misma luz, y cuyos nombres se conservan en la memoria popular idealizados por la

---

poesía nativa, consagrados por una muerte gloriosa. Yo quisiera dedicarles una página de estos recuerdos, una corona de estas humildes flores que derramo sobre las tumbas de tantos mártires autores de nuestra nacionalidad; pero para gloria de la patria, ellos son innumerables, y sus caracteres tan diversos, que largos años de investigar y recorrer los legajos de los tiempos pasados, serían necesarios para encontrar los colores originales del inmenso cuadro de la época.

Esperemos que la labor paciente y tardía de la historia, ilumine las profundidades del abismo, y entónces veremos surgir, á semejanza de las estrellas que van apareciendo una á una sobre el horizonte de nuestra pampa, á cada uno de los héroes que murieron ignorados, cubiertos por el humo de la pólvora, ó envueltos por la ola de sangre de la matanza. La historia desvelará la tiniebla, la tradicion le mostrará el camino sembrado de memorias, la leyenda recojerá las maravillas que se descubran al paso, la poesía patria repetirá las armonías de esa aurora que trae consigo toda exhumacion de glorias pasadas.

•

## VII

Pero hay una figura colosal que se levanta del conjunto de esta cuarta época, y debo evocarla para que proyecte su luz sobre el final de estas páginas. Cada generacion ostenta un héroe que condensa toda su gloria y su sávia: el General Paz es el punto culminante de la epopeya libertadora, de la línea de cumbres que señalan el paso de la libertad á través de la barbarie, porque lleva consigo el genio de la guerra culta, de la extrategia científica, en medio del caos, en que hasta los soldados de la civilizacion absorben algo de ese ímpetu desordenado de las turbas que combatían. Es "el hijo lejítimo de la Ciudad", y representa la tendencia progresista de su pueblo, como Facundo, el hijo de la llanura, representa la tendencia retrógrada (1).

Nacido en una atmósfera de ciencia, su espíritu bebe sus influencias con el primer hálito que aspiran sus pulmones; su juventud se desarrolla á la sombra de los capitanes de Mayo, y su carácter se funde en

(1) SARMIENTO, *Civilizacion y barbarie*.

el molde de los grandes sucesos: ya en la Ciudadela, su silueta se destaca como la de un génio al pié del cañon. Se ha coronado con los laureles que Belgrano y San Martín arrancaron de sus victorias; y cuando el sopro envenenado de la discordia comienza á ajitar el seno de su patria, agostando los árboles jóvenes de la nueva raza, y rechazando las corrientes regeneradoras del espíritu público, se le vé vagar como el pájaro sin nido, por los países vecinos, dejando, no obstante, en cada uno la huella profunda del genio que hierve en su ser. En Ituzaingó se renovaba la epopeya de Mayo, y allí aparece al lado de su cañon fantástico, sembrando la destruccion y la victoria.

Cuando los caudillos bárbaros reemplazan en nuestra sociabilidad á los héroes del pensamiento y de la espada, Paz reaparece de nuevo, y libertando á Córdoba de la cuchilla y de la lanza rústicas, se pone en frente del vendaval del desierto á resistir sus ímpetus infernales. Su influencia renueva el fondo de esa sociedad enervada por el despotismo; y aquellos jóvenes criados sobre los libros, lejos de las fatigas de los campamentos, se incorporan animados de un fuego secreto que los lleva al sacrificio, á morir en masas como las espigas que siega la guadaña.

La religion pervertida por sus apóstoles, que inclinan su cerviz, y ungen con la gracia divina á los bár-

baros que se apellidaban sus defensores, "azotes de Dios" sobre nuestra tierra, despierta de su abyección, cuando un talento superior le muestra la profundidad de su caída y la espléndida regeneración, y pone entonces su poder formidable al servicio de la obra libertadora.

No hubo en pueblo alguno revolución más completa llevada á cabo por la inspiración de un solo hombre. Paz borra de un golpe de luz las sombras que la resistencia á la Revolución había vertido sobre Córdoba. Infiltra, por modo y arte admirables, en sus tropas y en sus jefes, la austera virtud cívica, modera su valor temerario y tumultuoso con la ley de una sabia disciplina, y funda, en fin, el ejército incommovible que ha de burlar las irrupciones tempestuosas de la horda de á caballo y de lanza.

Se diría que su personalidad no ofrece asunto á la fantasía, porque sus hechos son del dominio de la ciencia: pero hay en sus combates una secreta grandeza que subyuga las facultades. Esa inmovilidad del artillero donde van á romperse las corrientes impetuosas del enemigo, como ante una montaña de la que brotan lluvias de fuego, y esas marchas ordenadas y metódicas, ejecutadas en medio del estruendo y del estrago que sacuden la tierra, ejercen sobre el espíritu una terrible fascinación. No es ya la leyenda

que se alimenta de fantasías risueñas ó melancólicas, la que perpetúa esos cuadros y esos caracteres : es la epopeya, porque en ella caben las más vastas, las más colosales concepciones de la inteligencia, las creaciones más inmensurables del sentimiento humano. La Tablada es el teatro de una de esas epopeyas en que un genio científico puede, no obstante, coronarse con las luces ideales de la fantasía.

En ella luchan el desierto contra la ciudad ; las turbas salvajes con todo su valor nativo, montadas sobre el caballo tradicional que lleva la mejor parte en la pelea, contra la milicia educada y á pié, enterrada, inmovilizada por la conciencia del deber, como una encina que no logran desarraigar los furiosos vendavales que la sacuden. “ Aquellas enormes masas de jinetes que ván á revolcarse sobre los ochocientos veteranos, tienen que volver atrás á cada minuto, y volver á cargar para ser rechazadas de nuevo. En vano la terrible lanza de Quiroga hace en la retaguardia de los suyos tanto estrago, como el cañon y la espada de Ituzaingo hacen al frente de las bayonetas y en la boca de los cañones. ¡ Inútil ! son las olas de una mar enbravecida que vienen á estrellarse en vano contra la inmóvil y áspera roca ; á veces queda sepultada en el torbellino que en su derredor levanta el choque ; pero un momento despues, sus crestas negras,



inmóviles, tranquilas, reaparecen burlando la rabia del agitado elemento" (1).

Hay una poesía majestuosa, serena y olímpica en la odisea de este hombre extraordinario á través de pueblos extraños, persiguiendo la realizacion de su idea magna: la destruccion de los caudillos. Una huella de prodigios señala sus pasos. Montevideo le vé en la plenitud de su genio militar, que asombra al héroe de la redencion italiana; Corrientes, asilo predestinado del patriotismo argentino en aquel tiempo, se arma á su voz; el Brasil le vé pasar como un peregrino de un mundo desconocido, con la frente nublada por un pensamiento. Su cerebro no descansa; el gran problema llega á su solucion. Forma contra el bárbaro su artillería incommovible y sus infanterías impertérritas.

La Tablada y Oncativo son la muerte moral del caudillaje; y hubieran sido su destruccion absoluta, si uno de esos accidentes que solo el argentino comprende, no hubiera dado el triunfo al bárbaro. El sabio que marcha descuidado observando la naturaleza, queda aprisionado por las lianas de la selva: el general calculador y matemático, cae preso de un tiro de bolas del gaucho de la pampa. La polvareda densa

(1) SARMIENTO, *Civilizacion y barbarie*.

que levanta en el desierto la horda impetuosa, ha eclipsado el astro que guiaba la libertad á su triunfo; pero su luz radiante asoma en lugar distinto del horizonte, y hácia él convergen de nuevo todas las miradas.

Los más grandes acontecimientos de nuestra historia se ligan á su nombre, y su talento literario dá á su patria una ofrenda colosal: sus "Memorias" son en el laberinto de nuestras luchas ajitadas, el hilo que enseña el camino recto. La tradicion nacional tiene en el General Paz una de sus glorias más puras. En su figura histórica resplandece el pensamiento y reverbera una aureola de virtudes diáfanas. ¡ Quiera su sombra inspirar el ejemplo de su vida á las generaciones del porvenir!

## VIII

La nacionalidad argentina queda asegurada para siempre en el alba que amanece en Caseros. La larga y borrascosa noche de las pasiones desenfrenadas se desvela al fin; las tintas rosadas de ese crepúsculo se levantan de los campos de batalla, donde una genera-

cion entera dejó sembrados su sangre y sus huesos ; ellos son la luz que destellan sacrificios sin número, misterios horribles, peregrinaciones desoladoras, ostracismos saturados de nostalgias, sangre y lágrimas vertidas á torrentes en los altares de dioses invisibles, en los pórticos de templos velados por la sombra, en las lápidas de las tumbas, donde los manes de los héroes de Mayo y sus pensadores dormian su sueño de gloria.

El clamor prolongado de la tierra, como el rumor que los vientos levantan en la montañas, llega al fin al fondo de los retiros solitarios donde el antiguo vigor se asila, donde se esconde la virtud social, donde la musa patriótica ha ido á ocultar sus rasgos de luz, huyendo del crimen triunfante, y asoman de súbito, haciendo surgir del bosque, del desierto y de las ciudades una nueva generacion de héroes, fruto de la reaccion operada en silencio durante la noche.

La fiebre que devora á las fieras llega á su paroxismo final ; la sangre de sus arterias afluye en torbellinos sordos á sus cerebros, y la congestion estalla. Como se desvanecen los mónstruos que poblaron un sueño ajitado y delirante, ante la primera vislumbre de aquella aurora, los tiranos, sus verdugos, sus bandas sabáticas que surcaban las calles y los llanos al compás de músicas siniestras, se sumergen en el seno

de la niebla que se aleja, ó se dispersan y disipan en el fondo del día espléndido.

La tragedia de la muerte, en la que luchan con horrible estrépito los caracteres sombríos, las pasiones tenebrosas y desordenadas, con las virtudes errantes devoradas una á una, tiene por desenlace una resurrección. La sangre vertida en Chascomús, los degüellos de Tucumán y de San Juan, las inmolaciones infinitas de los actores de la gran odisea libertadora, desprenden al fin con su clamor profundo, del fondo de la nube incendiada, el rayo fulminador del fratricida. Castelli, Lavalle, Avellaneda, Acha, La Madrid y todas las legiones de mártires, levantan un instante su cabeza del páramo en que cayeron, para saludar aquel día suspirado, y vuelven entónces á hundirla para siempre en las entrañas de la llanura que consagraron con el riego de su sacrificio. Su sueño está cumplido: la patria ha renacido de las cenizas y del fango, y lleva en su frente una luz nueva, intensa y desconocida que se asemeja á un resplandor de inmortalidad.

Caseros es el teatro de una nueva redención, como Mayo fué el espacio de un génesis. El héroe de esa victoria que resucita un pueblo, tiende la mano á los que en Tucumán, Salta y los Andes le arrancaron del seno de la tiniebla. El pasado se une al porvenir por medio de aquel anillo que proyecta su luz sobre

las dos faces del tiempo. Las tradiciones de raza, las leyendas heróicas, las fantasías deslumbrantes se sumergen en ese limbo inmenso, como las miriadas de astros que pululan en los espacios intersidérales se arrojan en la masa ígnea que calienta el universo. La musa de las batallas, la diosa que invocaba Homero, descansa ya de su peregrinacion de siglos, cuando asoma en los cielos la libertad, del fondo de los combates y de las tormentas que preceden al nacimiento de un pueblo. El legislador sube al sitio que abandona el poeta; Moisés ha reemplazado al salmista; los truenos del Sinaí ensordecen y ahogan la voz de los torrentes del Jordan, y el rumor de los cedros del Líbano.

El ruido de los combates continúa, no obstante, resonando por algun tiempo en las planicies argentinas; pero son las ondas del trueno que se alejan á morir en las sinuosidades del vacío. Son las luchas regeneradoras del espíritu público que busca recobrar su vida natural; son los partidos que se disputan la gloria de cimentar la futura existencia de la patria, y que combaten con el hierro y el fuego, porque la inercia del movimiento aún les domina, porque el vértigo de las grandes batallas todavía les arrastra. Pero el tumulto se apacigua lentamente, como los vendavales del desierto; las multitudes inspiradas por nuevos sentimientos, comienzan á llamarse herma-

nas, y á congregarse en torno de una madre comun.

La colosal estatua cuyo cincelamiento se ejecutaba en secreto y en medio de la ansiedad de la muchedumbre, vá desvelando poco á poco sus miembros atléticos, semejante á un dios de Fidias. Cada fragmento que descubre es saludado con gritos de admiracion, y hasta la llanura se asocia al estremecimiento que despierta la suprema belleza. Por fin el velo que la envuelve se desgarrá, como si una nube despejara el disco del sol, y la América y el mundo contemplan la obra gigantesca del genio, elaborada entre las sombras y los fulgores de tres siglos.

La República Argentina es esa estatua cincelada en el granito de los Andes, de cuyos flancos ciclópeos heredó sus formas ríjidas y armónicas á la vez. Sus piés se asientan sobre una llanura surcada de rios inmensos que tributan al mar, y bordada de selvas tropicales que mantienen la juventud eterna; su cabelleira ondea sobre el dorso colosal, como un torrente despeñado de la montaña, y de su frente brota un relámpago que revela un cráter en el cráneo. Un cóndor extiende sobre ella sus alas espaciosas, y parece decirle al oido una revelacion del firmamento; su mano derecha enarbola una bandera blanca y azul; su mano izquierda sostiene un código; y alrededor de toda ella se derrama una atmósfera de majestad, de gloria y

de belleza, que enciende deseos de adorarla y de ensalzarla eternamente.

Allí está, espléndida, radiante, fascinadora. Los mares de la tierra vienen á bañar sus piés medio velados por la hierba, con rumores inmensos que parecen himnos de mundos ignotos; oleadas humanas atraídas por su májica hermosura y su sombra reparadora, acuden á rodearla y á adornar de flores su pedestal; y confundiéndose en el mismo suelo con sus hijos, labran todos reunidos la tierra, agrupan sus hogares en torno suyo, y bendicen su prole en nombre de la Libertad y del Trabajo.

A los piés de esta diosa cincelada por el genio de dos razas fundidas en un mismo fuego, modelada en el tipo de los Andes, iluminada por el relámpago de la idea, bañada de luz por las auroras y de espuma por los mares, portadora de la bandera que condujeron victoriosa los héroes de Mayo, y del Código sagrado que condensa el fruto del pensamiento de los siglos, — allí deposito este libro escrito con el fuego del único amor que me conforta en la vida: el de mi patria.





## ÍNDICE

---

### LIBRO PRIMERO

	Páginas
I. La tierra y el hombre .....	5
II. Evolucion, tradicion .....	8
III. Importancia del pasado .....	10
IV. Poesia y religiones .....	14
V. La naturaleza americana.....	18
VI. Dos cuadros .....	20
VII. Literatura nacional .....	25
VIII. La llanura, la poesía, los sepulcros .....	27
IX. La montaña, mitologias, epopeyas. <i>La Araucana</i> . Reconstruccion del pasado .....	32
X. Cultura araucana .....	42
XI. Cultura quichua.....	47
XII. <i>Ollantay</i> . .....	56



## LIBRO SEGUNDO

	Páginas
I. El descubrimiento. Fusion de razas.....	65
II. La renovacion del espíritu indígena. La epopeya americana.	70
III. Los héroes de la conquista.....	80
IV. Los héroes del Evangelio.....	87
V. Los tesoros .....	98
VI. Los milagros.....	107
VII. Los jesuitas. La educacion monástica.....	119
VII. El Diablo. Dos poemas nacionales. Las brujas.....	136
IX. Las ciudades. Sus fundadores. Vida comunal.....	182

## LIBRO TERCERO

I. La Revolucion. Nacimiento de las naciones. Edad heroica...	197
II. Génesis de la Revolucion argentina. Los precursores. Tupac Amarú. Los comuneros. La tercera raza. El gaucho. Invasio- nes inglesas. España .....	214
III. La raza revolucionaria. La tradicion heroica.....	232
IV. Los cabildos. Belgrano. Tucuman. Salta. Güemes. Los indí- genas. La religion. La bandera. Los guerreros.....	259
V. Los Andes. San Martin. La tragedia y leyenda. La fraterni- dad americana. Chile y los Carrera. Ley revolucionaria.....	283
VI. La restauracion quichua. San Martin en el Perú. San Martin y Bolivar .....	299
VII. El <i>Canto á Junin</i> . Los reyes incas. Los héroes argentinos...	308
VIII. Ituzaingo. Alvear, Lavalle, Paz, Brandzen.....	320
X. Las odiseas maritimas. Brown y Buchardo.....	326
XI. El Cóndor .....	336

## LIBRO CUARTO

	Páginas
I. Orígenes de la guerra civil. Las masas y su cultura. Disolucion social. Poesía de la desgracia. La tradición en la cuarta época.	347
II. Una escena fantástica.....	372
III. Rosas y su época.....	389
IV. Facundo.....	420
V. Aldao.....	475
VI. Odiseas libertadoras. Corrientes. La Insurrección del Sud. Avellaneda y la <i>Liga del Norte</i> . Echeverría y sus poemas. La valle. La Madrid. Sarmiento y Echeverría. Acha. Las cabezas de los mártires.....	494
VII. El General Paz.....	522
VIII. Caseros: Un cuadro final.....	527





